

A hand holding a glass of white wine against a background of autumn leaves and a blue sky. The glass is filled with white wine and reflects the surrounding scene. The leaves are in shades of yellow and orange, indicating autumn. The sky is a clear, light blue.

*¿Qué pasa cuando
dos almas perdidas
se conocen?*

BUSCANDO *mi* MOMENTO

Sonia Puente

**BUSCANDO
mi
MOMENTO**

Sonia Puente

Título original: Buscando mi momento.

Autora: © Sonia Puente.

Primera edición: noviembre 2019.

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Corrección: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com

Maquetación: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com

Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*A Brutus, en recuerdo al que fue mi amigo perruno.
Gracias por tu cariño incondicional.
Por el apoyo a mis lágrimas y sacarme risas con tus lametones.
Siempre en mi corazón .*

PRÓLOGO

Roi

Año y medio antes...

Es enero y hemos quedado para cenar, la pandilla de siempre, en un restaurante de un pueblo vecino y así celebrar el cumpleaños de Anxo.

Anxo es el hijo de Sara, nuestra cocinera en la casona, se ha criado con nosotros; bueno, más con Antía, mi hermana, que son de la misma edad. También vendrá Gema, la mejor amiga de mi hermana, y su novio, Felipe.

¿Y cómo encajo yo aquí? Pues muy simple. Hace unos cuantos años, apareció por el pueblo la mujer más bonita que he visto en la vida. Ester. Al principio, no le hice mucho caso, al ser el mayor, iba de taxista del cuarteto. Yo, con veintiún años, tenía que llevar a estos adolescentes de quince y dieciséis de fiesta, pues era el único con carné de conducir. Con su vitalidad y persistencia, aparte de su belleza, consiguió conquistarme hasta tenerme loco por sus huesos. De tal manera que ahora, después de once años, estoy felizmente casado y soy padre de dos preciosas niñas; Lía, de cinco, y Martina, de tres años.

—¡Cariño! ¿Has cogido el regalo para Anxo? —pregunta la mujer de mi vida.

—Sí, cielo. Lo he puesto antes en el coche para no olvidarnos —le respondo, apoyado en el marco de la puerta.

Ella me repasa de arriba a abajo, le gusta lo que ve, lo sé porque se está mordiendo el labio inferior y una sonrisa pícaro aparece en su rostro. Yo aprovecho para hacer lo mismo y disfrutar de lo bella que es la mujer que comprarte su vida conmigo. Sigue siendo increíblemente sexi como el primer día.

—¡Qué pena que nos esté esperando tu hermana! —dice, acercándose a mí.

—¿Qué pasaría?

—Pues que me encantaría...

—Tortolitos, que llegamos tarde —nos interrumpe la oportuna de Antía.

—Me encanta vivir con tu familia, pero a veces...

Son las nueve cuando, después de despedirnos de nuestras pequeñas con varios besos y abrazos, salimos de la casona en nuestro coche con la compañía de mi hermana. El restaurante se encuentra en un pueblo vecino, a una media hora del nuestro. El viaje es ameno, ya que Ester y Antía se llevan muy bien y siempre tienen algún tema del que hablar.

Cuando llegamos a la puerta del restaurante, Gema, Felipe y Anxo ya nos esperan. Durante la cena no faltan las risas, somos un grupo afín y, aunque yo soy el mayor, no me cuesta adaptarme a ellos. Al cumpleaños lo conozco de toda la vida, es uno más de la familia. Lo que no llevo tan bien es que, últimamente, se arrima demasiado a mi hermana y eso no me hace ni puta gracia.

Felipe es un hombre de pocas palabras, pero hemos congeniado a la perfección, a los dos nos gustan mucho los deportes en general y siempre tenemos tema de conversación. Y las chicas... bueno, eso es un tema aparte. Cuando se juntan las tres tienen más peligro que los Gremlins en un *aquapark*.

Son cerca de las doce y media cuando salimos del restaurante y decidimos ir a un *pub* que se encuentra cerca para no tener que coger los coches.

Una vez nos hemos posicionado en el interior, cojo mi cerveza y una botella de agua para Ester en la barra y voy hacia ella para entregársela. Baila en un lateral con mi hermana. Me encanta ver cómo contonea su cuerpo al ritmo de la música y cómo sonríe mientras habla con Antía. Es preciosa, y aún me cuesta creer la suerte que tengo de tenerla a mi lado. Ella es mi luz, mi alegría y mi felicidad. Es el complemento perfecto y la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida. Con ella y con mis pequeñas.

—Aquí tienes tu agua, nena —le susurro al oído, mientras me arrimo a su cuerpo.

—Gracias, cariño. —Coge la botella y me lo compensa con un beso en los labios que sabe a poco.

—Tengo tantas ganas de quitarte esa faldita y... saborearte —le digo, mientras rodeo su cuerpo con el brazo y la pego a mí.

—¡Uhm! Qué bien suena eso. Cuando llegemos a casa soy toda tuya —responde, y envuelve mi cuello con sus brazos para acercar su cuerpo al mío, provocando que mi erección se haga notable.

Bailamos pegados dos canciones hasta que una vibración en el bolsillo del pantalón hace que me separe de su cuerpo. Ella me mira extrañada, es muy tarde, y lo primero que se nos pasa por la cabeza es que le ha pasado algo a las niñas. Al sacarlo del bolsillo y ver que el número que llama es el de casa, los dos salimos del *pub* para contestar.

—Papá, ¿qué ha pasado? ¿Están bien las niñas? —pregunto inquieto.

—Tranquilo, hijo. Todo está en orden, pero creo que la cena no le ha sentado bien a Lía y ha vomitado dos veces.

—Pregúntale si tiene fiebre —dice Ester, que tiene la oreja cerca de la mía para escuchar la conversación.

—Ester pregunta...

—Ya la he oído, hijo. No tiene calentura, pero se queja de la barriga y lleva un rato llorando porque quiere a mamá. Siento molestar, pero no consigo calmarla.

—No te preocupes, papá. Ahora salimos para allí.

Colgamos la llamada y vamos a avisar a nuestros amigos y recoger las chaquetas para volver a casa. Nos acompañan a la salida y nos despedimos entre abrazos y besos.

—Llamadme después para saber cómo sigue la peque, ¿vale? —nos pide mi hermana, ya que ella ha decidido quedarse un rato más y volverá con Anxo.

—No te preocupes, seguro que se ha llenado de chucherías. Ya sabes lo que pasa cuando se quedan con el abuelo —la tranquiliza Ester—. Dame las llaves, ya conduzco yo, que tú has bebido.

Le entrego las llaves del coche, nos montamos y cogemos rumbo a casa.

Charlamos de los planes para las próximas vacaciones. Me encanta ver cómo sonríe y lo feliz que se la ve.

Todo pasa en cuestión de segundos, noto que le cambia la cara de la risa al miedo. Oigo como maldice. Cuando giro la cabeza hacia la carretera, veo el porqué de su temor; ha perdido el

control del vehículo y vamos directos a un barranco lleno de árboles.

El ruido de los neumáticos al derrapar y cómo Ester grita mi nombre hace que mi cuerpo se estremezca. Intento coger el control del volante, pero el primer impacto con uno de los árboles hace que la tarea sea imposible. Mi cabeza golpea con la ventanilla, dejándome atontado y lo único que soy capaz de oír son las palabras de Ester: «Oh, Dios mío, Roy. No quiero morir». Noto el siguiente choque, el ruido de los cristales rompiéndose y cómo el vehículo arrastra todo a su paso. Es estremecedor. Nuestros cuerpos, a pesar de los cinturones, rebotan con brusquedad de un lado al otro como si fuéramos muñecos... y de pronto, silencio.

Estoy aturdido por el impacto y el airbag. Tengo todo el cuerpo dolorido y creo que es posible que tenga dislocado el hombro. Cuando intento centrarme y soy consciente de lo que ha pasado, me entra el miedo.

—Ester, nena —la llamo. No contesta. Estoy mareado y me cuesta centrar la vista, pero consigo alargar la mano para tocarla—. Ester, cariño, contéstame. —Nada, no responde.

El pánico se apodera de mí e intento salir del coche para pedir ayuda. No sé dónde mierda está el teléfono. La puerta no se abre. La sigo llamando, desesperado, necesito que responda, que diga que está bien, que solo ha sido el golpe, que vuelva a sonreír.

Encuentro su mano inerte, la uno a la mía y la llevo a mis labios. Algo en mi interior me dice que no voy a poder besarla nunca más. Chillo por la impotencia. Suplico, rezo, la vuelvo a llamar, pero no hay respuesta.

No sé el tiempo que paso agonizando de dolor en el corazón hasta que se oyen las sirenas. Poco después empieza a haber movimiento alrededor; preguntan cosas, pero no me salen las palabras. No se puede haber ido, todavía nos queda mucho que disfrutar, no puedo quedarme solo. ¿Cómo voy a criar a mis hijas sin ella?

Intentan separar nuestras manos para poder atendernos adecuadamente, pero me resisto. No quiero perderla, es la única conexión que me queda con ella, si la suelto la perderé para siempre; lo sé y no quiero que eso sea real.

Y así acaba mi vida. Ya nada vale la pena sin ella. Todo se ha vuelto oscuro y sin sentido. No sé vivir sin mi otra mitad.



CAPÍTULO UNO

Estamos a las puertas del verano, hemos empezado el mes de julio y, además, es domingo, ¿qué más se puede pedir? Pues, por ejemplo, que pueda despertar un día sola en mi cama. Disfrutar de esa libertad de estirarte como hace Mufi, nuestro gato, que estira las patas de delante y de atrás sin ningún tipo de obstáculo. Hace más de un año que yo no puedo hacer eso. Ojalá fuera por lo que imagináis, pero no. No es precisamente un hombre lo que se encuentra casi cada mañana en mi cama, es una pequeña pecosilla.

Hombres. Hace el mismo tiempo que no pruebo macho y no es por falta de ganas u ocasiones, pero hace un año y medio que nuestras vidas dieron un drástico giro, llevándose un trozo de nosotros, y nada ha vuelto a ser lo mismo.

Me levanto sin hacer ruido para no despertar a la intrusa de mi cama y voy al baño para asearme y bajar a desayunar. Son las ocho de la mañana, así que la casa está en silencio. Me doy una ducha, cojo las mallas y una camiseta, que dejé preparadas ayer por la noche, y voy a las escaleras para bajar a la cocina.

La puerta de la habitación de mi hermano está cerrada, así que supongo que sigue dormido. No está pasando por la mejor época de su vida, últimamente pierde demasiado el control y en casa estamos todos muy preocupados por él. Roi es mi hermano, tiene treinta y seis años y la pecosa de mi cama es una de sus dos hijas; Martina, la menor. Roi siempre ha sido el mejor hijo, hermano, marido y padre. Es mi ancla, mi norte y me cuesta mucho entender por qué la vida lo ha castigado tanto. Es un hombre que por amor lo da todo, como le pasó con Ester, su mujer. Ahora que le falta su mitad, le cuesta encontrar de nuevo su sitio en el mundo.

Cuando llego a la cocina encuentro a mi padre, Manuel se llama. Está sentado a la mesa con su café y sus dos magdalenas. Mi padre es un hombre recto al que la vida también ha castigado demasiado. Hace diecisiete años que perdimos a mi madre por una enfermedad y, desde entonces, aunque con nosotros y con las niñas es muy cariñoso, se ha vuelto un hombre bastante parco.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, pequeña. ¿Has dormido bien?

—Como siempre. —Le sonrío un poco—. He vuelto a despertar con Martina en mi cama.

—Creo que las sesiones de esa psicóloga no funcionan.

—Hay que darle tiempo. Es muy pequeña, y si a nosotros nos cuesta vivir sin Ester, pues

imagínate a ella.

—Antía, hija, ya ha pasado un año y medio. Tenemos que empezar a levantar cabeza. To-dos. Tu hermano ha vuelto a llegar de madrugada —me informa con la mirada centrada en su café—. El paragüero estaba en el suelo, así que imagino que ha llegado en el estado de casi siempre.

—Solo intenta hacerse a la idea de vivir sin ella.

La respuesta no me la creo ni yo. Todos en la casona nos damos cuenta de que mi hermano se está perdiendo en el alcohol.

—Vamos, Antía, en este tema no podemos hacernos los ciegos. En poco más de un mes empezamos con la vendimia. Ya sabes el trabajo que hay. No podemos estar pendientes de si tu hermano va a ayudarnos o, por el contrario, a dormir la mona y llegar tarde.

Los Ulloa somos propietarios de unas bodegas: La Flor de Ulloa. Estamos situados a las afueras de Arbelas, un pueblo de Galicia. Elaboramos vino Albariño. Las bodegas las fundó mi bisabuelo y han pasado de generación en generación. Ahora las llevamos mi hermano y yo con la ayuda de mi padre. Después del accidente que tuvo con un tractor, hace cinco años, donde se lesionó una pierna, tiene la movilidad reducida, mi padre tuvo que delegarnos el trabajo más laborioso y pesado. Llevamos dos años muy duros, entre las pérdidas familiares y las epidemias que nos han destruido mucha uva, vamos un poco apurados.

—Papá, tú más que nadie sabe lo duro que es perder a tu mujer —le digo, mientras me siento a su lado—. Vamos a darle un poco más de margen, si no hablaré con él.

—Hija, sé que es muy duro. A tu madre se la llevó la enfermedad y estábamos un poco concienciados. Con Ester todo fue de golpe, y entiendo que cuesta más hacerse a la idea de que ya no va a volver —explica mi padre, cogiendo mis manos—, pero tu hermano tiene que reaccionar. Tiene que seguir por Martina y por Lía. Tú eres muy joven todavía y tienes que hacer tu vida, no puedes llevar el peso de toda la familia.

—Yo estoy bien. Todos vamos a estar bien. Solo hay que tener un poco de paciencia.

—Como ya veo que no te voy a convencer, voy a dar una vuelta por la bodega —contesta resignado.

—Ten cuidado, ¿vale?

Me besa en la cabeza y lo veo alejarse, con sus muletas, de la cocina hacia el exterior, dejándome sola con mis pensamientos. Al notar mis tripas sonar, cojo algo de desayunar y mi café matutino. Salgo al porche de la casona, mi ritual de los domingos, el único día que tengo para descansar y hacer lo que me dé la gana.

Disfruto del verano, es mi estación preferida del año; no por las vacaciones, dada la proximidad de la vendimia, nosotros las hacemos más tarde, sino por el hecho de poder disfrutar del desayuno en el porche con las maravillosas vistas a los campos llenos de viñas. Por las fiestas que tenemos en todos los pueblos cercanos, o en el nuestro incluso, aunque no paramos y es agotador, por la recogida de la uva, es un ambiente especial, vivir de cerca todo el proceso del vino y poder disfrutar del resultado al abrir una botella de nuestro Albariño.

Cuando casi he acabado el café, noto que unas manos rodean mi cuello, abrazándome. Es Martina. Lo sé porque Lía es un torbellino y es imposible no saber que se acerca. Dejo la taza en la mesa y me giro para verla.

—Buenos días —la saludo—. ¿Has dormido bien en mi cama?

—Sí. Tu cama es más cómoda que la mía —responde. Su pronunciación todavía no es del todo correcta.

Martina nació sorda. Al principio nos costó mucho a todos hacernos a la idea. Hacer frente a

su discapacidad fue difícil, pero con mi hermano a la cabeza de la familia, conseguimos hacer piña. Se sometió a una primera operación, cuando tenía dos años y medio, para poner un implante coclear y ahora le falta el otro. Aunque es muy pequeña todavía, su corta vida ha estado rodeada de médicos, psicólogos y logopedas. Martina es una niña tímida y a la que siempre le ha costado mucho ser sociable, pero desde que perdió a su madre, sus inseguridades se han acentuado. Tiene cuatro años y medio, es muy tierna y dulce pero muy miedosa. Este curso escolar le ha costado mucho y me tiene muy preocupada. Físicamente es igualita a Ester, su madre. Su cara está llena de pecas y su pelo, cuando le da el sol, parece rojo. Es preciosa.

—Martina, cariño, ya eres grande, tienes que dormir en tu cama. No me importa que duermas conmigo si hay tormenta, pero ahora es casi cada noche —le recrimino con tacto. No quiero hacerla sentir mal, pero tiene que ser consciente de que no puede dormir conmigo siempre.

—Lo voy a intentar, te lo prometo.

La siento en mi regazo y se acurruca en mi pecho. Nos quedamos así un rato, en silencio, mientras escucho el sonido de los pájaros, cada una con sus pensamientos. Martina tenía tres años cuando su madre falleció, así que puedo entender que todavía la eche de menos. Yo, si cierro los ojos, aún recuerdo aquel fatídico día como si fuera ayer...

Noto que algo húmedo toca mi mano y salgo de mis recuerdos. Me limpio las lágrimas que han resbalado por mi cara, para que Martina no me vea llorar, y miro al culpable de que mi mano esté llena de babas. Es Apolo, nuestro perro, de raza Bóxer; bueno, es más mío que de nadie. Me acompaña a correr todas las mañanas y el resto del día parece mi sombra. Lo miro con cariño y le acaricio la cabeza, él lo agradece con sus besos perrunos y, cuando se cansa, llama la atención de Martina mientras empuja su cuerpo con la pata para que le haga caso. A mi pecosa se le transforma la cara, como cada vez que lo ve, y con una enorme sonrisa se baja de mis rodillas para abrazar a Apolo.

—Buenos días, nenas. Si que habéis madrugado hoy —nos saluda Sara.

—Buenos días, Sara. ¿Qué haces un domingo por aquí?

Sara siempre ha estado presente en nuestras vidas, hace muchos años que mis padres la contrataron; a ella, para llevar la casona, y a su marido de jardinero, así que son como de la familia.

Así fue como su hijo Anxo y yo nos hicimos tan amigos. Tengo claro, porque él me lo ha dicho en muchas ocasiones, que está loco por mí y, para ser sincera, una de las cosas que más me duelen en la vida es no poder corresponderle. Siento un enorme cariño por él, es un hombre maravilloso, pero no me llena. Con él, mis piernas no tiemblan ni se me acelera el corazón al verlo, así que no puedo ofrecerle lo que necesita. Ojalá se olvidara de mí y pudiera encontrar una buena mujer que lo hiciera feliz. Porque guapo es un rato largo. Tiene unos ojos azules, que parecen transparentes, su pelo ahora está largo y lo tiene muy rizado, y en ocasiones, se lo suele recoger con medio moño. Tiene un cuerpo muy trabajado, desnudo es impresionante, lo digo yo que lo he visto y disfrutado. Vamos, un bombón que no he sido capaz de querer como para estar a su lado, siendo su pareja para toda la vida.

—Tengo pendiente limpiar unas habitaciones y me ha dicho tu padre que la semana que viene entran huéspedes.

—Sara, podías haber llamado y ya lo hacía yo. Debes descansar. Me ha contado Anxo que últimamente no has estado muy fina —la regaño.

Es una mujer que, con cincuenta y cinco años, tiene una vitalidad admirable, pero parece que está un poco pachucha.

—Mi hijo es un chivato. No tienes de qué preocuparte, nenita, solo fue un pequeño ataque de ciática. Ya estoy como nueva, así que voy a hacer lo que toca y me voy. Después vamos a ir a la feria.

Me lanza un beso y se agacha para besar a Martina, que sigue jugando con Apolo.

Nuestra casona tiene un anexo que hemos habilitado hace unos cuatro años. Posee cinco habitaciones con sus baños, una cocina y un comedor comunitario, y las alquilamos como estancia rural con visita guiada por las bodegas. La verdad es que tiene mucho éxito; a la gente le encanta pasar unos días rodeados de esta tranquilidad y conocer un poco nuestras bodegas.

La idea de Sara de ir a la feria ha llamado mi atención. Cada domingo en el pueblo se hace un mercado con paradas de ropa o calzado, churros o las carpas de los *pulpeiros*, donde degustar el fabuloso *pulpo a feira* que tanto disfrutamos aquí, en Galicia. Así que voy a empezar a activar a la familia para aprovechar un fabuloso domingo juntos.



CAPÍTULO DOS

Son las siete de la mañana cuando salgo de casa de mi amigo Carlo. El tío sabe montar unas fiestas de miedo, sobre todo por la cantidad de mujeres que hay en ellas. Cada vez que recuerdo la noche que hemos pasado los dos con Idara y otra chica, de la que no recuerdo el nombre, se me vuelve a poner dura. Pero se me baja en cuanto veo las tres llamadas perdidas de mi madre en el teléfono. No dudo en llamarla por si ha pasado algo. Mi madre suele madrugar bastante y seguro que ya está despierta.

—*¡Mamma?* —Descuelga al segundo tono.

—Lucas, *figlio*, ¿va todo bien? Estoy preocupada, todavía no has venido a dormir.

Tengo treinta años y mi madre todavía se preocupa demasiado por mí. Es una emigrante española que lo dejó todo atrás por amor y se trasladó a Italia. Ella nunca me lo ha dicho, pero sé que siempre se ha sentido muy sola. Mi padre no es que sea excesivamente cariñoso, por no decir nada. Gracias a ella, tanto mi hermana como yo, dominamos perfectamente el español y es el idioma que utilizamos entre nosotros.

—Estoy bien, he ido a una fiesta de Carlo y se me ha hecho tarde.

—Lucas, sabes que no me gusta que te relaciones con ese chico. La vida que lleva no es buena.

No va muy desencaminada. Carlo no es un mal tío, pero como tiene bastante poder adquisitivo, debido a una herencia que recibió, sus fiestas cuentan con todo tipo de vicios, alcohol, drogas y sexo. Aunque, por los dos primeros, mi madre no debe preocuparse, ya que hace casi un año que no me meto nada y bebo lo justo, el tercero es mi perdición. La forma de desahogo que he encontrado para olvidar ese pasado que tanto duele.

—Puedes estar tranquila, *mamma*, casi no he bebido —le respondo.

Pongo los ojos en blanco por tener que darle estas explicaciones a mi madre. No llevo muy bien el control, suficiente tengo con mi padre, pero sé que su inquietud y sufrimiento es real.

—Está bien, cariño. Nos vemos después. Voy a bajar al pueblo a comprar unas cosas que necesito.

—Vale, después nos vemos.

Se despide de mí con un «te quiero», mientras subo al coche para volver a casa y descansar un poco hasta mediodía. Desde la ciudad donde vive Carlo hasta mi pueblo aún tengo casi tres cuartos de hora, pero la distancia vale la pena. En la ciudad disfruto y me desahogo; en el pueblo,

trabajo y me relajo.

Mi familia tiene varios negocios, todos orientados al vino, ya que poseemos unos viñedos. Nuestra casa, donde vivo con mis padres, está a las afueras del pueblo donde también reside mi hermana melliza Fabiola con su marido y sus dos vástagos. Dos pequeños diablos que me tienen loco. Van a cumplir cuatro años y son la alegría de la casa; bueno, excepto para mi padre, el sargento de hierro. Cada vez que recuerdo cómo nos hacía la vida imposible con su estricta manera de educar, hace que el cuerpo se me estremezca y mi cabeza vuelva a un pasado que intento olvidar.

Llego a casa cerca de las ocho de la mañana, entro sin hacer ruido, a ver si así no tropiezo con mi padre; no tengo ganas de escuchar sus reproches. No tiene ni idea de cómo es mi vida actual, no se ha molestado en ver que intento seguir de la mejor manera posible. Para él siempre seré un bala perdida que no va a conseguir nada en la vida. Un fracaso.

—Buenos días. ¿Tengo que acompañarte a tu habitación o serás capaz de llegar solito? —me reprende mi padre, que está sentado en el salón mientras lee un diario.

—Buenos días. Eres muy amable, pero tal y como he llegado hasta aquí con mi coche, estoy seguro de que mi insignificante cerebro sabrá llegar hasta la habitación.

—Si sigues así, acabarás como él.

—Eso es lo que te hubiera gustado, ¿verdad? —le recrimino, mientras elevo mi tono de voz—. Que fuese yo quien estuviera bajo tierra.

No me mira ni me contesta. Como se suele decir: «El que calla otorga». Mi cuerpo afloja la tensión que siempre mantiene a su lado. Saco todo el aire de mis pulmones e intento calmarme, estoy muy cansado y no tengo ganas de seguir con la discusión.

—Mira, papá, a veces hace falta analizar por qué pasan las cosas. Yo tengo muy clara mi parte de culpa. ¿Tienes tú clara la tuya?

No dejo que conteste y subo a mi habitación para descansar un poco. Sé que la tensión del momento no me va a permitir cerrar los ojos, así que opto por darme una ducha antes. Apoyo mis antebrazos sobre las baldosas, aprieto los ojos e intento que los recuerdos del pasado no vuelvan para seguir atormentándome.

Decido desviar mis pensamientos hacia la noche que he pasado. Recuerdo el cuerpo desnudo de Idara, el movimiento de sus pechos cuando Carlo la poseía frenéticamente y ella jadeaba por el placer recibido, mientras nos miraba y disfrutaba al ver cómo la otra chica me daba placer con su boca. Mi miembro ya está duro, así que bajo mi mano para acariciarlo. Mis recuerdos siguen a otra de las escenas de la noche; concretamente, en la que los dos invadimos el cuerpo de Idara. Esa mujer es puro fuego y sabe cómo hacer disfrutar a un hombre. No tardo ni dos segundos en correrme y así, más relajado, consigo conciliar el sueño.

—Lucas, colega. Creo que es una oportunidad única. Hace años que quieres invertir en España. Sé, por un conocido, que esta bodega no pasa por el mejor momento, van muy justos y si les haces una buena oferta, estoy seguro de que no pueden negarse a que seas su socio.

—No sé, Damián. Tengo que analizarlo mejor. No quiero tener más problemas con mi padre. Déjame el expediente, lo reviso y lo consulto con él. Dame unos días y te cuento.

—Vale, pero no te demores. Es una muy buena ocasión, en su estado actual será fácil presionarlos. Por cierto, ¿qué tal en la fiesta del sábado?

—Ya te puedes imaginar. Las fiestas de Carlo siempre son muy buenas —le contesto, levantando mis cejas—. Te echamos de menos.

—Sí, bueno, es que tenía cosas pendientes y no pude ir. —Esta respuesta de mi amigo y asesor no me la creo. Lo conozco desde hace años y sé que miente.

—Ya. Cosas pendientes. ¿Por qué me suena a excusa y mentira? —pregunto.

El sonido de su teléfono lo salva de contestar, pero ya lo pillaré y tendrá que confesar.

—Bueno, ya te explicaré. Me voy, que tengo una reunión y llego tarde —contesta, marchándose de mi oficina mientras atiende la llamada.

Me fijo en el expediente que ha dejado en la mesa: Bodegas La Flor de Ulloa. Galicia, España. La curiosidad puede conmigo, el nombre es muy llamativo y Galicia me trae muy buenos recuerdos. Mi abuela, por parte de madre, era de esa zona y, aunque éramos muy pequeños, vienen a mi mente los veranos que pasamos con ella. Mi madre pasó su infancia y parte de su juventud allí. Cuando tengo intención de abrir la carpeta suena mi teléfono. Es mi secretaria, recordándome que la visita que esperaba ya ha llegado. Voy a la reunión que tenía programada con la cabeza en ese expediente y, aunque todavía no ha empezado la reunión, ya tengo ganas de que acabe.

Menudo día. No he podido parar ni un momento. He acabado en una reunión de urgencia en la ciudad, así que aprovecho para desconectar mientras tomo algo con Carlo.

—Hoy me he enterado de que el sábado hay una fiesta en el Scusa. Celebran el décimo aniversario. ¿Nos apuntamos? —pregunta Carlo.

—Por mí, vale. Pero tienes que dejarme dormir en tu casa. Estoy hasta las narices de tener que dar explicaciones cada vez que llego tarde a la mía.

—Pues a ver cuándo te independizas, capullo. Ya eres mayorcito para estar con tus progenitores. No puedo entender cómo no lo has hecho antes con la clase de padre que tienes —se cuestiona Carlo.

No me ofenden sus palabras. Tiene razón y hace muchos años que nos conocemos. Él sabe mucho de mi vida y yo sé otro tanto de la suya. Sé que tendría que marcharme de esa casa y hacer mi vida, pero el motivo de que no lo haga es mi madre. Mientras yo esté allí, los reproches, amenazas y malos tratos verbales de mi padre van dirigidos a mí. De otra manera, toda su furia iría contra ella, y eso no lo puedo permitir.

—Algún día conseguiré irme. Todo acabará y seré capaz de perdonarme y ser feliz. Mientras él viva, no puedo abandonar a mi madre.

—Te entiendo. No me hagas caso, mi cerebro ya piensa en todas esas *churrís* con las que voy a disfrutar en la fiesta. —Se ríe mi amigo, quitándole hierro al asunto—. Podrías llamar a Idara para que venga. Joder, tío, menuda mujer, cómo me gusta...

—Chissst, estamos en medio de un bar, colega. Córtate un poco —le pido para intentar que no acabe la frase, aunque sus gestos obscenos dejan claro, a mí y a todo el bar, lo que le gusta hacer con Idara.

Acabamos de charlar entre risas y, como siempre en su compañía, consigo olvidar todos mis problemas. Llego a casa para la cena que, como pasa a menudo, es tensa. Mi madre y yo nos mantenemos callados, mientras mi padre suelta dardos por su boca constantemente. No os podéis imaginar lo difícil que es contenerme para no saltar y pegarle un puñetazo que le salte todos los dientes. Si resisto es por mi madre y porque, por desgracia, todos los viñedos son suyos. ¿Egoísta

por mi parte? Sí, pero después de todo el daño que nos ha hecho y nos sigue haciendo... qué menos.

Cuando acabamos de cenar, me ducho, me pongo cómodo y voy a mi despacho, como cada noche. Me siento, vacío el maletín y conecto la música, poniéndome los auriculares. Lo primero que llama mi atención es el expediente que me ha dejado Damián de las bodegas en España. Con todo el ajetreo del día, olvidé que lo tenía, pero la curiosidad vuelve a mí rápidamente. Lo abro y lo primero que encuentro es una gran casa, parece un castillo medieval, con un anexo más moderno en un lateral de esta. No tendría que seguir, pues esa visión ya me ha conquistado por completo. Antes de seguir con las fotos que hay adjuntas, saco el folio con el resumen:

Nombre: Bodegas La Flor de Ulloa.

Vivienda principal: Pazo datado en el siglo XVIII.

Familia:

Manuel Ulloa Pérez (Padre). Viudo. Edad: 60 años.

Roi Ulloa Delgado (Hijo). Edad: 36 años. Viudo. Dos hijas: Lía (6 años), Martina (4 años).

Antía Ulloa Delgado (Hija). Edad: 31 años.

Descripción: Por una invalidez del padre, los hijos manejan la bodega. Esta tiene un total de veinticinco hectáreas, aproximadamente. En la actualidad, tienen dos vinos Albariño diferentes que se distribuyen en España y están intentando salir al extranjero. Hace cuatro años construyeron el anexo a la casa para fomentar el turismo rural. Aparte de hospedaje, también ofrecen visitas guiadas a la bodega. Llevan dos años duros debido a varias plagas que han maltrecho las uvas, cosa que les limita la producción del vino.

Dejo de leer, pues no necesito saber nada más. Otra vez, Damián ha acertado de pleno. Miro las fotos que hay junto al expediente. Hay varias del pazo, donde se aprecia desde todos los ángulos. La foto de la entrada llama en especial mi atención. Si cierro los ojos, puedo imaginarme mientras desayuno sentado en ese fabuloso porche. La siguiente foto es del señor Ulloa, el padre. También hay fotos del hijo y varias de los viñedos que poseen, incluso hay alguna del pueblo al que pertenecen.

Me dejo caer en el respaldo de la silla para pensar en cómo enfocar mi propuesta y conseguir hacerme socio de esta bodega. Al moverme veo una visión única. Una impresionante morena. Su pelo oscuro le llega a media espalda, unos ojos color chocolate que brillan acompañados por una impresionante sonrisa. Ahora sí que no tengo más dudas. Voy a hablar con mi hermana para que me ayude a convencer a mi padre. Lo que tengo claro es que me escaparé unos días a Galicia, necesito conocer en persona cómo son las bodegas y asegurarme de que esa belleza existe de verdad.



CAPÍTULO TRES

Solo llevamos dos días de la semana y creo que me voy a volver loca. Últimamente, lo único que tenemos son problemas. Hay veces que pienso en rendirme, irme seis meses de escapada espiritual con los monjes budistas y que todo el mundo deje de tocarme las narices. Piensan que tengo poderes mágicos y puedo arreglarlo todo. Si Martina tiene miedo, que duerma en la cama con Antía. Si Roi llega borracho, que Antía le dé una charla. Si a mi padre hay que llevarlo a una revisión médica, que lo lleve Antía. Si se rompe una tubería que casi inunda parte de la cosecha, ¿para qué está Antía? A la mierda con todo. Empiezo a estar al límite.

Me levanto de nuevo con Martina al lado. Esta vez tiene excusa, ayer cayó una fuerte tormenta y ella tiene mucho miedo. Intento no despertarla, en eso ya tengo un máster. Me pongo mi ropa de deporte y bajo en busca de Apolo para hacer mi ejercicio matutino. A día de hoy, mi querido amigo perruno se conoce todos mis problemas, es mi desahogo. Con su compañía y lametones es el que me da el cariño para empezar el día. Hoy he madrugado más de lo normal, pues la cantidad de problemas que llevo encima no me han dejado descansar lo que necesitaba. Cuando ya hemos recorrido la distancia habitual y le he contado mis rollos a Apolo, volvemos a la casona para empezar otro día que no se presenta mejor que los anteriores.

—¡Vaya, buenos días! —le digo a mi hermano, que está sentado en la cocina con un café—. ¿Entras o sales?

—Antía, no estoy para gilipolleces —contesta sin saludarme siquiera.

—¡Uy! Perdone el caballero, no se ofenda su majestad. Siento haberlo incomodado —le reprocho, irónicamente.

—Ya veo que te has levantado *tocacojones* y salir a correr no ha servido para relajarte. A lo mejor necesitas un buen polvo, a ver si así dejas de molestar a tu hermano.

Lo que me faltaba por escuchar. Ya sé que lo está pasando mal, que echa de menos a Ester. Pero ella también era importante para mí y, desde que no está, yo me encargo de todo, incluso de sus hijas. Que lo hago encantada, que conste, pero que, encima, mi hermano tenga el descaro de reprocharme cosas es el colmo. Mis ojos se llenan de lágrimas por el dolor de sus palabras, pero no quiero llorar delante de él.

—A lo mejor, si en vez de emborracharte día sí y día también, te ocuparas de tus hijas, de ayudarme con la bodega o con papá, yo tendría el tiempo suficiente para echar ese polvo que

dices que tanto necesito.

Mis palabras han sido duras y mi tono también, pero es que estoy muy harta. No le doy opción a contestar, voy al baño a darme una ducha y relajar mis músculos. Antes de subir, me cruzo con mi padre que sale de su habitación; después de la lesión, él duerme en la parte de abajo. No dice nada, me conoce muy bien y sabe que ahora mismo necesito calmarme o arderá Troya.

En la ducha consigo descargar toda la rabia, frustración e impotencia que siento por estar al límite de mis fuerzas y mis lágrimas ya no se resisten y caen en cascada. No sé qué va a ser de mi vida. A mí también me gustaría poder enamorarme y formar mi familia, disfrutar de la vida, ser feliz.

He pasado parte del día con la revisión de las tuberías y las viñas para evaluar los daños. Roi ha estado persiguiéndome, sé que sufre cuando me hace daño con sus palabras y que está arrepentido, pero es lo que hay. He conseguido esquivarlo, esta vez se tendrá que ganar el perdón.

—Hola, *ruliña*^[1]. —Es el apodo cariñoso que Anxo utiliza conmigo.

—Hola, Anxo. ¿Va todo bien? No te he visto en toda la mañana.

Anxo siempre ha trabajado con nosotros en la bodega. Hace algún tiempo acabó el Grado de Enología, el que también tiene mi hermano, y nos ayuda mucho.

—He ido a llevar a mi madre al médico, por su problema con la ciática. ¿Me has echado de menos? —pregunta meloso.

Antes del accidente de Ester, Anxo y yo manteníamos una relación; no éramos novios, pero no nos importaba acabar la noche juntos y revueltos. Desde aquel fatídico día, además de que no tengo tiempo para nada, me di cuenta de que no lo quiero perder como amigo, que es un pilar importante en mi vida y decidí no seguir con él a nivel sexual. Después de las palabras de mi hermano y de la eterna sonrisa de niño pillo que siempre me dedica Anxo, mi mente se vuelve a plantear si será buena idea intentarlo de nuevo.

—Sabes que siempre te echo de menos —le digo.

Aprieto sus mofletes con mis dedos y le doy un suave beso en los labios. No sé por qué lo he hecho y supongo que en mis ojos se nota mi arrepentimiento.

—Antía, no juegues con eso. No puedes besarme y quedarte tan tranquila, sobre todo si no vamos a aliviar esto —dice, poniendo mi mano en su entrepierna.

—Perdón. No sé qué me ha pasado —le contesto avergonzada, y retiro mi mano con rapidez.

Coge aire y suspira con resignación, se da la vuelta y se aleja sin decirme nada. Todo esto es culpa de mi hermano y de este cuerpo traicionero que lleva mucho tiempo sin tener un desahogo como Dios manda.

Mientras veo cómo se aleja Anxo, el teléfono me saca de mis pensamientos. Lo cojo del bolsillo y veo la foto de mi loca amiga.

—¿Qué pasa, Gemita?

—Qué tonta eres. Hay veces que no sé por qué *carallo*^[2] soy tu amiga —me reprocha. No le gusta nada que la llame por el diminutivo.

—Porque me quieres, me necesitas y porque soy la mejor amiga del mundo. Son razones suficientes, ¿no crees?

—Pero, a ti, ¿qué narices te pasa hoy? Cuando eres tan irónica es que hay problemas en el

frente.

—Jolín, qué bien me conoces, amiga. —Suspiro para enfrentar cómo decirle que he metido la pata con Anxo—. Te lo voy a resumir: ayer se rompió una manguera, me he peleado con Roi, que me ha recordado que llevo mucho tiempo sin follar y necesito un buen revolcón, y he besado a Anxo.

—Nena, a ti no hay quien te entienda. ¿No decías que es un buen amigo y que se acabaron los líos con él? —me recrimina Gema, y con razón.

—Sí, y así es, pero no sé qué narices ha pasado para lanzarme así. Creo que mi cuerpo se empieza a revelar y, realmente, mi hermano no va equivocado; necesito desatascar las tuberías cuanto antes o acabaré por hacer alguna gilipollez peor que la de hoy.

—¿Quieres que quedemos para cenar y nos tomamos algo esta noche? —pregunta preocupada por mí.

—No quiero que tengas problemas con Felipe por mi culpa.

—No te preocupes por él. No se enfadaría por salir a cenar contigo. Igualmente, hoy trabaja. ¿A las nueve donde siempre?

—Vale. Nos vemos después, Gemita.

La oigo despotricar como una loca cuando cuelgo el teléfono. Mi amiga tiene la gran habilidad de hacerme reír. Está como una cabra, pero siempre que la necesito nunca falla. Nuestra amistad va por encima de todo, así se lo dejó claro a Felipe, su novio. El pobre es un santo con ella, es impresionante la forma en cómo la mira. Esa mirada deja claro que ella es la mujer de su vida y no hay otra a la que adorar. Son las personas más diferentes que he conocido. Gema es un torbellino, pura energía, siempre dispuesta para la fiesta, desorganizada hasta decir basta, impulsiva; pero, sobre todo, amiga de sus amigos, dulce y con un enorme corazón. En cambio, Felipe es la persona más tranquila que he visto en mi vida, nada lo desestabiliza, es paciente y serio, todo tiene que estar programado y en su sitio. Así que imaginaos el panorama.

Hemos acabado de cenar y estamos en una de las microdiscotecas de un pueblo cercano al nuestro. No nos apetecía tropezar con las mismas caras de siempre.

—Nena, quita esa cara de acelga. Muchas ganas de echar un polvo no tienes, si no, te hubieses puesto algo más sexi —me recrimina Gema, mirándome con reproche.

—No voy tan mal. Hemos salido a cenar y tomar algo. Para eso es suficiente un tejano y una camiseta, ¿no?

—Bueno, tú sabrás. Yo voy más que servida con mi guardia civil, que cumple a la perfección.

—Joder, tía, lo dices como si solo sirviera para eso. Pobre Felipe, como te oiga...

—Yo no he dicho eso. Mi Felipe es un sol y tiene muchas habilidades, pero cabe destacar que la del sexo supera a muchas otras. No te haces una idea de cómo hace trabajar esa lengua que tiene, consigue hacerme llegar al orgasmo en un segundo. Por Dios, solo de pensarlo ya me pongo cachonda.

—Sabes, creo que todos esos detalles tan íntimos —le digo, haciendo hincapié en la última palabra— sobran. Primero, no me interesan, y después, si fueras una buena amiga, no los explicarías cuando sabes que estoy en sequía desde hace tanto tiempo.

—Perdón, perdón. Soy una pésima amiga. Pues cambiamos de tema. ¿Explícame algo?

—¡Uy, no! En vez de acabar calientes, acabaríamos llorando por lo triste que es mi vida.

—Bueno, pues entonces, vamos a mover un poco el esqueleto, que eso siempre ayuda, tanto con el calentón como con la tristeza.

Sobre las tres decidimos acabar la noche y salimos del local mientras reímos como unas locas. Necesitaba una sesión así. Bajamos por la acera para llegar al coche de Gema, que es el que hemos traído, cuando las dos nos quedamos clavadas con la mirada en una persona que se acerca con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

—Nena, ¿ese no es tu hermano? —pregunta Gema, señalándolo con la cabeza.

—Sí, eso creo. No sabía que habían abierto ese garito de nuevo —le digo, cuando lo vemos entrar en un *pub* que llevaba cerrado mucho tiempo.

—Ni yo tampoco. ¿Entramos a ver cómo lo han dejado?

—No, tía, paso de entrar y encontrarme con él.

—¿Será lo mismo que decían que era? —pregunta con la boca pequeña.

—No lo sé, Gema, y no pienso averiguarlo. Mi hermano ya es mayorcito. Ya cuido de sus hijas, solo faltaba tener que hacerlo con él también.

Las malas lenguas dicen que, antiguamente, el local en el que ha entrado Roi era un sitio de intercambio de parejas y donde poder disfrutar del sexo sin ningún pudor. Lo cerraron por varias quejas, y no sabíamos que había vuelto a abrir. Tampoco tenemos ni idea de si su apertura implica que en su interior se realicen las mismas actividades que antaño.

Intento desviar mis pensamientos del recinto donde hemos visto entrar a mi hermano y decidimos que es hora de irnos a dormir. Mañana hay que trabajar y veremos quién se levanta. Veinte minutos más tarde, Gema me deja en casa. Antes de entrar, me siento un rato en el porche, observando la luna y las estrellas. Un suspiro sale de mi boca, estoy perdida, no sé qué hago con mi vida. Tengo muchas cosas importantes a mi alrededor, pero, en cambio, no soy feliz. Hace tiempo que no disfruto, que no me ilusiono por algo, que todo es tan monótono...

—Amiga, cuánto te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí. A veces hasta parece que te oigo pegándome la bronca. No sabes la falta que nos haces...

Me limpio las lágrimas y un escalofrío recorre mi cuerpo, aunque es verano, a estas horas de la noche refresca, así que decido irme a dormir. Se acabaron las lamentaciones, hay que volver a ser fuerte, ahora no puedo flaquear. Mañana será otro día.



CAPÍTULO CUATRO

Hay momentos en la vida en los que te planteas si vale la pena el esfuerzo que haces a diario. Incluso, pienso que, a lo mejor, mi padre tiene razón y soy yo quien debería estar en su lugar, que el que tenía que haber muerto soy yo. Ese pensamiento no es tan asiduo como antes; la verdad es que las terapias con la psicóloga, a las que mi madre me obligó a ir, me ayudan bastante. Aún falta mucho recorrido, lo demuestran los pensamientos anteriores o que algunos días me despierto empapado en sudor por los horribles sueños que todavía tengo.

Sacudo la cabeza para deshacerme de ese juicio al que me someto, a veces, para centrarme en la reunión que tiene lugar en la sala de juntas. Nos reunimos una vez al mes para revisar cómo van los números y que todo funcione correctamente. Esta reunión es la única donde mi padre hace acto de presencia, solo para juzgar cada paso que damos y que nunca son de su agrado.

—Estoy pensando en invertir en España. Unas bodegas que necesitan apoyo económico.

Se crea un silencio en la sala y todos me miran asombrados. He cortado a nuestro director financiero para soltar la bomba. No sé por qué lo he hecho. Quería hablar con mi hermana y asegurarme de que le parecía una buena idea antes de plantearlo siquiera. Aunque ella no dirige el *holding* familiar, siempre le consulto cualquier paso que decido dar. No entiendo qué ha podido pasar para saltarme mis propias normas, supongo que el hecho de tener una nueva motivación, una que me ha devuelto un poco la alegría, no ha permitido valorar las consecuencias de soltar la información en la junta.

—Ahora no es momento de invertir en nada, Lucas —me recrimina mi padre.

—Hace tiempo que queríamos hacerlo, ¿por qué no ahora?

—Para empezar, el que quiere invertir en España eres tú. Los demás nunca hemos visto esa necesidad. Y segundo, parte de los beneficios del año pasado se van a invertir en la renovación de la bodega y nuevas máquinas; cosa que sabrías si hubieras estado atento a la reunión en vez de tener la cabeza a saber dónde.

—Perfecto. Me largo —le digo, levantándome de la silla—. Parece que tú ya lo tienes todo controlado, así que no me necesitas para nada. Buenos días, señores.

Salgo con la rabia contenida y se nota, incluso mi secretaria se hace a un lado cuando paso como un huracán y doy un portazo que parece mover los cimientos. El primer objeto que paga mi frustración es la lámpara que hay en mi mesa, que se hace añicos cuando impacta en el suelo. Me muevo como un león enjaulado de una punta a otra de mi despacho. Estoy hasta los cojones de que

mi padre siempre acabe arruinando mis ilusiones, pero esta vez no le pienso dar el placer. Si no invierto en nombre de la empresa, lo haré en el mío propio. Ahora ya no hay dudas, voy a hacer todo lo posible para invertir en las Bodegas La Flor de Ulloa.

—¿A qué viene tanta prisa, Lucas? Nuestra próxima sesión no es hasta dentro de quince días —pregunta la psicóloga, sentada frente a mí.

Una vez me calmé e intenté no seguir rompiendo objetos, me di cuenta de que necesitaba sacar toda la rabia interior o la cosa se volvería a descontrolar.

—Llevo varios días con los pensamientos del principio. Los sueños han vuelto a ser más recurrentes y el capullo de mi padre está consiguiendo su afán de acabar conmigo. ¿Le parecen motivos suficientes?

—Lucas, guárdate esa ironía o te largas —me recrimina enfadada.

Es una mujer joven, no debe de pasar los cuarenta años, es firme y sería, no deja pasar ni una. Es una gran profesional y siempre consigue que hable y escupa todo lo que llevo dentro. Es la única persona que conoce todos mis miedos e inquietudes, vicios y debilidades.

—Vale, perdona. No era mi intención hacerte enfadar. Solo estoy encallado y necesito uno de tus empujones.

—Está bien. Cuéntame lo que te ha pasado hoy para que hayas perdido el control.

Así es como, con esa frase, consigue que empiece a vomitar mi rabia y frustración. Le explico cómo me hace sentir mi padre, que tiene esa habilidad de leerme y siempre meter el dedo donde más duele. Me hace sentir como un niño pequeño que tiene un berrinche tonto.

—A ver, Lucas. Por todo lo que has explicado desde que nos vemos, unos dos años, esto no es ninguna novedad. La mayoría de tus problemas giran entorno a tu padre. Ya hemos comentado en varias ocasiones que la solución es poner distancia con él. ¿Qué te lo impide? —pregunta.

—Muchas cosas. La empresa familiar, mi madre, mi hermana, el pasado...

—Estás muy equivocado, Lucas. Lo que te impide hacer tu vida lejos de ese padre autoritario que te hace sufrir y vuelca su fracaso en ti es el miedo, la culpabilidad. Eres un hombre adulto, resuelto, inteligente... que puede hacer lo que quiera en la vida. Solo tienes que proponértelo, querer y dejar que los miedos no te venzan. Si no tienes el apoyo de tu padre para invertir en la bodega que quieres, no te rindas, busca la solución por otro lado. Si estás harto de su control y sus reproches, busca hacer tu vida, puedes estar ahí y ayudarlos, pero no dejes que nadie perjudique la búsqueda de tu propia felicidad.

Cuando salgo de la consulta mi cabeza es un hervidero de pensamientos para asimilar todo lo que me ha dicho. Tiene mucha razón y sé que es un ejercicio difícil, no es tan fácil poner todo en práctica. Lo que tengo más claro es que mi nueva motivación no le va a ser a mi padre tan fácil de destruir, con su apoyo o sin él, voy a invertir en las bodegas.

He llamado a mi hermana para que me invite a cenar, así puedo estar un rato con mis sobrinos y, de paso, le cuento la idea de invertir que tengo. Si todo sale bien, es una gran oportunidad, y si ella quiere colaborar, lo haremos juntos.

—Hola, hermanito —me saluda Fabiola con dos besos y un abrazo.

—¿Cómo estáis? ¿Dónde están mis sobrinos? —le pregunto.

—Enzo los está bañando, mientras yo hago la cena. Sube, si quieres, y lo ayudas, así yo acabo en la cocina —me dice con un guiño.

Subo los escalones y voy a uno de los baños, desde donde salen las risas y los chillidos de Gio, el mayor por dos minutos, y Piero, el pequeño. Mi cuñado, Enzo, hace de monstruo y ellos intentan huir, están dentro de la bañera, así que os podéis hacer una idea de cómo está el suelo de agua.

Enzo es un hombre extraordinario, tiene treinta y cinco años y es un gran arquitecto. Pero lo más importante es que adora a mi hermana y a sus hijos. Viene de una gran familia, creo que son cinco hermanos, así que siempre ha estado rodeado de ruido, risas y amor, mucho amor. Su relación con mi padre tampoco es muy buena, es totalmente consciente de cómo nos trata y de la cantidad de comentarios hirientes que nos regala, sobre todo cuando estamos rodeados de gente. Si algo tengo claro es que sé que puedo contar con él para cualquier cosa.

—Vaya lío tenéis aquí montado —les reclamo para hacerme ver.

—¡Tío Lucas! —chillan los dos al unísono.

—Hola, cuñado. Creo que vienes muy guapo para visitar a tus sobrinos. —Una vez acaba de decir eso, noto como mi pantalón se pega a mi pierna por la humedad.

—¡Mida, me he hecho una pupa de guerra! —dice Piero, con su lengua de trapo, y levanta la pierna para que mire su rodilla raspada.

—¡Vaya! Eso tiene que hacer mucho daño. Eres muy valiente —le digo, mientras estiro la toalla para que salga de la bañera.

—No es tan valiente, ha llorado mucho hasta que mami le ha puesto una pegatina —reclama Gio con sus celos.

Después de casi tres cuartos de hora, varias persecuciones por la habitación, guerra de almohadas y de enseñarme unos dibujos nuevos del colegio, conseguimos sentarnos los cinco a la mesa y degustar la exquisita cena que ha hecho Fabi. No es amor de hermano, pero es que cocina muy bien. Mientras ellos acuestan a los pequeños, yo me quedo recogiendo la cocina y friego los platos, así, cuando bajen, podremos sentarnos a charlar tranquilos.

Estamos acomodados en el salón y degustamos un magnífico *whisky*, mientras miramos la documentación que me proporcionó Damián sobre las Bodegas La Flor de Ulloa. Mi hermana lee el informe y mi cuñado mira las fotos que van adjuntas.

—Fabi, creo que puede ser una gran inversión. Fíjate en las edificaciones, son fantásticas y tienen muchas hectáreas. No pasan por su mejor momento y necesitan una inyección económica.

—La verdad es que el pazo es una pasada —comenta mi cuñado alucinado.

—¿Y tú crees que esta gente va a querer unos socios italianos, a los que no conocen de nada? ¿Te has fijado que es un negocio familiar que lleva varias generaciones? —me pregunta mi hermana.

—Lo sé. Va a ser difícil, pero nos necesitan. Por eso he decidido hacer una escapada la semana que viene, ir como huésped a la casa rural y ver cómo es todo aquello en persona. Me gustaría que vinieras conmigo —le pido a mi hermana con cara de pena.

Fabiola ayuda a su marido con la organización de sus proyectos y además colabora media jornada con una ONG, así que no creo que tenga problema para escaparse unos días conmigo. Ella mira a mi cuñado para pedir su opinión, ya que, si se viene, él, con la ayuda de mi madre, tiene que quedarse con los pequeños. Enzo afirma con la cabeza y le regala media sonrisa. Oigo a mi hermana bufar y ya sé que la hemos convencido.

—Bueno, me va a ir bien desconectar unos días —nos dice, quitándome de la mano las fotos de la familia—. Caramba con los hermanos Ulloa...

Mi cuñado frunce el ceño y a mí se me escapa una carcajada. La verdad es que los dos hermanos se parecen mucho físicamente y son muy atractivos.

—¿Tengo que preocuparme? —le pregunta Enzo a mi hermana, elevando una ceja.

—Ya sabes que no, cariño. Tú eres el hombre de mi vida y no voy a querer a nadie como te quiero a ti. Pero tengo ojos, cielo.

Acaban los dos riendo, uno encima del otro, y esa es la señal inequívoca de que debo irme. Me despido de ellos, aunque no me hacen ni puñetero caso, están demasiado ocupados, manoseándose.

Cuando llego a casa, y después de ponerme cómodo, me instalo en el despacho y abro el ordenador para enviar un *e-mail* y así reservar nuestra escapada a Galicia. Parezco un niño pequeño con un juguete nuevo, así lo demuestra la sonrisa tonta de mi rostro.



CAPÍTULO CINCO

Son las siete y media de la mañana y aquí estamos, Apolo y yo, estirando los músculos para iniciar nuestra salida matutina a correr. Bueno, la que estira soy yo, Apolo solo me mira y gira la cabeza de un lado al otro mientras espera impaciente mi gesto para arrancar. Vamos con calma hasta el inicio del sendero. Siempre empezamos y acabamos en el camino que lleva a casa de Sabela.

—Buenos días, nenita —me saluda la anciana, mientras aporrea un limonero con un palo.

—Buenos días, doña Sabela. Si que ha madrugado hoy. —Me extraño, porque normalmente la encontramos a la vuelta.

—Quiero hacer un bizcocho y no tengo limón.

Doña Sabela es una señora viuda, sin hijos y sin edad determinada. Yo la recuerdo desde que tengo conciencia, siempre de negro y su cabello canoso arreglado con un moño bajo. Las malas lenguas dicen, bueno, dicen muchas cosas, pero sobre todo que tiene algún tipo de poder. Concretamente que es una *meiga*^[3]. Yo sé que, si se lo pides, te echa las cartas y te cuenta lo que ve en ellas. A mí me da un poco de mal rollo y nunca le he pedido semejante hazaña, pero muchas veces ha sido ella, por propia voluntad, la que explica, con frases que nadie entiende, lo que ha visto y qué debo tener en cuenta. Yo se lo agradezco, que conste, el problema es que es tan poco clara y directa que en la mayoría de las ocasiones no la entiendo. Recuerdo que, dos días antes del accidente en el que falleció Ester, la encontré por la mañana, me esperaba en la puerta, estaba pálida y yo creí que se había puesto enferma. Ese día dijo: «Nenita, todo en la vida pasa por alguna cosa, las almas se conectan y son llamadas para otros objetivos. Vas a tener que ser fuerte, se avecinan duros momentos y vas a llevar un gran peso». No asimilé sus palabras hasta unos días después.

—A ver, déjeme ayudarla, que se va a hacer daño —le pido, mientras cojo el palo que me ofrece.

—Gracias, nenita. ¿Qué tal van las cosas por casa?

—Pues... van. Podría hablar con algún alma para que venga a echarnos una manita o, por lo menos, que nos quite de encima la mala racha que llevamos —le pido resignada.

Últimamente no hay forma de que las cosas salgan bien, parece que no hemos sido buenos en

otra vida, porque es una detrás de otra y no somos capaces de levantar cabeza.

—Tienes que hacer más caso a esta vieja. Las cosas de la vida pasan por algo, todo tiene un fin. Para llamar a la buena suerte, primero, hay que sanar el alma. En este caso la tuya, para que todo fluya a tu alrededor.

—Pues ya me dirá usted cómo lo hago —le pido, mientras recojo tres limones, que por fin han caído.

—Solo voy a decir que tu ayuda viene llena de dibujos. Solo tendrás que abrir la mente.

—¡Ay, doña Sabela! No entiendo nada —le digo resignada—. Si no necesita nada más, voy a correr un rato.

No contesta. Se despide de mí con una sonrisa y palmea mi cara, dándome por imposible.

Esto es una locura. No hay manera de que los números salgan, no tengo ni idea de cómo vamos a hacer para pagar todas las manos que necesitamos en la vendimia. No he creído a mi padre hasta que me he sentado en el despacho con las cuentas. A veces, él es un poco exagerado, así que, aunque lleva varios días diciéndome que deberíamos sentarnos para valorar las opciones que tenemos, no ha sido hasta hoy que he conseguido ponerme delante del ordenador... y maldita la hora.

—Hola, *ruliña* —me dice al oído Anxo, al que no he notado entrar, y casi sufro un infarto del susto.

—¡Tú eres tonto, jolín! —le recrimino con un tortazo en el brazo.

—Lo siento, pensé que habías oído que entraba —se disculpa, riéndose de mí—. Sí que estabas concentrada. ¿Qué miras?

—Odio los números, sobre todo si son rojos. Esto está complicado Anxo, no sé cómo vamos a hacer frente a todas las deudas que tenemos. Es una rueda, si no hay dinero, no podemos contratar mano de obra; sin mano de obra, no podemos hacer vino, y sin este no tenemos ganancias. Yo ya no sé qué más hacer.

Mi desesperación va implícita en mi tono de voz y Anxo es totalmente consciente de mi estado, nos conocemos de toda la vida. Coge una silla y se sienta a mi lado, rodea mis hombros y me acerca a su cuerpo. Yo me acurruco en su pecho y abrazo su torso. Me da mucha rabia que sepa entenderme tan bien, siempre tiene claro cuándo necesito un abrazo. Lo que daría yo por sentir amor de verdad por Anxo, es el hombre perfecto por el que cualquier mujer perdería las bragas con su sonrisa; en cambio, a mí no se me remueve nada de nada, aparte de gratitud por su apoyo y amistad.

—Todo se va a arreglar. Encontraremos una solución y, dentro de un tiempo, nos reiremos de estos malos momentos.

—Ojalá tengas razón, porque no sé si voy a resistir mucho más.

Nuestra charla se ve interrumpida por Lía, que llora como si no hubiera un mañana y viene buscando consuelo. La pequeña es pura actividad, locura y alegría. Si Martina es el retrato de su madre, Lía es Ulloa. Es imposible no reírte con ella, aunque, en esta ocasión, parece muy afectada.

—¿Qué pasa, Campanilla? —le pregunto al ver su estado.

—Papá ha pisado a Clemen y le ha roto un brazo —explica entre suspiros—. Ahora no puedo jugar con ella. ¿Cómo vamos a ir de paseo con Apolo si le falta un brazo? A ver, ¿cómo?

Su carita está mojada por las lágrimas, su nariz roja de llorar y su expresión de duda por cómo va a afrontar la falta del brazo de su muñeca. La pobre, realmente, está afectada, pero como es una niña tan expresiva, tanto Anxo como yo, estamos haciendo todo lo posible para mantener la compostura y no romper a reír.

—¿Y dónde tenemos a Clemen ahora? —le pregunta Anxo, subiéndola a sus piernas.

—Papá se la ha llevado al hospital de muñecas. Va a ver si la puede salvar.

—Clemen es muy valiente, yo creo que se va a salvar y podrá volver a ir de paseo con Apolo.

—¿Lo crees de verdad, Anxo? Yo no lo tengo muy claro, estaba en muy mal estado. —Ha dejado de llorar para explicarnos la situación, y yo no sé cuánto más podré aguantar sin reír.

—Vamos a hacer una cosa. Mientras esperamos, vamos a ir a la cocina y le pedimos la merienda a Sara. Seguro que tiene ese chocolate mágico que cura las penas. ¿Te apetece?

—Es una gran idea, Anxo. A ver si se me pasa un poco esta pena.

Esta pequeñaja es tremenda, tiene la habilidad, con su inocencia, de hacerte olvidar los problemas por un rato. Pero, una vez salen del despacho, despidiéndose con besos, soy consciente de que tengo que volver a la realidad.

Son la nueve de la noche, mis tripas no paran de sonar del hambre que tengo, la cabeza me va a explotar de revisar los números tantas veces y, después de tantas horas, todavía no he conseguido llegar a ninguna solución. ¡Maldita sea!

Cuando me doy por vencida y estoy a punto de cerrar el ordenador, llega un correo. Es para una reserva; qué bien nos vienen estas visitas.

De: Lucas Mancini <lmancini@hotmail.it>

Para: Bodegas La Flor de Ulloa <flordeulloa@hotmail.com>

Enviado: 05 de julio - 21.05h

Asunto: Reserva semana.

Buenas noches,

Hemos encontrado por internet sus bodegas. El sitio es precioso y estaría interesado en reservar una semana en la casa rural. ¿Nos podrían indicar si tienen disponibilidad de una habitación doble para la semana próxima? Llegaríamos el domingo. También nos gustaría realizar alguna visita a las bodegas.

Les agradeceríamos nos informen lo antes posible para organizar nuestro viaje, ya que vivimos en Italia, así como las tarifas y características de la vivienda.

Quedamos a la espera de dicha información.

Un saludo,

Lucas Mancini.

Creo que es la primera pareja de italianos que tendremos en la casa. Hace dos años tuvimos a unos franceses, y el año pasado, unos irlandeses. Por lo menos, la inversión en el anexo, para hacer la casa rural, funciona bien. Mis tripas tendrán que esperar un poco más hasta que conteste el *e-mail*, no quiero dejar escapar una entrada de dinero; no nos lo podemos permitir y, para la semana que viene, todavía nos quedan dos habitaciones libres.



CAPÍTULO SEIS

Alargo la mano para parar el maldito teléfono. Ya decía yo que no tenía que haber salido ayer. Menos mal que hoy ya es viernes. Estoy muerto de sueño, creo que he dormido cuatro horas. Ayer, mientras escribía el *e-mail* para reservar la semana en Galicia, recibí una llamada de Carlo. Estaba con Damián tomando algo y acabaron convenciéndome para unirme a ellos, y yo, que soy fácil de convencer y cualquier excusa es buena para salir de esta casa, pues fui con ellos. Damián se marchó pronto con no sé qué pretexto de un trabajo, y ya os podéis imaginar cómo acabamos Carlo y yo. Dos preciosas chicas se unieron a nosotros, al vernos tan solos, y terminamos los cuatro enredados en el piso de Carlo.

Disfruto del sexo, me encanta hacer gozar a las mujeres y ver cómo tiemblan en mis brazos cuando se corren. También me pone muy cachondo mirar a mi alrededor y ver que más gente disfruta, sin ningún complejo, de la satisfacción del buen sexo. A los tres mosqueteros, como mucha gente nos llama a Damián, Carlo y a mí, nos gusta poder compartir mujeres, siempre con su consentimiento, por supuesto. Cuando ellas acaban en una habitación con nosotros conocen perfectamente las normas, respeto, ante todo; saben que compartimos y disfrutamos, pero, sobre todo, que solo es sexo.

Las chicas de ayer por la noche eran dos rubias impresionantes, no recuerdo sus nombres, ya os he dicho que nosotros solo tenemos sexo y disfrutamos. Lo que sí recuerdo son los gemidos de las dos mientras estaban estiradas en la cama, con las piernas abiertas y las saboreábamos. O la fantástica boca de la más alta cuando mimaba mi miembro y masturbaba a Carlo con una mano. Esos son los momentos que permiten vaciar mi cabeza de problemas y centrarme en pasarlo bien y dejar satisfechas a las mujeres que comparten un rato conmigo.

Me levanto de la cama de un salto para ponerme en movimiento y no llegar tarde. Como siga con los pensamientos de la noche anterior, tendré que ducharme con agua fría para hacer bajar mi erección, que ya suele hacer acto de presencia por las mañanas, pero si mi mente no está activa, baja con facilidad.

Cuando bajo a desayunar me encuentro con mi padre y mi madre en la cocina. Como siempre que está él, intento no quedarme, así que cojo dos piezas de fruta y me despido de mi madre con un beso y de mi padre con un adiós sin emoción. Estoy saliendo de la casa para coger el coche y oigo a mi madre llamarme, ha salido detrás de mí.

—Lucas, cariño. ¿Va todo bien?

—Claro, mamá. —Sé que está preocupada por mí, siempre lo está.

—Ayer dijo tu hermana que pensáis ir a España a visitar unas bodegas para invertir. —Pongo los ojos en blanco. Mi hermana es una chivata.

—Sí, estoy a la espera de una respuesta para hacer la reserva.

—Me hubiera gustado enterarme por ti. Echo de menos nuestras charlas y que me cuentes tus cosas, hijo.

Tiene razón, yo siempre le he contado todos mis planes a mi madre, hemos tenido una relación cercana y disfrutaba con sus consejos cuando me veía perdido. Desde el dichoso suceso que nos dejó a todos rotos, creo que nos hemos vuelto más taciturnos y cada uno carga con su pena sin querer preocupar a los demás; hecho que nos ha distanciado sin darnos cuenta.

—Lo siento, pero he estado muy liado últimamente con el trabajo. Ya ves que paro poco por casa —me excuso, aunque mi madre es muy lista y no se lo cree.

—Pero para ir de fiesta y liarte con todas las mujeres del pueblo y alrededores sí tienes tiempo. —Nota mi malestar por sus reproches y suspira para tranquilizarse—. Lucas, cariño, ya he perdido a un hijo, no quiero perder a otro, no sería capaz de superarlo.

La abrazo, porque las palabras no me salen de la garganta. Sé que, aunque siempre parece que está contenta, su interior arrastra mucho dolor. Lo último que quiero es hacerle más daño, pero no estoy preparado para volver a esos recuerdos que tanto me afectan y pueden destruirme.

—Mamá, debo irme o llegaré tarde. ¿Por qué no bajas a mediodía y comemos juntos? —le pregunto para aliviar un poco su preocupación por mí.

Ella acepta mi propuesta y quedamos en vernos a la una y media en el restaurante que hay enfrente de nuestra oficina. Cojo el coche y conduzco por inercia hasta la ciudad, con mis pensamientos en otros momentos de mi vida, cuando las malas decisiones no me martirizaban y era feliz.

Una vez me siento frente a la mesa del despacho y mi secretaria ya ha hecho el parte de la agenda, enciendo el ordenador y encuentro la respuesta al *e-mail* de las bodegas.

De: Bodegas La Flor de Ulloa <flordeulloa@hotmail.com>

Para: Lucas Mancini <lmancini@hotmail.it>

Enviado: 05 de julio - 21.35h

Asunto: RE: Reserva semana.

Buenas noches,

Muchas gracias por confiar en nuestra casa rural. Seguro que no se arrepentirán de visitarnos, nuestro paraje es uno de los más bonitos de la zona. Como ya habrá podido comprobar en nuestra página web, el edificio principal es un pazo datado en el siglo XVIII, en perfectas condiciones, pues la familia Ulloa vive en él. Hace cuatro años se decidió crear un anexo al edificio que consta de cinco habitaciones, con baño independiente, para que los visitantes puedan disfrutar de la bodega y su entorno.

Le confirmo que tenemos disponibilidad para la semana que usted solicita, así que serán bienvenidos. La tarifa para esas fechas es de cincuenta euros la habitación, por noche. La cocina es comunitaria y se encuentra a su entera disposición; si por el contrario, quisieran añadir la comida o la cena, sería un precio aparte, nueve euros al mediodía y doce para la noche. El desayuno entra dentro del precio de la habitación.

Para la visita a las bodegas no hay ningún inconveniente, una vez estén aquí, se acuerda el día que mejor les vaya.

*Esperamos entonces la confirmación de su visita, si todo se adapta a su interés.
Quedamos a su disposición para cualquier duda o aclaración adicional.
Un saludo,
Bodegas La Flor de Ulloa.*

Contesto al *e-mail* y respiro más relajado, en mi cabeza cabía la opción de que estuviera completo y no pudiéramos ir. Le envío un mensaje a mi hermana para confirmarle la reserva y las fechas en que nos iremos, y le pido a mi secretaria que realice las reservas de avión y un coche para poder desplazarnos. Ya todo está en marcha, me recuesto en la silla y una tonta sonrisa de satisfacción acude a mi cara. Quiero un trozo de esas bodegas y haré todo lo que esté en mis manos para conseguirlo.

Cuando bajo al restaurante, ya distingo a mi madre, esperándome en la puerta. Cuando me ve, sonrío con cariño. Si la miro bien, en su rostro se nota el dolor, es una mujer muy guapa y físicamente está muy bien; se mantiene en forma con las clases de *aquagym* y *zumba* que comparte con sus amigas. Es muy distinta de Fabi o de mí en el físico. Su pelo es castaño y lo lleva con media melena, sus ojos son de un color verde oscuro, pero su mirada no brilla de la misma forma que hace unos años y tiene esas arrugas que salen con las preocupaciones.

—Hola, mamá. Estás muy guapa. —Lleva un vestido de flores veraniego que le queda muy bien.

—Hola, cariño. No seas zalamero. Vamos a comer, que no puedo tardar en volver. Tu padre se ha quedado gruñendo como hace siempre.

—No sé de qué coño se queja, seguro que le has dejado la comida hecha, ¿verdad? —No contesta, pero asiente con la cabeza, avergonzada—. No puedo entender cómo todavía lo aguantas y no lo mandas a la mierda.

—Lucas, hijo. Tu padre no es un mal hombre. —La miro arqueando mis cejas, asombrado—. Ya sé que no es nada cariñoso y siempre ha sido duro con vosotros, pero es que proyecta lo único que ha conocido. Sus padres no fueron de lo mejor y en nuestra época, a la mínima, te caía un bofetón, sin más, no se andaban con tonterías. Con los años se ha vuelto más rudo y gruñón, pero a mí me ha dado buena vida, no puedo quejarme. Creo que, desde hace dos años, todos hemos cambiado mucho y lo llevamos como podemos. Deberías intentar entenderlo; últimamente, siempre estáis a la defensiva, ya no os escucháis y, a la primera de cambio, sacáis las garras.

—Mamá, en ese asunto nunca vamos a estar de acuerdo. Si queremos tener una comida tranquila, mejor cambiamos de tema. —Suspira, dándose por vencida.

—Está bien. Vamos a entrar y a comer con tranquilidad. Así me explicas esa nueva idea tuya de invertir en España.

Pasamos casi dos horas entre comer y charlar. Le comento las ganas que tengo, ya hace tiempo, de invertir en España. Le gusta la idea, sobre todo al saber que lo quiero hacer en su tierra, y prometo enseñarle el expediente para que me dé su opinión del lugar.

El día sigue sin pena ni gloria; varias reuniones, un mensaje de mi hermana donde confirma que ha podido arreglar todo con Enzo, otro de Carlo para decir que ya tiene las entradas para la fiesta del Scusa y, el último, de Idara para saber si vamos mañana a la fiesta. Les contesto a todos antes de salir, y cuando recojo son casi las ocho de la tarde. Hora de irse a casa a reponer fuerzas,

hoy me voy a ir pronto a la cama, como los niños buenos, mañana nos espera una tremenda noche.
Estas fiestas suelen ser muy apoteósicas.



CAPÍTULO SIETE

Es sábado y, aunque no trabajamos al mismo ritmo que durante la semana, hoy también tenemos faena. Antes de salir de la casona, repaso los correos para ver si, al final, los italianos se deciden a venir; nos iría muy bien una entrada de dinero. Veo que tengo un *e-mail* del señor Mancini.

De: Lucas Mancini <lmancini@hotmail.it>
Para: Bodegas La Flor de Ulloa <flordeulloa@hotmail.com>
Enviado: 06 de julio - 08.15h
Asunto: RE:RE: Reserva semana.

*Buenos días,
Perfecto, estamos interesados entonces en reservar una habitación. Llegaremos el domingo a media tarde. La estancia sería hasta el domingo siguiente, que saldríamos temprano para regresar a Italia.
En caso de algún inconveniente o posible retraso, estamos en contacto por e-mail o llamaremos al teléfono que indican en la web.
Un saludo,
Lucas Mancini*

Mientras estoy leyendo el *e-mail* para la reserva, recibo una llamada de Rafa. Me pide que vaya a la nave donde embotellamos, me inquieta el tono de su voz. Rafa es un empleado y amigo de mi hermano, así que, tan pronto cuelgo la llamada, voy hacia allí. Cuando entro no puedo creer lo que veo, hay cajas y cristales por el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto. Creo que estoy pálida.

—No sé quién coño ha colocado las últimas cajas, pero como puedes comprobar, lo ha hecho como el culo. Hemos perdido unas cuarenta botellas de las caras.

Lo que nos faltaba. Pero ¿qué narices habremos hecho nosotros, en otra vida, para que todo nos salga mal? Las botellas que se han roto valen mucho dinero, son del vino más exclusivo que tenemos y van grabadas con un dibujo.

—El otro día le pedí a los chicos que las teníamos que sacar de aquí, que íbamos a tener un disgusto —nos comenta Rafa.

—El problema es dónde las metemos —les explico—, la nave de arriba está llena y no cabe

nada más.

—Estoy hasta los cojones de que la gente no tenga más cuidado. Al próximo fallo, como me entere del culpable, se va a la puta calle —dice mi hermano, y sale por la puerta con un cabreo de narices.

—Rafa, por favor, busca a alguien que te ayude a recoger todo esto, asegurad el resto de las botellas y, cuando puedas, me pasas el informe de daños para ver qué pérdida hemos tenido. Voy a buscar a mi hermano, a ver si lo puedo calmar o va a acabar echándonos a todos.

Salgo de la bodega y voy directa al campo que hay al lado de la nave. Cuando Roi se cabrea, si todavía hay fruto, suele meterse en medio de las viñas y revisa los racimos de uvas, casi lo hace una por una. Supongo que es su manera de relajarse. Así que ahí lo encuentro, al fondo de la segunda fila, arrodillado frente a una de las cepas.

—Roi, no puedes enfadarte así, total, ahora el desastre no tiene remedio.

—Me molesta tanto que pasen estas cosas y, encima, cuando más apurados vamos. Antía, he mirado las cuentas y estamos jodidos.

—Lo sé, saldremos de esta, como salimos de todas. —Hasta a mí me cuesta creer en mis palabras—. Pero, para eso, te necesito a mi lado, tenemos que estar unidos, no podemos decaer ahora o vamos a tener que tomar medidas drásticas, y me niego.

—Eres muy optimista, hermanita. No hay muchas soluciones. Cada día hay un gasto diferente, los números cada vez están más rojos y, por si fuera poco, ayer revisamos las cepas de los campos de arriba y no sé si podremos hacer ni la mitad del vino que teníamos pensado.

Me pongo enfrente de él y levanto su cara con mis manos para que me mire. Lo quiero mucho, me duele tanto por todo lo que está pasando. Ojalá pudiera sacar esa pena de su mirada y su corazón; daría cualquier cosa por poder volver a disfrutar del Roi alegre y bromista, ver cómo vuelve a recuperar las ganas de seguir adelante y consigue encontrarse a sí mismo de nuevo.

—No podemos darnos por vencidos —le suplico, abrazándome a su cuerpo—, esta es nuestra vida, lo que sabemos hacer. Aquí han vivido nuestros bisabuelos, los abuelos... no quiero pensar en otra vida lejos de aquí.

—Antía, no tenemos por qué irnos. Yo tampoco quiero alejarme de todo esto, pero hay que tomar decisiones y es posible que algunas no nos gusten. De momento, vamos a centrarnos en la próxima vendimia, a ver qué pasa —propone, mientras me abraza y deja un beso en mi cabeza—. Y ahora a comer, que como salga el monstruo que tienes en la barriga, ya verás.

Abrazados, y con mis tripas anunciando que es la hora de la comida, nos dirigimos hacia la casona para reponer energías y dejar un rato los problemas a un lado.

Estoy mareada de ver cómo Martina y Lía dan vueltas en las atracciones. Son las fiestas de uno de los pueblos vecinos y hemos venido con las niñas a dar un paseo. Es maravilloso oír el sonido de sus risas y ver cómo disfrutan. Se han subido a un montón de cosas, y creo que su nivel de azúcar debe de ser alucinante.

—Chicas, por hoy ya es suficiente —les comento a las dos.

—¡Jolín! —se queja Lía—. Yo quiero volver a las colchonetas.

—Se acabó el dinero, pequeñas. Os lo habéis gastado todo. Ya son las ocho de la tarde y hay que volver a la casona —les dice mi padre.

Hoy hemos quedado los jóvenes para salir a cenar y seguir un poco la fiesta. Felipe, el novio

de Gema, hoy no trabaja, así que hemos acordado vernos los cuatro, a las nueve, en un conocido bar del pueblo. Como os podéis imaginar, el cuarto es Anxo. Normalmente quedábamos los seis, con mi hermano y mi cuñada, pero después de la tragedia, Roi nunca ha vuelto a salir con nosotros. Lo respetamos, sé que no estaría cómodo y los recuerdos lo ahogarían, pero eso no quita que lo eche de menos.

—Venga, pequeñas, ya sabéis que hoy os quedáis con el abuelo y con Sara. Si no os portáis bien, no iremos a ninguna feria más —les pido.

—Lo he pasado muy bien, tita. Yo sí quiero volver —nos dice Martina.

—Genial, pues por hoy suficiente. Vamos, que os llevo a casa. Una ducha, algo de cenar y, si os portáis bien, el abuelo os dejará ver la tele un rato.

—¡Bienmn! —chilla Lía y salta Martina de la emoción.

—¡Ay, hija! Qué paciencia tienes con estos bichos. Solo espero que, cuando llegues, no esté el viejo durmiendo y ellas de fiesta —comenta mi padre, que rodea mis hombros y deja un tierno beso en mi sien.

Sé que él tiene una espina clavada. Sabe que, desde la muerte de Ester, yo me hago cargo de todo; de las bodegas, la casona, la casa rural, las niñas, de mi hermano, de él... Piensa que no soy feliz y, aunque a veces parece que el mundo se me cae encima y me agobio, no cambiaría nada de lo que tengo. Ellos son mi vida, seguro que, dentro de un tiempo, todo volverá a la normalidad. Mi hermano volverá a sonreír y, por qué no, a encontrar el amor. Dejaremos de tener tan mala suerte con la bodega y volverá la estabilidad; incluso encontraré a mi príncipe azul y acabaré locamente enamorada. Bueno, esto último no lo tengo tan claro...

Después de dejar todo preparado en casa, para que mi padre y Sara no tengan problemas con las niñas, Anxo ha pasado a buscarme para ir a cenar con Gema y Felipe. Cuando llegamos, tarde, como siempre (y por mi culpa, claro), ellos ya están sentados en una mesa y disfrutan de sus bebidas.

—Hombre, aquí tenemos a la reina —se burla mi amiga, mientras los saludo con dos besos.

—No te pases, Gemita —le replico con el diminutivo que tan poco le gusta—. He tenido que dejar listas a las niñas. Ya sabes que no me quedo tranquila si no está todo en orden.

—Más de diez minutos he tenido que esperarla —les explica Anxo.

—Sí, ya todos sabemos cómo es nuestra querida Antía de responsable. Así le va.

—Gema, cielo... —le recrimina Felipe por su tono.

Sé que no lo hace con mala fe y que a ella le pasa como a mi padre; me quieren mucho y desean ver que soy feliz, pero hay veces que se pasa, como en esta ocasión.

—Mira, si vamos a estar así toda la noche, mejor me voy a mi casa y disfruto de una película con las niñas, sin nadie que me reproche nada —le digo, mientras recupero mi bolso para irme.

—No, Antía, espera, no te vayas. Lo siento, ¿vale? Es solo que...

—Gema, dejamos el tema y disfrutamos todos de la noche como teníamos pensado. Si vuelve a haber un comentario relacionado con cómo debo llevar mi vida, me largo. ¿Os queda claro a todos? —les pregunto, mirándolos uno a uno.

A pesar de cómo ha empezado la noche, hemos disfrutado un montón. Gema y yo no hemos parado de bailar y cantar con las orquestas de la fiesta. Hemos reído y también bebido, mucho, por lo menos yo.

Lo último que recuerdo es que Anxo me llevaba a casa y haber llorado en sus brazos. Le decía que era el mejor amigo del mundo. Le confesaba que ya no sentía nada por él y que tenía que buscarse a una buena mujer que lo hiciera feliz; y no sé cuántas cosas más, debido a mi importante grado de embriaguez. Madre mía, tengo que poner solución a mi vida, qué vergüenza. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara ahora? El pobre Anxo es un santo. Creo que, mañana, Apolo tendrá que ir a correr solo.



CAPÍTULO OCHO

Son las nueve y media de la noche cuando aparco en el Scusa, donde he quedado con Carlo. Al ser una fiesta de aniversario, habrá aperitivos y bebidas para abrir el apetito antes de empezar con la noche. Después de dar mi invitación al portero, cruzo las puertas y me sorprende el cambio de la sala y la cantidad de gente que hay en su interior.

Al entrar por la puerta, su estética no es diferente a la de cualquier *pub*, a no ser porque los colores que predominan son el negro y el rojo. Hay una pequeña barra con diez taburetes y distribuidas por el centro de la sala varias mesas bajas con sillones. En una de las paredes del fondo hay un sofá, frente a un fantástico baúl. Echo un vistazo por la sala donde hay varios camareros y camareras, bastante ligeros de ropa, que pasean las bandejas con los aperitivos entre la gente.

—¡Lucas! —Oigo que me llaman desde una de las mesas bajas, y hacia allí voy.

—Buenas noches —saludo.

Son cuatro las personas que se encuentran en la mesa: Idara, Carlo, Damián y una chica que no conozco.

—¿Qué tal, guapetón? —me saluda Idara—. Te has puesto muy guapo para acabar desnudo.

Todos se echan a reír, menos la chica que no conozco, la cual parece un poco incómoda.

—No les hagas caso. Por cierto, soy Lucas. Creo que no nos conocemos, ¿verdad? Estoy convencido de que no se me olvidaría una mujer tan bonita. —Noto que se ruboriza, mientras se levanta para saludarme.

—Yo soy Carola. Hace poco que estoy en la ciudad y solo conozco a Damián.

—¡Vaya! —exclamo sorprendido porque mi amigo no me haya dicho nada—. ¿Será tu primera vez?

—Pues sí, y estoy muy nerviosa. —Lo demuestra con una risa un poco forzada.

—No te preocupes, aquí no se hace nada que no quieras. Incluso, al ser tu primera vez, puedes mirar sin participar —le digo para tranquilizarla un poco.

A mi querido amigo se le ha ido la cabeza al traer a esta chica sin experiencia a una fiesta de este tipo. Si quiere probar, podría haber empezado por algo más íntimo.

Seguimos con nuestras conversaciones entre risas, insinuaciones y tocamientos varios, dejando un poco al margen a Damián y Carola para que esta última se adapte al entorno, hasta que, a las once de la noche, dan vía libre para traspasar las cortinas rojas del fondo y escoger la zona

de disfrute que más nos apetezca.

Hay varias salas donde dar rienda suelta a la lujuria y al placer. La más grande es una sala común donde ver, tocar y disfrutar de una gran orgía. Otra de las salas es para la gente que le va más el sexo duro, con cuerdas que cuelgan del techo, una cruz de San Andrés y varias estanterías con diferentes objetos sexuales, desde látigos a mordazas. En una tercera sala, se encuentra una cama redonda donde se exhiben teniendo sexo y el resto solo puede mirar, sin participar y, por último, hay varias habitaciones privadas. Ahí es adonde nos dirigimos nosotros; nos gusta compartir, pero disfrutamos más en la intimidad de una habitación con las personas que nosotros queramos. Hay algunas que tienen un cristal que, desde dentro, puedes activar para que los que están en la habitación de al lado puedan disfrutar viéndote.

Una vez entramos, nos ponemos cómodos. Los tres hombres dejamos las americanas en un perchero que hay en la pared, junto a la puerta, y nos dirigimos a una pequeña barra donde hay una botella de champán en una cubitera. Idara se ha deshecho de su vestido y está sentada en la cama. Es una mujer impresionante, sexi y con mucha experiencia en este mundo. Tiene una larga melena que le llega por la cintura, sus ojos son oscuros y sus pómulos marcados hacen destacar unos labios carnosos. Lleva un conjunto íntimo en negro que marca sus grandes pechos, con un pequeño tanga que deja ver el tatuaje que tiene en la parte baja de la cadera, justo encima de su pubis rasurado. En la otra esquina de la habitación se encuentra Carola, visiblemente incómoda y desubicada. También es una mujer muy guapa, no es tan exuberante como Idara, es más pequeña de estatura y menuda, pero tiene un bonito cuerpo que se divisa a través del vestido ceñido que lleva. El color de su pelo es indefinido, ni castaño ni rubio, con algunas mechas. Tiene unos ojos verdes muy expresivos. Hace buena pareja con mi amigo.

—Joder, Damián, ya te vale traer a la chica a una fiesta de estas para su primera vez —le recrimino a mi amigo en susurros.

—Ha sido ella la que ha querido venir. Pilló la invitación y sabe perfectamente de qué va este club; no se lo pude negar, me dijo que quería probar la experiencia.

Damián se encoge de hombros y con las dos copas se dirige a Carola para ofrecerle la bebida. Vemos como mi amigo le susurra algo al oído, ella asiente y se acomodan en un sofá que hay a un lado de la habitación.

Me acerco a Idara y le ofrezco una copa; se levanta para cogerla y empuja mi cuerpo para que ocupe su sitio, sentado en la inmensa cama de sábanas negras de raso. Oímos que, de fondo, empieza a sonar música para ambientar el momento. Idara no tarda en ponerse a horcajadas sobre mi cuerpo, la veo beber de su copa, acercar su boca a la mía y vaciar el contenido. Parte del champán cae por mi barbilla y ella lo limpia con la lengua; con solo ese acto ya me tiene duro como una piedra. Suena la canción *Natural*, de Imagine Dragons, y mi compañera de cama no para de moverse de forma erótica encima de mí. Deja nuestras copas en el suelo y desabrocha los botones de mi camisa. Se eleva de forma sensual al ritmo de la música y, cuando suena el potente estribillo de la canción, su cuerpo se estira hacia atrás, permitiéndome besar y morder la carne de sus pechos que sale por encima del sujetador. A medida que la canción avanza, se libera de mi ropa hasta tenerme desnudo por completo, mientras observo cómo contonea su cuerpo.

Cuando la canción acaba y empieza otra, miro a mi alrededor para ver que Carlo también se encuentra desnudo y excita su miembro con la mano mientras mira a Idara, que no tarda en acercarse a él para ayudarlo con la tarea. Al otro lado de la habitación, Damián está desnudo y masturba a una tímida Carola que mantiene su ropa interior. En ese momento, nuestras miradas se cruzan, sonrío para transmitirle tranquilidad, mientras mi mano se encarga de mi erección. Al ver

mi movimiento, noto cómo tiembla a causa del orgasmo; aunque sé que esta noche no hará nada con nosotros, va por buen camino.

Recupero mi atención en los otros dos compañeros al notar la cama hundirse a mi lado. Idara está estirada, mientras Carlo la saborea entre gemidos. Toca disfrutar, así que me añado a ellos sin perder de vista a los que gozan al otro lado de la habitación. Como siempre que nos juntamos los tres, conseguimos llegar al orgasmo en varias ocasiones y en todas las posturas posibles; una vez cada uno, dos juntos... consiguiendo que ella disfrute mucho, todo sea dicho.

Después de dos horas en la habitación, donde hemos acabado exhaustos y la posterior ducha para relajar músculos, salimos a la sala principal para refrescarnos y recuperarnos del esfuerzo.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? —le pregunto a Carola, que todavía tiene las mejillas sonrosadas.

—¡Uf! Muy intensa. Es complicado controlarse ante tanto estímulo. Aparte de las películas porno, nunca había visto en directo cómo la gente disfruta sin ningún pudor. Ahora mismo no tengo claro si me apetece repetir, si no voy a volver a hacerlo o si me gustaría participar activamente.

—La primera vez es una sensación rara. Siempre nos dicen que el sexo es algo íntimo y la sola idea de compartirlo con más gente suena impensable. Una vez lo pruebas y tienes claro que solo es sexo y placer, puede llegar a engancharte. Cuando tienes pareja es más complicado.

—Si lo dices por Damián y por mí, solo somos amigos. Nos conocimos una tarde y la verdad es que existe mucha atracción física entre nosotros. Estamos solteros, no molestamos a nadie y nos satisfacemos mutuamente.

—¿Entonces no te importaría que hoy se hubiera unido a nosotros y gozara con Idara? —Me parece ver un sutil cambio en su expresión que con rapidez modifica y vuelve a su cara de indiferencia.

—No. Él es libre de hacer lo que quiera, ya te he dicho que solo somos amigos.

No tengo tan claro que le hiciera mucha gracia a Carola ver cómo Damián se folla a otra delante de ella y creo que, a la inversa, tampoco agradecería mucho, sobre todo por la cara de mi amigo mientras charlamos. Ellos deciden irse, para ser la primera vez de Carola, dice que ya ha tenido suficiente. Nosotros nos quedamos un rato más, la noche es larga y para no tener que dar explicaciones en casa, me quedaré a dormir en el piso de Carlo.

Todavía disfrutamos de dos rondas más donde se une una chica rubia, con la que ya habíamos compartido varias sesiones de sexo. Es bisexual, así que tanto disfruta colmando de atenciones a Idara, a la que no le importa en absoluto el género de la lengua que le arranque placer y orgasmos, como de que Carlo y yo la penetremos.

Cuando nos recogemos con una sonrisa de lo más tonta en nuestra cara, por lo satisfechos que hemos acabado, son las cinco de la mañana. Decido enviarle un mensaje a mi madre para que se quede tranquila y, sobre todo, no me despierte con alguna de sus llamadas para saber si todavía estoy vivo. Desde que pasó lo de mi hermano, sé que casi no descansa cuando salgo y a mí no me cuesta nada tranquilizarla con un mensaje.



CAPÍTULO NUEVE

Los días vuelan, pasan demasiado rápido, supongo que, como cada día hay un problema que resolver, estoy tan entretenida que no tengo tiempo a saborearlos. Así que aquí estoy de nuevo, sentada en el porche con mi café mientras disfruto de las vistas. Mi fiel compañero Apolo está estirado en el suelo, cerca de mis pies, alerta por si nota el más mínimo movimiento, no perder la ocasión de acompañarme. Cuando acerco mi brazo a la mesa para dejar la taza, levanta la cabeza y me mira.

—¿Qué pasa, Apolo? —le pregunto—. ¿Echas de menos el paseo?

Mi amigo peludo emite un gruñido, seguro que es su forma de decirme que sí. A veces parezco una loca, como él se pasa el día pegado a mí, tenemos muchas conversaciones. Bueno, yo le hablo y quiero creer que él me escucha. Es quien mejor conoce mi vida. Si Apolo hablara... Se levanta del suelo y pone su cabeza sobre mis piernas para buscar su dosis de mimos.

—Vaya semana de mierda hemos tenido, ¿verdad, amigo? A ver si esta que viene nos da una tregua. Por lo menos este domingo no tengo la resaca del pasado. Madre mía, Apolo, por lo poco que recuerdo, le monté un numerito al pobre Anxo. Menos mal que con tanto lío lo he podido esquivar y casi no nos hemos visto. —Mi amigo emite un lastimero ruido que acompaña mi vergüenza—. ¿Qué me dices del lunes? Nos pasamos todo el día solicitando el pedido de las botellas; o el miércoles, papá al médico y las niñas a la psicóloga, todo el día en el pueblo. El viernes acabé loca con los números rojos, y ayer, con Sara para preparar la habitación de los nuevos inquilinos. Una locura, ¿verdad?

Apolo sube sus patas delanteras a la silla para obsequiarme con varios de sus besos babosos. Lo que yo digo, mi perro entiende y me apoya siempre.

—¡Vale, muchacho! —le pido, riéndome e intento parar su efusividad o voy a acabar bañada a salivazos—. Por cierto, pequeño diablo, recuerda que hoy llega gente nueva. Queda prohibido mostrar ningún tipo de sentimiento hacia ellos. ¿Está claro?

—Buenos días, hija. ¿Otra vez de charla con el perro?

—Buenos días, papá. Me escucha y entiende, me apoya, no replica ni lloriquea, no me manda, me da cariño... ¡Es perfecto! —Mi padre lanza una risotada al oír mi razonamiento.

—Visto así, es muy lógico que hables con él. La verdad es que no te pierdes de vista, es como tu sombra.

—Sí, es un fiel y gran amigo. Menos mal que no habla, porque le cuento tantas cosas... Ahora le recordaba que esta tarde llegan nuevos huéspedes. Ya sabes cómo se pone de loco.

Apolo es un perro muy temperamental. Cada vez que llega gente, la observa unos minutos y después decide si les cae bien o mal. Si su valoración es correcta, da media vuelta y no les hace caso; pero si, por el contrario, la apreciación no es positiva, entonces la emprende con sus maletas, así como os lo cuento. No es un perro violento, nunca ha agredido a nadie, y con las niñas es muy protector y cariñoso, pero con la gente que no conoce tiene unas reacciones un poco raras.

—¿A qué hora está previsto que lleguen?

—En el mensaje comentaban que sobre media tarde. Ayer arreglamos todo con Sara para su estancia. Hoy se han ido los de Sevilla, la pareja mayor. Qué gente más agradable, han dejado una tarjeta por si algún día vamos por allí, hacerles una visita.

—La verdad es que tu idea de hacer el anexo para fomentar el turismo ha sido muy acertada.

—Parece mentira que todavía no te hayas dado cuenta de que tienes una hija muy inteligente.

—Hace tiempo que lo sé, cariño —dice, acercándose a su cuerpo para dejar un beso en mi cabeza—. Me recuerdas tanto a tu madre... Eres tenaz y nunca te das por vencida, eres buena y con un corazón gigante.

—También es cabezota, gruñona y muy pesada. No le regales tanto los oídos, que se lo va a creer —le corta mi hermano, que aparece detrás de nosotros.

—Ya ha llegado el celoso —reclamo, sacándole la lengua.

Veo que pone los ojos en blanco, besa mi cabeza y le da un apretón a mi padre en el brazo. Parece que no trae tan mala cara como es habitual en él y, además, está gracioso. Se sienta en el sillón de tres plazas que tenemos en el porche, a mi lado, con su café. Yo sonrío, este es uno de esos momentos que guardas en la memoria.

—¿Dónde voy a estar mejor que rodeada de mis hombres? —les digo.

Me sonrían y nos quedamos en silencio, saboreando este momento de complicidad. Hace tiempo que no estábamos así los tres, un domingo por la mañana.

Después de comer, las niñas y yo, con la inseparable compañía de Apolo, nos vamos de paseo un rato por el bosque. Mi padre se ha quedado, estaba con una de esas películas de sobremesa, aunque seguro que acaba dormido en su sillón. Mi hermano ha decidido ir a revisar los viñedos, dice que para comprobar que todo esté en orden. Esa es su excusa, yo sé que le encanta pasear entre las uvas, solo, con sus pensamientos.

—Jolín, Martina, ¿por qué siempre tengo que ser yo la bruja malvada? —Oigo reclamar a Lía en voz alta.

—Me gusta ser la princesa —explica Martina.

—Tita, dile que no puede ser ella siempre la princesa. Yo también quiero ser la guapa que conoce al príncipe, y no ser fea y mala. —Lía cruza los brazos en su pecho y se pone de morros.

—A ver, chicas. ¿Por qué no una es la reina y, la otra, la princesa? O una vez cada una —intervengo.

—Mira, llega un coche a la puerta —dice Lía a la vez que arranca a correr para saciar su curiosidad.

—Lía, vigila, no corras, que te puedes caer —le reclamo—. Maldita niña.

Veo a Martina sonreír y poner los ojos en blanco. Al pasar por delante de la casa de Sabela, veo que está asomada a la ventana, me mira y sonríe, de esas sonrisas que te hacen pensar que ella sabe algo que tú no. Lo raro es que no ha salido a la puerta para hablar con nosotras, como siempre hace. Levanto mi mano y la saludo, para que sepa que la he visto. Esta mujer es muy rara.

A medida que llegamos a la verja de la casona, vemos que la pequeña terremoto, ya está de charla con la mujer que ha salido del coche. Supongo que serán los inquilinos italianos. Es una mujer morena, de tez y pelo, más o menos de mi altura y diría que de mi edad. Ve que nos acercamos y sonríe. Es una mujer muy bella, lleva el pelo recogido en una coleta alta, unos pantalones tejanos cortos y una camiseta básica; en los pies, unas sandalias planas y su bolso colgado en bandolera. No está muy delgada pero tampoco gorda, es de esas mujeres latinas con curvas.

Cuando nos faltan unos metros para llegar a ella y saludarla, nuestra atención se desvía hacia la puerta del conductor donde alguien baja del vehículo. Hablo en plural porque, todos, incluido Apolo, hemos mirado hacia el mismo sitio. Veo recular a Lía para aproximarse a mí y noto que Martina se aferra a mi camiseta. Nos ha dejado en *shock*.

Hombre alto, bastante, diría yo, aunque aún está un poco lejos para saber si me saca muchos centímetros. Lleva una camiseta blanca sin mangas, que expone una piel muy bronceada y sus fuertes brazos; el derecho, lleno de tatuajes desde el hombro hasta la muñeca. Por el escote de la camiseta, también se aprecian varios tatuajes en el pecho y cerca del cuello. De cintura para abajo viste un pantalón corto, deportivo, en color negro, y su pierna, en este caso, la izquierda, también está decorada. En la cabeza, una gorra negra puesta al revés.

Nuestras miradas se cruzan e impactan. Un escalofrío recorre mi cuerpo; es una sensación muy rara, como si hubiera algo que me uniera a él. No puedo despegar mi mirada de sus ojos oscuros, estoy como hechizada, tengo la boca seca y debo parecer una idiota, ahí parada y babeando por el novio o marido de esta chica. Sonríe de medio lado y consigue que mis bragas se desintegren. Por el amor de Dios, Antía, que tiene pareja y un cartel de: «Peligro, hombre malote». Es de esas criaturas que desprenden un aura de seguridad, problemas, dolores de cabeza y sexo, mucho sexo. Esa clase de hombres de los que yo siempre he querido alejarme.

—¡Buenas tardes! —nos dice la chica, en español, con un marcado acento italiano, que consigue sacarme de mi mundo paralelo para volver a la realidad—. Soy Fabiola, y él es Lucas.

Alarga la mano para saludarme. Estoy como ida, me centro en Fabiola, pero noto su mirada en mi piel; él no ha perdido el contacto conmigo. Intento no ser maleducada, no podemos permitirnos tener malas críticas y que la gente no venga.

—Buenas tardes. Soy Antía, una de las dueñas de las bodegas. Ellas son Lía y Martina. Bienvenidos a nuestra casa. Espero que la estancia sea de vuestro agrado —les digo, mientras intento no mirar al llamado Lucas y estrecho su mano.

—A Lía ya la he conocido —dice con una sonrisa—. Qué niñas tan guapas. Hola, Martina, ya veo que eres un poco más tímida que tu hermana.

Mi sobrina se ha situado detrás de mí y apenas se le ve la cabeza, su mirada sigue fija en el hombre.

—Lo siento, pero a Martina le cuesta un poco más el trato con la gente. Tiene problemas de audición que le crean algo de inseguridad. Martina, saluda, por favor.

La pequeña obedece y levanta su mano con una tímida sonrisa. Mientras estamos pendientes de la pequeña, puedo ver, por el rabillo del ojo, como mi amigo perruno se acerca a Lucas. Sus

pasos son cautelosos, lo evalúa para saber si es amigo o enemigo. ¡Ay, madre mía! Todavía no han sacado las maletas, solo espero que no la emprenda con las ruedas del coche de alquiler.



CAPÍTULO DIEZ

A medida que subíamos la rampa hacia las bodegas, después de cinco horas de vuelo y otra en coche para llegar hasta aquí, solo puedo pensar en que ha valido mucho la pena. El paraje y el entorno es espectacular. Qué decir del pazo, me ha cautivado. Hemos aparcado delante de la reja de acceso y he decidido llamar a Damián para decirle que su elección es perfecta.

Mi hermana ha bajado del vehículo para estirar las piernas y se ha encontrado con un pequeño duende que corría a recibirnos. Lo mejor ha sido la compañía que traía ese duende. Cuando la he divisado desde el parabrisas del coche, no me lo podía creer. Mi cuerpo se ha puesto tenso al verla, joder, y eso que aún estaba algo lejos para poder analizarla en profundidad, pero su forma de andar, su presencia y esa sonrisa de cortesía me han deslumbrado. Su cuerpo ha cambiado cuando he salido del coche, se ha tensado y su semblante se ha modificado ante mi presencia. Soy consciente de que no le he sido indiferente. Me suele pasar bastante a menudo con las mujeres, no es que sea un creído, pero soy un tío guapo y me lo curro mucho para seguir así.

Cuando nuestras miradas se han cruzado ha sido como si estuviéramos solos, todo a mí alrededor ha desaparecido y la conexión ha sido brutal. Nunca me había pasado algo parecido con nadie. Quizás con mi hermana, pero somos mellizos, así que eso no sirve.

Ellas se han saludado y no sé por qué Fabiola, al presentarse, no le ha dicho que somos hermanos. Después hablaré con ella. Supongo que, al reservar solo una habitación, puede parecer que somos pareja, ya nos ha pasado en alguna otra ocasión. Nos encanta dormir juntos, como cuando éramos pequeños; esa conexión que teníamos en el vientre de nuestra madre es muy difícil de romper. Parece que eso es lo que también ha pensado Antía, por el rubor de su rostro al presentarse a mi hermana y darse cuenta de que me ha mirado más rato de la cuenta.

Vuelvo un momento de mis pensamientos, ya que tengo a un perro, de raza Bóxer, a mi alrededor, analizándome. Lo sé porque nosotros, en casa, siempre nos hemos criado con perros. Dejo que huela y observe, sin entorpecer su labor.

—Apolo, ven, muchacho —lo llama Antía—. Siento si os incomoda, es algo protector con la familia y a veces no tolera muy bien a los desconocidos. No es agresivo con las personas, solo debéis tener cuidado con las maletas.

—Caray con Apolo, sí que tiene carácter. —Se ríe mi hermana.

Veo que Apolo rodea el coche mientras olisquea a su alrededor y se planta a mi lado. Su siguiente paso parece asombrar a su dueña, su cara de sorpresa la delata. Es otra de las cosas que

descubro de ella, es una mujer muy expresiva. El perro se restriega en mis piernas, buscando caricias. Me agacho y cojo su cabezota para devolverle el cariño.

—¡Hala, tita! ¿Has visto a Apolo? —le pregunta la pequeña también muy asombrada.

—Sí, cariño. Siento nuestra sorpresa, pero es que no suele mostrarse tan cariñoso con desconocidos —se disculpa.

—No te preocupes. A Lucas le encantan los animales y se entiende a la perfección con ellos. ¿Verdad, cielo? —se burla mi hermana.

A Fabiola nunca se le escapa nada, es mucho más observadora que yo. Así que soy consciente de que se ha dado cuenta de la reacción que ha habido entre nosotros. Seguro que después habrá uno de esos interrogatorios suyos.

Mi mirada la fulmina, aunque ella es inmune. Con una sonrisa decide que es momento de vaciar el vehículo. Dejo mi sesión de caricias hacia Apolo y me incorporo para ayudar a mi hermana a sacar las maletas.

—¿Os ayudo? —pregunta Antía, situándose a mi lado.

Alargo la mano para recuperar mi maleta y ella hace lo mismo, lo que provoca que nuestras manos se toquen. La suya es cálida y suave, la mía intenta no acariciarla. Los dos observamos la conexión que se ha creado, inmóviles, hasta que mi hermana rompe ese vínculo mágico.

—Lucas, no tenemos todo el día. Quiero instalarme y llamar a casa.

Antía retira la mano como si se hubiera quemado, su cara se pone roja de la vergüenza y, sin levantar la mirada, se disculpa y nos dice que nos espera dentro. Pasa por mi lado como alma que lleva el diablo, apoyo mis manos en el maletero para intentar recuperar mi acelerada respiración. En la distancia, ya me había cautivado, pero de cerca impresiona aún más. Su negra melena resalta la piel clara de su rostro; ojos color chocolate, marcados por unas enormes pestañas, y esos labios rosados que incitan a ser besados una y otra vez.

—¿Tengo que recordarte a qué hemos venido? —me pregunta Fabiola, cogiendo mi cara para que la mire—. Joder, Lucas, esto va a ser una mierda.

Se aleja de mí, mientras arrastra su maleta por el camino de acceso al pazo. Pego un manotazo a la puerta del maletero. Mierda. Mi hermana tiene razón, no sé si esto va a salir como yo esperaba. En tres minutos, esa morena de sonrisa dulce ha conseguido alejarme de mi objetivo y, como bien cree mi hermana, no va a ser tan fácil centrarme en mis planes. Acaba de desmontar la prioridad que traía.

—¿Va todo bien? —pregunta una voz en mi espalda.

Al darme la vuelta, veo a un hombre que me mira sorprendido con las cejas alzadas. Supongo que ha sido espectador de mi manotazo y mi impotencia.

—Todo bien. —No tengo muchas ganas de charla.

Continúo descargando el coche a la espera de que el intruso que ha llegado se vaya, pero mis deseos no se cumplen.

—Espera, que te ayudo. Por cierto, soy Anxo, trabajo en la bodega y soy vecino de la zona.

—Lucas, encantado. —Este tío no se ha dado cuenta de que quiero estar solo.

—¿Has venido para hacer turismo? Esta zona es la mejor. Bueno, yo no soy muy objetivo, he nacido aquí, así que, para mí, esto es el paraíso.

Una vez he descargado todos los bultos, cierro el maletero y me dirijo hacia la entrada de la casa. Ignoro al tal Anxo que, a pesar de que paso de él, no se calla ni debajo del agua.

—Si te gusta el vino, esta es la mejor bodega de la zona. Bueno, seguro que tampoco soy objetivo en eso. —Suelta una risotada como si hubiera contado un chiste.

Lo miro con el ceño fruncido. Deseo llegar al pazo para perderlo de vista. Apolo corre hacia nosotros y empieza a saltar al lado de Anxo. Él se para y lo acaricia, momento que aprovecho para acelerar el ritmo e intentar alejarme.

Cuando llego junto a las chicas, hablan del funcionamiento de las instalaciones. Empleo esos minutos para echar un vistazo a mi alrededor, así que dejo las maletas y me acerco a un muro que delimita la casa de las fincas. Desde allí se observan todos los viñedos y unas naves; es una visión espectacular, sobre todo para personas como yo, que estamos acostumbrados a estar entre viñas y uvas. A pesar de eso, la zona es muy diferente de la nuestra, de ahí que sea especial. Entre el pazo, que es impresionante, mucho más que en las fotos, y los alrededores, tanto los viñedos como el bosque que nos rodea, me tienen impactado.

—Sorprende, ¿verdad?

Me giro hacia la voz del hombre que se encuentra a mi lado, apoyado en unas muletas. Lo reconozco por las fotos.

—Sí. La visión deja sin palabras.

Nos quedamos en silencio, mientras admiramos el paisaje. Este hombre es de los míos, disfruta solo con observar. Se nota la pasión que siente por sus propiedades.

—¡Abuelo! —chilla Lía, mientras corre hacia nosotros—. La tita dice que te llama Sara, que tienes que ir a ayudarla.

—Es verdad, pequeña, qué cabeza tiene el abuelo —le contesta a la pequeña, mientras acaricia su pelo—. Espero que disfrutéis mucho de la estancia.

—Estoy seguro de que así será.

Se retira con su nieta, mientras los sigo con la mirada; pero, antes de girarme, mis ojos la buscan. Sigue con mi hermana, eso no es problema para que nuestras miradas se vuelvan a encontrar, sonrío de medio lado y su cuerpo se tensa, se pone nerviosa; lo sé por la forma en que se toca las manos y desvía su mirada.

Una vez se rompe el hechizo, vuelvo mi cuerpo hacia los viñedos. No sé el tiempo que paso con la mirada perdida, intentando asimilar lo que ha pasado desde que hemos llegado y cómo afrontarlo.

—Lucas, ya tenemos las llaves. Cuando quieras... nos instalamos —me dice mi hermana, que ahora está a mi lado—. Esto es precioso, ¿verdad?

—Sí, es impresionante. Venga, vamos, que tengo ganas de estirarme un rato.

Rodeo con mi brazo sus hombros y beso su cabeza. Le estoy muy agradecido por dejar unos días su vida y acompañarme en esta locura; ella siempre está ahí, es mi bastón de apoyo, nunca me ha fallado ni me ha dejado caer.

Cuando nos damos la vuelta, Antía está a punto de entrar en el pazo, pero se para y nos mira. Mi hermana rodea con sus brazos mi cadera, ella, al verlo, baja la mirada y acaba de entrar en su casa. Se me escapa un suspiro. ¿Cómo puede ser que sus reacciones me importen tanto? Necesito centrarme en mi objetivo: invertir en las bodegas.



CAPÍTULO ONCE

Me ha costado mucho dormir. No he parado de dar vueltas al no poder sacar de mi mente esos ojos oscuros. Esa mirada profunda capaz de leerme, de incrustarse en mi cerebro, de encender mi cuerpo. Por favor, si está casado. Él no, pero ella lleva la alianza.

Me estoy volviendo loca, yo nunca me fijaría en un hombre casado, ni siquiera en un hombre como Lucas. Demasiados tatuajes, todo su cuerpo transmite peligro, el típico chico malo; de esos hombres que pueden destrozarte tu corazón con solo suspirar. Aun así, no he podido evitar pensar en cómo sería verlo sin camiseta, con esa piel bronceada llena de misterios. Pasar mis manos por sus pectorales o recorrer sus abdominales, besar su cuello...

Como no me gusta por donde van mis pensamientos, me levanto y me preparo para salir a correr, más pronto de lo habitual.

—Vamos, Apolo —le susurro a mi amigo para no despertar a nadie.

Apolo estira las patas de delante, primero, y las posteriores, después. Creo que también es consciente de que es más temprano de lo normal.

—Eres un traidor —le reclamo, mientras estiro los músculos al lado de la verja—, se supone que tienes que ayudarme a mí, no dejarte seducir por el enemigo.

Mi amigo perruno suelta un gruñido que, para mí, es una disculpa.

—Está bien, te perdono. Te entiendo. Es irresistible, ¿verdad? —Apolo ladra y yo lo mando callar. Vamos a despertar a todo el mundo.

Arrancamos a correr, hoy el recorrido es más largo, necesito centrar mi cabeza. Buscar soluciones a mis problemas, no liar más mi vida.

De vuelta, nos encontramos a Sabela en la puerta de su casa. Deposita en el suelo un cuenco con agua para Apolo y, en su mano, lleva una botella de agua para mí. ¿Cómo coño sabía esta mujer que no llevamos agua? Nunca deja de sorprenderme.

—¡Buenos días, doña Sabela!

—¡Buenos días, nenita! Hoy has madrugado —comenta, acercándose la botella de agua.

—Sí, bueno, no he pasado buena noche. Demasiados problemas. —Le sonrío tímida.

—Ya veo que han llegado nuevos inquilinos —me dice, señalando el nuevo coche con la cabeza.

—Llegaron ayer por la tarde. Es una pareja de italianos, son muy agradables. —Carraspeo y bajo mi mirada mientras bebo.

Intento que no se dé cuenta de que, para mí, la palabra «agradable» y Lucas no pegan. Hay muchos otros adjetivos que definen a la perfección a ese hombre: ardiente, peligroso... pero agradable... no.

—Parece que hoy va a llover. —Cambia de conversación doña Sabela.

—¿Usted cree? —le pregunto, mientras miro a un cielo despejado.

—Los árboles se mueven demasiado, están inquietos, hay tensión. Eso es que va a llover.

A veces creo que esta mujer, de joven, se llevó un golpe en la cabeza y, en ocasiones, el impacto la hace desvariar. Los árboles están en calma, menos cuando algún pajarillo se posa en sus ramas. ¿Un árbol puede estar inquieto? Por favor, esta mujer va a acabar de volverme loca.

Mientras observo a mi alrededor para asimilar lo que ha dicho doña Sabela, Apolo, que estaba estirado a nuestro lado, después de beber medio cuenco de agua, se levanta y se va. Cuando miro para ver hacia dónde se dirige, casi me da un síncope. Mis piernas tiemblan, el corazón vuelve a latir rápido y la boca se me abre sin permiso.

Por el camino se acerca Lucas. Su objetivo debe de ser el mío de hace un rato: salir a correr. Pantalón corto deportivo y arriba... por favor, ¿quién sale a correr solo con un chaleco de deporte y, además, abierto? Creo que mi nuevo inquilino ha conseguido dejar sin aliento incluso a doña Sabela, que no se la oye ni respirar, espero que no le haya dado un ataque a la señora. Con lo poco que tapa la prenda, consigo ver un nuevo tatuaje; unas letras que no puedo leer porque están tapadas por el pantalón, pero se insinúan por debajo de su ombligo. ¡Venga ya! Un hombre así tiene que estar prohibido.

Por cierto, ya os he dicho que mi amigo perruno es un Judas, ¿verdad? Míralo, el muy... ahí va tan contento a su lado después de recibir sus caricias. Quién fuera Apolo...

—¡Buenos días! —nos saluda, con ese acento italiano, cuando llega a nuestra altura. Nuestras caras deben de ser un poema.

—¡Buenos días, muchacho! —lo saluda doña Sabela—. ¿No vas un poco ligero de ropa?

Lucas se mira de arriba a abajo y se encoge de hombros.

—Hoy hace un día fantástico. Me encanta correr por el bosque y notar el aire en mi cuerpo —le contesta a doña Sabela, pero mirándome.

Será descarado, el tío. Os juro que no me lo invento, esa mirada ha sido puro morbo, y su pobre mujer en la cama. ¿Serán de esas parejas liberales? Nuestras miradas no se han desviado, estamos como atrapados el uno en el otro.

—¡Uy! Creo que me suena el teléfono. Muchacho, tápate que te va a coger el frío. —Oigo decir a Sabela. Ha sido muy sutil para dejarnos solos; el problema es que la señora no tiene teléfono.

—¿Vas solo a correr? —le pregunto para romper el silencio que se ha generado con la huida de la anciana.

—Fabiola prefiere dormir. No es muy del deporte. Tú vuelves, ¿verdad? —pregunta, acercándose a mi cuerpo.

Ahora mismo está muy cerca, mi respiración se detiene y me tenso por su proximidad. No estoy segura de cómo voy a reaccionar si me toca. Noto el calor que transmite su cuerpo y cierro los ojos para centrarme en mantener la cordura. Siento su mano sobre mi pelo y me hace dar un respingo, asustada.

—Ya puedes abrir los ojos. Solo era un trozo de hoja —me dice al oído.

Los abro, él todavía está muy cerca y me encuentro con la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Sus ojos siguen centrados en mí y levanta su mano a la altura de mi cara para que pueda ver el resto de naturaleza que ha retirado de mi pelo.

Cuando quiero darle las gracias, soy interrumpida por la voz de mi hermano que me llama desde la entrada, sacándome de mi bonito mundo, donde este pedazo de hombre me besa con pasión.

—Después nos vemos. Voy a comenzar con mi ruta para disfrutar de vuestros parajes —se despide de mí.

—Eh... sí... hasta luego —balbuceo de lo tonta que me he quedado.

¡Ay, Antía, mira que eres ridícula, mujer!

Después de una ducha rápida, me dirijo hacia la nave donde embotellamos el vino. Hoy toca preparar un gran pedido; cuando es así colaboramos todos. Sin más demora entro para empezar a coordinar.

—¿Qué tonterías son esas? —Oigo a mi hermano nervioso.

Voy a la zona de oficinas donde Roi está con uno de nuestros representantes.

—No lo sé, Roi, son los comentarios que han hecho, rumores, pero ya sabes que no son buenos, por eso te lo digo. No mates al cartero.

—¿Qué pasa? —les pregunto.

Mi hermano da vueltas como un animal enjaulado, así que miro a nuestro empleado para que me cuente.

—En mi ruta por los pueblos, varios comercios han preguntado si eran ciertos los rumores que se oyen de que la bodega está en quiebra, que tenéis muchos problemas.

Me quedo blanca, no sé qué contestar a eso. Sí que estamos pasando una mala racha, pero de ahí a la quiebra... Mi hermano bufa y desaparece, como hace últimamente, dejándome de nuevo el marrón todo para mí.

Como puedo, intento calmar al representante; no le miento sobre que la cosa no va tan bien como queremos, pero no tan mal como para ir a la quiebra, que antes de que pase algo similar se tomarían medidas para que todas las personas que trabajan con nosotros no se queden sin empleo. Muchas familias viven gracias a nuestra bodega y nunca vamos a permitir algo similar.

Se marcha, no sé si muy convencido, pero no puedo hacer nada más al respecto. Al girarme, veo a las personas tras las cristaleras, que separan la oficina de la nave, pendientes de mi reacción; sobre todo, Maica, la contable. No me gusta nada esa mujer ni la sonrisa de su cara, siempre me ha parecido una engreída.

Le pido a Rafa que empiece a organizar al personal para el pedido que tenemos pendiente y voy a la casona, a ver si encuentro a mi hermano. Esta vez no se libra de una buena bronca.

Pienso seriamente en ir a ver a doña Sabela para que me dé algún conjuro, vela, piedra o palo para protegernos de esta mala racha que llevamos. Es desesperante que no haya un solo día en que tengamos una tregua. No puedo más, estoy al límite. Mientras voy hacia la casona, no soy capaz de retener las lágrimas, solo espero que las pequeñas no estén cerca y me vean en este estado, ya tienen suficientes inquietudes.

Cuando casi llego a la verja, veo aparecer a Lucas, que vuelve de correr. Maldita mi suerte. Intento disimular y bajo la cabeza para que no vea mi cara y se dé cuenta de que estoy llorando.

Con un poco de suerte no se parará a hablar conmigo.

—Hola, Antía —me saluda.

—Hola, perdona, pero tengo prisa —contesto sin mirarlo.

Cuando pienso que ya me he librado de él y puedo seguir hacia la casona, su mano coge la mía y me frena para que no siga mi camino. Mi cuerpo se estremece y los pelos de la nuca se erizan con su contacto; aun así, no me giro.

—¿Va todo bien? —Asiento sin contestar—. ¿Puedes mirarme, por favor?

Cómo voy a negarme a su petición, con esa voz profunda que me envuelve. Giro despacio, pero no levanto la vista. Su otra mano se posa en mi mentón y eleva mi cabeza. Al ver mi cara, con las mejillas mojadas y mis ojos rojos por las lágrimas, noto que aprieta la mandíbula.

—¿Alguien te ha hecho daño? —pregunta, y me observa de arriba a abajo por si hay señales de alguna agresión.

—No, nadie me ha lastimado. De verdad, Lucas, no pasa nada.

—Tu cara no dice lo mismo. ¿Me lo quieres explicar? —pregunta.

Bajo la mirada y veo que sigue cogiendo mi mano y la acaricia para transmitirme tranquilidad. Por un lado, quiero hablar con alguien y desahogarme, liberarme por un ratito de toda mi carga; pero, por otro lado, a este hombre no lo conozco de nada y no tengo claro si debo explicarle cosas tan íntimas.

—Vamos a hacer una cosa —dice ante mi indecisión—. Damos un paseo por el bosque y, si te apetece, me lo cuentas, y si no, por lo menos te calmas.

Sin esperar mi respuesta, me arrastra hacia el bosque. Pasamos por delante de la casa de doña Sabela, que disimulada la mujer no es, ya que las cortinas de la ventana se mueven como si hubiera un huracán en el interior de la casa.

—¿Esa mujer es siempre así de discreta? —pregunta Lucas sin mirarme.

—Es un poco rara, pero es buena mujer —le aseguro.

Nos adentramos en el bosque en silencio y, todavía cogidos de la mano, pero ahora no me arrastra, sino que vamos uno al lado del otro.



CAPÍTULO DOCE

No sé cómo he podido ser tan impulsivo. «Solo eres un huésped más, no te metas en líos, Lucas». Pero no he podido evitarlo, no esperaba encontrarla en ese estado y ha sido superior a mí.

Noto que remueve su mano contra la mía para demostrar su incomodidad, y la suelto. No puedo evitar mirarla; es una mujer preciosa, casi no lleva maquillaje y, aunque su cara está mojada, sus ojos hinchados y la nariz roja, eso no le quita un ápice de hermosura.

—Lo siento. Seguro que tienes cosas más importantes que estar aquí, aguantando mis penas.

—¿Eso significa que me vas a explicar lo que te preocupa? —le pregunto con media sonrisa.

Me mira de reojo y chasquea la lengua, rindiéndose a mi petición.

—Solo pasamos una mala racha y cada día hay un problema diferente, pero estoy segura de que todo se arreglará pronto.

—¿Es personal o de trabajo? —Veo como frunce el ceño. Imagino, mientras piensa qué contestar.

—De todo tipo. —Sonríe tímida.

—Supongo que hay épocas de la vida que son más complicadas.

Paro sin mirarla y me siento en un tronco que hay en el camino. Ella hace lo mismo, frente a mí.

—Bueno, es la vida que me ha tocado. Que conste que soy consciente de lo afortunada que soy, pero ahora mismo no es la mejor época, es solo eso.

Levanta la mirada y nos quedamos enganchados el uno en el otro, como cada vez que nuestros ojos se encuentran. Me cuesta entender cómo mi cabeza y mi cuerpo reaccionan a ella; es una sensación nueva para mí, no me gusta verla triste y mi subconsciente quiere protegerla. Antía consigue sacar una parte tierna que no conocía. No puedo reprimir ponerle un mechón de pelo, que se ha desprendido de su coleta alta, detrás de la oreja y aprovecho, en mi retirada, para perfilar su mandíbula con mis dedos. Frunce el ceño y se levanta nerviosa.

—Seguro que tu mujer ya se ha despertado y a mí me estarán buscando. Será mejor que volvamos —dice, mientras camina de regreso.

—Antía, espera. Fabiola no...

No me deja acabar la frase y se gira con las manos levantadas para que no la retenga.

—Esto no está bien, nada bien —reclama y se da la vuelta para irse, aunque sigue hablándose a ella misma—. Como se me ha ocurrido la estúpida idea de hacer caso a este hombre. Antía, eres

tonta de remate...

Ya no sé lo que dice, se encuentra bastante lejos de mí. Emprendo el regreso al pazo, y me paso las manos por el pelo, resignado. No sé qué coño hago, no puedo perder de vista el motivo de mi visita, tengo que centrarme.

Cuando llego a la habitación, mi hermana ya se ha vestido y hojea una revista.

—¡Hombre, por fin apareces! ¿Algún oso del bosque te ha entretenido más de lo necesario?

—En este bosque no hay osos, lista. Voy a ducharme.

—Espabila, que me muero de hambre.

Una vez duchado y vestido, voy al salón comunitario donde mi hermana ya me espera con el plato lleno y un café humeante.

El salón consta de una gran mesa y la pared que da hacia el pazo es una gran cristalera. Los techos son de madera con pequeñas ventanas por donde entra la luz de la mañana y, en un lado, hay una pequeña cocina con todo lo necesario, donde se encuentra una cafetera que despierta mi olfato con el olor del café.

Cojo un pequeño vaso y una cucharilla, que hay en una esquina, y lo lleno de ese líquido que activa mi cuerpo de nuevo. Busco el azúcar que se encuentra en la mesa grande. Ahora mismo hay, compartiendo el comedor, una pareja de chicas jóvenes, con sus risas y cuchicheos. También hay una pareja de jubilados que charla con una señora, que, imagino, es del servicio de la casa, pues ha traído una bandeja llena de dulces.

En vez de sentarme, voy a la gran cristalera y me apoyo en el marco. Mientras bebo mi café, disfruto de las vistas; la verdad es que el pazo es precioso. Desde donde estoy situado, se ve la entrada, los jardines delanteros y parte del porche, donde está sentada Antía con sus pensamientos. Tengo la impresión de que, cuando se entere del motivo por el que estoy aquí, no querrá verme ni en pintura.

Su padre se sienta a su lado y las pequeñas aparecen, haciéndola sonreír. No hay rastro de la tristeza de hace un rato. Su cara se ilumina con una gran sonrisa mientras habla con ellas. Alguien abre la puerta de salida y se oye al locutor de la radio que anuncia la próxima canción: *Nervous*, de Shawn Mendes. Antía se levanta del sillón y coge a las niñas de las manos. Se ponen a bailar al ritmo de la música y, aunque no la oigo, porque la puerta se ha cerrado de nuevo, conozco la canción y siguen el ritmo a la perfección. Lía baila a su alrededor, riendo a carcajadas, mientras Antía dirige a Martina, que también sonríe, aunque más tímida. No veo el rostro del abuelo, pero imagino que se le debe de caer la baba de orgullo. Es una preciosa estampa.

—¡Vaya, parece que se lo pasan bien! —me hace regresar mi hermana.

—Sí, eso parece —le respondo sin perder la sonrisa, mientras ella se abraza a mis caderas, yo rodeo sus hombros y beso su cabeza.

—Lucas, ya sé que es una mujer muy guapa, pero no lleva tu ritmo. Creo que será mejor que no pierdas tu objetivo o te olvides de esta inversión. Ella no se merece que desmontes su vida.

—¿Quién te ha dicho que quiero desmontar su vida? —le reclamo—. Pensé que tenías mejor percepción de tu hermano.

—Vamos, Lucas. ¿Tengo que recordarte que somos mellizos? Te conozco muy bien. Y sé qué significa esa mirada tuya. No creo que esta chica tenga tiempo para esos maratones de sexo que tenéis con Carlo. Además de vivir en países distintos...

La idea de tener que compartir a Antía en la cama produce un escalofrío en mi cuerpo y me pone la piel de gallina.

—Joder, Fabi —le digo y miro hacia atrás.

Hablamos en italiano y no creo que nadie nos entienda, pero no quiero que nadie sepa cómo disfruto del sexo.

—Venga, hermanito, no te hagas el remilgado ahora.

—Esta conversación se ha acabado. Ve a buscar tus cosas y vamos a hacer turismo. Por la tarde, a ver si tenemos suerte y podemos hacer la visita guiada por las bodegas —le pido.

Dejo un beso en su frente y la giro para que vaya a nuestra habitación y que me deje en paz con mis pensamientos un rato más. Qué bien me conoce la condenada. Cuando vuelvo mi vista hacia el exterior, las niñas juegan con Apolo y ella me mira. Nuestros ojos se tropiezan y levanto la mano para saludarla. Niega con la cabeza y, con un gesto que denota decepción, se dirige al interior del pazo. Seguro que ha visto mis muestras de cariño hacia mi hermana; tengo que sacarla de dudas cuanto antes. No puedo soportar que me mire de esa manera.

—Ya estoy. ¿Nos vamos?

Asiento con la cabeza y pasamos la mañana de parada en parada, disfrutando de lo impresionante que es Galicia.

Es media tarde cuando regresamos al pazo. Exhaustos pero contentos.

—Voy a darme una ducha, necesito relajarme —dice mi hermana y deja un beso en mi mejilla.

—Yo voy a ver con quién puedo hablar para realizar la visita a la bodega.

Mi hermana asiente de espaldas a mí, y la veo desaparecer. Me acerco a la entrada del pazo para localizar a alguien que pueda ayudarme.

—Hola. ¿A quién buscas? ¿Y por qué a Apolo le gustas tanto?

Pregunta la pequeña Lía, con los brazos cruzados en el pecho, algo despeinada, pues su coleta ha tenido mejores momentos, y la camiseta manchada de, quiero pensar, barro.

—Pues busco a tu tía o tu papá, necesito preguntarles una cosa. Y respecto a Apolo, supongo que sabe que no le voy a hacer daño y por eso se acerca —le aclaro, mientras me arrodillo y lleno al amigo perruno de caricias, y él a mí de lametones.

Creo que mis respuestas no la convencen, lo demuestra su ceño fruncido. Menuda Campanilla, seguro que no se aburren con ella.

—¿Y qué cosa necesitas?

—Señorita, creo que eres un poquito cotilla —la reprende un hombre, que aparece detrás de mí.

—No creo, yo soy guay. —Se encoge de hombros, llama al perro y desaparece.

—Lo siento, esta pequeñaja es tremenda. Soy Roi, dueño de las bodegas y padre de Lía ¿Te puedo ayudar en algo? —me pregunta.

—Encantado, yo soy Lucas —me presento, y estrecho su mano—. Pues sí, buscaba a alguien que pudiera decirme cuándo podemos hacer una visita guiada por las bodegas.

—De esos temas se encarga mi hermana. Acompáñame, si no me equivoco, debe de estar en el despacho.

Sigo a Roi por el interior de la vivienda hasta una puerta abierta, donde, detrás de una mesa, se encuentra el motivo de mis dolores de cabeza. No sé qué me pasa con esta mujer.



CAPÍTULO TRECE

Tengo la cabeza entre mis manos, ahora mismo me tiraría de los pelos por la impotencia de no poder encontrar una solución a tanto número rojo. Cada vez que me siento en esta silla, delante de todos estos papeles, me entra un ardor en el estómago que me deja sin aire. Así me encuentra la visita que entra en el despacho en compañía de mi hermano.

—Antía, me he encontrado con Lucas. Quiere saber cuándo pueden hacer la visita guiada por las bodegas —aclara mi hermano.

Me levanto de la silla y seco mis manos en los tejanos que llevo, pues solo su presencia activa mi cuerpo, soy más torpe y consigo ponerme nerviosa.

—Sí... Eh... —Revuelvo mis papeles de la mesa en busca de la maldita agenda—. Aquí la tengo.

—Pues te dejo en buenas manos, Lucas. Mi hermana te ayudará. —Sonríe de medio lado y se va del despacho.

Una vez se cierra la puerta, mi mirada se une a la suya, que no la ha desviado de mi persona en ningún momento. Estoy incómoda a solas con él, me molesta cómo mi cuerpo reacciona a este hombre. Por mucho que mi cerebro sepa que está mal, que debo alejarme de él, que hay otra mujer y yo no debo meterme, no hay manera.

—¿Qué día os va bien visitarla? —le pregunto, detrás de la mesa, que uso como escudo.

Rompo nuestra conexión y busco la semana correspondiente en la agenda. Noto cómo se aproxima a mi posición.

—Esta tarde o mañana por la mañana —contesta, e inclina su cuerpo por encima de la mesa para ver la agenda.

—Para hoy ya es un poco tarde. Mejor, mañana. ¿A las diez?

Levanto la cabeza para saber su respuesta y soy consciente de que está más cerca de lo que yo pensaba. Me pongo nerviosa y al retirarme hacia atrás, mi brazo tropieza con el lapicero que cae al suelo, desperdigando así todo su contenido.

Salgo de mi sitio de confort para recoger el desaguisado, y Lucas se arrodilla para ayudarme.

—No es necesario que me ayudes —le pido para que no se acerque tanto a mí.

—Antía, mírame —me pide con esa voz ronca que remueve mi interior—. Para.

Intento no hacerle caso, pero una vez coge mi mentón con sus dedos para que lo mire, es tarea imposible seguir ignorándolo. Aun así, cierro los ojos para no enfrentarme a su mirada. Ya sé que parezco una niña pequeña, pero es que esto no está bien y tengo la edad suficiente para notar la tensión sexual que se crea a nuestro alrededor cada vez que estamos juntos.

—Mírame, por favor —vuelve a pedir.

Nos levantamos, pero yo me resisto a su petición y mis ojos siguen cerrados. Ahora no sé qué es peor, porque noto su mano acariciar mi mentón, y cómo sus dedos pasan a perfilar mis labios. Está cerca, muy cerca. Noto el calor que desprende su cuerpo y su aliento cerca de mi cara. ¡Por favor, esto no puede pasarme a mí! ¿Va a besarme?

—¡Antía, *neniña*! —me llama Sara.

La puerta se abre de par en par y nuestra magia se rompe. Lucas se retira hacia atrás, y yo me quedo tiesa como un palo.

—Perdón, no sabía que estabas acompañada.

—No pasa nada, Sara. Lucas ya se iba. —Mi voz no suena nada creíble y la mirada de interrogación de Sara consigue ponerme más nerviosa.

—A las diez está perfecto —confirma Lucas—. Hasta mañana, entonces.

Mete sus manos en los bolsillos de los pantalones y se dirige hacia la puerta, donde se despide de Sara con la cabeza. Las dos lo vemos salir en silencio.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Se ha caído el lapicero —le contesto sin mirarla, mientras me agacho para acabar de recoger los lápices.

—Nena, ya sabes a qué me refiero, no te hagas la tonta conmigo.

Sí, sé de lo que habla, pero no quiero comentar este tema con ella. Me conoce muy bien, me ha visto nacer, por ese motivo es casi una madre para mí. Es un poco incómodo hablar de mis sentimientos con ella, supongo que, como todos, siempre ha pensado que su hijo y yo acabaríamos juntos y, además, no quiero que piense que soy mala persona por no respetar al hombre de otra.

—Sara, prefiero no hablar de este tema. Además, no hay nada que contar.

—Pues, para no haber nada, estabais muy juntos cuando he entrado.

—¿Podemos dejar esta conversación? —digo de mal humor—. Ese hombre está casado, ha venido a pedir hora para una visita guiada, he tropezado con los lápices y me ha ayudado a recogerlos. Punto.

—No voy a insistir, pero eso no te lo crees ni tú. Por cierto, si de verdad está casado, su mujer le pone cuernos.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto a Sara, intrigada.

—Anda, ¿ahora sí quieres hablar? —Pone sus brazos en jarras, regañándome—. Pues ahora soy yo la que no quiero decir nada.

—Vamos, Sara, por favor —le suplico, mientras me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—Eres una zalamera. Que conste que te lo digo porque eres mi jefa y no quiero perder mi empleo. —Se queda en silencio un rato, y yo la animo con mis manos—. Esta mañana, mientras limpiaba, la he oído hablar por teléfono. Hablaba en italiano y no he entendido casi nada, pero sí conozco las expresiones «amore mio» y «ti amo», que las ha dicho un montón de veces. Así que yo creo que hay gato encerrado.

La verdad es que sí es raro que sea tan cariñosa al teléfono, pero ¿quién en su sano juicio le

sería infiel a un hombre como Lucas? Prefiero no pensar en nada más, no me quiero hacer falsas ilusiones y tampoco meterme donde no me llaman.

—Bueno, como sea, están casados y, si su mujer le pone los cuernos, no es problema nuestro.

Sara niega con la cabeza y dice que va a seguir con sus tareas. No sé realmente qué venía a decirme, pero no debía ser tan importante.

Falta un cuarto de hora para las diez de la mañana. Estoy nerviosa. He intentado pasar esta visita a otra persona, pero los astros se han alineado en mi contra y todo el mundo tenía cosas que hacer. Así que no me queda más remedio que mentalizarme, ser profesional y dejarme de tonterías.

—¡Tita! —me chilla Lía.

—Lía, cariño. ¿Es necesario armar semejante escándalo?

Esta niña es todo un terremoto, es pura alegría, incluso, a veces, hasta demasiado. Un torbellino de vitalidad. Por la cara que trae, viene a pedirme algo, seguro.

—Es que no te encontraba. Tengo una cosa muy importante que preguntarte.

—Ya me has encontrado, pequeña. Para la próxima vez, puedes buscarme sin chillar por toda la casa.

Me mira e inclina la cabeza, observándome de lado, como hace Apolo. ¡Qué pensará esa cabecita!

—Vale —comenta sin más—. Tú siempre dices que tenemos que respetar a los árboles y curar a los animalitos que están malitos —¡Ay, madre!—, pues hemos ido a pasear con el abuelo por el bosque, ¿sabes?, donde vamos siempre con Apolo...

—Lía, pequeña, lo tienes que explicar más rápido, tengo que ir a trabajar, me esperan.

—¡Jolines! No puedo hablar más rápido. —Se cruza de brazos, enfadada.

—No quiero decir que hables más rápido, solo que digas lo que quieres.

—¡Ah, vale! Te tienes que explicar mejor, que algunas veces no te entiendo. —Será posible... la pequeñaja esta—. Pues... que nos hemos encontrado un gatito, es muy pequeñito y seguro que tiene miedo, me lo quiero quedar. El abuelo no me deja, dice que ya hay muchos animales, que esta casa parece un zoo. Yo quiero ir a un zoo.

Esta niña va a volverme loca.

—Haremos una cosa, lo vamos a cuidar hasta que sea un poco más grande y después le buscaremos una casa, ¿vale?

Por su cara, no era la respuesta que esperaba, pero parece que, de momento, le sirve.

—Vale. Voy a buscar a Anxo para que me ayude a buscar un zoo que esté cerquita, así vamos un día. ¡Te quiero!

Y sé va de la misma manera que ha entrado, pero en este caso el nombre que chilla como una loca es el de mi amigo. Es imposible aburrirte con esta niña.

Ya son la diez, así que salgo de la casona para recoger a mis huéspedes y llevarlos de visita a la bodega. Me esperan en el jardín, donde un muro te permite ver la hermosa panorámica que envuelve la propiedad; las bodegas, los viñedos y parte del pueblo, ya que el pazo se encuentra encima de una pequeña colina.

Lucas está de espaldas, con las manos en los bolsillos de un pantalón color verde caqui y lleva una camiseta negra que se ciñe a todos sus músculos. Sacudo la cabeza para alejar mis pensamientos impuros. Me siento una pésima persona, yo pensando en el cuerpo de ese hombre y

su mujer al lado.

—Buenos días —los saludo.

—Buenos días, Antía. ¿Vas a ser tú la que nos enseñe las bodegas? —pregunta Fabiola con alegría en la voz.

—Así es. Espero que no os importe. Hoy no había nadie más disponible.

—Qué va, al contrario, nos encanta que seas tú.

Lucas ya se ha girado y nos presta atención, pero no hace ningún comentario al respecto, solo me mira fijamente. Me preocupa que no sea nada discreto delante de su mujer. ¿Qué clase de relación tienen estos dos? Esta visita va a ser un infierno.



CAPÍTULO CATORCE

Después de lo que pasó ayer en el despacho, nunca me habría imaginado que Antía nos acompañara en la visita. No sé si ha notado mi asombro, supongo que no, ya que evita mi mirada a toda costa. Entiendo que es una situación inverosímil, sobre todo porque ella cree que Fabi es mi mujer, no mi hermana. De hoy no pasa que le aclare el malentendido. Siempre me ha dado igual lo que la gente piense, pero con Antía es diferente, no puedo tolerar que tenga una mala opinión de mí. No entiendo por qué siento la necesidad de justificarme ante ella.

Las bodegas son impresionantes; habría que hacer algunas inversiones en maquinaria, que ya se ha quedado obsoleta. Entiendo que, dado el bache económico que me consta que pasan, no puedan invertir en mejorar las máquinas, pero imagino que el gasto en reparaciones constantes no debe de ser pequeño.

Nos encontramos en una sala de cata, habilitada para dar a probar a las visitas el fabuloso resultado de todo el proceso de la realización del vino. Hemos estado en la sala donde se embotella, donde se rellenan las cajas con las botellas encorchadas, con la etiqueta y preparadas para la venta. También nos ha llevado a ver las máquinas donde se estruja la uva y el mosto va a parar a unas barricas de acero donde reposará. Finalmente hemos disfrutado de las fabulosas vistas de los verdes viñedos cargados de uvas.

Supongo que, como nos hemos criado en este entorno, podemos valorar mucho más todo lo que hemos visto.

—Felicidades, Antía. Tenéis unas grandes bodegas —le dice mi hermana.

—Muchas gracias. Espero que os guste nuestro vino. —Le sonrío mientras abre una botella para que lo podamos degustar—. ¿Habéis estado en alguna bodega antes?

Yo me pongo serio, si ella supiera el motivo de nuestra visita, estoy seguro de que, en vez de abrir la botella, nos la estamparía en la cabeza sin ningún miramiento. De pronto, me siento culpable. ¿Qué narices me pasa con esta mujer? Los negocios son eso, negocios.

—Pues... la verdad es que nos hemos criado muy cerca de una. —Le sonrío mi hermana y se encoje de hombros como excusándose.

Antía se queda parada un momento mientras asimila sus palabras, supongo que no se esperaba esa contestación. Cuando reacciona, nos ofrece unas copas y vuelca el contenido de la botella

para llenarlas.

Mientras saboreamos el vino para dar nuestra aprobación, entra en la estancia el chico que nos encontramos el día que llegamos, creo que se presentó como Anxo.

—Muy buenas. ¿Habéis disfrutado de la visita? —nos pregunta con la misma alegría e ímpetu que cuando lo conocí.

Algo en mi interior se retuerce al ver cómo pasa su brazo por la cintura de Antía y la acerca a su cuerpo. A ver, yo, Lucas Mancini, un tío liberal, que le gusta el sexo sin tapujos, que le da igual compartir mujer o mujeres, que ha participado en infinidad de orgías, porque el sexo está para disfrutar... estoy celoso por una mujer que apenas conozco. ¿Qué coño me pasa?

—La verdad es que Antía nos ha hecho disfrutar mucho de la visita. Se nota el cariño que le tiene a todo esto —le responde mi hermana.

Aprieto la mandíbula y no le quito la vista a la mano que hay en la cadera de esta mujer que me trastorna tanto.

—¿Hace mucho que estáis casados? —Oigo que nos pregunta el tal Anxo.

Pienso que esta es mi oportunidad para aclarar todo y que Antía sepa que estoy soltero. Así que desvío mi mirada de la mano de él a la cara de ella. No me quiero perder su reacción.

—Llevamos juntos toda la vida, nunca mejor dicho, porque, incluso, compartimos el vientre de nuestra madre. Aparte de quererla mucho y que, si estuviéramos casados, sería incesto, no sé si la soportaría todo el día a mi lado. A veces es un poco pesada.

Fabiola me da un codazo, haciéndose la indignada, y las caras de Antía y Anxo son un poema. Ella me mira fijamente con esos ojos que me atraviesan. No sé leer su reacción, no sabría decir si está enfadada o aliviada. Oigo a Anxo excusarse por meter la pata con su pregunta y acaba riendo con mi hermana, mientras, aunque estemos en la misma sala, Antía y yo somos ajenos a todo lo que nos rodea.

Puedo oír un teléfono sonar, incluso a mi hermana contestar, pero hasta que no noto la preocupación en su voz, no salgo de nuestro trance, rompiendo la unión de nuestras miradas para centrarme en Fabi. Es Enzo, mi cuñado, que nos informa de que Gio ha tenido un pequeño accidente mientras jugaba y se ha roto el pie.

Conozco a mi hermana a la perfección, así que me he ofrecido a llevarla para poder coger el próximo vuelo disponible y volver a casa. En el aeropuerto intento tranquilizar a Fabi, los niños se recuperan con bastante facilidad y, aunque como madre sigue inquieta, creo que, después de abrazarla y besar su frente, se ha quedado más serena. Como el resultado de la lesión de mi sobrino no es nada grave, hemos decidido que voy a aprovechar lo que me queda de semana.

Cuando regreso de dejar a mi hermana, lo único que me apetece es darme una ducha. Así que dirijo mis pasos a la habitación que tengo alquilada. Son cerca de las siete de la tarde; el sol ya no es tan intenso y corre una agradable brisa que da una tregua al sofocante calor que ha hecho durante el día. Antes de entrar en el anexo de las habitaciones, algo llama mi atención en el porche del pazo. Antía está sentada en uno de los sillones, con los cascos en los oídos; una de sus piernas debajo de sus nalgas, y la otra, balanceándose. Tiene los ojos cerrados y tararea bajito. La visión es increíble y tengo la sensación de que mi corazón late con más rapidez. Intento no hacer ruido a medida que me acerco para no romper la impresionante estampa que tengo delante.

No me había fijado en que Apolo le hace compañía, como siempre, y descansa a los pies de

su dueña. Él sí percibe mi llegada, se incorpora y ese movimiento es el que hace reaccionar a Antía, que abre los ojos para mirar a su amigo y saber qué es lo que le ha llamado la atención. Levanto la mano para saludarla y me arrodillo para acariciar a Apolo que se ha acercado a buscar mi contacto. Antía se saca los auriculares y sonrío.

—¿Puedo? —le pido permiso para sentarme. Ella asiente con la cabeza.

—Así que... tu hermana, ¿eh? —Ahora soy yo el que asiente.

Nos mantenemos callados un rato, cada uno con sus pensamientos, mientras disfrutamos del paisaje y la tranquilidad. No es un silencio desagradable, al contrario, me siento cómodo a su lado.

—Lo siento. No era mi intención ocultarte la verdad. Como habrás comprobado, no soy una persona muy comunicativa y me importa más bien poco lo que la gente piense de mí. No entiendo qué me pasa para querer justificar mis actos contigo. No quiero que pienses cosas de mí que no son.

Cuando levanto la cabeza, que tengo agachada mientras me sincero y acaricio a Apolo, veo que me mira con cara de asombro. Sé que es difícil de entender, no nos conocemos de nada. Seguro que mi reacción le parece desproporcionada; joder, hasta yo alucino conmigo, pero hay algo dentro de mí que no quiere dejar las cosas sin aclarar.

—No tienes que disculparte por nada. Supongo que tenía una idea preconcebida. Todo apuntaba a que erais matrimonio o pareja. Igualmente, eres un inquilino y yo no tengo que meterme en esas cosas.

Chasqueo la lengua en desaprobación a su respuesta. No me creo que no note la atracción que se genera a nuestro alrededor.

—¿Soy el único que siente las chispas cuando estamos cerca?

Noto cómo se estremece a mi lado. Muevo mi mano para buscar el contacto de la suya y demostrarle lo que he querido decir con mis palabras.

—Cena conmigo esta noche —le pido—, tú escoges el sitio.

Ella levanta la cabeza para mirarme a los ojos, la recibo con una sonrisa para romper la tensión.

—Está bien. Una cena y a casa, que mañana trabajo.

Genial, parezco un niño pequeño con un juguete nuevo. He perdido por completo el objetivo de mi visita a las bodegas por culpa de una morena con ojos color chocolate.



CAPÍTULO QUINCE

Es increíble que una mujer responsable como yo se haya dejado convencer con tanta facilidad para ir a cenar con ese *peligroso* hombre al que apenas conoce. ¡Ay, Antía, estás bien mal de la cabeza, hija!

Son las ocho y media, me he duchado y estoy delante del espejo sin saber qué ponerme. ¿Qué se pone una para ir a cenar con un pedazo de hombre, al que apenas conoce y que quita el sentido? Pues como no tengo ni idea, he tenido que recurrir a mi amiga del alma. Aquí estamos, conectadas por videollamada. Yo con una toalla enredada en el cuerpo y ella tirada en su cama, burlándose de mí.

—Vamos a ver. Vuelve a explicarme qué tiene ese hombre para que mi responsable amiga rompa sus normas y salga a cenar sin casi conocerlo y, además, no sepa qué ponerse.

—Gemita, te he llamado para que me ayudes, no para que te burles de mí. Si no vas a hacerlo, cuelgo. Bastante nerviosa estoy como para que tenga que responder a tu interrogatorio.

—Para empezar, no vuelvas a llamarme Gemita, coño, que sabes que no me gusta. Solo intento entender este cambio. Desde ya, te digo que quiero conocer al Lucas ese. Necesito poner cara al hombre que ha obrado el milagro en mi amiga.

—No hay milagro, solo vamos a cenar. Su hermana ha tenido que irse y está solo. No me cuesta nada ir a cenar con él. Además, vive en Italia, se va a ir en unos días.

—Pues con más razón para romper esa sequía sexual que arrastras. Pronto no sabrás lo que es un orgasmo, nena.

Pongo los ojos en blanco, con Gema siempre acabamos hablando de lo mismo. Aunque no va desencaminada en el tema de mi sequía y, no me voy a engañar, sería fantástico acabarla con Lucas, pero no sé por qué pienso que no sería buena idea. Algo en mi interior se mantiene alerta y me dice que mantenga las distancias.

—A lo que vamos. ¿Vestido, falda, pantalón...?

—Lo que sea más cómodo para que pueda arrancarte las bragas con facilidad.

Imposible tener una conversación seria con mi amiga del alma.

Cuando salgo por la puerta de la casona, Lucas me espera en el muro, con la mirada en el horizonte y las manos en los bolsillos. Va sencillo, pero, claro, es un hombre tan sexi que cualquier prenda que lleve le queda como un guante. Lleva unos tejanos azules y una camiseta gris de manga corta que se ciñe a los músculos de su torso, y son muchos.

Supongo que el ruido de mis pasos lo alertan y se gira. Nuestras miradas se encuentran, y sonrío mientras me analiza de arriba abajo. Al final, después de muchas burlas y risas por parte de mi amiga, conseguí que me ayudara a escoger mi modelo para la cena. Por lo que veo en la mirada de mi acompañante, hemos acertado. Mi vestido negro de tirantes es muy sencillo, si pasamos por alto la abertura que tiene hacia el lado izquierdo, que llega un poco más abajo de la ingle. Sí, sugerente y, sobre todo, cómodo para que Lucas me arranque las bragas.

—Estás muy guapa —me piropea y deja un beso, que no espero, en mi mejilla.

—Gracias. ¿Nos vamos? —son las únicas palabras que salen por mi boca.

Vamos en el coche que alquiló para venir hasta aquí. El trayecto lo hacemos en silencio, solo nos acompaña la música que suena en la radio. Ahora mismo por los altavoces se oye la voz de Malú, con la canción *Todos los secretos*. Me gusta esta canción, así que, mientras miro por la ventana, canto en voz baja. A veces noto su mirada puesta en mí. Intento hacerme la tonta para no ponerme más nerviosa. El silencio es cómodo, así que el trayecto al pueblo de al lado pasa rápido. Lucas se guía por el GPS donde ha puesto la dirección del restaurante que le he dado.

Conseguimos aparcar cerca del restaurante, bajamos del coche y cuando su mano se posa en mi espalda para que empecemos a caminar, un escalofrío recorre mi cuerpo. Es increíble lo que me hace sentir con solo tocarme, nunca me había pasado nada parecido con ningún otro hombre.

—Estás muy callada —comenta, una vez nos han instalado en una mesa—. Antía, solo quiero que disfrutemos de la cena. No quiero que estés incómoda.

—Lo siento. No suelo salir a cenar con desconocidos. No tengo claro cómo comportarme —me sincero.

Estoy sorprendida de lo fácil que me sale decir lo que pienso con él.

—Aunque te parezca mentira, esta también es mi primera vez. —Sonríe pícaro—. Normalmente suelo salir con mi grupo de amigos.

—Eso me pasa a mí, siempre que salgo a cenar lo hago con Gema, Felipe, su novio, y con Anxo. Antes también salía con mi hermano y mi cuñada, pero desde que ella murió, mi hermano se ha distanciado y nunca se une a nosotros.

El ambiente se ha enfriado un poco con mi comentario, no quería ponerme triste, esta cena es para mí. Tengo que intentar disfrutar de la compañía de Lucas y no pensar en nadie más. Esta noche tengo que ser egoísta. Parece que el moreno que tengo al lado se ha dado cuenta de mi bajón y cambia de tema.

—Una curiosidad. ¿Quién es la anciana que estaba el otro día contigo? Parece una mujer muy peculiar.

Me echo a reír. Parece mentira que Sabela sea la persona que consigue que el ambiente se vuelva de nuevo agradable. Le explico las pocas curiosidades que sé de ella y las locuras que a veces se le ocurren. Disfruto de la sonrisa de Lucas, del brillo de sus ojos, de cómo sus labios se posan en la copa cada vez que da un sorbo y de las historias de juventud que me cuenta o cómo disfruta de sus sobrinos.

Hacía tiempo que no gozaba tanto en una cena. Esta noche he descubierto muchas cosas sobre mi acompañante: que su apariencia de chico malo no tiene nada que ver con el Lucas dulce que se

ha revelado; que es un hombre que disfruta de las cosas pequeñas de la vida; que su vida no es toda color de rosa y que sería muy fácil enamorarse de él.

Cuando nos damos cuenta, ya estamos en la entrada del pazo.

—Lo he pasado muy bien, Lucas. Muchas gracias por la cena y por la compañía.

—Me alegra oír eso. Yo también he disfrutado mucho. A lo mejor podríamos repetir otra noche antes de que me vaya.

La realidad regresa a mí de golpe. Dentro de unos días se marchará y no volveremos a vernos nunca más. Ese pensamiento hace que se me encoja un poco el corazón.

—Claro que sí. Estaría genial. Además, mañana por la noche empiezan las fiestas del pueblo...

Noto su mano recoger mi pelo entre sus dedos y me acerca a él. No tarda ni un segundo en poner sus labios en los míos. La pasión con la que me besa me recorre el cuerpo y mis manos viajan solas a su cuello y su barba de varios días. Su otra mano acaricia mi mejilla. No sé cuánto tiempo pasamos saboreándonos el uno al otro, cuando unos golpes en el cristal del conductor nos sacan de nuestra pasión. Los dos saltamos alarmados para ver la silueta de una anciana, vestida de negro, con el bastón en la mano. ¿Qué narices hace doña Sabela por aquí a estas horas? Y lo más importante, ¿cómo lo voy a hacer para bajar este calor que recorre todo mi cuerpo?



CAPÍTULO DIECISÉIS

Son las siete de la mañana y ya llevo un rato despierto. Ahora que tengo toda la cama para mí solo y podría descansar a pierna suelta, otra mujer me impide que lo haga.

Una sonrisa en mi cara aparece al recordar como ayer, la señora Sabela casi nos mata de un ataque al corazón; con el susto que nos dio, tuvimos que recogernos con el calentón correspondiente... y cada uno a su cama.

Como sé que no voy a poder volver a dormirme voy a aprovechar el día y saldré a correr. Me visto con mi ropa de deporte y, antes de salir, reviso mi teléfono por si tengo algún mensaje de mi hermana, y así es.

Fabi

Hola. Por aquí todo en orden. Gio están encantado con su yeso. Está deseando que vuelvas para que le dibujes algo.

Sonrío de nuevo al pensar en mi pequeño sobrino.

Lucas

Hola. Me alegro de que todo haya quedado en un susto. Nos veremos la semana próxima.

Fabi

Vale, aquí te esperamos. Por favor, no hagas ninguna tontería.

Lucas

Me ofendes, hermanita. ¿Cuándo hago yo tonterías?

Fabi

No te hagas el tonto. Ya sabes a qué me refiero.

Lucas

Prometo portarme bien, no te preocupes y mimame mucho a tu familia.

Fabi

Está bien. Te quiero.

Lucas

Yo también. Dale un beso a esos bichos y un abrazo a Enzo.

Entiendo que mi hermana esté preocupada, ni yo mismo sé lo que me pasa. Soy consciente de que esto no está bien, que mi objetivo con esta visita es analizar los pros y los contras para invertir o no en las bodegas, y es peligroso que me acerque a Antía. Es una mujer dulce y familiar, todo corazón y yo solo un capullo caprichoso que acabaré haciéndole daño, aunque no quiera.

Intento deshacerme de esos pensamientos y decido que es hora de salir a hacer mi entrenamiento matutino y, a lo mejor, con un poco de suerte, me encuentro a la mujer que me tiene hecho un lío.

Llevo más de tres cuartos de hora corriendo por el bosque, así que ya estoy en el trayecto de vuelta cuando oigo la voz de Antía llamar a Apolo. Decido esconderme detrás de un árbol para sorprenderla. Espero con calma a que aparezca por el camino y, cuando está a mi altura, salto para asustarla. Chilla y da manotazos sin ton ni son. Apolo no tarda en aparecer y ladra para proteger a su dueña hasta que me reconoce y se calma.

—Antía, tranquila, soy yo —le aclaro, mientras intento para sus golpes.

—¡Joder! ¿Tú eres tonto o qué te pasa? —chilla al verme.

Está pálida por el susto, su respiración es agitada y sus ojos están acuosos por el miedo. La acerco a mi cuerpo y la abrazo para intentar calmarla. Al principio se resiste, pero al final se deja consolar.

—Lo siento. No pensaba que te asustarías tanto.

—Lucas, por si no te habías dado cuenta, esto es un bosque, hay animales y es fácil esconderse. Jolín, casi me muerdo del susto. No vuelvas a hacerlo nunca más, ¿me oyes? —pide, separándose de mi cuerpo y apuntándome con el dedo.

—Lo siento, de verdad —me vuelvo a excusar—. Te he oído llamar a Apolo y quería sorprenderte.

—Pues lo has conseguido y casi me matas. Así que puedes estar satisfecho. —Cruza los brazos sobre su pecho para hacerme ver que está enfadada.

Una carcajada sale de mi cuerpo, es imposible resistirme. Ahora que ya está más tranquila, recuerdo su cara de pánico y no puedo dejar de reír. Hacía mucho tiempo que no reía con estas ganas, esa sensación de que el estómago te va a estallar, si no dejas de hacerlo, pero no puedes parar.

Antía sigue con los brazos cruzados a la altura de su pecho y cada vez parece más enfadada. La cojo por un brazo y la traigo hasta mi cuerpo para abrazarla.

—Es que no te puedes ni imaginar la cara que has puesto —le digo como puedo, mientras intento dejar de reír.

—Eres muy tonto, ¿lo sabías? —me reclama, pero su tono ya denota diversión.

Intento calmarme y la separo un poco de mi cuerpo, necesito ver su cara, observar sus ojos, saber si siente lo mismo que siento yo, que no sé qué es, pero me gusta. Me encanta que con ella pueda ser yo mismo.

Enmarco su cara y aparto unos mechones de su pelo que, con la batalla y el susto, se han desprendido de su coleta. ¡Joder, es tan bonita! Le brillan los ojos y su respiración vuelve a estar agitada. Desvío mi mirada a sus labios y observo cómo se los humedece. No consigo resistirme a ese gesto y, obviando las palabras de mi hermana, acecho su boca. Intento controlarme, quiero transmitirle todo lo que dice mi corazón. Noto sus manos rodear mis caderas y ascender por dentro de mi camiseta hacia mi espalda. Mi lengua busca la suya, desesperada por saborearla. La elevo a mi altura y ella enrosca sus piernas a mi cuerpo. Me muevo hacia un árbol y apoyo su espalda en él. Separo nuestras bocas y desciendo mis besos por su cuello. Consigo introducir mi mano por debajo de su *top* deportivo hasta alcanzar uno de sus pechos; son perfectos para mis manos y sus duros pezones consiguen que mi erección se remueva más en mis pantalones. Desde que perdí la virginidad, he tenido sexo con muchas mujeres, es la vía de escape a mis problemas, pero la forma en la que ahora mismo está latiendo mi corazón... no me había pasado en la vida.

—Lucas, por favor —su voz me saca de mis pensamientos—, creo que deberíamos parar. Estamos en medio del bosque y Apolo lleva un rato, ahí sentado, viendo el espectáculo.

—Tienes razón, lo siento. —Suspiro e intento recuperar mi respiración, mientras nuestras frentes se mantienen pegadas—. ¿Te imaginas que aparece por ahí la señora Sabela?

—Madre mía, sería el colmo.

Nos echamos a reír al recordar cómo nos abordó ayer en el coche.

—¿Vas a seguir corriendo? —le pregunto, mientras la dejo despacio en el suelo.

—Creo que, ahora mismo, mi cuerpo no responde a los estímulos de mi cerebro. Ya van dos veces que lo pongo al límite y lo dejo a medias. Eso no puede ser bueno. —Hace una mueca y se encoge de hombros.

—¿Te apetece pasear hasta el pazo? Esto —le digo, mientras señalo mi miembro— necesita relajarse.

Ahora es ella la que estalla en una carcajada.

—Parece una buena idea —dice, deleitándose con su fantástica sonrisa—. Vamos, anda.

Volvemos al camino y nos movemos con calma, recogemos algún palo para lanzárselo a Apolo y cruzamos nuestras miradas en varias ocasiones.

—¿Qué tal está tu sobrino? —pregunta, rompiendo el silencio.

—Bastante bien. Ya sabes cómo son los niños. Está encantado con el yeso que le han puesto y espera que regrese para que se lo firme.

Sonríe, pero su mirada ha cambiado. El silencio vuelve a aparecer de nuevo, los dos somos muy conscientes de que esto que nos rodea, esta tensión que nos atrae el uno al otro o las diferentes emociones que sentimos, pronto desaparecerán por culpa de la distancia.

—Esta noche empiezan las fiestas del pueblo. He quedado para cenar con mis amigos. Me preguntaba si te apetecería venir con nosotros. —Su tono de voz es bajo y dudoso.

—¿A ti te gustaría que fuera? —le devuelvo la pregunta. Ella asiente con la cabeza—. Entonces, no hay razón para no hacerlo.

Su sonrisa se ensancha y esta vez sí que llega a sus ojos. No tengo nada claro que esté

haciendo lo correcto, seguro que si mi hermana, la voz de mi consciencia, estuviera aquí, me echaría la bronca por irresponsable. Pero me he dado cuenta de que me gusta verla feliz y no soy capaz de alejarme de ella. Vamos a vivir el momento, los problemas que vengan después, que vendrán, ya los afrontaré cuando toque.



CAPÍTULO DIECISIETE

No sé si habré hecho bien invitándolo a la cena de esta noche, soy una estúpida, ¿en que estaría pensando? Si es que cerca de él me cuesta pensar. Una sonrisa aparece en mi cara al recordar nuestro encuentro de esta mañana en el bosque. Qué susto me ha dado el muy tonto.

Mientras acabo de arreglarme frente al espejo, oigo los pasos de mis pequeñas. Bueno, en realidad solo se oyen los de Lía; Martina, aunque es más pequeña, es mucho más discreta.

—¿Qué haces, tita? —pregunta Lía.

—Me preparo para salir a cenar —le contesto y le guiño un ojo a Martina que, como siempre, se encuentra en un segundo plano.

—Te has puesto muy guapa. ¿Vas a buscar un novio?

—Pues no, listilla —aclaro, haciéndole cosquillas; primero, a ella, que se escapa, y continúo con Martina.

Me encanta oír sus carcajadas, pero las de Martina son especiales. Por norma no se la oye, así que estos momentos los atesoro en mi corazón.

—¿Estás segura? —pregunta con su cara de pilla.

—Claro que estoy segura, enana. Voy a cenar con Gema, Felipe y Anxo.

—¿Y nadie más? —Arrugo el ceño, mirándola—. Porque allí fuera está el chico de los dibujos y va muy guapo.

Me sale una carcajada por el descaró de esta pequeñaja. Las dos se miran cómplices y una sonrisa ilumina sus caras. Ya me gustaría a mí saber qué clase de charlas tienen estas dos.

—Ese chico de los dibujos se llama Lucas. ¿Habéis hablado con él? —Miedo me dan, sobre todo Lía.

—No, solo lo hemos visto. Hablaba con el abuelo y ya sabes que las pequeñas no podemos interrumpir las conversaciones de los mayores —explica resignada—. ¿Lucas también va a cenar con vosotros?

—Sí, enana. Su hermana se ha tenido que ir y, como se ha quedado aquí solo, lo he invitado.

La oigo suspirar, mientras Martina se tapa la boca con la mano, avergonzada.

—Qué suertuda. Eres muy afortunada de poder cenar con un chico tan guapo y lleno de

dibujos. Cuando yo sea mayor, también voy a pintarme cosas en el brazo. Sé que a papá no le va a hacer ni pizca de gracia, pero ya podré hacer lo que quiera. ¿A ti no te gustaría hacerte dibujos, Martina?

—Yo no. Esos dibujos no se van al lavarte, ¿y si después no te gustan?

—Pues a mí me da igual que no salgan. ¿Por qué no me van a gustar si los voy a escoger yo? Eres más aburrida...

—Y tú... una tonta. Siempre estás igual y te crees mejor porque yo no quiero dibujar mi cuerpo.

—Chicas, por favor, no empecéis a pelear —les pido a las dos.

—Estoy harta —se queja Martina muy enfadada.

La vemos salir de la habitación. Martina, normalmente, es una niña tranquila. Es muy raro verla enfadada, pero cuando se siente juzgada, saca a su guerrera interior y ya puedes apartarte, que arrasa con todo. A veces pienso que debería sacar ese carácter más a menudo, no encerrarse tanto en ella. Todavía es muy pequeña, pero tengo la sensación de que se resigna con su discapacidad y tira la toalla con mucha facilidad. Me da mucha rabia, porque estoy convencida de que podrá hacer todo lo que se proponga; el problema es que tiene que querer.

—Creo que hoy tiene un mal día. Tampoco ha sido para tanto —dice Lía. Sé que le duele ver a su hermana enfadada o triste.

—Lía, cariño, a veces decimos las cosas sin pensar y a la otra persona le hacen daño. Seguro que después, cuando se haya calmado un poco, si hablas con ella, te explicará qué es lo que le ha molestado.

—Vale —suspira resignada—. Espero que no se enfade mucho conmigo. Te quiero, Pocahontas.

—Y yo a ti, Campanilla.

Sale corriendo por la puerta. Lo bueno de Lía es que, aparte de estar de buen humor todo el día y ser la alegría de la casa, no es nada rencorosa, nunca está enfadada más de cinco segundos. Cuando era un poco más pequeña, empezamos a llamarla Campanilla por la luz que aporta y la vitalidad que tiene. Una noche, leyendo un libro, antes de ir a dormir, llegó a la conclusión de que, si a ella la llamábamos así, los demás también teníamos que ser un personaje, de ahí que, en ocasiones, como hoy, me llame Pocahontas por mi larga melena negra.

Salgo por la puerta de la casona con diez minutos de retraso. Hoy no ha sido culpa mía, sino de una de las pequeñas de la casa, que ya está sentada en el porche al lado de su hermana. Lo que más me sorprende es ver cómo Lucas intenta interactuar con ellas. Todavía no me han visto, así que aprovecho para apoyarme en la puerta y observarlos un rato. Es bonito ver a Martina sonreír y hablar con alguien que no es de la familia y que apenas conoce. Como todavía queda ponerle uno de los implantes cocleares, su vocabulario no es suficiente, e incluso, en ocasiones, cuesta entenderla. El trabajo con la logopeda es increíble, pero aún queda mucho por hacer. A pesar de los obstáculos, parece que se llevan bien y eso hace que mi corazón se estruje un poquito.

—Ya estoy lista —comento para hacerme ver.

Lucas se levanta del asiento y me repasa sin perder detalle. Su mirada me pone nerviosa y consigue ruborizarme. Sus ojos coinciden con los míos y sonríe. Está muy guapo con un pantalón de vestir azul marino y una camisa blanca remangada hasta los codos.

—¿A que está guapa? —le pregunta Lía.

—Pues sí, tenías razón. Está muy guapa —dice al final, mirándome.

Nos quedamos todos en silencio, sin saber qué decir. Ellas con sus risitas cómplices y nosotros enganchados por esa energía que siempre se genera cuando estamos cerca.

—¡Niñas, hora del baño! —Oímos decir a Sara, que consigue romper nuestra conexión.

—Nosotros nos vamos, que ya llegamos tarde. Niñas, portaos bien con Sara y el abuelo. Si tengo alguna queja, mañana no vamos a la fiesta —les comento.

—Nos portaremos *chupiguay*. Martina ya me ha perdonado porque es la mejor hermana del mundo. —Esta Campanilla es más zalamera...

Me despido de ellas con besos y abrazos y salimos de la casona en el coche de alquiler de Lucas. Durante el trayecto, me pide que le hable de mis amigos para ir conociéndolos un poco. Es un tema cómodo que me permite ir relajada todo el viaje. Mis amigos son una parte muy importante de mi vida, disfruto mucho con ellos y aunque, después de la muerte de Ester, nos ha costado volver a nuestras salidas conjuntas, con el tiempo, hemos recuperado un poco la normalidad. Sabemos que nada va a ser igual, pero la vida continúa y hay que seguir de la mejor manera posible.

Hemos conseguido aparcar bastante cerca del restaurante y, cuando llegamos, Gema, Felipe y Anxo ya nos esperan en la puerta.

—Hola, nena. No entiendo por qué siempre eres la última en llegar —saluda Gema. Pongo los ojos en blanco y paso de su reclamo.

—Os presento a Lucas —les digo—. Lucas, ellos son Gema, Felipe y Anxo, al que ya conoces.

—Un placer. Antía me ha hablado mucho de vosotros.

—Espero que le hayas hablado bien de nosotros, *ruliña* —dice Anxo, dándome un beso en la mejilla.

Le devuelvo el beso, mientras el resto acaba de saludarse. Felipe abre la puerta y Gema retiene mi brazo para quedar detrás de ellos.

—Dime que le has devuelto la alegría al cuerpo con ese morenazo —pregunta.

—¡Chissst! Que te va a oír, loca.

—Vamos, no te hagas la dura. No puedes dejar pasar la oportunidad. Pero ¿tú has visto qué *moziño*^[4]?

—Pero bueno, eres una descarada. ¿Cómo te oiga Felipe?

—Pues no pasaría nada. Yo a mi Felipe lo quiero con locura y no me quejo en absoluto. Pero tengo ojos en la cara, nena.

Las dos nos reímos, y así consigo no tener que darle explicaciones. Sé que, si hablamos un rato más del tema, Gema se daría cuenta de que ha pasado algo entre Lucas y yo. Me conoce demasiado bien y tengo dificultad para ocultarle las cosas.

La cena es agradable y el ambiente relajado. Felipe y Lucas han congeniado bastante bien. No ha sido así con Anxo, que ha estado brusco en algunos momentos. Menos mal que mi querida amiga ha relajado el ambiente con un interrogatorio en toda regla al pobre chico. Mi mirada con Lucas se ha cruzado, cómplice, en más de una ocasión. Incluso ha tenido el descaro de rozarme la pierna varias veces. ¡Maldito!



CAPÍTULO DIECIOCHO

Estas fiestas del pueblo no son muy diferentes a las que yo iba de niño. Hace tiempo que cambié este tipo de fiestas por otras más de adultos, pero he de confesar que me estoy divirtiendo.

Antía está preciosa y me ha tenido toda la cena con una tensión en los pantalones de cuidado. Es una mujer dulce e inocente pero, a la vez, peligrosa, ya que no es consciente de lo que proyecta cuando la miras. Nunca he tenido tantas ganas de desnudar a una mujer, saborearla con calma, para después follarla y ver cómo se corre mientras pronuncia mi nombre. Tengo que cambiar de pensamientos o, en breve, alguien se dará cuenta de mi erección.

Sus amigos son gente agradable. Gema es una mujer muy guapa, rubia con unos impresionantes ojos azules. Es la que aporta alegría al grupo con sus bromas constantes. Felipe, en cambio, es la seriedad y la cordura. Es más o menos de mi estatura, con un cuerpo trabajado. Lo único que lo asemeja a su chica son sus ojos claros, por lo demás, son muy distintos. El único que sobra es Anxo. No me gusta cómo me mira y, menos, algunos de los comentarios que ha hecho durante la cena.

—Voy a pedir algo de beber. ¿Te apetece algo? —le pregunto a Antía, acercándome a su oreja para que me oiga por encima de la música.

—Una cerveza, por favor.

Pregunto al resto y voy hacia una barra improvisada, tan típica de las fiestas de los pueblos, para realizar mi pedido. Mientras espero, echo un vistazo a la plaza donde se celebra la fiesta, no hay demasiada gente. La orquesta anuncia la siguiente canción: *Bajito*, de Ana Guerra. Veo que Anxo coge de la mano a Antía y la saca a bailar. A ella se la ve muy cómoda con él, pero a mí me llevan los demonios ver cómo el tal Anxo la toca y roza su cuerpo contra el de ella. No consigo entender mi reacción, nunca he sentido celos por ninguna mujer, así que no puedo explicar cómo me afecta tanto. ¿Por qué me hierva la sangre cada vez que él se arrima o besa su cuello, haciéndola sonreír?

—Hola. Tú eres Lucas, ¿verdad? —me pregunta una mujer que se ha instalado a mi lado en la barra—. Me llamo Maica y trabajo en las bodegas.

Su cara no me suena de nada, pero, aunque esté cabreado, ella no tiene la culpa, así que trato de ser educado y me centro en Maica; la verdad es que no está nada mal. No es tan exuberante

como Idara, ni tampoco tiene la belleza dulce de Antía. Es alta, con el cabello castaño y ojos oscuros. Tiene una bonita sonrisa, pero claramente poco sincera. En otro momento de mi vida, no estaría mal para pasar una noche.

—Un placer, Maica. Creo que no te he visto por las bodegas.

—Seguro que no. Soy la contable, así que estoy metida en la oficina todo el día.

El camarero pone todas las bebidas que le he pedido encima de la barra y soy consciente de que no puedo volver yo solo con todas. Me giro para pedir ayuda, pero todos están demasiado juntos y muy pendientes los unos de los otros para darse cuenta de que intento llamar su atención.

—No sé por qué esos dos insisten en negar que se gustan. Llevan tantos años con tonteos que no entiendo cómo todavía no se han casado —dice la voz de Maica a mi lado. Me había olvidado de ella—. Ya te ayudo yo, no te preocupes.

No le contesto, solo asiento con la cabeza. Intento analizar sus palabras. *Años tonteando*. A él se le nota que está loco por Antía, pero de ella no me lo esperaba. La noche empeora por momentos. Joder, era yo el que tenía que estar bailando con ella, mientras rozamos nuestros cuerpos. Me cabrea tener esta sensación de frustración, estas ganas de coger a Anxo por la camiseta, alejarlo de ella y estampar mi puño en su sonriente cara. Me asusto. Hace mucho tiempo que no tenía esos pensamientos, esas ganas de liarme a puñetazos con alguien por cualquier cosa, solo para sentir la adrenalina del desahogo y soltar todas mis mierdas en el cuerpo de otro. Sí, así era yo, siempre en problemas. Pero ya no tengo veinte años. Esa etapa ya pasó y conseguí centrar mi ira de otra manera, como con el sexo, por ejemplo.

—Hola, chicos —saluda Maica.

Todos se separan y dejan de bailar para corresponder el saludo. Sus gestos cambian al ver que la que saluda es Maica. Vaya, vaya... creo que esta chica no cae muy bien al grupo.

—Hola, Maica. ¿Tú por aquí? —le pregunta Antía con burla.

—Ya ves, la fiesta es para todos. He encontrado a Lucas en la barra y, como vosotros estabais muy acaramelados, le he ayudado con las bebidas.

—Vaya, qué amabilidad de repente.

Uf, qué tensión en el ambiente. Decir que no se tragan es quedarse corto.

—Muchas gracias por la ayuda. Ahora ya puedes volver con tus *amiguitas* —la increpa Gema, que hace énfasis en la última palabra.

—La verdad es que no sé dónde están y, como vosotros sois parejitas —sonríe pícaro—, si a Lucas no le importa, me quedaré para hacerle compañía y que no se sienta solo.

No he tenido tiempo de contestar que ya la tengo enganchada a mi brazo. A mí no me estorba, pero la verdad es que se ha creado una tensión en el ambiente que, incluso, resulta incómoda; por no decir que la cara de Antía parece un volcán a punto de explotar.

La orquesta vuelve a anunciar la siguiente canción: *Chiquilla*, de Seguridad Social. Antía y Gema se miran y sus semblantes cambian por completo. Chillan como dos adolescentes, se cogen de la mano y las vemos desaparecer. Se sitúan delante del palco y parece que las haya poseído el cerebro de un *fumeta* hasta el culo de porros. Cantan más ellas que la orquesta, son el centro de todas las miradas. Se lo pasan de muerte y eso hace salir una sonrisa en mi cara.

—Están como cabras —dice Felipe.

—No había oído nunca esta canción. Parece que les gusta.

—Es una canción de hace unos cuantos años. Muy conocida aquí, en España.

—¿Siempre están así? —Su cara cambia a un semblante más serio. Mi intención no era ofensiva así que rectifico—. Me refiero a que si siempre disfrutan así tanto de todo.

—Sí. —Sonríe—. Son dos mujeres muy intensas. Nunca sabes qué esperar con ellas; cuando están juntas tiemblo. Algún día te explicaré la de veces que me han sacado los colores.

Este chico me cae bien. Felipe es un tío serio. Se nota que tiene las cosas muy claras y, sobre todo, que está loco por su chica. Ese brillo en sus ojos al mirarla no puede decir lo contrario.

Anxo ha desaparecido y yo todavía tengo a Maica colgada de mi brazo, cuando las chicas vuelven a nuestra posición. Con la respiración agitada de darlo todo en la pista, Gema se acerca a su chico y lo besa. Yo no puedo apartar la mirada de esa mujer que, acalorada y algo despeinada, eclipsa todo el lugar. La tensión se vuelve a generar a nuestro alrededor, como cada vez que nos miramos, hasta que sus ojos se desvían hasta mi brazo y es consciente de que Maica sigue con nosotros; aunque no le presto mucha atención, creo que cada vez se arrima más a mi cuerpo.

—¿Dónde está Anxo? —dice, mirándome.

—Ha ido a vaciar la vejiga —le contesta Felipe.

Si no fuera porque parece que le preocupa su amigo, diría que está intentado darme celos. Lo que ella no sabe es que, sin quererlo, mi interior arde de rabia. No se imagina las ganas que tengo de robarle un beso, de dibujarla con mis manos, de saborear cada centímetro de su cuerpo. No se imagina que no tengo ni idea de qué me pasa con ella, que no conozco estos pensamientos porque nunca los había tenido antes. Yo, que creía que mi vida era difícil, que cada día me levanto con la idea de ser un poco mejor, de alzar la cabeza y dejar los tormentos del pasado atrás. Y ahora que me he tropezado con ella, sé que mi vida puede ser peor, mucho peor. Ahora estoy atrapado en una tela de araña con nombre de mujer: Antía.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Así no es, ni por asomo, cómo imaginaba que iba a ir la noche. ¿Qué narices hace Maica tan cerca de Lucas? No puedo con ella, esa maldad que vuelca en mí... Quiero saber qué narices le he hecho yo para que me tenga tanta rabia. Gema siempre dice que tiene envidia, pero parece absurdo; como no sea por el dinero, mi vida personal no es para tirar cohetes, que digamos.

Vuelvo del lavabo del bar de la esquina, que es donde estaba meditando conmigo misma, y me acerco a mis amigos. La orquesta empieza a tocar una bachata. Noto que, antes de llegar a mi destino, alguien coge mi muñeca para darme la vuelta y choco con un cuerpo.

—Dime que sabes bailar bachata —susurra Lucas en mi oído.

No le contesto, me he quedado muda por la cercanía de su cuerpo. Abre su mano para abarcar parte de mi espalda baja y me aproxima a su torso. Con la otra mano dirige la mía hacia su cuello y no dudo en rodearlo. Entre nosotros no cabe ni el aire. Yo apoyo mi mano libre en su pecho y con el dedo me levanta la cabeza por la barbilla para que lo mire. Una vez nuestra mirada conecta, se mueve, lento, sexi... Mis caderas lo acompañan. No tengo mucha experiencia en este tipo de baile, pero él sí lo baila bien, así que es fácil dejarse llevar. Todo en nuestro mundo, cuando estamos los dos juntos, parece menos complicado, hasta que soy consciente de la realidad.

Una vez acaba la canción y comienza otra distinta, nuestra respiración es agitada y nos cuesta separarnos. Lucas es el primero en darse cuenta de que el baile ha acabado y se separa de mi cuerpo, dejándome vacía. Coge mi mano y besa mis nudillos con caballerosidad mientras hace una pequeña reverencia. Me doy la vuelta para buscar a mis amigos y encuentro la cara de asombro de Gema con una sonrisa pícara y a Anxo... cabreado.

Son las dos de la madrugada y mañana tenemos que trabajar, así que decidimos marcharnos. Maica ha desaparecido de la fiesta; mejor, no tengo ganas de aguantar su cara de palo. Bastante tengo hoy con Anxo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Gema, mientras vamos a por el coche de Lucas.

Mi amiga y Felipe viven en un precioso piso en el pueblo, así que han venido andando. Anxo ha traído su coche, ya que vive cerca de la casona.

—Una bachata —respondo sin darle importancia.

—Vamos, nena, hasta yo me he puesto cachonda viendo cómo bailabais.

La verdad es que yo estaba tan metida en el baile y en los ojos de Lucas que no he sido consciente del espectáculo que hemos podido dar.

—Gemita, eres un poco exagerada.

—¡Exagerada, los cojones! Y no me llames así, ¡coño! —suspira y sigue con la charla—. Aprovecha a ese hombretón, Antía, disfruta el momento, pero en la distancia. Sabes que en unos días se marcha.

—Viviré la vida —le contesto. Cómo me conoce la jodida.

Me despidió de Felipe y a ella le doy dos besos, me giña un ojo y me da una palmada en el culo.

—No hagáis cosas malas —le grito, mientras se marchan calle abajo.

Veo a Gema coger una nalga de Felipe y se la aprieta, mientras él se queja por hacer esas cosas en público.

—Me voy. ¿Quieres que te lleve? —me pregunta Anxo.

Sigue de mal humor y lo puedo entender, pero hace tiempo que le dejé las cosas claras y tiene que saber que, tarde o temprano, ya sea con Lucas o con otro hombre, voy a seguir con mi vida. Mi mayor deseo es encontrar a un hombre con el que poder vivir un amor como vivían Roi y Ester. Que me quiera así de profundo, como ellos se querían.

—Yo la he traído y yo la llevo. —Oigo decir a Lucas.

—Mañana nos vemos —contesta Anxo con resignación.

—Anxo —lo llamo—. Estamos bien, ¿verdad?

—Estamos, *ruliña*.

Da un beso en mi mejilla y se dirige a su vehículo sin despedirse de Lucas.

Subimos al coche y el silencio nos envuelve. Solo se oye la radio en un leve tono. No sé qué decirle. No lo conozco, no sé nada de su vida, pero algo en mi interior sabe que me iría con él al fin del mundo. Ese pensamiento me asusta mucho. Yo soy de esas personas que medita y analiza las cosas minuciosamente antes de tomar cualquier decisión. Me hago listas con los pros y los contras, dejo reposar las decisiones dos días antes de dar el visto bueno; así soy yo, compleja, responsable. En cambio, con Lucas cerca, me siento más libre, como si no tuviera que llevar yo todo el peso y eso me hace sentir genial.

Aparca el coche fuera de la casona y apaga el motor. Noto su mirada, supongo que espera alguna reacción por mi parte, pero tengo miedo de no poder controlar este huracán interno.

—Espero que lo hayas pasado bien esta noche. Me voy a ir a dormir, mañana tengo muchas cosas...

—No me gusta ver cómo Anxo te toca —me corta. Lo miro.

—A mí tampoco me gusta que Maica se cuelgue de tu brazo como si fueras de su propiedad. —Nos volvemos a quedar en silencio, esta vez, mirándonos—. Hasta mañana, Lucas.

—Hasta mañana, Antía.

Bajo del coche y voy hasta mi casa sin esperarlo. Recuerdo las palabras de Gema, quiero disfrutarlo, pero no sé si podré mantener la distancia después.

La casa está en silencio. Voy a mi habitación y me pongo el pijama de dos piezas, camiseta de tirantes y pantalón corto. Me desmaquillo y me lanzo, literalmente, en mi cama, boca arriba para meditar con el techo. ¿Qué narices me pasa? Mi mente vuelve a la fiesta, al baile con Lucas, al roce de su cuerpo con el mío. A cómo su pierna tocaba mi sexo al bailar o su pecho friccionaba con el mío. Así va a ser imposible dormir. Sin pensarlo ni un minuto, me levanto y salgo de la casona para ir a su encuentro.

Llamo a la puerta de su habitación. Nadie contesta. A lo mejor ha vuelto al pueblo. Mi cejo se frunce. ¿Habrá ido a buscar desahogo a otro lugar? Cuando estoy a punto de irme, oigo que la llave da vueltas y la puerta se abre. Un Lucas sin camiseta y con un pantalón corto caído en la cadera me recibe al otro lado. Tiene un cuerpo increíble, donde se le definen todos los músculos a la perfección y, aunque nunca me lo hubiera imaginado, que esté lleno de tatuajes todavía lo hace más sexi. Se oye música, muy bajo. Me muerdo el labio inferior para intentar controlar mis ganas, pues nunca había estado con un hombre como él. Me mira con media sonrisa a la espera de mi reacción, pero estoy como alélada... Extiende su mano, reclamándome. No lo pienso, estiro la mía para unirnos y, al conectar, me arrastra al interior de la habitación y cierra la puerta.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy pegada a la pared con el cuerpo de Lucas muy cerca del mío. Sus manos buscan mi cara y me mira.

—Necesito besarte. Llevo toda la noche deseando saborear tus labios. —Su voz se ha vuelto más grave y eso ha conseguido encenderme más.

Asiento con la cabeza y me besa. Es un beso frenético, desesperado, para vaciar la contención de la noche, pero dulce y tierno para saborear el momento. Con sus manos abarca mi culo y me sube a su cuerpo. Enrosco mis piernas a su cintura y noto que ya está duro y yo empapada. Gimo cuando roza mi centro. Nos lleva hasta la cama y me deja caer despacio.

—Eres preciosa, joder.

Nos desnudamos con prisas. Me cuesta aguantar las ganas de abalanzarme a saborear su cuerpo. Empieza a sonar una nueva canción: *7 rings*, de Ariana Grande. Lucas no me da tiempo a pensar y se inclina encima de mí para mimar mis pechos; uno, con la boca; el otro, con la mano. Un escalofrío recorre mi cuerpo y consigue hacerme temblar, hace tanto que no tengo sexo y él es tan bueno, que creo que puedo llegar a correrme así, solo con estimular mis pechos. Cuando cree que ya los ha mimado suficiente, desciende por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo y lo saborea.

—¡Uhm! Tan bueno como me imaginaba —susurra.

—¡Oh!, por favor, no pares —le pido.

Tiro de su pelo desesperada para apretarlo más a mi cuerpo. Consigue separarse un poco e introduce, primero, uno y después dos dedos en mi interior. Madre mía, que vergüenza cuando tarde medio segundo en correrme, que es justo lo que pasa. Lucas no dice nada, como si no le diera importancia, y me sonrío de medio lado sintiéndose satisfecho con el resultado, pero a mí me da rabia acabar tan pronto. Se incorpora y se pasa la mano por la cara para limpiar mi excitación de su boca.

—Delicioso —me dice con la mirada llena de deseo.

Ese gesto me pone a mil de nuevo. Abre su cartera que está en la mesilla y saca un condón de su interior, lo abre con la boca y se lo coloca con rapidez. No sé si voy a ser capaz de aguantar mucho más sin correrme de nuevo, estoy empapada.

—Te necesito dentro —suplico.

No pierde el tiempo y se estira sobre mí, yo enredo de nuevo mis piernas en su cadera y le clavo los pies en su culo, se incorpora conmigo y me empotra en la pared. Noto cómo su erección se introduce en mi interior; estoy tan excitada que no tiene ningún problema por entrar hasta el fondo.

—Joder, cómo me gustas —lo oigo gruñir.

Yo soy toda gemidos cuando empieza a entrar y salir de mi cuerpo, con ganas, lo que provoca que vuelva a correrme por segunda vez, cosa que nunca me había pasado, y él se une a mí un segundo después.

Me acaricia mientras recuperamos el ritmo de nuestra respiración, ahora estirados en la cama, y me encanta. Aprovecho para repasar con mis dedos parte de sus tatuajes; muero de ganas por preguntarle el significado de algunos de ellos, pero no lo hago.

—¿Estás bien? —pregunta cuando pasa un rato y yo sigo callada.

—Todo fantástico. Pero, entre lo cansada que estoy y tus caricias, creo que no tardaré mucho en dormirme. Lo siento —me disculpo.

Así que, muy a mi pesar, decido que es hora de ir a descansar un poco antes de volver al día a día.

—Será mejor que me vaya antes de que no sea capaz de levantarme.

—Por mí puedes quedarte —me dice, rozándome un pecho con la mano.

—Lo sé y ojalá pudiera, pero mañana tengo que trabajar y necesito descansar algo.

Lo oigo bufar, pero se rinde a mi petición y afloja su agarre para que pueda levantarme. Me visto bajo su atenta mirada, cosa que hace la tarea realmente complicada. Nos despedimos en la puerta, aunque estamos más de diez minutos saqueando nuestras bocas y estrujándonos el uno contra el otro.

Salgo de su habitación con una gran sonrisa en la cara hasta que veo una silueta de hombre sentado en el porche de casa. Es Roi y parece abatido. «Bienvenida a la vida real, Antía», susurra mi demonio.



CAPÍTULO VEINTE

Estoy agotado, pero no puedo dormir. Cada día me cuesta más apoyar la cabeza en la almohada y cerrar los ojos. Parece que la única manera de poder desconectar de mis pesadillas es poniéndome hasta el culo de alcohol y, en ocasiones, desahogar mi soledad con alguna mujer. A veces eso es incluso peor, después me siento como una mierda. Tengo la sensación de que le estoy siendo infiel. Es una tontería, ella no volverá jamás, pero es lo que siento.

Un ruido a mi derecha me saca de mis pensamientos. ¿Quién puede estar por ahí a estas horas? Dirijo mi mirada hacia el anexo de la casa, donde se hospedan los turistas que vienen de visita. Alguien sale de puntillas, intenta no hacer ruido, pero a esta hora y en silencio es imposible pasar desapercibido. Intento enfocar mi mirada para poder averiguar quién es.

—Pero ¿qué coño...? —No puedo creer que sea mi hermana—. ¿Se puede saber qué haces tú saliendo de ahí como si fueras un ladrón?

—Pues... —Está tensa y no sabe qué contestar.

Hago memoria y recuerdo que mi padre dijo que había salido a cenar con la tropa y se habían llevado al italiano que está de vacaciones. Así qué uno más uno, blanco y en botella.

—Vaya, vaya, hermanita. Parece que alguien, por fin, ha desatascado tuberías. ¿Aún recordabas cómo se hacía? —me burlo de ella.

—Eres un imbécil —me reclama, sentándose a mi lado—. Pareces un niño de cinco años haciendo enfadar a su hermana. Y tú, ¿qué haces aquí fuera tan tarde?

—No podía dormir. Era esto o volver a ir de fiesta. Hoy ni siquiera me apetece beber más.

Antía apoya su cabeza en mi hombro, su cercanía me reconforta al instante. Siempre nos hemos llevado muy bien. Ella es una de las personas más importantes de mi vida. Siempre la he cuidado. Nadie se metía con Antía porque tenía un hermano que siempre salía en su defensa, pero, por desgracia, ahora es ella la que cuida de mí. No solo de mí, sino de mis pequeñas, de mi padre, de las bodegas, e incluso, de Apolo. Es un pilar importante en nuestras vidas y yo no tendré suficiente de la mía para agradecerle todo lo que hace por nosotros. Quiero verla feliz, que encuentre a un hombre que la quiera por encima de todo y pueda formar su propia familia.

—Roi, cariño, sé que ahora todo parece cuesta arriba. Nunca vamos a olvidar a Ester, pero

tienes que seguir. No puedes estancarte en el pasado. Tienes que frenar este ritmo que llevas, el alcohol no es la solución. Te estás destrozando y, a la larga, esto te va a pasar factura. Tus niñas te necesitan, yo te necesito. Tienes que ayudarnos a tirar.

Le rodeo los hombros y la arrimo a mi cuerpo. Ella me envuelve con los suyos y consigo relajarme. Aunque a veces parece que se me olvida, sé que no estoy solo. Pero el dolor de mi corazón es tan fuerte, tan desgarrador, que es muy difícil seguir adelante sin ella, sin el centro de mi vida. Sin mi otra mitad estoy roto.

—La echo tanto de menos —le confieso a mi hermana entre lágrimas—. Cada día es más complicado mirar hacia el futuro sin ella. Contemplo a Martina y a Lía y me doy cuenta de que no las va a ver crecer. Estaría muy orgullosa de ellas.

Mi hermana asiente con la cabeza, pero no dice nada. Los dos nos quedamos en silencio un rato. Un silencio cómodo, con nuestros recuerdos y pensamientos en Ester. Compartimos nuestras lágrimas y tristeza. Qué mejor forma de hacerlo que con la persona que más me conoce y a la que quiero con locura.

Cuando creo que ya nos hemos desahogado lo suficiente y no podemos seguir con esta pena, decido volver a meterme con ella. Necesito que vuelva a sonreír, ver de nuevo el brillo de sus ojos. Ese que, estoy convencido, traía al salir de la casa de huéspedes.

—¿Qué tal el italiano en la cama?

—¡Roi! No pienso hablar de sexo contigo —puntualiza, separándose de mi cuerpo.

—Con el tiempo que llevabas en dique seco, ahora vamos a disfrutar de tu sonrisa unos cuantos días.

—Qué sabrás tú de mi vida sexual, listillo.

—Me lo dice tu mala leche por las mañanas.

Ella se cruza de brazos, haciéndose la ofendida, y yo me hecho a reír.

—Eres muy tonto —me reprende con un manotazo en el brazo—. Voy a dormir que dentro de —se mira el reloj de la muñeca— tres horas, tengo que estar levantada.

—Que duermas bien, Pocahontas.

—Hasta mañana, Hércules.

Está claro que necesitaba una dosis de Antía, con ella a mi lado todo es más fácil. Dirijo mi mirada hacia el cielo, hoy despejado, lleno de estrellas.

—Mi estrella, ayúdame a encontrar el camino. Te echo tanto de menos, mi vida. Otro día más lejos de ti, otro día más en el infierno.

Me levanto y decido que es hora de ir a descansar. A ver si consigo conciliar el sueño esta vez.



CAPÍTULO VEINTIUNO

La claridad del día se filtra por las cortinas de la habitación. Ayer olvidé cerrar las persianas. Por la fuerza de la luz, creo que me he pasado durmiendo. Me estiro en la cama, ocupándola toda, mi cabeza no deja de recrearse en el encuentro con Antía. Hacía tiempo que no me sentía tan lleno y, aunque siempre disfruto con una buena sesión de sexo, con ella ha sido diferente. No sé el motivo, no puedo explicar nada de lo que me pasa con esta mujer, todo se magnifica a su lado y eso me hace sentir inseguro. El sonido de entrada de una videollamada en mi teléfono me saca de mis pensamientos. Es Carlo.

—¿Qué pasa, capullo? —saluda, nada más descolgar.

—Buenos días a ti también. ¿Qué haces despierto tan pronto? —Es raro que madrugue tanto y vaya vestido con un traje de tres piezas.

—Trabajar. No todos tenemos la suerte de estar de vacaciones.

—Si tú no sabes qué es eso. Nunca has trabajado en tu vida —me burlo.

—Muy gracioso. La próxima vez no le hago caso a Damián y paso de llamarte.

En ese momento gira su teléfono y veo a mi otro amigo sentado en su despacho, liado con unos papeles. Levanta la cabeza y saluda, aunque sigue concentrado en el trabajo.

—¿Se puede saber qué tramáis? —les pregunto. Que estén los dos juntos en el despacho de Damián no suele ser habitual.

—Vamos a analizar la compra de un local. Y tú, ¿cómo lo llevas? ¿Qué tal por España?

—Ya sabes que Damián nunca se equivoca. El cabrón es bueno. Esto es precioso y perfecto para invertir. Justo lo que buscaba.

—Gracias, amigo. Menos mal que alguien se da cuenta de mi potencial. —Oigo contestar a Damián por detrás.

—Por cierto, ¿qué haces todavía en la cama? Son las diez de la mañana —pregunta Carlo.

—He tenido una noche movidita.

—Vaya, vaya... ¿Algo que explicar? —me pregunta curioso—. No estarás pasándolo bien sin nosotros, ¿no?

—Aquí están de fiestas mayores y Antía me invitó a cenar con ella y sus amigos.

—¿Quién coño es Antía? —pregunta Carlo.

—Es la propietaria de las bodegas —le contesta Damián por mí.

—Mira el amigo... no es listo ni nada. Intenta engatusarse a la propietaria para hacerse socio. Por lo menos estará buena, ¿no?

Me incorporo un poco en la cama, ya que el comentario de Carlo genera ardor en mi estómago. Esa no ha sido mi intención, ni mucho menos, pero al oírlo en voz alta suena exactamente a lo que parece, y no me cabe la menor duda de que es lo que Antía va a pensar cuando se entere del motivo de mi visita.

—Lucas, ¿estás bien? —me pregunta Carlo porque he estado callado demasiado tiempo.

—Sí, sí... Pensaba en otras cosas. Por cierto, Damián ¿crees que podrías estar por aquí el sábado? Me gustaría que estuvieras presente para hacerles la proposición. —Aprovecho para cambiar de tema.

—No hay problema. Después te envío la hora de llegada y me vienes a buscar.

—Claro. Gracias, amigo. Os dejo, chicos, voy a ver si aún puedo tomarme un café.

—Hasta otro día, compañero. El próximo no te escapas de una charla. Está claro que a ti te pasa algo.

Qué listo es mi amigo y qué bien me conoce; aun así, no pienso decirle nada, sobre todo porque no tengo ni idea de qué explicarle. No entiendo qué me pasa, así que es difícil que se lo pueda contar a él.

Decido levantarme, a ver si puedo activarme con un café. Antes paso por la ducha, es un buen sitio para pensar mi siguiente acción. Tengo que acabar de precisar mis movimientos, intentar llegar a un acuerdo con la familia Ulloa y largarme de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Voy a aprovechar el resto del día para meditar. Me acerco a uno de los pueblos cercanos a comer y pasear, necesito centrarme. No sirve de mucho, no soy capaz de quitarme a Antía de la cabeza. El recuerdo de su cuerpo rozar con el mío, sus besos, su sabor y ese olor a flores que desprende. Con estos pensamientos es imposible centrarme. Frustrado, decido volver a las bodegas. Aparco el coche y me interno en los alrededores de la casona. Si alguien me ve, seguro que piensa que vengo a robar. Mi cuerpo está en tensión e intento pasar desapercibido. Sé que parezco un cobarde; bueno, lo soy, pero no me apetece encontrarme con Antía, no sabría cómo explicar mi ausencia de casi todo el día.

—¡Muchacho! —Oigo que me llaman—. No irás a marcharte sin pagar, ¿verdad?

—Ese no es mi estilo, señor Ulloa.

—No sé por qué no me sorprende. Por muchos tatuajes que lleves, tu mirada no engaña.

No sé qué contestar a eso. Por norma, al ver mi cuerpo tatuado, por mucho traje que lleve, la primera impresión nunca ha sido positiva. Eso se nota, la gente te mira raro, como si fueras a robarles algo. El señor Ulloa sonrío, es totalmente consciente de que me ha calado.

—¿Vas a contarme a qué has venido a mis bodegas? ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo observas todo? La manera que tienes de perder la vista en los viñedos no es de un turista que no sabe lo que ve. Quiero la verdad, muchacho. O ya puedes recoger tu maleta y largarte de mis tierras.

Ya veo que el señor Ulloa no pierde el tiempo. Mantengo el tipo, intento hacer ver que no me impresionan sus palabras, aunque no sea así. Ahora tengo que sacar al Lucas empresario.

—Sé que pasan por una mala racha, que tienen problemas económicos y les cuesta seguir adelante. Mi familia también posee viñedos en Italia. Siempre he querido invertir en España y no voy a negar que, ahora mismo, sus bodegas son interesantes para mí. Honestamente, pienso que ambos podemos sacar beneficio mutuo.

El señor Ulloa me mira y estoy seguro de que analiza mis palabras. Su cara no muestra nada que pueda orientarme a saber qué piensa. Da un paso atrás y se dirige, apoyado en sus muletas, hacia el muro que limita la casa, desde donde se pueden observar todos los viñedos y demás edificios que engloban las bodegas. Tiene la mirada perdida en el horizonte cuando vuelve a hablar:

—¿Ves esas tierras de allí abajo? —Señala con una muleta. Me acerco a su posición y asiento con la cabeza—. Son las primeras tierras que adquirió mi bisabuelo. No fueron compradas, sino cambiadas a otro vecino por unas nuestras. No había nada, eran solo para pasto de los animales. Primero, decidieron plantar maíz. Se vendía bien y ayudaba con el aporte económico en casa. Un día de feria en el pueblo, alguien dio la voz de que había venido un importante empresario de unas bodegas de La Rioja. Parecía interesado en comprar tierras para hacer vino. Unos vecinos vendieron, y otros, entre ellos, mi bisabuelo, pensaron que si ese hombre venía de tan lejos para buscar tierras era porque estaba seguro de poder hacer buen vino. Así que decidieron no vender y plantar pies de viña para probar. No fue fácil, hubo años muy duros; plagas, incendios, guerras... pero, poco a poco, siempre remontaban. En los buenos momentos aprovecharon para invertir en más propiedades, como el pazo, que se reformó y es donde hemos vivido. Si te explico esto, es porque no sé qué ideas rondan por tu cabeza, pero hay cosas que son sagradas y no pienso vender. Aún tengo la esperanza de poder salir de este mal momento, si buscamos la ayuda adecuada.

El señor Ulloa es un hombre muy sabio y culto. Aunque haya dedicado toda su vida al campo, sabe de lo que habla.

—Mi intención no es comprar —le corto—, sino invertir. La vida no me va mal, pero no tengo el poder económico para comprar. El valor de todo esto es incalculable. Me gustaría llegar a un acuerdo que fuera bueno para ambos. El sábado llega un amigo mío con una oferta que podemos analizar con calma.

—Sabes que todo esto es ahora de mis hijos. Tendrás que convencerlos a ellos también.

Trago saliva, esa va a ser la parte más complicada, sobre todo con Antía.

—Nos reuniremos y les expondré mi petición.

—¡Ay, muchacho! Ahí vas a tener un hueso duro de roer. Mi hija no quiere ni oír hablar de que alguien meta las manos en nuestro negocio. Solo te pido una cosa. —Asiento con la cabeza para que continúe—. Quiero ser yo quien se lo comunique a ellos. Hasta el sábado, sigues siendo un simple turista, ¿entendido?

—Por eso no hay problema.

No se puede ni imaginar, el hombre, el peso que me quita de encima. Bastante duro va a ser enfrentarme a su mirada cuando se entere.

«Esto es lo que querías, tendrías que estar contento», me digo a mí mismo. Pero no es así. Mentiría si dijera que no sé el porqué de mi falta de entusiasmo. Lo tengo muy claro y tiene nombre de mujer.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cabreada. Ese es mi estado anímico actual. Ni que quisiera casarme con él. Está muy claro que me evita, el muy capullo. Somos mayorcitos, la que lo buscó fui yo, quería sexo y él también; entonces, no tengo ni idea de cuál es el problema ahora. El muy creído seguro que está cansado de que todas sus conquistas acaben locas por él. Debe de ser de esos hombres alérgicos al compromiso. Pero, bueno, hay que ser muy tonta para colarse por un hombre que vive en otro país.

Mi día no podía empezar peor cuando veo que, al alcanzar el último tramo de mi salida a correr matutina con Apolo, lo veo acercarse a nuestra posición. ¡Vaya! Ahora solo falta que cuando me vea cambie de ruta. Pero no es así. En mis auriculares suena *T.N.T.*, de AC/DC, que refleja a la perfección mi humor; sí, ahora también soy dinamita. A medida que nos acercamos, mi corazón retumba con más fuerza en mi pecho. «Es por el esfuerzo de correr», intento convencerme.

El traidor de mi amigo perruno ya se ha acercado a él, que lo mimaba acariciándolo con esas manos que recorrieron mi cuerpo y me hicieron disfrutar tanto. «Antía, frena esos pensamientos. Estás cabreada, no lo olvides», reclama mi conciencia.

Paso por su lado y solo levanto un poco la cabeza a modo de saludo, pero no me detengo. Ahora la que no quiere saber nada de él soy yo.

—Antía —me llama. Me hago la sorda, con la música no lo oigo.

Lo noto cerca, así que no dudo en acelerar el paso, pero es más alto y rápido que yo y me alcanza. Se pone delante de mí para que frene, con tan mala suerte de que no paro a tiempo y choco con su cuerpo, cayendo de culo al suelo.

—¡Joder, qué daño! —protesto, mientras me quito los auriculares—. Pero ¿tú eres tonto o qué narices te pasa?

—Lo siento. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —pregunta y me ayuda a levantarme.

—A ti... ¡¿qué te parece?! Me he clavado las piedras en el culo. —Me sacude el pantalón con la mano, tocándome el trasero sin ningún disimulo—. ¡Oye! ¿Qué confianzas son esas? Haz el favor de no tocarme.

Me separo de él para mantener las distancias. Volver a sentirlo cerca es demasiado agradable.

—Vamos, Antía, ¿te recuerdo que te he visto desnuda?

—No me olvido y eso es lo que va a ser a partir de ahora, un recuerdo.

—¿A qué viene eso?

—No lo sé. El bipolar aquí eres tú —le digo.

El muy canalla se echa a reír.

—Me han llamado muchas cosas, pero es la primera vez que dicen que soy bipolar.

—Pues ya me dirás cómo se le llama a alguien que, de un día para otro, cambia de modo de actuar. Un día, te gusto, me seduces y me follas. Otro, me evitas e intentas no tropezar conmigo, no vaya a ser que caiga rendida a tus pies. Pues que sepas que no eres tan espectacular. —Toma mentira.

—¿Eso crees? —responde, acercándose a mí de forma peligrosa—. ¿Que no quiero volver a verte? ¿Que no quiero volver a follarte? ¡Ay, Antía! Si tú supieras...

Me deja descolocada. Estaba convencida de que huía de mí. Lucas da un paso hacia mí y yo uno hacía atrás, hasta que tropiezo con un árbol. Está demasiado cerca. Mi cabreo ha disminuido de forma considerable. Está claro que no me puedo resistir a este hombre y eso no es bueno. Su boca está cada vez más cerca de la mía. Cierro los ojos mientras espero el impacto, quiero sentir su sabor, cómo sus labios presionan los míos.

—Eres preciosa... y estaría mirándote todo el día —susurra antes de besarme.

Me dejo llevar, necesitaba su contacto. Necesitaba besarlo, tocar su cuerpo, sentir su calor. «Por favor, Antía, pero ¿qué haces? En dos días se marcha y su contacto te gusta demasiado», me recrimino. Empujo su cuerpo y me alejo del árbol para que no pueda atraparame de nuevo.

—No puedo. Esto no... —No sé cómo justificarme sin que note que me gusta demasiado—. Me voy, tengo trabajo.

Vuelvo al camino, dejándolo apoyado en el árbol. Llamo a Apolo para que regrese conmigo y volvemos caminando. Lucas no me sigue, no dice nada más. Mejor, no tengo claro cómo enfrentarme a esto que siento.

Cuando falta poco para llegar, fuera de su casa, ya nos espera doña Sabela. Ayer quedé con ella de acercarme al pueblo a comprarle unas cosas que necesita. Hace mucho tiempo que ella no va y a mí no me cuesta nada ayudarla. Siempre ha sido muy buena con nosotros.

—Buenos días, nenita. ¿Y esa cara que traes? Parece que has visto al lobo. No te habrás cruzado con alguno, ¿verdad?

Noto su ironía en la pregunta, está claro que ha visto pasar a Lucas. Esta mujer es mayor, pero de tonta no tiene ni un pelo.

—Doña Sabela, hoy no estoy de ánimos. ¿Ha preparado la lista de la compra? —le pregunto para cambiar de tema.

—Las cosas hay que mirarlas de frente. Sin miedo a vivir la vida, a buscar el camino adecuado. —Ya estamos con los consejos que nunca entiendo—. No todo es fácil, siempre hay lágrimas, pero también felicidad. Déjate llevar, nenita. Aquí tienes mi lista. Muchas gracias por la ayuda, no sé qué voy a hacer cuando te vayas.

—¿Adónde se supone que voy a ir? —le pregunto, frunciendo el ceño.

—De vacaciones, yo que sé. No lo puedo saber todo —contesta enfadada—. No me hagas caso, estoy vieja y solo digo tonterías.

—¡Ay, doña Sabela! No diga esas cosas. Sabe que yo la quiero mucho —le digo, mientras la abrazo y le doy un beso en la mejilla—. Después le traigo sus cosas.

Apolo y yo nos despedimos en la puerta de su casa y seguimos el camino hasta la casona.

—Buenos días —saludo al entrar en la cocina, donde ya se encuentran Sara y mi padre.

—Buenos días, cariño. —Mi padre se acerca a darme un beso.

—Me voy a duchar y bajaré al pueblo a comprar cosas que necesita doña Sabela. Sara, si necesitas algo, dímelo y lo traigo.

—Creo que no. Lo pienso mientras te duchas.

—Antía —me llama mi padre cuando estoy a punto de subir las escaleras—. Quiero hablar con tu hermano y contigo esta noche.

—Claro, no hay problema. ¿Va todo bien?

—Todo bien, hija. No te preocupes. Hablamos esta noche.

Se me hace un nudo en el estómago. No soy tonta, sé cómo están las cosas y supongo que es hora de tomar decisiones. Me guste o no, tenemos que evitar que esto empeore.

El día ha sido horroroso, he tenido dificultad para concentrarme. Estoy inquieta y preocupada por la charla con mi padre. Son las siete de la tarde, así que decido ir a dar una vuelta por el bosque con Apolo, antes de que se haga de noche. Salgo al porche para buscar a mis sobrinas, a ver si quieren acompañarme, y ahí están, como imaginaba, lo que no esperaba es que Lucas estuviera con ellas. Están con un libro. Él lee despacio y lo escuchan con atención, mientras Lía juega con una de las pulseras que lleva Lucas. Es muy bonito ver cómo interactúan los tres. Me quedo embobada un rato, mirándolos, hasta que noto a alguien a mi lado.

—Parece que se le dan bien los niños —dice mi hermano.

—Tiene dos sobrinos pequeños, supongo que está acostumbrado. —Mi hermano asiente y enseña su sonrisa de medio lado—. ¿Qué? —le pregunto.

—Nada, nada —contesta y levanta las manos a modo de disculpa—. Te buscaba. Papá quiere hablar con nosotros ahora.

Pues nada, «adiós» a mi paseo con Apolo y «hola» a mi nudo en el estómago.

Mi padre se encuentra sentado tras el escritorio de su despacho. Está rodeado de papeles y su semblante es serio.

—Sentaos. —Nos indica las sillas que hay enfrente—. No me voy a ir con tonterías. Los dos sois conscientes de cómo están las cosas en la bodega. No quiero que la cosa se alargue más y después no podamos remontar. He hablado con una persona interesada en invertir en nuestra bodega. Creo que es la inyección que necesitamos ahora mismo. Os pido que, mañana por la tarde, estéis disponibles para escuchar su oferta.

—¿Así, tan rápido? No podemos decidir de un día para otro —le reclamo enfadada. Él lo tiene claro y no ha contado con nosotros para nada.

—Antía, no he dicho que vayamos a aceptar. Solo que nos va a presentar una oferta y quiero escucharla. Eso es todo.

—Y tú, ¿no vas a decir nada? —le reprocho a mi hermano.

—Tenemos que hacer algo, eso está claro. Vamos a escuchar lo que tenga que decir esa persona y después pensamos.

—Perfecto, así que los dos estáis de acuerdo y lo que yo piense os da igual.

—Venga, Antía, no seas egoísta —protesta mi hermano.

—¿En serio? ¿Egoísta? ¿Sabes...? ¡A la mierda!

Me levanto y salgo del despacho con un portazo mientras los escucho llamarme. Sé que estoy siendo injusta, pero tengo esperanzas de que todavía podamos remontar. No me gusta nada la idea

de que algún extraño, que no tiene ni idea del negocio, se meta en nuestras bodegas. Esto es un infierno.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Estas niñas son una pasada; es increíble cómo se apoyan la una a la otra. Lía se desvive por su hermana, es un derroche de cariño incondicional. Estoy seguro de que se pelean muchas veces, pero se protegen mucho mutuamente. Martina, supongo que debido a su discapacidad, es una niña tranquila y observadora. Lía es lo opuesto, puro nervio, parece una ardilla, no para de moverse y preguntar en todo momento. Una sonrisa ilumina mi cara mientras las recuerdo y acabo de ordenar los libros que hemos utilizado. Una señora las ha llamado para ir a cenar.

Me levanto para ir a mi habitación y veo a alguien salir de la casa y corre hacia la salida. Es Antía. No sé qué le pasa, pero que salga así, como si la persiguiera un fantasma, no es buena señal.

—¡Antía! —la llamo. No responde y ni siquiera se da la vuelta.

Corro tras ella y veo que se dirige hacia el bosque. Está oscureciendo y no creo que sea buena idea adentrarse. Por mi altura, no me cuesta alcanzarla. La retengo por la muñeca, aunque ella se resiste.

—¡Déjame en paz, joder! —me exige, mientras forcejea.

Está llorando y eso hace que mi corazón se encoja. No me puedo rendir, tengo claro que necesita un abrazo, así que no dudo en estrecharla contra mi cuerpo. Noto que, poco a poco, su resistencia cede para, al final, aceptar mi cobijo. Nos quedamos así un rato, mientras ella se calma.

—¿Estás más tranquila? —le pregunto una vez su cuerpo deja de moverse debido al llanto.

—Sí —contesta sin separarse de mi cuerpo.

—¿Quieres explicarme qué ha pasado?

Se queda callada, analiza si quiere decírmelo o no. No pienso ir a dormir sin saber qué pasa por esa cabecita.

—Mi padre nos ha dicho que hay alguien que quiere invertir en las bodegas. —Ahora su tono de voz no es de tristeza, sino de rabia—. No atravesamos por un buen momento y tenemos bastantes problemas económicos. Él piensa que es la mejor opción, pero yo no lo tengo tan claro. No me hace gracia que alguien ajeno a la familia tenga voz y voto en las decisiones de las bodegas.

Sus palabras me tensan. Sabía que no le iba hacer gracia que le ofreciera una propuesta de inversión, pero nunca imaginé que le podría doler tanto. Por un lado, creo que es una inconsciente, pues sé que, si no obtienen alguna aportación económica, es muy probable que, en menos de un año, tengan que cerrar o vender. Intento recomponerme para que no sospeche nada, que no se note que soy la persona que va a romper su corazón y nadie puede llegar a imaginarse cómo duele.

—No me digas que tú piensas igual que mi padre —se queja al notar mi silencio. Se separa de mi cuerpo.

—No tengo ni idea, Antía —miento—. No sé cómo es de delicada vuestra situación. Lo que sí creo es que debes esperar a ver qué os ofrecen. A lo mejor no es tan malo como imaginas.

—Bueno tampoco será —sueno resignada.

Esta situación me fastidia, pero ya no hay marcha atrás. Ahora ya no son solo mis ganas de invertir, sino el futuro de las bodegas y de esta familia. Damián me envió un mensaje para informarme de que la cosa no pintaba bien para los Ulloa, incluso aconsejó invertir más. Por supuesto, le expresé mi voluntad de ayudarlos, no hundirlos. Me dijo que perdía mi fiereza en los negocios, y lo mandé a la mierda, claro.

—¿Quieres pasar la noche conmigo? —le pregunto. Ella inclina la cabeza, analizándome. Ya me imagino lo que piensa—. Solo para charlar, por si no te apetece estar sola.

Sonríe. Tiene la nariz y los ojos rojos de llorar, incluso está algo despeinada, le caen varios mechones de su coleta. Alargo la mano y le coloco uno de ellos detrás de la oreja. Joder, es preciosa. Asiente. Me acerco a su cabeza y beso su frente, mientras ella abraza mi cuerpo.

Nos acercamos hasta la casa. Cuando entramos, intentamos pasar desapercibidos, pero en el porche hay gente, así que decidimos vernos más tarde, después de cenar.

He decidido cambiarme de ropa y salir al pueblo a llenar el estómago. Necesito despejar mi cabeza, centrarme. Pensar en cómo afrontar todo lo que se me viene encima. Tengo un cúmulo de sentimientos. Pensaba que iba a disfrutar más de este posible negocio, pero no es así, tengo un sabor agri dulce. Todo es culpa de lo que me hace sentir esa morena que, con su mirada, consigue que me cueste centrarme en otras cosas que no sean ella.

Una llamada me saca de mis pensamientos. Es Idara.

—¡Hola, preciosa!

—¡Hola, Lucas! ¿Qué tal va todo por ahí?

—Va bien. Mañana llega Damián, a ver si conseguimos cerrar el trato.

—¿Estás bien? Aquí te echamos de menos. Tenemos ganas de que vuelvas.

Sonrío. Es curioso que después de estos años de compartir tantas sesiones conjuntas, yo no haya pensado en ellos desde que estoy aquí. Ahora, todos mis pensamientos tienen un solo objetivo y, desde que estoy en el pazo, no he echado de menos mis sesiones de sexo.

—Sí, todo va bien, el lunes volveremos. Igualmente, no creo que Carlo me eche mucho de menos cuando te tiene toda para él.

—Pero yo sí. No es lo mismo sin ti.

La situación es incómoda y ahora no tengo ganas de enfrentarme a eso, así que le pongo una excusa y corto la llamada.

Desde que estoy aquí, he conseguido dormir las noches de un tirón, no he tenido pesadillas y estoy seguro de que he sonreído más. Me encantaría saber qué diría mi psicóloga.

Aprovecho mi soledad para responder un mensaje de Damián donde informa de su hora de llegada. También llamo a mi madre. Después de la bronca que recibo por no llamarla más a menudo, comenta que por casa todo sigue igual; sé que me echa de menos, pero pensar que tengo que volver a soportar a mi padre y sus reclamos me pone de mal humor. Son cerca de las once cuando decido pagar e irme hacia el pazo.

Unos tímidos toques en la puerta indican que Antía ya está aquí. Me levanto de la cama, en la que estaba estirado. Solo llevo un pantalón corto, así que no me sorprende el recorrido de la mirada de Antía por mi cuerpo cuando abro la puerta. Yo también aprovecho para recorrer el suyo. Solo viste una camisola que le llega a medio muslo, y diría, sin equivocarme, que no lleva sujetador. Me da a mí que eso de dormir y nada más no va a ser posible.

—Adelante —le pido.

Ella entra y, al pasar por mi lado, se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla. Cierro los ojos mientras saboreo su inocente contacto. Qué difícil va a ser controlarme con ella, y menos, si arrastra su mano por mi pecho y mi abdomen, como ha hecho antes de entrar.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias. He decidido vivir el momento y esperar a mañana para ver qué nos ofrece ese personaje.

Intento tragar saliva, pero hasta ese sencillo gesto me cuesta.

—Me parece buena idea. Cada cosa en su momento. Por cierto, antes de que me olvide. ¿Todavía tienes alguna habitación libre? Mañana llega un amigo mío, estaría genial que se pudiera quedar aquí.

—No te preocupes, tenemos tres habitaciones disponibles, no hay problema.

—Genial.

No sé qué más decir al ver que ella se levanta de la cama, donde se había sentado, y se acerca, poco a poco, a mi cuerpo. Yo retrocedo, no porque no tenga ganas de ella, pero me sorprende su reacción. Mi cuerpo tropieza con la puerta del armario. Su mirada me pone cachondo al momento. Es una auténtica depredadora que acecha a su presa; en este caso a mí, el Lucas que no hay nada que no haya probado a nivel sexual. Aquí estoy, capturado por esos ojos marrones que prometen el paraíso.

—Antía —le reclamo. De verdad que intento resistirme.

—¡Chist! —Me silencia con su dedo en mi boca—. Vivir el momento, ¿recuerdas?

¡Joder! Esto va a ser muy complicado. Acerca su boca a mi cuello y me besa. Mi cuerpo se estremece y se me pone la piel de gallina. Se sitúa junto a mi oído y susurra:

—Me encanta ver cómo tu cuerpo reacciona a mis caricias y mis besos.

Bufo. Es la primera mujer que me deja sin palabras en una sesión de sexo. El que lleva el mando siempre suelo ser yo, así que estar a merced de Antía es nuevo para mí y no sé cómo reaccionar.

Sus manos repasan mis tatuajes. Su calor quema. Me muerde un pezón y siseo. Desciende por mi cuerpo, repasándolo, con las manos y sus besos. Llega a la cadera, baja el pantalón y se recrea en mi erección, la mima con las manos para pasar a dejarme sin aire cuando se la mete en la boca y casi consigue que me derrame en su interior. Aprieto los dientes y me concentro en no quedar como un pringado y correrme con dos lametones.

Cuando noto que ya no puedo aguantar más, decido coger el mando de la situación. La hago levantar y devoro su boca, la giro y ahora es ella la que está atrapada contra la pared. Le quito la camisola y me recreo en sus pechos. Amaso, muerdo y lamo mientras saco varios gemidos de su boca. Sé que está más que preparada para mí, aun así, decido comprobarlo e introduzco un dedo en su interior. Empapada, como a mí me gusta. Cojo un preservativo de mi cartera que está en la mesita y, una vez me lo pongo, la levanto para que enrosque sus piernas en mi cadera. La penetro; primero, despacio; pero cuando oigo que pide más, pierdo el control y me meto en su cuerpo como si fuera la última noche. Seguramente, después de mañana, así sea. Seguiré su consejo, viviré el momento.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Es fantástico poder empezar la mañana rodeada de naturaleza. No sé si podría vivir lejos de este bosque. Aquí estamos, Apolo y yo, como casi cada mañana en nuestro recorrido matutino. Hoy, mi amigo perruno está especialmente nervioso. Parece que está poseído; va, viene, salta, me rodea... Al final, ya veo que voy a acabar en el suelo.

Una sonrisa ilumina mi cara cuando recuerdo la noche de ayer. No suelo ser una chica lanzada. Me cuesta mucho tomar decisiones, pero no sé qué me pasa con este hombre que saca a la Antía desinhibida. Hasta yo misma me sorprendí de haber tomado el control. Fue una bonita noche, no solo por el sexo, también por la complicidad que tuvimos después. Hablamos de todo y de nada, sin profundizar en nuestras vidas, mientras recordábamos momentos de nuestra infancia. También comentó que tenía que madrugar para ir a recoger a su amigo al aeropuerto. Parece que viene por motivos de trabajo, pero no me ha contado mucho más.

Sobre las cuatro de la mañana, después de habernos quedado dormidos, desperté y decidí que era hora de irme a mi cama. No quiero que nadie vuelva a verme salir de la habitación de Lucas.

Al entrar en la cocina para beber agua y dársela a Apolo, hoy doña Sabela no nos esperaba, me encuentro a Sara. Prepara el desayuno, como cada mañana; no sé qué haríamos sin ella.

—Buenos días, Sara.

—Buenos días, mi niña. ¿Qué tal ha ido el paseo?

—Ha ido muy bien, ¿verdad, Apolo? —Mi amigo ladra para confirmar mi pregunta.

Las dos nos reímos. Yo estoy convencida de que Apolo me entiende a la perfección y, si pudiera hablar, nos pondría las pilas a todos.

—Cariño, ¿has visto a Anxo estos días? —me pregunta Sara.

—Pues, desde el jueves, que fuimos a cenar, no. ¿Pasa algo que yo no sepa?

—No. Solo que lleva unos días ausente y despistado. Creo que le ha pasado algo. Pero como es tan cabezota y cerrado, cuando le pregunto dice que no es nada, que tiene mucho trabajo.

Me quedo en silencio. La verdad es que, desde la cena, no me ha enviado ningún mensaje burlándose de mí. Tampoco lo he encontrado por las bodegas.

—Seguro que no es nada, Sara. No te preocupes, igual se nos ha enamorado. —Ella niega con la cabeza. Tiene claro que ese no es el motivo—. Después lo llamo o lo busco, si me entero de

algo, te lo digo, ¿vale?

—Gracias, mi niña.

Le doy un beso y me dirijo a la ducha, toca momento relax.

He revisado todas las bodegas, preguntado a todo el personal y nadie ha visto a Anxo. ¿Dónde narices se ha metido este hombre? Lo he llamado tres veces sin éxito. Ahora empiezo a estar preocupada. Anxo no es así. Es un hombre divertido, siempre está de buen humor y es la alegría de las bodegas.

Pruebo una última vez con el teléfono y, por fin, descuelga la llamada.

—¿Qué pasa, Antía?

Mal asunto cuando utiliza mi nombre.

—¿Dónde estás? Te estoy buscando para hablar un rato.

—No me encuentro bien y estoy en casa. He hablado con tu hermano. ¿Necesitas algo?

—¿Qué te pasa? ¿Has dormido con el culo al aire?

—Antía no estoy para gilipolleces. Si no necesitas nada urgente, nos vemos mañana.

—Ni se te ocurra colgar —le reclamo enfadada—. Quiero que me expliques qué narices te pasa para que estés tan borde. Hasta tu madre está preocupada por tu comportamiento.

—¿No tienes nada mejor que hacer que meterte en mi vida? ¿Qué pasa, el italiano ya se ha marchado y ahora te aburres?

—¿Sabes qué te digo? Que eres un gilipollas y que cuando quieras hablar de lo que te pasa, ya sabes dónde estoy. Está claro que hoy no es un buen día.

—¿De verdad quieres saber qué me pasa? Después no te quejes si oyes cosas que no te gustan —pregunta.

—Pues claro. Somos amigos, Anxo.

—Muy amigos no somos si prefieres volver a casa con un desconocido. —Mal asunto. No me gusta la dirección de esta charla—. Pero, claro, supongo que es más cómodo dejarse llevar y probar algo nuevo, ¿verdad?

—Anxo, me he perdido. No sé de qué hablas. Si estas enfadado porque volví con Lucas, tu enfado está fuera de lugar. Volvíamos los dos al mismo sitio. Era absurdo que tuvieras que desviarte para traerme, si él ya venía.

—Te vi, Antía. —Su comentario me pone nerviosa—. ¿Le pasaba algo a tu cama para que tuvieras que ir a la suya?

Mierda. Soy consciente de que soy una mujer libre, que no le debo ninguna explicación, pero es mi mejor amigo. Sé que esta situación le duele por los sentimientos que tiene, pero quiero que haga su vida y se olvide de mí en ese aspecto. Tiene que ser feliz, pero conmigo nunca lo será porque yo no siento lo mismo por él. Lo quiero mucho y me apena que esté enfadado y dolido.

—Anxo, creo que somos mayorcitos para estas cosas. No tengo por qué darte explicaciones, pero eres mi amigo y no quiero que estemos enfadados. Hace tiempo ya tratamos este tema. Tuvimos nuestro momento, pero eso se acabó. Necesito que lo entiendas para que los dos sigamos adelante sin hacernos daño. Lucas está de paso. No me voy a casar con él, pero sí disfrutar el momento.

—¡Ay, amiga! Ese hombre te va a hacer mucho daño. No creo que sea un tío transparente. No sabes nada de su vida.

—¿Y tú sí? —le pregunto intrigada por su advertencia—. ¿No serán los celos que hablan por ti?

—Mira, piensa lo que quieras. Después no vengas llorando. Espero no tener que recordarte que te lo dije.

Sin más, cuelga el teléfono, dejándome con cara de tonta y la palabra en la boca. ¡Hombres, quién los entiende!

Estoy de los nervios. Esta tarde no voy a ir a trabajar. No es por falta de trabajo, es que no soy capaz de concentrarme. Con las niñas, hemos decidido ir a pasear por el bosque. A Lía le encanta atrapar saltamontes con sus manos, sentir el cosquilleo de estos en su batalla por volver a ser libres y, entre risas, los suelta. Martina la mira con cara de asco; ella y los insectos no se llevan del todo bien.

Noto que una mano toca mi brazo para llamar mi atención. Me giro para mirar a mi pequeña pelirroja. Aunque su pelo no es por completo rojizo, cuando le da el sol, tiene ese tono tan parecido al de Ester que ha ayudado a Lía a buscarle un nombre, como ha hecho con todos; en este caso, Martina es Mérida, la protagonista de la película *Brave*.

—¿Qué pasa, princesa? —le pregunto.

—¿Es verdad que nos tenemos que ir de la casa? —pregunta cautelosa.

—¿Cómo? No. ¿Quién te ha dicho eso?

—El otro día el abuelo se lo decía a papá.

Frunzo el ceño. ¿Puede ser que haya algo que yo no sepa?

—Ya sabes que no puedes escuchar conversaciones ajenas.

—Yo ya estaba en la cocina cuando ellos llegaron, no me vieron. Y no escuché nada. Solo leí los labios para practicar. No encontraba el aparato. —Se encoje de hombros, quitándole importancia al tema.

Debería tener una charla con mi padre y mi hermano.

—Lo siento, ¿vale? —me disculpo por mi acusación, la abrazo y beso su cabeza.

Hay momentos, como dormir, subir a las atracciones y todo lo que tenga que ver con el agua, en que no puede llevar el aparato, así que no oye nada. Los especialistas ya nos dijeron que es complicado leer los labios, pues hay letras que son muy difíciles de identificar, pero es muy bueno que Martina se esfuerce en entender a la gente, aunque esta no fuera la mejor ocasión.

—Nunca nos vamos a ir de la casona. Es nuestra casa —le aseguro.

Martina sonrío y su cara relaja la tensión. Mi teléfono termina la charla con el sonido de un mensaje:

Roi

Tendrías que venir al despacho para la reunión. Te estamos esperando.

Les comento a las niñas que nos tenemos que ir y, con sus quejas y morros porque el paseo ha sido muy corto, volvemos a la casona.

No solo son nervios; algo en mi interior dice que no me va a gustar nada lo que me espera en el despacho. Tengo el estómago cerrado. Lo que daría por encontrarme ahora a Lucas y me diera un abrazo o sus palabras de consuelo. No puedo entender cómo alguien a quien apenas conozco

consigue calmarme y sentir que, a su lado, nada malo puede pasarme.

Cuando atravieso la cocina, me encuentro a Sara y Anxo sentados a la mesa. Parece que estén en un velorio. Mi mirada se cruza con la de Anxo, pero no consigue mantenerla en mis ojos, baja la cabeza y niega resignado.

—¿Va todo bien? —les pregunto a los dos.

—Sí, mi niña. Ve, que te esperan —responde Sara.

Su reacción me pone más nerviosa, si cabe. Llego frente de la puerta, cojo aire y decido llamar. Espero a que me den la orden de entrar y así lo hago.

Cuando llevo varios pasos en el interior, levanto la cabeza, cosa que no había hecho, y mi cuerpo se detiene de repente. Me quedo tiesa y tengo claro que el color de mi cara ha desaparecido por completo.

En el interior, aparte de mi padre y mi hermano, hay un hombre joven que no conozco y... Lucas. Mi calma... y ahora, mi pesadilla.

Mi mente vuela a todos los momentos que hemos estado juntos y recupero mi color. La rabia se apodera de mi cuerpo al recordar cómo ayer me consolaba y se hacía el tonto. Sabía perfectamente lo que iba a pasar. ¡Maldito gilipollas! Este todavía no sabe con el muro que se ha encontrado.



CAPÍTULO VEINTICINCO

La verdad es que tener aquí a Damián, apoyándome en este proyecto, es lo mejor que me podía pasar. En mi vida había estado tan nervioso. En los negocios, por norma, soy un tío frío, pero, en este caso, está claro que no va a ser como siempre.

El señor Ulloa, como ya habíamos hablado, ha sido más receptivo. Es uno de los pocos, en esta casa, que es consciente de la complicada posición en la que se encuentran las bodegas. Su hijo Roi ha sido diferente. Es cauto y lo puedo entender, así que su actitud ha sido distante y fría.

—¿Mi hermana sabe esto? —ha preguntado, mientras estrechaba mi mano.

He negado con la cabeza y ha bufado. Su respuesta ha sido: «Madre mía, la que nos espera». No tengo ni idea de lo que conoce Roi de mis encuentros con su hermana, pero algo sabe.

Aprovechamos, mientras esperamos a que llegue Antía, para romper un poco el hielo. Les explico que conozco a Damián desde hace muchos años y que, aparte de mi amigo, también es mi asesor en los negocios. Parece que el ambiente se ha relajado un poco durante la charla, hasta que unos toques en la puerta nos han puesto en tensión a todos.

El señor Ulloa da paso, y vemos entrar a una Antía cabizbaja hasta que levanta la cabeza y se encuentra con mi mirada. Todo su cuerpo cambia. La palidez de su cara demuestra la sorpresa, pero dura poco. En segundos pasa a erguir el cuerpo y su rostro no solo recupera el color, sino que se vuelve rojo de rabia.

—¿Qué mierda pasa aquí? —pregunta.

—Hija, no seas maleducada —le reclama su padre—. Sé que nadie quería llegar a esta situación; yo, el primero. Si no creyera que es necesario tomar medidas, no hubiera accedido a que Lucas y Damián nos expongan sus condiciones.

Mi amigo se adelanta en la sala y se sitúa enfrente de Antía. Esta no retira su mirada de la mía, si tuviera rayos láser... ya estaría fulminado.

—Tú debes de ser Antía —le dice y adelanta la mano a modo de saludo—, me llamo Damián. Soy amigo y asesor de Lucas. Un placer conocerte.

Las palabras de mi amigo consiguen que la única mujer de la sala, y de la que todos estamos pendientes, desvíe por fin su mirada y se centre en Damián.

Le estrecha la mano y asiente con la cabeza, pero no le responde.

—¿Alguien me va a explicar qué pasa aquí? —pregunta de nuevo.

Parece que opta por la indiferencia, ya que no me mira a mí en ningún momento, como si no existiera.

—Lucas tiene una oferta que hacernos —le responde su padre—, así que nos vamos a sentar y a escuchar qué tiene que decir. Después, con calma, ya decidiremos qué hacer.

Nadie replica. Está claro el respeto que le tienen al señor Ulloa. Nos sentamos; ellos tres, detrás de la mesa del despacho, y nosotros dos, enfrente. Yo no digo nada, conozco perfectamente la oferta, pero prefiero que Damián hable por mí.

No consigo retirar mi mirada de ella. No se imagina lo mal que me siento con esta situación. Nunca fue mi intención hacerle daño. Está claro que, desde fuera, parece lo que ella se imagina: que la he utilizado. Pero yo tengo claro que no ha sido así. He manejado mal las cosas, es verdad, así que voy a hacer todo lo posible para demostrarle que mis intenciones nunca fueron esas.

—Bien. —Empieza la reunión Damián—. Procedo a informar lo que Lucas quiere ofrecerles. Si no me equivoco, la distribución de las bodegas es la siguiente: el señor Manuel Ulloa posee un cuarenta por ciento; su hijo, Roi Ulloa, el treinta; y su hija, Antía Ulloa, el treinta restante. ¿Es correcto? —Los tres asienten con la cabeza—. Perfecto. Lucas les ofrece quedarse con un cinco por ciento de cada hijo, un diez en total, a cambio de su aportación económica para sanear las bodegas.

—Ni hablar. No pienso cederle nada a este señor —replica Antía enfadada.

—Por favor, hija. Vamos a dejar que acaben.

Antía se levanta de la silla; la rabia y la impotencia no la dejan mantenerse sentada. Se dirige hacia el ventanal que hay detrás de la mesa del despacho y pierde la mirada en el exterior. Veo que levanta el brazo hacia su cara para limpiar sus lágrimas. Tengo que aferrar mis manos a los apoyabrazos de la silla para no levantarme e ir a abrazarla.

—Lucas no va a pedir nada hasta que las bodegas se recuperen y haya beneficios, pero sí quiere participar en las decisiones que se tengan que escoger para el buen funcionamiento de estas. Creemos que es razonable que quiera saber en qué y cómo se va a utilizar su dinero.

—¿Qué pasa con el resto de las propiedades? —pregunta Roi.

—Desde que decidí invertir en España, en ningún momento pensé en hacerlo en algo diferente a unas bodegas, que es a lo que se dedica mi familia. Tengo otros negocios, pero el principal siempre ha sido el sector vinícola. Es lo que me interesa y eso no cambia. No pienso inmiscuirme en nada que no sean las bodegas. En ese aspecto tenéis mi palabra.

—La palabra de un mentiroso no vale para nada —me enfrenta Antía—. Llevas una semana con nosotros, haciéndote el turista, cuando ya tenías un objetivo claro: robarnos parte de las bodegas. Utilizar nuestra debilidad para atacar. Te has acercado a todos nosotros de manera rastrera para conseguir lo que querías. ¿Cómo sabemos que tu supuesta experiencia en vino es verdad? ¿Qué te hace pensar que creo que tu familia tiene unas bodegas? ¿Cómo sé que no vas a acabar de hundir las nuestras? Esto es surrealista. No pienso entregar mis acciones a alguien que no conozco de nada y que, desde que lo he visto por primera vez, nos ha mentado.

Suspiro para coger fuerzas. Esto va a ser más complicado de lo que pensaba. Pero ahora ya no tiene que ver con nosotros. ¿No se da cuenta de que, si no hacen algo, las bodegas no resistirán?

Cuando abro la boca para hablar y contestar a sus dudas, Damián se me adelanta.

—Tienes toda la razón. Yo haría lo mismo, no le daría nada mío a alguien que no conozco.

Pero todos sabemos el estado actual de las bodegas; si no se pone remedio lo antes posible, en menos de un año, tendréis que cerrar. —Antía vuelve a sentarse en la silla, derrotada, y hunde la cara en sus manos—. Si somos objetivos, la oferta de Lucas es muy generosa y, si el problema principal es que no lo conocen, estoy seguro de que a mi amigo no le importaría pagar unos pasajes para que puedan volar a su país y ver en qué consisten sus propiedades.

Miro a mi amigo interrogante. Eso no estaba en el trato, pero no me parece tan mala idea, a excepción de una cosa: mi padre. No tengo ni idea de cómo puede llegar a reaccionar.

—Bien —interviene el señor Ulloa—, ahora que ya hemos escuchado la oferta de Lucas, me gustaría discutir la decisión con mi familia. Mañana os daremos una respuesta.

—Señor Ulloa...

—Manuel —me rectifica.

—Manuel, sé que probablemente no he hecho las cosas de la manera más adecuada, pero le puedo asegurar que mi objetivo es que estas bodegas sigan adelante. Creo que tienen mucho futuro y que esto solo es un bache en el camino del que me gustaría ayudarles a salir. Estaría encantado de recibirlos en Italia y compartir con ustedes mis bodegas y mis conocimientos.

—Muchas gracias, muchacho. Lo tendremos en cuenta.

Asiento con la cabeza y nos levantamos para dar por finalizada la reunión. Antía sigue sin mirarme ni una sola vez, y yo salgo del despacho con un sabor agridulce. No me imaginaba que la ilusión de invertir en este país se viera truncada por la decepción de haberle fallado a esa mujer que me atrae con tanta fuerza. Al final, todo se ha torcido, y yo pierdo.

—¿Estás bien? —pregunta mi amigo preocupado.

—Lo estaré.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Mi mundo se ha desmoronado. Para una vez que me dejo llevar por las cosas bonitas que siente mi cuerpo y mi cabeza me tienen que traicionar de esta manera. Siento coraje al darme cuenta de cómo he sido manipulada, cómo me ha utilizado para su beneficio. Seguro que ahora se reirá de mí con su amigo. Le ha salido todo redondo y sabe perfectamente que estoy entre la espada y la pared.

Seguimos los tres en el despacho, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Tenemos que tomar una decisión —rompe el silencio mi padre—. Sé que todo esto es complicado, pero yo me fío de ese muchacho. Algo me dice que es honesto; además, sabe de lo que habla.

—No sé, papá. Por un lado, creo que su oferta es muy buena; pero, por otro, me cuesta entender que solo exija eso. Sabe que nos tiene cogidos y podría exigir mucho más. ¿Por qué no lo ha hecho?

Noto que mi padre me mira, pero no dice nada.

—No tengo ni idea, pero eso es bueno para nosotros. Así que no le vamos a dar más vueltas. Los tres sabemos que tiene razón y que, si no hacemos nada, vamos a perder las bodegas. Yo pienso que debemos aceptar la oferta, pero antes, Antía podría ir con Lucas a Italia y comprobar que no nos engaña.

Me incorporo en la silla, alertada por sus palabras. Ni en sueños pienso ir con ese hombre a ninguna parte, nunca más pienso acercarme a él.

—Ni hablar. No pienso aceptar su propuesta, ni tampoco ir con él a ningún sitio. Nos ha mentido. ¿Es que no lo veis?

Mi tono de voz ha aumentado y casi estoy chillando. Me pone nerviosa la idea de volver a quedarme a solas con él. Sé que, por muy enfadada que esté, mi cuerpo traicionero responde a su cercanía y no tengo claro poder controlarlo.

—Vamos, Antía, no seas egoísta —me replica mi hermano—. Papá tiene razón, no podemos dejar pasar la oportunidad de salvar las bodegas. Podemos proponerle cambiar las máquinas que nos dan más problemas, habilitar la otra nave para hacer más vino... Poner en marcha todos los

proyectos que teníamos en mente y no hemos podido hacer por la falta de dinero. Todo lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que no nos miente y ya está.

—No voy a darle nada a ese hombre.

—Pues lo siento, pero somos mayoría. Eres una cabezona y una caprichosa, pero esta vez no tienes razón.

—Vaya, parece que cuando tengo que cuidar a tus hijas no tengo tantos defectos.

—Antía, no vayas por ahí...

—¡Ya está bien! —Mi padre acompaña su grito con un fuerte golpe de su mano en la mesa del despacho—. Estamos aquí para decidir nuestro futuro, no para reprocharnos nada. Ya no tenéis quince años y ninguno de los dos es perfecto. Antía, hija, no sé qué te ha pasado con ese muchacho, y que conste que no me voy a meter en tus cosas, nunca lo he hecho y no lo pienso hacer ahora. Pero esto no se trata de ti, se trata de nuestra vida, del futuro de todos nosotros. En este caso estoy con tu hermano. Eso sí, Roi, todos tenemos que hacer esfuerzos y, en este caso, tú no serás menos. Te quiero al cien por cien. Nada de salidas hasta las tantas y, por el bien de todos, espero que te controles más. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente. Pero yo creo que es mejor que Roi vaya a Italia. Yo puedo quedarme aquí para cuidar a las niñas...

—Antía, a tu hermano lo necesito en las bodegas y con sus hijas. Sara me ayudará, cuando Roi vaya a trabajar, con las pequeñas. Estaremos bien, no te preocupes.

Asiento con la cabeza. Ya no tengo fuerzas para discutir más.

Ellos van a estar de maravilla, pero yo... ¿Qué pasa conmigo? No me puedo ir con ese hombre, y encima, a su terreno. ¿Qué se supone que voy a hacer allí yo sola? Madre mía, la que me espera. Todo sea por salvar las bodegas y a nuestra familia.

Después de nuestra gran charla y salir del despacho muy enfadada, decidí acudir a la persona que siempre está ahí. Necesitaba a alguien que me dijera que esta decisión era un soberano error. Necesitaba apoyo moral, así que llamé a Gema que, como siempre, se apunta a un bombardeo y no le tuve que insistir mucho para que me acompañara a tomar algo. Tenía que salir de la casona. Y aquí estamos, en un bar del pueblo.

—A ver, cielo. ¿Estás diciendo que te vas a ir una semana a Italia con un pedazo de hombre, que ha llegado para salvaros el culo —describe mi amiga a su manera lo que le he contado—, y para ti es un problema? Antía, creo que estás peor de lo que pensaba.

—¿Tú dónde narices estabas cuando te lo he explicado? Te digo que me he acostado con él dos veces, que el tío no dice nada; además, me consuela y resulta que quiere invertir en nuestra bodega. ¿Soy yo la rara o parece que me utilizaba?

—Vamos a ver, Antía. ¿No te lo has pasado bien? —Asiento con la cabeza—. Por lo que me has dicho, su oferta no ha sido exagerada, ni os quiere quitar nada, ¿cierto?

—Tienes razón, pero eso no quita que me sienta utilizada.

—Lo que tienes que hacer es no darles tanta importancia a las cosas. Piensa en los meneos que te has llevado, que con los brazos que tiene ese hombre, seguro que ha hecho lo que ha querido contigo. —Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme—. A no ser que...

Me mira con los ojos entornados mientras baraja posibilidades. Miedo da cuando su cabeza está en funcionamiento y me observa de esta manera.

—¿Qué? —le reclamo al ver que no reacciona.

—No te habrás encariñado con el italiano, ¿verdad?

—Pero ¡qué dices! —la respuesta sale demasiado rápido. Intento no mirar a mi amiga a los ojos, me conoce demasiado bien y se daría cuenta de que algo hay—. Es verdad que es muy guapo y que, si está cerca, mi cuerpo reacciona. Es una sensación rara que nunca he sentido, pero es deseo, atracción, sexo... no hay nada más. Deja descansar esa cabecita.

—Si tú lo dices...

Con su respuesta, tengo claro que no se ha creído mis palabras. Pero me da igual. Por mucho que mi corazón se acelere cuando lo tengo cerca o que ahora mismo esté dolida por esa sensación de traición que se ha instalado en mi pecho, somos dos personas con vidas diferentes, que vivimos lejos el uno del otro y, lo principal, que por mucho que yo empiece a sentir algo por Lucas, no significa que él vaya a sentir algo mínimamente parecido por mí.

Desde que llegó, empezamos a tontear y yo decidí tirarme a la piscina y liarme con él, ya sabía que esto era temporal, solo una semana y no nos volveríamos a ver nunca más. Pero ahora, que es posible que esté vinculado a nuestras bodegas, ya no tengo claro lo que siento. Mi cabeza está hecha un lío. Quiero odiarlo para alejarlo de mí, pero también soy consciente de que si no es por su ayuda, tendríamos muchos problemas. Eso me confunde y no sé cómo voy a afrontar todos los cambios que se avecinan.

—Cielo, no adelantes acontecimientos —comenta mi amiga al verme tan callada—. Piensa en este viaje como unas vacaciones que, por cierto, no te va a ir nada mal alejarte de aquí. Si me quedaran días de vacaciones, me iba contigo.

—Sería estupendo que estuvieras allí conmigo. Por lo menos tendría un apoyo. No sé qué narices voy a hacer allí yo sola. —Pongo morros para enfatizar mis palabras, a ver si le doy pena y la puedo convencer.

—No digas tonterías, seguro que aquello es precioso. Además, vas a estar en tu ambiente, rodeada de viñedos y uvas...

Se queda callada y su mirada se fija en la puerta que está situada detrás de mí. No hace falta que diga nada, ni tampoco me giro, pues tengo claro que, por su cara, alguien que no esperábamos ha entrado en el local. Por supuesto no es otro que Lucas. Lo sé porque en la pared de enfrente hay unas cristaleras y puedo ver a la perfección su silueta. No viene solo, lo acompaña su amigo. Pero lo que más rabia me da es que con ellos también viene el traidor de mi hermano. Me tenso en la silla al ver que los tres se adentran en el local, en breve pasarán por nuestro lado. No tengo ganas de hablar con ellos, todavía es muy pronto para enfrentarme a la mirada de Lucas. Me niego a ver cómo me restriega por la cara que ha conseguido lo que buscaba y, aparte, se ha podido tirar a la tonta de la dueña.

—Hola, chicas —saluda mi hermano.

—Hola, Roi. Cuántos días sin verte —contesta Gema.

Se levanta y le da dos besos a mi hermano, después saluda a Lucas, y este le presenta a su amigo. Yo no me levanto, ni los miro, no quiero rebajarme. Sé que mi actitud parece la de una niña pequeña, pero estoy tan enfadada y decepcionada que creo que, si me enfrento a ellos, acabaré llorando y no quiero que vean cómo me afecta todo esto.

—¿Nos podemos sentar con vosotras? —pregunta mi hermano—. El bar está bastante lleno, todavía estamos en fiestas y ahora no hay mesas libres.

—Claro que sí —les responde mi amiga.

—Os podéis quedar con la mesa. Nosotras ya nos vamos.

Me levanto, recojo mi chaqueta y mi bolso, y me giro para irme.
—Vamos, Antía, no seas cría —me reprocha mi hermano.
No le respondo. Estoy huyendo.



CAPÍTULO VEINTISIETE

A veces, en la vida, no obtienes la satisfacción que esperas cuando consigues algo que quieres. Eso me ha pasado a mí con la inversión en las bodegas. Los hombres de la familia Ulloa me han comunicado que aceptan mi oferta, aunque no firmarán hasta que uno de los miembros, en este caso Antía, viaje a Italia para ver nuestros viñedos y pueda comprobar que no soy un mentiroso. Puedo entender su desconfianza y me parece correcto que quieran asegurarse antes de cerrar el trato.

Han sido muy amables con nosotros; son una gran familia que han pasado momentos difíciles, pero estoy convencido de que volverán a levantar cabeza. Podemos hacer que estas bodegas remonten y estén a la altura de las mejores del país.

Al no conocer mucho la zona, les hemos pedido que nos recomendasen algún sitio para poder cenar algo. Parece tarea complicada, ya que continúan en fiestas y la afluencia de gente es importante. Roi se ofrece a llevarnos a uno de los locales donde parece que se elaboran comidas típicas de Galicia. Así que aquí estamos, de pie, enfrente de la mesa que ocupa Antía y su amiga Gema, a las que nos hemos encontrado por casualidad, a ver si podemos sentarnos a picar algo.

La reacción de Antía ha sido la que esperaba. Está dolida y me da mucha rabia no poder gestionar este malentendido con ella. No me gusta ver tristeza y decepción en su mirada. Tengo que arreglar esta situación, pero no tengo ni idea de por dónde empezar. Se ha levantado y ha salido por la puerta. No me quiere cerca, el problema es que yo es lo único que deseo.

—Voy a intentar hablar con ella —les digo y salgo del local en su busca.

Veo que cruza la calle entre la gente. Aligero mis pasos para no perderla de vista.

—¡Antía, espera! —la llamo, cuando casi la alcanzo.

No me hace caso, como si no me oyera, aunque por la forma de acelerar el paso, no me cabe la menor duda de que sí lo ha hecho. Mis pasos consiguen alcanzarla antes de llegar al fondo de la calle.

—Por favor, ¿puedes parar un momento y hablar conmigo?

—No tengo nada que hablar contigo.

—Vamos, Antía. Por lo menos deja que me explique —le pido, mientras seguimos andando.

—Ya tienes lo que querías y, encima, te llevas un extra. Así que puedes volver a tu casa tranquilo.

—¡Para, por favor! —le reclamo, cogiéndola de la muñeca para frenar sus pasos—. No es lo que piensas. Sé que lo parece, pero en ningún momento mi intención fue liarme contigo para conseguir el acuerdo. Necesito que me creas.

Se suelta de mi agarre y me mira. Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas. Ojalá fueran de alivio, pero por lo poco que la he conocido estos días, no tengo duda de que son de rabia.

—¿Pretendes que crea tu palabrería? ¿De verdad piensas que puedo ser tan tonta? —Se ríe. Pero el sonido de la risa es de burla—. Estoy cansada, Lucas. Da igual si, con tus artimañas, has conseguido lo que querías. Lo que de verdad me importa es salvar las bodegas. Todo esto solo lo hago por mi familia. Y bien mirado, también me llevo unos cuantos orgasmos. Al fin y al cabo, no pierdo tanto.

Me mira, retándome con esos ojos color chocolate. No sé qué decirle, cómo puedo excusarme, qué puedo hacer para que me crea.

—Mira —respira hondo—, ya me ha dicho mi padre que voy a ser yo la que vaya a tu casa. Por el bien de los dos, que nos vamos a tener que aguantar una semana más, intentaré no ser tan borde. Pero quiero que te mantengas a distancia. Vamos a ser socios, es un tema exclusivamente de trabajo. ¿Queda claro?

—Clarísimo —le contesto cabreado.

Mi enfado es conmigo mismo; por la impotencia de no saber cómo expresarle lo que me hace sentir, por no encontrar las palabras adecuadas para que entienda que mi objetivo no era seducirla y follármela. Frustración, porque no le puedo hacer ver que todo esto es culpa de lo que siento por ella; no se da cuenta de que, con su sencillez, es la mujer más sexi y sensual que he conocido en mi vida.

—Perfecto. Seguro que así llegaremos a entendernos. Ya puedes volver al bar a cenar tranquilo con tu amigo. Intentaré no ser una molestia para ti mientras tengamos que compartir espacio. Me voy a mi casa, estoy cansada y hoy no tengo ganas de fiesta.

No me da tiempo a replicar cuando la veo alejarse hasta el final de la calle, donde su coche está aparcado. Se monta y abandona el pueblo. Y yo regreso al local, vencido.

He dormido mal y muy inquieto. Las pesadillas han vuelto. Hacia muchos días que no soñaba con aquella noche, que el rostro ensangrentado de mi hermano no me despertaba sobresaltado. Todavía son las siete de la mañana y hasta las ocho no he quedado con Damián para salir a correr un poco. Necesito despejarme, así que decido salir al comedor común y hacerme un café. Una vez lo tengo en la mano, voy al exterior y me acerco al muro para observar las fantásticas vistas de los viñedos y disfrutar de ver amanecer.

Pierdo la noción del tiempo y me doy cuenta de que se ha hecho tarde cuando tengo a Damián a mi lado, preparado.

—Buenos días. ¿Llevas mucho tiempo aquí fuera? —pregunta.

—Buenos días. Pues cerca de una hora. Este paisaje me embruja. Nuestros viñedos no se pueden ver desde la altura. —Encojo los hombros, quitándole importancia.

—¿Quieres salir a correr?

—Sí, claro. Voy a dejar el vaso adentro y nos vamos.

Salimos por la verja hacia el exterior y nos paramos para estirar un poco los músculos antes de arrancar a correr.

—Pensé que ibas a estar más contento al conseguir la inversión —dice Damián. Su tono es precavido. Creo que no tiene claro si debe tocar el tema.

—Y yo también —le confieso—. Sé que parece una tontería, pero el primer día que la vi, supe que ella lo iba a cambiar todo. Es absurdo, casi no nos conocemos, vivimos en países diferentes, no tenemos nada en común, a excepción de los viñedos, claro. No tengo ni idea de cómo explicarlo. Es una sensación rara.

Mi amigo se queda callado, observándome en silencio. Arrancamos y nos adentramos en este maravilloso bosque que rodea la casona. Esta es una de las cosas que voy a echar de menos cuando vuelva a casa. Allí todo es más llano y no tenemos bosques tan frondosos como estos, donde parece que los árboles te vayan a absorber y, al moverse, te susurran.

—Lámame raro, pero yo creo que hay momentos en que pasa algo que te hace reaccionar y te das cuenta de que tienes que hacer un pensamiento y dar un giro a tu vida.

—¿Seguimos hablando de mí? —le pregunto.

Hace días que Damián está algo ausente y más taciturno de lo normal. Él siempre ha sido el más serio y centrado de los tres. Menudo trio hemos sido, y somos, claro, pero tengo la sensación de que, aparte de Carlo, que creo que nunca sentará la cabeza, tanto Damián como yo tenemos la necesidad de centrarnos y empezar a bajar el ritmo. Con esto no digo que dentro de un año estemos casados y con hijos, pero, al menos, por mi parte, empiezo a estar un poco harto de tanta fiesta y tanto sexo en común.

—Creo que te entiendo. Llevo tres meses viéndome con Carola. Según ella, nada serio. El problema es que me he dado cuenta de que yo sí quiero que sea algo importante. Es la primera vez en mi vida que me apetece pasar el rato con una mujer sin estar follando.

—Me parece que estamos jodidos, amigo. Hemos tropezado con dos guerreras que nos van a dar unos cuantos dolores de cabeza.

Nos reímos. En el fondo, creo que somos un poco masocas y nos encanta que estas mujeres nos compliquen la vida.

Un poco antes de llegar a la casona, ya veo a Apolo que corre en nuestra dirección. Con sus orejas al aire y la lengua fuera.

—¡Joder! Eso que viene corriendo hacia nosotros no será peligroso, ¿verdad? —pregunta mi amigo.

—Apolo es totalmente inofensivo. —Me río por su reacción. Es muy grandote, pero lo más peligroso que puede hacerte es llenarte de babas—. ¿Qué pasa, muchacho?

Me agacho y lo lleno de caricias como sé que a él le gusta. Acabo sentado en el suelo y con la cara llena de babas por sus besos. Otra cosa que voy a echar de menos cuando me vaya: el cariño incondicional de este nuevo amigo perruno.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Es increíble que ya sea martes y esté sentada en el avión, dirección a Florencia. Después de mucho meditar, he decidido hacer caso a Gema y tomarme este viaje como unas pequeñas vacaciones. Hace un siglo que no me cojo unas; bueno, siendo sincera, nunca he hecho vacaciones yo sola.

Me ha costado un mundo despedirme de mi familia, sobre todo de las niñas y de Apolo. Espero que mi hermano cumpla con su palabra y se comporte como me ha prometido. Cuando estuvimos más calmados, mantuvimos una charla. Conseguí explicarle cómo me sentía. Su opinión no coincidió con la mía, por supuesto. No sé qué pasa en esta familia que nadie ve a Lucas como una amenaza, al contrario, le estarán eternamente agradecidos por ayudarnos a remontar las bodegas.

Otra conversación que no quería dejar pendiente hasta mi vuelta fue con Anxo. «Ya te dije que ese tío no era de fiar», fueron sus palabras. Intentó consolarme a su manera, me quiso robar un beso, pero me negué. Yo me cabreeé por su reacción y su enfado fue de frustración. Quiero con locura a Anxo, es mi amigo desde que somos dos renacuajos. Hemos vivido muchas cosas juntos y me da mucha rabia que estemos enfadados, pero tiene que entender que nunca seremos pareja como él pretende. Pero eso es algo de lo que se tiene que dar cuenta solo y pasar página.

—¿Estás bien? —me pregunta Lucas, que está sentado a mi lado.

—Sí —le respondo.

—¿Te da miedo volar?

—No. He volado otras tres veces y nunca he tenido problemas. —Lucas asiente con la cabeza —. Solo pensaba en mi gente.

—Solo es una semana, Antía. Van a estar bien. Tienen que aprender a espabilarse sin tu ayuda. Todos dependen demasiado de ti —me dice con tiento mientras juega con mis dedos.

—¿Qué sabrás tú! —le reclamo enfadada y retiro la mano para que no me toque.

—Tienes razón. Yo no tengo ni idea, pero son palabras de tu padre. —Lo miro y veo que sonrío tímido.

—Mi padre es un bocazas y tampoco tiene ni idea.

Lucas suelta una carcajada y apoya la cabeza en el respaldo cuando oímos la voz del piloto, mientras informa que vamos a despegar, y el avión empieza a moverse.

La posición del hombretón que tengo a mi lado no pasa desapercibida. Creo que, si alguien lo toca, llegaría a romperse de la tensión que desprende. Su cabeza y espalda están rectas, apoyadas en el asiento, las manos encima del apoyabrazos, los nudillos blancos de la presión que ejerce su mano y los ojos cerrados. Me incorporo un poco hacia delante para mirar a Damián, que sonrío. Gira su cara y me mira sin dejar de sonreír. Yo levanto una ceja para preguntar si esta situación es posible. Me guiña un ojo y vuelve a girar la cara para mirar al frente de nuevo. ¿Es posible que el *gran* Lucas, el empresario seguro de sí mismo, lleno de tatuajes con apariencia de chico *malote*, tenga miedo a volar? Sonrío porque nunca me lo hubiera imaginado. Me gusta saber que también tiene debilidades, que no es el hombre invencible que parece. Eso lo hace más humano y consigue que mi estómago se encoja un poco. No dudo ni un momento en pasar mi mano por su antebrazo, acariciándolo, hasta que llego a la suya, la relajo de su tensión y una vez se suelta, uno nuestros dedos. Lo miro y sonrío, pero no se gira ni abre sus ojos. Creo que va a ser un vuelo muy largo.

Nada más entrar en el aeropuerto y encender mi teléfono, me llegan un montón de mensajes. Tengo unos cuantos de Gema, varios de mi hermano y solo uno de Anxo. Empiezo por este último:

Anxo
Lo siento.

Antía
Yo también lo siento.

Este tema prefiero arreglarlo a mi regreso. No le puedo explicar todo lo que quiero decirle por mensaje.

Los siguientes que leo son los de mi hermano:

Roi
la as iegado.

Por supuesto, este mensaje no está escrito por Roi. El resto son mensajes de voz.

«Tita, queremos saber si has llegado. Espera, pesada, que ahora se lo pregunto...».

«Martina quiere saber si ese sitio al que vas es bonito...».

«Al final papi nos va a pillar y nos va a caer la bronca...».

«Te queremos, tita, llámanos».

Al finalizar los mensajes de voz, hay otro escrito.

Roi
Hola, Antía. Lo siento, estas dos diablillas me han robado el teléfono. Espero que todo esté en orden y, de momento, no hayas matado a nadie. Pásatelo bien. Un beso.

Cómo quiero a mis pequeñas. Son tremendas. Como mi hermano no se ponga las pilas con ellas, lo lleva crudo. Hacen de él lo que quieren y anda que no son listas ni nada.

Antía

Hola, hermano. Dile a mis niñas que acabamos de aterrizar en Florencia. Cuando pueda les mandaré fotos y también las quiero mucho. A ti un poco menos. Un beso.

Una sonrisa alumbra mi cara al pensar en mi gente.

—Antía, ¿va todo bien? —me pregunta Lucas preocupado.

Levanto la mirada y veo que los dos me esperan. Ya han recuperado las maletas, incluso la mía. Me doy cuenta de que, aparte de mi sonrisa, también desciende una lágrima por mi cara. La limpio con rapidez.

—Sí, lo siento. Estaba oyendo los mensajes —me disculpo.

Los dos me sonríen e iniciamos la salida del aeropuerto. Los mensajes de Gema tendrán que esperar.

En la puerta, nos despedimos de Damián. Él vive en la ciudad. Me han dicho que nosotros aún tenemos unos cuarenta y cinco minutos hasta el pueblo donde vive Lucas.

—Las circunstancias no han sido las más adecuadas pero, aun así, ha sido un placer conocerte, Antía. —Se acerca y me da dos besos—. No seas muy dura con él —me susurra al oído.

—Para mí también ha sido un placer. Que sepas que eres más simpático que tu amigo.

Damián se echa a reír. Mientras esperábamos el vuelo en España, me explicó que estudió en Madrid unos años y por ese motivo se defiende bastante bien con el idioma.

—Te llamo y quedamos un día para cenar —le comenta Damián a su amigo.

—Vale. Estamos en contacto.

Se despiden, y Lucas lo empuja para que se vaya lo antes posible.

Una vez vemos que Damián se va en un taxi, nosotros nos subimos en el coche de Lucas, que lo había dejado en el aeropuerto hace una semana. El viaje lo hacemos en silencio, no es incómodo, pero entre la música de fondo y el madrugón, me entra el cansancio y cierro los ojos solo un ratito.

Noto que alguien me zarandea y dice mi nombre. Abro un poco los ojos y recuerdo que estoy con Lucas en su coche.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunto adormilada.

—Sí. Es aquella casa de allí —me contesta divertido.

Sigo el movimiento de su dedo y me quedo con la boca abierta. El exterior de lo que puedo ver de la casa, que tiene pinta de ser enorme, es de piedra. Hay partes de la fachada que están cubiertas por algún tipo de planta enredadera. Las ventanas y puertas son blancas y hay un montón. A ver si esto va a ser el hotel del pueblo. «¡Ay, Antía, qué tonta eres, hija!», me reclamo a mí misma. Seguro que me va a dejar aquí, y yo pensando que me iba a hospedar en su casa. Me entra

la risa, esa que no te deja parar e incluso te hace caer las lágrimas. Seguro que os ha pasado alguna vez. Lucas me mira sorprendido y no es para menos, parezco una loca.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta sonriendo.

—Nada, nada... —le respondo como puedo.

Para el coche hacia un lado de la carretera y gira su cuerpo en mi dirección. Espera paciente a que me calme, pero basta que uno tenga que hacer algo, para que pase lo contrario y, en vez de parar, al mirarlo, me entra más la risa. Creo que voy a hacerme pipí encima.

—Que sepas que no me voy a mover de aquí hasta que me digas por qué te ríes.

Asiento con la cabeza. Ya me duele hasta la barriga de reírme tanto. Decido salir del vehículo para intentar calmarme. Respiro hondo varias veces y por fin consigo dejar de reír. Me limpio las lágrimas con un papel que llevo en los *shorts* tejanos y vuelvo al interior del coche.

—Lo siento —me disculpo por el numerito montado.

—Prefiero verte reír que llorar, te lo aseguro. ¿Me vas a explicar de qué te reías? —Levanta la mano y roza su pulgar por mi mejilla para limpiarme una lágrima traicionera.

Mi cuerpo se estremece con su contacto y se me pone la piel de gallina. Efecto que no le pasa desapercibido. Al darme cuenta de en qué sarao me he metido yo sola, mis mejillas se empiezan a teñir de rojo. ¿Cómo le explico a este hombre que tenía la esperanza de vivir con él estos días y no en un hotel?

—Pues verás, yo había pensado, ingenua de mí, que, a lo mejor, cabía la posibilidad...

—Antía, al grano, que nos esperan para comer —me pide.

—Pensé que iba a quedarme en tu casa estos días.

—Y así es —me responde sorprendido.

—Entonces, ¿qué narices hacemos en este hotel?

Ahora el que se ríe con ganas es él. Le golpeo en el brazo, ya que está claro que se burla de mí. Al tercer manotazo, consigue frenarme y bloquea mis brazos con sus manos. Cuando finaliza nuestra particular trifulca, los dos nos encontramos demasiado cerca, aunque cada uno en su asiento, y nuestras respiraciones están aceleradas. Mis ojos reciben a los suyos y su profundidad me deja sin palabras. Nunca nadie me había mirado así.

—Eres única, *piccola*. —Se genera un silencio entre nosotros sin dejar de mirarnos—. Esa es mi casa, Antía, donde vas a pasar estos días.

Cierro los ojos y frunzo los morros, avergonzada. No sé qué decir; bueno, realmente, prefiero no volver a abrir la boca hasta que vuelva a mi casa.

—Anda, vamos a entrar y te presento a mi gente.

Noto que me besa la frente y suelta mis manos. El frío recorre mi cuerpo al no percibir el calor del suyo.

«Empezamos muy bien, Antía», se queja mi conciencia.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Esto va a ser muy complicado. Cuanto más cerca la tengo y más la conozco, más me gusta. Sé que para ella tampoco paso desapercibido, soy consciente de cómo su cuerpo reacciona a mi contacto. Aunque tengo claro que está dolida y decepcionada. Y eso que todavía no conoce toda mi verdad. Al tenerla aquí, me arriesgo a que se entere de todo. Ese es mi pasado y no lo puedo borrar, pero sí asimilarlo de una vez para poder pasar página y seguir adelante con mi vida.

Después de aclarar el malentendido con relación a la casa, vuelvo a poner en marcha mi coche y entramos por la verja que da acceso a la propiedad. De dentro ya sale mi madre a la carrera.

Ella está encantada de recibir visitas. Esa parte social de casi todos los españoles de hacer un banquete cuando alguien viene a casa no la ha perdido. Una de las cosas que recuerdo de cuando era un niño y pasaba veranos en Galicia con mi abuela es que siempre tenía galletas, queso u olivas exclusivamente para las visitas. Incluso, las escondía para que no nos las comiéramos. Los veranos allí fueron los mejores de mi vida. La echo mucho de menos, sobre todo el cariño que desprendía; siempre estaba de buen humor y repartía besos y abrazos sin motivo. Mamá se parece mucho a la abuela, físicamente y en el aspecto cariñoso, aunque con mi padre todo es más complicado.

Cuando la llamé para explicarle lo que había pasado y que volvía con compañía, le pedí que hablara con él. Que le pidiera que se comportase, que esto es un tema de trabajo. Nunca suele hacer caso, así que me espero cualquier cosa del jefe de la casa.

—¡Lucas, cariño! —me recibe mi madre con un abrazo y dos besos—. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Hola, mamá. Todo bien. Mira, te presento a Antía Ulloa. Como ya te comenté, pasará con nosotros unos días.

—Encantada de conocerte, Antía. Yo soy Ada.

—Un placer, señora. Tiene una casa preciosa.

—Por favor, llámame Ada, nada de «señora». Espero que tu estancia en nuestra casa sea de tu agrado. Cualquier cosa que necesites nos lo haces saber. Después te enseñaremos la casa y tu

habitación. Ahora vamos a almorzar, que se enfría la comida.

—¿Y papá? —le pregunto con precaución. Ya que no ha salido a recibirnos.

—Hace un rato estaba sentado en el sillón con el diario. Ya sabes que cuando pasa su hora de la comida se pone un poco gruñón.

—Siento mucho que alteren su rutina por mi culpa —se disculpa Antía.

—No te preocupes, cielo. Mi marido suele estar gruñendo todo el día. Ya no nos sorprende. No le hacemos caso y listo. —Esta última frase se la dice bajito y sonrío.

Antía entra delante de nosotros y vemos cómo, curiosa, mira todo lo que tiene a su alrededor.

—Es una chica preciosa —susurra mi madre.

—Mamá, no empecemos, por favor.

Mi madre siempre ha dicho que, cuando se vaya de este mundo, le gustaría ver a sus hijos felices. Para ella la felicidad es estar al lado de otra persona con la que compartir alegrías y penas. Una media naranja, vaya. Lo que no entiendo es por qué ella no buscó la suya, pues está claro que, con mi padre, feliz no ha sido.

—¡Vaya, ya era hora! —se queja mi padre.

Mi madre, que ya me conoce, pone su mano en mi brazo para frenar mi respuesta.

—Piero, cariño —intenta suavizar mi madre—, ella es Antía. La chica que viene desde España. Ven a presentarte. Cuanto antes lo hagas, antes comeremos.

Mi padre se levanta del sillón y se planta delante de Antía. Mi cuerpo se pone tenso. Ahora soy consciente de que esto ha sido una muy mala idea. Si hubiera venido Roi, seguro que todo sería distinto. Ahí donde lo veis, mi padre es el clásico hombre cromañón. Sus ideas están bastante alejadas del siglo actual y no va a entender que Antía dirija sus bodegas.

—Señorita, no sé qué le habrá dicho mi hijo para liarla a venir aquí. Intente ser puntual para las comidas y las cenas. ¿Cree que podrá?

—¡Papá! —le reclamo.

Antía se gira hacia mí y me frena con su mano en mi pecho para que no continúe hablando.

—Señor Mancini, ruego disculpe que nos hayamos retrasado y se altere su hora de comida. No se preocupe, no volverá a suceder.

A mi padre se le ilumina la mirada al ver que Antía se ha rebajado a disculparse. Para él es todo un éxito. En cambio, a mí me hierva la sangre por todo el cuerpo de la rabia.

—Así me gusta. Que entienda las normas. —Antía frunce el ceño ante la respuesta de mi padre.

Mi madre me mira y niega con la cabeza, pidiéndome que me controle. Su mirada triste es la que ya he visto en tantas ocasiones y por la que siempre me callo. Todos nos movemos en dirección a la puerta para ir al comedor, pero antes de salir, Antía se gira para mirar a mi padre y hace que todos nos paremos.

—Una última cosa. Que sepa que he tenido la inmensa suerte de ser criada por un gran hombre, que ha sabido enseñarme cómo ser educada y a respetar a la gente. Por ese motivo no le voy a decir lo que pienso, pues no quiero ofenderlo. He venido como invitada de su hijo por temas laborales e intentaré molestarlo lo mínimo posible, así usted estará tranquilo y yo no me sentiré ofendida por sus palabras.

Se gira y continúa hacia la estancia siguiente. Lo que yo decía; cuanto más la conozco, más maravillosa me parece.

Mi madre se queda atrás con mi padre, reclamándole su comportamiento. Lo oímos chillarle a Paola, nuestra ama de llaves, que le lleve la comida al despacho porque no va a comer con

nosotros. Una sonrisa ilumina mi rostro; esta vez ha probado de su propia medicina.

—Lo siento, de verdad —se disculpa Antía, cuando llegamos al comedor—, sé que me he pasado, pero no soporto que me falten al respeto de esa manera. Ni siquiera me conoce. ¿Este hombre es siempre así?

—No te disculpes. Has hecho lo correcto. Tienes un par de huevos. —Me echo a reír al ver cómo se sonroja—. Eres la primera persona que le planta cara al gran Mancini en su casa.

Antía se tapa la cara con las manos, avergonzada.

—No pasa nada, cielo —le dice mi madre, una vez entra—, se lo tiene merecido. A veces es peor que un niño pequeño. ¡Viejo gruñón! Paola, sirve primero a Piero y después comemos nosotros.

—Claro que sí, Ada. —Saluda a Antía con la cabeza y le guiña un ojo.

Paola lleva con nosotros mucho tiempo, es casi de la familia. Bueno, cuando estamos mi madre y yo con ella es una más; si está mi padre presente, guarda las distancias.

Veinte minutos después, estamos sentados a la mesa. Comemos en silencio, cada uno con sus pensamientos. No es molesto, pero sí raro, ya que, en estas comidas, siempre discutimos o chillamos, y que uno pueda concentrarse, por ejemplo, en los sabores de la comida es fantástico.

Una vez acabamos de comer, acompaño a Antía a la que va a ser su habitación estos días. Mi madre ha escogido la que está justo al lado de la mía. Al entrar, tal y como ha hecho antes en el salón, mira todo con curiosidad.

—Espero que estés a gusto. Cualquier cosa que necesites nos lo puedes pedir a Paola, a mi madre o a mí.

Dejo su maleta encima del banco de madera que hay a los pies de la cama y le enseño el baño que hay en la habitación.

—Gracias, Lucas. Voy a estar genial, no te preocupes. ¿Sería posible descansar un rato?

—Por supuesto. Mi habitación es la que está justo al lado. Yo estaré ahí. Voy a ver si me pongo un poco al día.

Me dirijo a la puerta y me despido de ella. Me encantaría abrazarla y besarla, sentir el calor de su menudo cuerpo rozar con el mío, pero lo único que hago es sonreír y dejarla en el interior de la habitación para descansar, como ella me ha pedido. Esta vez quiero hacer las cosas correctamente, esta mujer bien se merece el esfuerzo y la paciencia de conquistarla poco a poco. No sé adónde nos puede llevar esto, pero no pienso quedarme con las ganas de saberlo.



CAPÍTULO TREINTA

Menuda habitación. Debo de parecer tonta, mirando todo a mi alrededor como si nunca hubiera visto una cama, pero esta es preciosa y enorme. El cabecero es de hierro forjado en color negro, igual que las mesitas y la única silla que hay. A los pies de la cama luce un hermoso banco de madera, donde Lucas ha dejado mi maleta. En la pared derecha, dos ventanas por donde entra un montón de luz y, a la izquierda, un armario de madera oscura, al igual que el antiguo chifonier que está ubicado entre las dos ventanas.

Le saco fotos a todo lo que hay en la habitación para enviárselas a Gema. «No pienso salir de esta habitación», le pongo en el mensaje. Espero un rato, pero no contesta. Aprovecho para enviar un mensaje a mi hermano, a ver cómo sigue todo por la casona.

Antía

Hola, hermanito, ¿qué tal todo por ahí?

Roi

Hola, por aquí, como siempre. Cada día con un problema diferente.

Por la forma de contestarme noto que está bastante desanimado, así que decido llamarlo. Me contesta al segundo tono.

—Tranquilízate, que no se van a hundir las bodegas sin ti —me responde borde.

—Eso ya lo sé. Parece que hoy no es un buen día para charlar contigo.

Lo oigo bufar. Entiendo que esté sobrepasado, tiene que encargarse de más cosas, pero esta ha sido su decisión. Todos tenemos que hacer sacrificios para salvar las bodegas.

—Lo siento, vale. Hay muchas cosas que hacer por aquí y no tengo ni idea de por dónde empezar. Ha aparecido otra manguera rota. Es la tercera este mes. Anxo, Rafa y yo creemos que es intencionado. No puede haber tanta coincidencia. —Suspira, y dejo que siga con su desahogo—.

Esta tarde Martina tiene sesión con la logopeda, pero se ha levantado cruzada y dice que no quiere ir. Supongo que es porque hoy comienza una nueva. Así que hemos empezado el día de puta madre.

Martina es una niña muy buena, pero cuando se le mete algo en la cabeza, hacerla cambiar de opinión es muy complicado y puede llegar a sacar de quicio a cualquiera. En referencia al incidente de la manguera, yo también comparto su opinión. Alguien intenta perjudicarnos, pero ¿quién?

—Sé que esto es difícil, pero debes tener paciencia. Cada cosa en su momento. Para el tema de Martina, ya sabes cómo es. Le asustan las novedades, le cuesta adaptarse. Si quieres, después os llamo por videollamada y hablo con ella. Y por la manguera, yo también me imagino que es intencionado. Pero no tengo ni idea de cómo arreglarlo.

—Algo haremos, tú no te preocupes por eso ahora. Oye, tengo que dejarte. Está llegando un camión. Te echo de menos, hermana.

—Y yo a vosotros. Un beso.

Me dejo caer en la cama boca arriba. Estiro los brazos y cierro los ojos. Estoy muy cansada, demasiados problemas. Entre las noticias de mi hermano y la tensión que he pasado con el padre de Lucas, mi cuerpo está desgastado. Por cierto, no puedo entender cómo soportan a semejante personaje. Su grado de mala educación me ha dejado pasmada. ¿Qué narices se piensa ese hombre? Lo que no llego a entender es cómo su hijo y su mujer le permiten que sea tan grosero y maleducado. ¿Será así con ellos también?

Decido que es hora de desconectar, solo un ratito. Pongo la cabeza en la almohada, que es blandita, como me gusta, y cierro los ojos. «Solo serán cinco minutos», me digo a mí misma.

Me despierto sobresaltada. Cuando me centro, oigo unos tímidos golpes en la puerta y que alguien dice mi nombre:

—Antía, ¿puedo pasar?

Me cuesta reaccionar. Estoy desubicada, esta no es mi habitación. Me incorporo sobre los codos y, al dar un rápido vistazo, recuerdo que estoy en casa de Lucas. Lo golpes de la puerta han cesado y oigo pasos alejarse. Me levanto a la carrera y abro la puerta. Al final del pasillo, veo a Ada a punto de bajar al piso inferior. Se da la vuelta y me sonrío.

—Lo siento. Creo que me he quedado dormida —me disculpo.

—Sí, eso parece. Lucas nos pidió que te dejáramos descansar un rato.

—¿Qué hora es?

—Son las seis de la tarde.

Abro mucho los ojos y la oigo reírse.

—Mi objetivo eran cinco minutos, pero creo que se me ha ido de las manos.

—Eso es que lo necesitabas. —Se acerca un poco a mí y me sigue sonriendo—. Voy a bajar al pueblo y pensé que te gustaría venir conmigo. Lucas hace un rato que se ha marchado. Podemos quedar con él allí.

—Pues se lo agradezco. Si puede esperar cinco minutos para vestirme...

—Claro que sí, cielo. Te espero abajo.

Vuelvo a entrar a la que ahora es mi habitación, busco en mi maleta, que todavía sigue encima del banco, ropa limpia y corro al baño para darme la ducha más rápida de toda mi vida.

Una vez vestida, cojo mi bolso y, antes de bajar, reviso mi teléfono. Hay un mensaje de Roi donde me dice que mi padre ha conseguido convencer a Martina para ir a su sesión de logopedia. Le contesto con varios emoticonos.

Al bajar, oigo voces en una de las dependencias y hacia allí me dirijo. Es la cocina. Ada y Paola están sentadas alrededor de una gran mesa de madera maciza. La cocina es igual de grande que el resto de la casa. Todo va en proporción. Hablan y ríen de algo que ha dicho Paola, lo hacen en italiano, así que no tengo ni idea de qué les hace tanta gracia.

—¿Ya estás lista? —me pregunta Ada, al darse cuenta de que estoy en la cocina.

—Cuando tú quieras podemos irnos. —Le sonrío.

Nos despedimos de Paola y salimos. Sigo a Ada, que se dirige hacia un pequeño coche de color rojo. Se sube y yo lo hago a su lado.

—¡Qué verano más caluroso! —me dice, y activa el aire del vehículo—. ¿En España también hace tanto calor?

—Sí. Este año está siendo muy duro. Si hace mucho calor, hay sequía; si hay sequía, no tenemos agua suficiente para regar...

—Te parecerá raro, pero yo no tengo ni idea de viñedos ni uvas. Incluso, no soy mucho de vino. Prefiero una cervecita bien fría —me dice, mientras mira la carretera y sonrío.

—La verdad es que sí es un poco raro. —Ada suelta una carcajada y me contagia—. Yo no podría vivir sin las viñas, las uvas o la vendimia. Mi vida está entre viñedos.

—Antía —ahora su tono de voz se ha vuelto más serio—, me gustaría disculparme por la actitud de mi marido. Siento en el alma la forma en la que te ha tratado. Nunca ha sido un hombre amable ni cariñoso, pero tampoco tan desagradable. A veces las circunstancias de la vida nos hacen cambiar y no todos asimilamos de la misma manera los golpes que nos llevamos.

—No se preocupe, Ada. Puede ser que yo también me extralimitara un poco al contestarle. —Me encojo de hombros y frunzo los morros.

La oigo reír.

—Sinceramente, nadie le había plantado cara a mi marido en su propia casa. —Se genera un silencio, mientras Ada aparca su coche—. Me imagino que para ti debe de ser duro estar aquí, pero yo estoy encantada de conocerte y tenerte entre nosotros. Vas a ser buena para mi familia.

Me guiña un ojo y me deja con cara de tonta, sentada en el asiento del copiloto, mientras ella abre la puerta y sale, diciéndome que hemos llegado.

—¿Adónde vamos? —le pregunto una vez recuperada y he bajado del coche.

—Voy a la librería. Fabi y yo solemos ir muy a menudo, pero estas dos semanas están de vacaciones. Puedes acompañarme o puedes dar un paseo por el pueblo. Esta es la calle principal. —Me señala con el dedo—. Es donde está casi todo.

—Casi prefiero ir contigo, si no te molesta.

—Claro que no, cielo. Vamos, entonces.

Subimos por la calle principal hasta llegar a la librería. Entramos y me sorprende que sea tan grande. Ada saluda en italiano y se pone a hablar con el librero. Como no los entiendo, decido echar un vistazo y me adentro en los pasillos.

Pierdo la noción del tiempo y, como Ada no ha venido a buscarme, aquí sigo, entre libros. Llevo tres en mis manos que llevaba tiempo queriendo leer. Me dirijo a la salida para pagarlos y me sorprende lo que veo. El librero y Ada están sentados en unos sillones que hay junto al mostrador, frente a una mesa baja, donde hay dos tazas vacías. Se ríen; él se acerca un poco a ella y con su dedo le da un toque cariñoso en la nariz. Ella se sonroja y parpadea coqueta. ¡Vaya con

Ada!

Cuando se da cuenta de que los observo, se levanta con rapidez del sillón.

—Vaya, qué cargada vas. ¿Has encontrado cosas interesantes? —me pregunta nerviosa.

—Son libros que hace tiempo que quería leer, así que me voy a dar un capricho. —Le sonrío para que se relaje.

En esta ocasión no pienso juzgarla sin saber toda la historia. Ya me pasó con sus hijos, que me hice la película.

Me presenta al librero, que se llama Marco; alto, moreno y con ojos azules. Tendrá cerca de sesenta años y parece simpático, aunque él no entiende español y yo no entiendo italiano, así que poco podemos charlar. Abandonamos la librería y ya son cerca de las ocho de la tarde.

—Cielo, lo que has visto ahí dentro... —intenta explicarme Ada.

—Es una pasada. Hay una cantidad de libros increíbles y en todos los idiomas. —Le guiño un ojo para que sepa que no pienso decir nada de lo que sea que tenga con el librero.

Me da una palmada en la mano como agradecimiento y continuamos la marcha hasta su coche.

Cuando casi estamos llegando, en una de las terrazas de un bar, vemos a Lucas.

—Mira, ahí está mi hijo. —Señala—. ¡Lucas, hijo!

Este se gira al oír a su madre. Tiene una sonrisa en la cara que se le borra cuando me ve. No me extraña, está muy bien acompañado. Ada enlaza nuestros brazos y nos acercamos a ellos. Si pudiera, saldría corriendo; la situación no puede ser más incómoda. Cojo aire y pongo mi mejor cara de «esto no me afecta en absoluto». Qué buena actriz podría llegar a ser.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Nunca he visto niña más cabezona que Martina. Hay veces que me saca de mis casillas. Su mundo es complicado y lo entiendo, pero creo que nosotros siempre intentamos hacer lo mejor para ella. Espero que cuando sea un poco más mayor lo comprenda.

Hoy es día de su sesión de logopeda, normalmente no hay problema, pero resulta que la que había se ha marchado del pueblo y hay otra logopeda nueva. Las novedades y salir de su rutina trastocan bastante a Martina, así que llevamos todo el día de morros.

Finalmente, al verme tan agobiado, mi padre se la ha llevado a dar una vuelta y, no sé cómo, ha conseguido convencerla. Así que aquí estamos en la sala, a la espera de nuestro turno.

Veinte minutos después, por la puerta asoma una chica que llama a Martina. Lleva una bata de muñecos muy llamativa y una gran sonrisa en la cara. Es morena y sus rasgos son bastante latinos. Me llama la atención lo joven que es. La anterior logopeda tenía cerca de sesenta años. Le toco el brazo a mi hija para llamar su atención, pues está entretenida con un libro, y le digo que es nuestro turno.

Cuando llegamos a la puerta, la logopeda saluda a Martina y después extiende la mano para saludarme a mí.

—Me voy a presentar —nos dice, una vez sentados en las sillas, delante de la suya—, me llamo Gina. Voy a ser la nueva logopeda de Martina. Hoy vamos a hacer una sesión más corta de lo normal, solo para conocernos, y la próxima ya empezamos a trabajar para que esta niña tan guapa aprenda muchas cosas.

Martina no ha soltado mi mano desde que hemos entrado. Su presión inicial se ha aflojado a medida que Gina ha hablado y eso es buena señal. Creo que a los dos nos ha caído bien la nueva logopeda. Su enorme sonrisa constante, la forma dinámica en la que mueve las manos y el tono de su voz han conseguido meternos en el bolsillo con rapidez.

Aunque tiene el informe en la mesa, ha decidido hacernos varias preguntas, genéricas y de la vida cotidiana de Martina. Ha hecho alguna broma que ha conseguido hacer reír a la niña; bueno, y a mí también.

—Me gustaría quedarme unos diez minutos con Martina. ¿Puedes quedarte un ratito tú sola conmigo? —le pregunta.

Al principio la niña duda, me mira en varias ocasiones, le sonrío, y finalmente asiente. Le doy un beso en la cabeza y salgo de la consulta.

Unos minutos después, Gina vuelve a llamarme y me comenta que todo ha ido muy bien y que han charlado un poco; quedamos en que la volverá a ver el jueves. Nos despedimos de ella, incluso consigue que mi hija le dé un beso, y salimos de la consulta.

—¿Te apetece un zumo? —le pregunto.

—Vale.

Entramos en el bar que hay en el otro lado de la calle.

—¿Qué te parece Gina? —le pregunto. Tiene que trabajar con ella y lo importante es que esté cómoda.

—Me gusta. Es simpática. Me río mucho con ella y es muy guapa.

—Bueno, que sea guapa no tiene que ver para que avances y aprendas cosas, ¿no crees?

—¿A ti no te parece guapa? —me responde con otra pregunta.

—Sí, es una chica muy guapa, pero yo lo que quiero es que te ayude. —Mis hijas son unas verdaderas liantas.

—He hecho un dibujo y me ha dicho que estaba muy bien —me explica orgullosa.

—Eso es genial. ¿Qué has dibujado?

—Me ha pedido que dibujara a mi familia. Apolo me ha salido un poco churro. —Se encoje de hombros sin darle importancia.

—Anda, acábate el zumo —le pido, y sonrío al pensar qué pinta puede tener el perro en su dibujo.

Mientras la miro acabarse su bebida, no puedo evitar pensar en Ester y en lo orgullosa que estaría de nuestras pequeñas. Intento que Martina no se dé cuenta de cómo mis ojos se empañan por las lágrimas. Hay días en que me hundo y es realmente complicado seguir, aunque soy consciente de que todos están preocupados por mí. Quieren que rehaga mi vida y vuelva a ser el de antes. «Eres muy joven todavía, Roi», me dice mi padre. «A ella le gustaría verte feliz de nuevo», me recuerda mi hermana. Pero todavía no estoy preparado para dar el paso, para dejarla atrás. Tengo miedo de ser feliz con otra mujer y olvidarme de ella. Ya sé que es una tontería, que nunca la voy a olvidar, solo con mirar a Martina, que es igualita a ella, es imposible no recordarla, pero me da la sensación de que la estoy traicionando. Incluso, cuando me desahogo sexualmente, me cuesta centrarme en la mujer que está conmigo en ese momento. No puedo evitar, en ocasiones, verla a ella, a mi Ester.

La vida es muy complicada. Sé que no va a volver, que no voy a poder recorrer su cuerpo de nuevo, ni ver cómo me sonrío cuando los dos acabábamos tumbados con la respiración acelerada, después del orgasmo. Hay que seguir, pero yo no sé cómo.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Qué bueno es tener grandes amigos. Esos que siempre están ahí, con los que disfrutar de unas risas o hacer partícipes de tus dolores de cabeza. Esos amigos con lo que compartes todo, bueno, casi todo. En esta ocasión, yo a los míos, a excepción de Damián, no les he contado nada de lo que pasó en España.

Carlo, Idara, Damián y Carola, la amiga especial de Damián, se han acercado al pueblo para tomar unas cervezas y charlar un rato. Me ponen al día de todo lo sucedido en mi ausencia, sobre todo de las fiestas que ha habido en casa de Carlo o en el Scusa. Es curioso que, en esta ocasión, no me afecte tanto el haberme perdido esas noches de sexo compartido. La verdad es que no cambiaría ninguna de ellas por los ratos que pasé con Antía. Tengo que analizar con calma ese pensamiento.

—¡Lucas, cariño!

La voz de mi madre corta mi sonrisa por completo. No le va a hacer gracia verme en compañía de Carlo, no es santo de su devoción. Lo peor es que, al levantar la cabeza para mirarla, me tropiezo con sus ojos; esos que, desde hace unos días, consiguen que me replantee muchas cosas de mi vida. Los que me aturden cada vez que se centran en los míos.

—Hola, mamá. Hola, Antía —las saludo—, ¿qué hacéis en el pueblo?

—He venido a la librería y pensé que a Antía le haría ilusión salir de casa y conocer un poco nuestro pueblo. Hola, ¿cómo estáis? —saluda por educación a la mesa.

Todos contestan con un saludo o asentimiento de cabeza.

—¿Queréis tomar algo? —pregunto.

—Yo me voy a casa, que llevo un rato fuera y ya sabes cómo se pone tu padre si tardo mucho, pero seguro que Antía prefiere quedarse a tomar algo con los jóvenes en vez de aguantar a una vieja como yo. ¿Verdad, cielo?

—No, yo casi... —contesta incómoda.

—No te preocupes, Antía, después regresas a casa con Lucas. Cariño, si no vais a venir a cenar, envíame un mensaje.

Se despide de todos con la mano y la vemos desaparecer calle abajo como si alguien la

persiguiera. Estoy seguro de que, ahora mismo, es una de las ideas que se le pasan por la cabeza a Antía, correr y huir detrás de mi madre. La situación es un poco rara, los dos estamos nerviosos y para nada cómodos.

—Hola de nuevo, Antía —la saluda Damián, rompiendo el silencio del momento.

Busco una silla a mi alrededor y la coloco a mi lado. Una vez se sienta, le presento a mis amigos:

—A Damián ya lo conoces. Ellos son Carola, Idara y Carlo. Ella es Antía.

Menos Idara, los demás hablamos español, así que tratamos de llevar la conversación como podemos.

—Encantados de tenerte por nuestra tierra. Espero que disfrutes de tu estancia —le dice Carola.

Inician una conversación entre las dos de un viaje que Carola hizo a España hace unos años. Noto que su cuerpo se relaja y la tensión inicial disminuye.

Yo todavía sigo nervioso, no me gusta cómo Carlo la mira, de esa manera que analiza a las mujeres como posible elección para las sesiones de sexo. Nunca me ha importado que hiciera eso, es más, normalmente es él quien decide. Para mí es solo una manera de olvidar mis problemas por un rato, disfrutar del placer y dejar que el morbo y la emoción por saber qué va a pasar consiga que mi mente deje de darle vueltas a la realidad.

—Joder con la española, tío —me susurra en italiano—. Le podríamos preguntar si estaría dispuesta a una de nuestras noches.

Mi cuerpo se pone tenso y creo que voy a estallar de la rabia. No pienso compartir a Antía con nadie, por encima de mi cadáver.

—Ni se te ocurra preguntarle —le contesto con la mandíbula apretada—. Ella es mi visita, es un tema de negocios. No tiene nada que ver con nuestro mundo, así que no me toques los cojones.

—Vale, vale, tranquilo. Solo era una sugerencia. No es justo que tú hayas probado a ese bombón y yo me quede con las ganas.

Lo fulmino con la mirada, aunque no me preste atención, que está toda centrada en Antía.

—¿Te has tirado a la española? —me pregunta Idara, mientras arruga los morros.

—Ese es mi puto problema. Que compartamos noches de sexo, no os da derecho a juzgar mi vida. Espero que os quede claro a los dos. —Mi tono de voz ha ascendido igual que mi mal humor.

Antía deja de hablar con Carola y se centra en mí, no ha entendido la conversación, pero se ha dado cuenta de que estoy enfadado.

—Nosotros no vamos. Ya nos vemos otro día.

Nos levantamos, Antía se despide y la cojo de la mano para ir hasta mi coche. Nunca me he comportado así, ni he sentido estos celos que me comen por dentro, pero tengo la necesidad de demostrar que no la pienso compartir y que aquí estoy yo para protegerla.

Sé que mis amigos alucinan, hace tiempo que el Lucas cabreado no salía a la luz y, por supuesto, nunca han visto al celoso. Desde que murió mi hermano, entré en un pasotismo general donde nada me afectaba, lo único que esperaba era que llegaran los días que había fiestas para perderme en el sexo. El único que siempre tiene el poder de sacarme de quicio es mi padre, claro. Ahora parece que las cosas van cambiando. El Lucas de siempre empieza a aparecer. No sé si es bueno o malo, lo que tengo claro es que es culpa de mis sentimientos por Antía. Todo tiene que ver con esta mujer que va a mi lado, cogida de mi mano.

El trayecto hasta mi casa lo hacemos en silencio, el único ambiente es la radio. Nos hemos observado de reojo en varias ocasiones, pero ninguno de los dos ha comentado nada. Aparco delante de mi casa y, cuando voy a sacar la llave del contacto, Antía rompe el silencio.

—¿Me vas a contar qué ha pasado en la mesa para que hayamos salido huyendo? —me pregunta. Su tono es dulce pero curioso.

—Nada importante. Solo que a veces mis amigos me tocan un poco las narices.

Quizá debería sincerarme y explicarle cómo son nuestras fiestas. Sé que debo hacerlo, pero ahora que parece que empieza a volver a confiar un poco en mí, no me gustaría alejarla de nuevo.

Arruga la frente en señal de que no se ha quedado conforme con mi respuesta, pero no insiste.

—Vamos, seguro que mi madre ya tiene preparada la cena.

Bajamos del coche y entramos en casa. En la cocina hay el mismo buen ambiente que cada día. Es una de las zonas que mi padre no suele pisar, para eso tiene a mi madre o a Paola como si fueran sus criadas. Ellas encantadas de tener una porción de la casa para disfrutar lejos del mal carácter de mi progenitor. Hay risas y un olor tan bueno que te hace rugir el estómago. Sonrío, me encanta ver a mi madre feliz.

—¿Tenéis hambre? —nos pregunta a modo de saludo.

—¡Mmmm! ¡Qué bien huele! —le dice Antía.

—Pues venga, a la mesa. Hoy vamos a cenar en la cocina.

—¿Y papá? —le pregunto precavido. No quiero más peleas ni malas caras.

—El ya ha cenado y está en el salón, viendo la televisión.

Nos sentamos los cuatro a la mesa y devoramos los sabrosos platos que han preparado mi madre y Paola. La cena es agradable y con muchas risas. Hace tiempo que no teníamos una velada tan cómoda.

—Lo siento. Lo estoy pasando muy bien, pero, si no es molestia, me voy a ir a descansar y, de paso, llamaré a mi gente para ver cómo ha ido el día —nos informa Antía.

—Claro que sí, cielo. Nos vemos mañana —se despide mi madre.

Yo le sonrío. La vemos desaparecer e irse a su habitación. Ayudo a recoger, como todas las noches que ceno en casa, y cuando acabo me preparo un vaso con hielo y licor. Salgo al jardín y me estiro en una de las hamacas que tenemos cerca de la piscina.

Hace tiempo que mi vida no está centrada, llevo muchos años tropezando y levantándome para afrontar una nueva caída. En muchas ocasiones he pensado en abandonar, sobre todo después de la muerte de mi hermano, pero un pilar importante ha sabido mantenerme en pie. No es otra que mi madre. El amor que siento por ella me aguanta ante los desplantes y las malas maneras de mi padre. Es ridículo que un hombre como yo pueda dejarse arrastrar por las palabras de su padre, que tenga tanto poder para que me afecten de esta manera sus ofensas.

Unos pasos consiguen sacarme de mis nefastos pensamientos. Cuando llega a mi altura se sienta a los pies de la hamaca y me mira.

—¿Va todo bien?

—Claro. ¿Qué tendría que ir mal?

—No intentes engañar a tu madre, Lucas.

Le sonrío. Por supuesto que a ella no la puedo engañar, es la persona que más me conoce.

—¿Qué quieres que te explique? Seguro que tú ya lo sabes todo.

—No me subestimes, muchacho —protesta, mientras alza un dedo—. Hazme un sitio.

Me muevo hacia un lado de la hamaca y se estira a mi lado. La rodeo con mi brazo. Antes me protegía ella, ahora la protejo yo.

—Me gusta. Parece una buena chica.

—Lo es. Aunque a veces tiene un carácter de mil demonios.

Noto cómo su cuerpo se mueve a mi lado. Se está riendo.

—Ya está bien que, de vez en cuando, alguien ponga en su lugar a los Mancini. —Mi cuerpo se tensa y ella lo nota—. Ya sé que no te hace gracia, pero a pesar de que sois de generaciones distintas y, gracias a Dios, tu mentalidad es diferente, te pareces más a tu padre de lo que piensas.

—Si sigues por ahí, creo que te voy a echar de la hamaca —bromeo.

—No lo vas a hacer porque me quieres mucho. —Me mira y sonrío—. Lucas, a pesar de que siempre has querido ser el más rebelde, con esta pinta de niño malo —me acaricia el brazo tatuado—, eres el más cariñoso, pero, como pasa con tu padre, ante los obstáculos, os encerráis en vosotros mismos y no hay manera de acceder para poder ayudaros. Cariño, yo solo quiero que seas feliz y dejes de culparte de una vez por todas.

No le contesto. Tengo un enorme nudo en la garganta que me impide hablar. La abrazo más a mi cuerpo y le doy un beso en la cabeza. Es posible que tenga razón en todo lo que dice, pero todavía no soy capaz de hacer frente a esa verdad. Quizá más adelante.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La sonrisa ilumina mi cara y los ojos se me llenan de lágrimas al ver a las pequeñas en la pantalla. ¡Cómo echo de menos a mi gente!

—¡Hola, niñas! ¿Cómo va todo por ahí? ¿Os estáis portando bien? —Veo que el teléfono se mueve en todas direcciones—. A ver, de una en una.

—¡Hola, tita! —la primera en hablar es Lía—, nos portamos súper bien. Te lo prometo, pregúntale al abuelo, ya verás.

—*Bueno, tanto como bien...* —Oigo la voz de mi padre de fondo.

—Pues parece que el abuelo no piensa lo mismo. Al final, no os llevaré ningún regalo.

—No creo que le tengas que hacer mucho caso al abuelo. Está un poco mayor y ya no tiene paciencia.

Me tapo la boca e intento disimular mi risa, mientras mi padre despotrica.

—Vaya, pues me parece que ya no vais a poder ir más al parque al salir del cole, tampoco aprender a jugar a las cartas; ¡ah!, ¿y qué me dices del chocolate con galletas? —Veo que frunce el ceño, cuando se asoma a la pantalla.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, como el abuelo está un poco mayor, creo que es mejor que descanse. Así que no podrá hacer todas las cosas que hacía hasta ahora con vosotras, ¿no crees?

—Hombre, todavía puede esforzarse un poco, no está tan viejo.

A todos se nos escapa la risa, mi pequeña Campanilla es tremenda.

—Anda, pequeñaja, pásame a tu hermana y pórtate bien. Te quiero mucho, Campanilla.

—Y yo a ti.

El teléfono se mueve de nuevo para, esta vez, tener delante a Martina.

—Hola, cielo. ¿Qué tal?

—Hola. Todo bien, pero te echo de menos.

—Yo también, pero ya pronto nos vemos. ¿Qué cama vas a invadir estos días? —Levanta la mirada por encima del teléfono y, rápido, vuelve la atención a mí de nuevo.

—Si no puedo dormir, papá me deja ir a su cama.

Sonrí y no le doy más importancia, no quiero incomodarla. A pesar de todo, sé que ella tampoco lleva bien eso de tener que dormir con alguien, pero es algo que la supera. Espero que poco a poco consiga dejar atrás todos esos miedos.

—Ya me ha dicho papá que has empezado con la nueva doctora. ¿Qué tal? ¿Te gusta?

Noto cómo le cambia la cara y eso es buena señal.

—Al principio tenía un poco de miedo, pero es muy guay. Se llama Gina, sonrío mucho y es muy guapa. ¿Sabes qué? —de la emoción, no me deja continuar y sigue hablando—, he hecho un dibujo y hasta sale Apolo.

—¡No me digas! Pues me alegro de que el cambio sea bueno, cariño. Seguro que con Gina aprendes mucho. Cuando vuelva, iré contigo para conocerla, ¿vale?

—Vale. Te quiero mucho, vuelve pronto. Te paso a papá.

—Yo también te quiero, cielo.

—¡Hola, hermanita! Papá me manda un beso para ti. Dice que no hace falta que vuelvas, que ahora su hijo preferido soy yo.

—No le hagas caso a este *parvo*^[5].

Veo asomar a mi padre por la pantalla y cómo me lanza un beso, que le devuelvo con los ojos llenos de lágrimas. Es un gran hombre por el que siento una gran admiración. Nos ha enseñado muchas cosas y ha sabido manejar a la perfección quedarse viudo joven y con dos hijos. No puedo estar más orgullosa de él.

—Eres muy burro, Roi —le reprocho a mi hermano—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Al final hemos podido sortear el día. La logopeda no es tan bruja como Martina creía, así que esa parte ha acabado bastante bien.

—¿Es tan guapa como la niña dice? —lo pincho.

—Antía, no voy a entrar en tu juego, que nos conocemos.

Los dos nos reímos y seguimos la conversación con temas más delicados, como las mangueras rotas que hemos encontrado estos días o cómo van el resto de las cosas por las bodegas.

Después de una media hora al teléfono, nos despedimos. Lo he notado más positivo que por la mañana. Sé que tiene muchas cosas de las que preocuparse, pero también sé que puede con eso y con más. Es un Ulloa.

Decido salir a la terraza, hablar con mi gente me ha dejado con el corazón encogido de la morriña que tengo. La noche está despejada y el cielo lleno de estrellas, desde aquí puedo observar los jardines, la piscina y las dos personas que, ahora mismo, están estiradas en una de las hamacas. Una visión que me deja sin palabras. Ahí está el hombre duro, lleno de tatuajes que, incluso a veces, puede resultar frío, abrazando a su madre con cariño. Aunque me cuesta apartar la mirada de esa estampa, sé que tengo que hacerlo, me da la sensación de invadir su intimidad. Decido entrar de nuevo. Me voy a poner cómoda e intentaré desconectar con la música, que siempre me funciona.

Sucker, de Jonas Brothers, suena ahora mismo en mis auriculares; esta canción consigue alegrarme y que mis piernas se muevan. Decido dejarme llevar, así que me levanto de la cama, cierro los ojos, para saborear mejor la canción, y me pongo a bailar. Si alguien pudiera verme por un

agujero, pensaría que estoy un poco loca.

Golpe de cadera por aquí, muevo los hombros de un lado al otro de manera sensual, o eso pienso yo, claro. Cabeza para allá, vuelta y...

—¡Aaaahhhh! —mi chillido se ha debido oír en toda la casa.

Me llevo la mano al pecho para intentar recuperarme del susto que me ha dado la silueta de un hombre apoyado en la puerta. Solo tengo encendida una de las luces de la mesita, así que hay poca claridad.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —le reclamo a mi espía, mientras retiro mis auriculares.

—He llamado dos veces. Incluso me he asomado a la puerta, pero estabas tan concentrada, mientras bailabas, que ni me has visto —me explica Lucas con una sonrisa burlona.

—¿Y eso te da derecho a entrar, espiarme y asustarme de esa manera?

—No. Pero lo estabas haciendo tan bien, con esos movimientos tan provocativos, que no he podido resistirme.

—Muy gracioso. ¿Querías algo?

Todo mi cuerpo está tenso e intento mantener la distancia. La situación es demasiado íntima. Estamos a oscuras, los dos solos, en una habitación. Yo con ropa muy escasa, él con las manos en los bolsillos de su pantalón corto. Si una cosa quedó clara, desde que nos vimos la primera vez, es que nuestros cuerpos sienten una gran atracción y es complicado controlarlos, la verdad.

—Venía a preguntarte si estás cómoda o necesitas algo.

Se separa de la puerta y se acerca a mí con calma, mientras yo retrocedo hasta tropezar con uno de los muebles que hay en la habitación.

—Está todo en orden. Gracias por preocuparte.

Mis palabras son un susurro, pero Lucas me oye a la perfección, ya que, ahora mismo, está demasiado cerca de mi cuerpo. Si me toca, no estoy segura de poder resistirme a él.

—Joder, me encanta como hueles. —Acerca su nariz a mi cuello y mi cuerpo se estremece.

—Por favor, Lucas...

—¿Qué quieres, Antía? ¿Que siga o que pare?

—No lo sé.

—Pues yo tengo muy claro que no quiero parar. —Me da un beso en el cuello y yo cierro los ojos—. Me gustaría volver a probar tus labios, saborear tu cuerpo, olerlo, besarlo...

—¿Y a qué narices esperas?

Oigo cómo se ríe. Si es que me convence muy fácilmente. No soy capaz de resistirme a este hombre, siento una atracción tan fuerte que me cuesta un mundo estar enfadada, sobre todo después de verlo con su madre en la hamaca. Lucas, a pesar de algún tormento del pasado que lleva en su interior, no me cabe la menor duda de que es un gran hombre. En todos los aspectos, por supuesto.

Noto cómo sus manos se cuelan por debajo de la camiseta de tirantes de mi pijama, consiguiendo que mi piel se erice. Repasa con sus nudillos mis costados hasta llegar a mis pechos y vuelve a descender. Parece que no tiene prisa, en cambio, yo necesito hacer esto con rapidez. «Es solo sexo», me digo, no puedo permitir que sea tan tierno conmigo. Consigo coger el bajo de su camiseta y la levanto con prisa. Se la saco a trompicones y cuando mis manos intentan coger el elástico de sus pantalones, sus manos me frenan.

—Con calma, no tenemos prisa —me pide.

Bufo. Yo quiero sentirlo ya. Estoy más que preparada. No necesito más preliminares. Pero parece que hoy vamos a tener que ir a su ritmo.

Me observa con cariño y me dedica una media sonrisa que promete muchas cosas. Se acerca

a mí de nuevo y, esta vez, se apodera de mis labios. Un beso tierno y profundo a la vez. Nuestras lenguas se encuentran y disfrutamos el uno del otro.

Me quita la camiseta y sus manos van directas a mis pechos. Mis pezones ya están preparados para su roce. Los pellizca con sus dedos para después descender y mimarlos con su boca. Cuando cree que ya los ha saboreado suficiente, se arrodilla y descende con su nariz pegada a mi cuerpo, oliéndome y repartiendo besos hasta llegar a mi pantalón. Sus manos lo arrastran hasta el suelo junto con mis bragas. Se separa un poco y mira hacia arriba para que pueda ver en sus ojos cuál va a ser su próximo paso.

Cuando su boca se posa en mi sexo, creo que voy a morir de placer. Parece que me conoce a la perfección y sabe qué tecla tocar en cada momento. Consigue desatar en mí un gran orgasmo que intento acallar, mordiéndome la mano, mientras mi cuerpo tiembla sin poder parar. Madre mía, qué noche me espera.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Está preciosa con las mejillas sonrojadas. Es posible que esto esté mal. No debería haber entrado en la habitación, pero al asomarme y ver cómo se movía, no pude evitarlo. Ahora la tengo aquí delante, desnuda y con los ojos brillantes por haberse corrido, imposible aguantarse.

Rodeo su cintura con mi brazo y la elevo para que se enrosque a mi cintura. Cuando lo hace, la llevo hasta la cama, la dejo desparado y la beso, de nuevo, con calma.

—Dime que en este pantalón, que, por cierto, me estorba, llevas algún preservativo —susurra entre jadeos.

Me apoyo en los codos para mirarla. Le aparto el pelo de la cara y con mi dedo acaricio su mandíbula. Sonríe, por supuesto que no llevo; en ningún momento mi objetivo era acabar así con ella. No hace falta que le responda.

—Joder. Pues deja que...

Intenta coger mi erección. Sé lo que pretende. No quiere dejarme con las ganas. Lo que no sabe es que, por muchas veces que tengamos sexo, con ella, siempre me quedo con ganas de más.

—Para, fiera. —Freno sus manos y las pongo por encima de su cabeza—. Me conformo con tu olor y tu sabor.

La beso con ganas. Ojalá pudiera entender que ella es algo más. Mis mierdas se hacen más pequeñas, apenas tengo pesadillas y estoy seguro de que todo es por esta mujer. Tengo un problema y grande, lo sé.

Me estiro en la cama y la acerco a mi cuerpo. Yo todavía tengo puesto el pantalón, pero ella está desnuda, así que cojo una fina manta que está a los pies de la cama y la tapo. Rodeo sus hombros y la abrazo. No se queja, al contrario, pone su cabeza en mi pecho y envuelve mi cintura con su brazo. Sigo empalmado, pero no me importa, ya lo resolveré después.

—Mañana voy a dar un paseo por los viñedos para ver cómo sigue todo. ¿Quieres acompañarme? —le pregunto, mientras acaricio su pelo.

—Me encantaría.

—Creo que va a ser mejor que me vaya. Si nos quedamos dormidos y mañana nos sorprende mi madre, igual piensa cosas que no son.

Levanta su cabeza y me mira. La luz tenue de la habitación no me deja observarla como me gustaría pero, aun así, me parece haber visto decepción por mi comentario, aunque rápidamente se recompone.

—Claro, sí, será lo mejor. ¿Me pasas a buscar mañana?

—Por supuesto. Yo te recojo.

Me inclino sobre su cuerpo y busco su boca de nuevo. La rozo con suavidad, pero ella no permite que el beso sea suave y me besa con ganas y profundidad. La dejo hacer; cómo resistirse a sus labios y su lengua recorriendo mi boca. Cuando noto que mi entrepierna vuelve a ponerse dura demasiado rápido, me separo de ella.

—Si sigues así, no voy a poder parar una segunda vez. —Le sonrío—. Nos vemos mañana. Que descanses bien.

Beso su frente, me incorporo, recojo mi camiseta y salgo por la puerta sin mirar atrás. Si lo hago, no sé si seré capaz de irme.

He vuelto a dormir bien, sin la sangre, luces o sirenas que me acompañan en mis pesadillas de muchas noches.

Me ducho y me visto de forma cómoda. Tejanos y una camiseta. Ella todavía no lo sabe, pero además de ir a ver los viñedos, he decidido pasar el día con Antía. Creo que a los dos nos va a ir bien pasar tiempo a solas.

Llamo a su puerta, pero nadie responde. Abro y me asomo. La cama está hecha, así que imagino que ha madrugado más que yo y ya habrá bajado a desayunar. Sonrío.

Bajo para ir a su encuentro, pero, como siempre, unas palabras enturbian mi felicidad. Palabras que salen de su boca para hacerme daño. No me cabe la menor duda de que disfruta mortificándome:

—Buenos días. ¡Vaya! Parece que todavía sigues de vacaciones. A lo mejor piensas que vivimos del aire. Los negocios no se llevan solos y, menos, pasándotelo bien con tus visitas.

—Papá, no te pases —le reclamo.

—Las verdades ofenden, Lucas. Tienes treinta años y todavía piensas que tienes veinte. Fiestas, alcohol, drogas y mujeres, eso es lo único que te importa.

Aprieto mis manos hasta convertirlas en puños. Ojalá no me hicieran tanto daño sus palabras. Ojalá esa parte de mi cerebro, la más racional, no pensara que tiene razón y me siga culpando de lo que pasó.

—Te encanta meter el dedo en la llaga, ¿verdad, papá? Nunca estarás conforme con lo que haga en mi vida, así que, por mí, te puedes ir al infierno.

Nuestro elevado tono de voz ha llamado la atención de las mujeres, que se encontraban en la cocina, y se han asomado al salón donde estamos discutiendo.

—Lucas, hijo... —me suplica mi madre.

—Allí nos encontraremos. No olvides que todo fue culpa tuya. Si no lo hubieras arrastrado a ese mundo, él seguiría vivo. —Mi padre está fuera de sí.

No soy capaz de controlar mis ganas de estrellar mi puño en su cara. Ya es bastante complicado vivir con mi culpa, como para tener a alguien que te lo recuerde cada día.

—¡Piero! Por Dios... —le replica mi madre, acercándose a él.

Intento aproximarme a mi padre, pero un cuerpo menudo se pone delante de mí e intenta

frenarme.

—Por favor, Lucas, cálmate. —Antía coge mi cara con sus manos e intenta que me centre en ella.

—Tú no tienes derecho a reclamarme nada. —Mi padre coge a mi madre del brazo—. Si no los hubieras mimado tanto, hoy las cosas serían diferentes. Tendríamos dos hijos, dos hombres como Dios manda, y no muchachos débiles. Uno, bajo tierra, y el otro, de fiesta en fiesta.

Ver las lágrimas descender por la cara de mi madre y cómo intenta zafarse de las manos de mi padre, por el dolor que este le causa, hace que mi mente se nuble. Aparto a Antía de mi camino, sin muchos miramientos, me acerco al que se hace llamar mi progenitor, levanto el puño y lo estrello con toda la fuerza que puedo.

—Suéltala ahora mismo o el siguiente puñetazo va directo a tu cara —le pido.

El contraste de nuestras pieles es significativo a nuestro estado. Yo estoy rojo de la ira, y él, blanco de la sorpresa. Recupero mi brazo, la mano me palpita del dolor, los nudillos sangran y el agujero de la pared es considerable.

Mi padre suelta a mi madre sin tener que volver a pedírselo. Ella corre a mi lado y me separa de mi padre.

—Antía, llévate a Lucas a la cocina y le curáis la mano —le pide mi madre en español.

Ella obedece. Me coge del brazo y tira de mí para alejarme hacia la cocina. Al principio me resisto, pero al observar a mi madre y cómo su mirada me recrimina, obedezco.

Estoy más calmado. Sigo sentado en la cocina y mi mano está envuelta con una gasa. Me han puesto frío y el aspecto no es tan malo como se podría suponer.

—Antía, cielo, lamento mucho el espectáculo —se disculpa mi madre, al entrar en la cocina.

—No te preocupes, Ada. ¿Tú estás bien?

Yo no me he movido desde que me han sentado aquí para curarme la mano, pero consigo reaccionar al comentario de Antía, así que me levanto e inspecciono el brazo de mi madre. Está rojo y las marcas de los dedos de mi padre son bastante visibles.

—Esto no es nada. Tengo la piel sensible y rápido se me queda la marca. De verdad, chicos, no debéis preocuparos por mí. Hijo, ¿cómo está tu mano?

—Está bien, mamá. —Beso su cabeza y vuelvo a sentarme donde estaba.

Todavía no son ni las nueve de la mañana y ya estoy agotado.

—Lucas, hijo, ¿por qué no te llevas a Antía a dar un paseo? Creo que a todos nos irá bien salir un poco de esta casa. Paola, voy a salir un rato yo también.

La vemos salir de la cocina. Mi madre es una mujer muy fuerte, lleva toda la vida luchando, lejos de su familia y bajo el paraguas de un hombre como mi padre. Que yo sea consciente, nunca le ha puesto la mano encima, a excepción de hoy, claro, pero aguantar su carácter y sus malas maneras tiene mucho mérito.

—¿Qué me dices, Lucas? ¿Todavía sigue en pie esa visita a los viñedos? —me pregunta comedida Antía.

Es la primera vez, desde que estoy aquí, que levanto la cabeza y la observo. La vergüenza de que haya presenciado semejante panorama no me ha dejado enfrentarme a su mirada. No me gustaría que ella también tuviera la impresión de que soy un fracaso. No sé el motivo, pero, para mí, es muy importante que Antía pueda ver al nuevo Lucas. Enseñarle, solamente, mi presente y

dejar atrás ese pasado que me atormenta.

—Claro que sí. Mi madre tiene razón, será mejor salir de casa un rato.

Nos despedimos de Paola y vamos rumbo a la paz de los viñedos. A ver si consigo reconducir el día y todavía podemos pasar una bonita jornada.

Subimos al vehículo y, aunque nos alejamos de casa, sigo muy tenso y me cuesta sacar las imágenes de mi padre mientras apretaba el brazo de mi madre. Antía debe de notar la rigidez de mi cuerpo, ya que, poco después de salir, noto sus dedos acariciar suavemente mi brazo. Sus movimientos funcionan y, a medida que nos acercamos a nuestro destino, mi cuerpo ya casi está relajado por completo.

Me encanta que esté a mi lado, parece que hace tiempo que nos conocemos, ya que tiene la habilidad de entenderme y saber qué necesito en cada momento, pero ¿qué voy a hacer cuando ella vuelva a su casa? ¿Qué va a ser de mí si no la tengo a mi lado? Creo que estoy en un lío tremendo.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Las bodegas de los Mancini son enormes, comparadas con las nuestras. Es todo mucho más industrial, a gran escala. Hacen muchas variedades de vino. Sus máquinas son las más modernas; la verdad es que alguna de esas nos iría genial en La Flor de Ulloa. Aun así, no cambio la intimidad y familiaridad de nuestras pequeñas bodegas.

A lo largo de la visita, Lucas se ha relajado y ya vuelve a ser el mismo que yo conocí. En su casa, no entendí nada de la conversación, pero solo ver las emociones que su cuerpo desprendía, mientras discutía con su padre, pude notar que la relación entre ambos no es nada cordial. La curiosidad me mata y mi cabeza se debate entre preguntar o no el motivo de esa mala relación.

Ya ha acabado la visita y es mediodía, así que hemos decidido parar a comer. Lucas aparca el coche y espera a que me baje para coger mi mano y enlazar nuestros dedos. Quizá debería molestarme, pero me siento tan a gusto a su lado que pienso aprovechar y disfrutar la sensación. «Viviré el momento», me recuerdo a mí misma.

Subimos por una empinada calle empedrada hasta llegar a una pequeña puerta, donde tenemos que agachar la cabeza para adentrarnos en una calle estrecha, un pasillo que separa dos edificios. Hay plantas en las paredes y cuadros colgados. Cuando ve mi cara de asombro, Lucas me explica que son de artistas de la zona. Si la entrada es espectacular, el interior del restaurante es maravilloso; paredes de piedra, techos de madera y luz tenue. Hay varias estanterías también de madera, llenas de botellas de vino. Al fijarme, reconozco varias etiquetas que he visto en las bodegas de Lucas.

Un señor con un gran bigote y delantal se acerca a nosotros con una sonrisa. Lucas suelta mi mano para estrechar la suya e intercambian unas frases en italiano.

—Antía, él es Antonello. —Me presenta. Estrecho su mano y le sonrío.

—*È una ragazza molto bella*^[6] —le contesta Antonello a Lucas.

Esa parte la he entendido, así que le sonrío de nuevo. Menos mal que el restaurante tiene poca luz porque ha conseguido ruborizarme.

Nos ofrece una mesa y la carta.

—¿Qué me recomiendas? Porque no entiendo nada.

—Aquí todo es muy bueno. La mujer de Antonello es una gran cocinera. ¿Qué te apetece? ¿Carne, pescado, pasta...?

—Cualquier cosa que no venga del mar. —Me encojo de hombros—. No me gusta ni el pescado ni el marisco.

—Está bien, pues nada de mar.

Acabamos con un plato de carne él y yo con uno de pasta. Todo huele delicioso, y Lucas tiene razón, mi plato está increíble.

—¿Quieres probar el filete? —me pregunta, mientras alarga el tenedor con un pedazo.

Acerco mi boca y me apodero del trozo de carne. Cierro los ojos y la saboreo. Está tierna y muy rica. Un sonido de placer sale de mi boca.

Cuando abro mis ojos, Lucas me observa, su mirada de deseo consigue humedecerme al momento. Carraspeo e intento centrarme de nuevo en mi plato.

Reprendemos la comida y hablamos de todo un poco. Me explica que el hijo mayor de Antonello trabaja en las bodegas, como buena parte de la gente más joven de este pueblo y de los de alrededor.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado hoy con tu padre? —me lanzo a preguntarle, mientras saboreamos los postres.

El estado de su cuerpo cambia al momento. Sé que mi comentario puede cambiar el buen ambiente de la comida, pero necesito saber. No suelo ser una mujer cotilla, la verdad es que me importa muy poco la vida de los demás, pero con Lucas es diferente. Me gustaría que abriera su corazón conmigo, que me cuente sus miedos y todo lo que le atormenta. Qué hay detrás de todos esos tatuajes y esa pinta de chico malo que quiere ofrecer al exterior. Yo sé cómo es Lucas conmigo y he visto con qué cariño trata a su hermana o a su madre; estoy convencida de que este Lucas es el de verdad, no el que él quiere exponer al resto de la gente.

—Digamos que mi juventud fue un poco caótica. Me junté con gente que no debía y quise vivir demasiadas experiencias a la vez. No me porté muy bien con mis padres, los hice sufrir mucho. Hay cosas que pasaron, como consecuencia de ese pasado, que mi padre no me perdona y me recuerda muy a menudo.

—Me parece que no solo es tu padre el que no te perdona. No sé qué es lo que pasó, pero tengo la sensación de que tú también crees tener la culpa y eso te está haciendo difícil seguir.

Me mira, pero no me contesta y, ahora mismo, no sé si está enfadado por mi comentario o, por el contrario, analiza si tengo razón. Su teléfono corta el ambiente íntimo que se había creado, pero creo que la interrupción ha sido un gran alivio para él y evitarle seguir con la conversación.

Atiende la llamada y lo único que entiendo es que habla con su amigo Carlo. La charla con él vuelve a conseguir que Lucas se relaje de nuevo y regrese el hombre tranquilo y alegre, sin tormentos a los que enfrentarse.

Esto es una de las cosas que me gustaría tener en nuestra casona. Una piscina. Tirarme en una hamaca y llenarme de la vitamina del sol. Notar el calor en mi piel.

Después de la llamada de Carlo, volvimos a casa y Lucas se excusó diciendo que tenía que irse a la ciudad a buscar unos documentos. Yo no le di importancia, pero a su madre no le hizo mucha gracia.

—¡Antía, cielo! ¿Quieres algo para beber? —me pregunta Ada, que sale con un bikini rojo y

una toalla.

—De momento no, gracias, Ada.

Acerca una hamaca a la mía y se estira a mi lado. Se coloca las gafas de sol, que lleva en la cabeza, antes de hablar:

—Espero que disculpes a mi hijo. No sé qué tiene en la cabeza para irse y dejarte aquí sola.

—No te preocupes. Que yo esté aquí no significa que deba dejar de atender sus cosas. Ya me ha dedicado toda la mañana y hemos comido juntos.

—¿Ha estado más tranquilo durante la mañana? No suele ser un hombre agresivo. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

—Cuando hemos llegado a las bodegas ya se había tranquilizado. La agresividad no se puede justificar, pero me imagino que, esta vez, su padre no solo lo ofendió a él. Ada, Lucas te quiere mucho y le pudo la rabia.

—No me gusta nada que se peleen. Mi marido no ve que Lucas ha cambiado. No se da cuenta de que ya no es el chico perdido y arrastrado por las malas compañías. Estoy harta de que lo acuse constantemente de la muerte de su hermano, —me incorporo alarmada por sus palabras hasta que quedo sentada, mientras ella sigue hablando—, ya bastante se culpa él. Nadie obligó a Matteo a meterse en el oscuro mundo de las drogas y el alcohol. Tampoco a hacer carreras con su coche, y menos, sin sus plenas facultades.

Cuando acaba de hablar, se da cuenta de que mi cuerpo y mi cara muestran lo atónita que me han dejado sus palabras. Y que, por supuesto, yo no tenía ni idea de lo que ella ha explicado.

—¡Vaya! Creo que he hablado demasiado. —Se incorpora y se sienta de manera que nuestras rodillas se tocan—. Cielo, por favor, no le digas a mi hijo que he sido yo la que te lo ha explicado. Nunca quiere hablar del tema y se enfada cada vez que intento sacarlo.

—No te preocupes. Pero, una pregunta, ¿qué culpa tiene Lucas de que le pasara esa desgracia a su hermano? No lo entiendo.

—Matteo adoraba a su hermano. Era como un ídolo para él. Se llevaban casi cinco años y siempre habían sido muy distintos. Lucas ha sido un chico con mucho carisma y, no es porque sea mi hijo, pero es muy guapo y siempre estaba rodeado de chicas. —Sonríe mientras rememora sus recuerdos—. Mi Matteo era un chico bastante tímido y le costaba relacionarse con la gente. Siempre fui consciente de que Lucas lo eclipsaba, no lo hacía queriendo, simplemente era su forma de ser. Mi pequeño descubrió que en el mundo donde se movía su hermano encontraba maneras de acercarse más a ser como él. Pero no se dio cuenta de que el autocontrol que poseía, y posee, Lucas, Matteo no lo tenía. Cuando nos dimos cuenta, mi hijo había caído en la adicción de cuatro patas. Dios sabe que intentamos hacerlo razonar y meterlo en una clínica de desintoxicación, pero no hubo forma. Una noche, después de una discusión con su padre, se marchó de casa. Las palabras de Piero fueron muy hirientes, y cuando salió por la puerta, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Algo en mí sabía que no volvería a verlo con vida.

Se limpia las lágrimas con la toalla. El dolor que debe de sentir esta mujer, como madre, hace que se me encoja el corazón. No me puedo imaginar lo duro que debe de ser perder un hijo. Pero Ada es una gran mujer, una mujer muy fuerte que, a pesar de su propio dolor, está pendiente de mantener en pie a su familia. Aunque unos se lo merezcan más que otros.

Cojo sus manos con las mías en señal de apoyo y agradecimiento por abrir su corazón así conmigo, incluso, sin apenas conocerme.

—Ada, no sé qué decirte. No creo que haya palabras en el mundo para aliviar el dolor de una madre al perder a un hijo. Todas las pérdidas son dolorosas, nosotros también hemos tenido una

importante en la familia y aún intentamos buscar la manera de seguir adelante.

—Gracias por escucharme. Necesitaba volver a hablar del tema. Seguir recordando a mi Matteo en voz alta.

Oímos que un coche llega a la finca y Ada, con rapidez, se levanta. Seguramente sea Lucas.

—Por favor, no le cuentes que te lo he dicho. No quiero seguir viendo cómo sufre. Quiero que se dé cuenta de que él no tuvo la culpa. Que encuentre una muchacha que lo haga feliz y, si puede ser, me vuelva a hacer abuela. —Sonríe, me da un apretón en la mano y se dirige al interior de la casa, justo antes de que llegue Lucas a la piscina.

—Hola. ¿Adónde va mi madre con tanta prisa?

—Le ha entrado algo en el ojo y se lo va a mirar. ¿Cómo ha ido en la ciudad?

—Todo en orden. Carlo me ha dicho que podíamos ir todos a cenar por ahí. ¿Te apetece?

—¿Por qué no? Miraré la agenda, a ver si no he quedado con nadie más. —Le sonrío pícaro.

Me pongo de pie y lo veo pasear su mirada por todo mi cuerpo sin ningún disimulo.

—Hace un poco de calor aquí, ¿no? —me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

No me da tiempo a reaccionar cuando me coge y, de pronto, me encuentro boca abajo, colgando de su hombro.

—Pues vamos a refrescarnos.

Chilla mientras corre conmigo y salta, haciéndome chillar a mí también, para caer en la piscina entre risas. Yo, con pelos de loca, y él, vestido. Vaya panorama.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Hace tiempo que no me reía con tantas ganas. Me ha costado un mundo salir de la piscina con toda la ropa mojada, pegada al cuerpo, y tener que ocultar la erección de mi entrepierna. Parezco un adolescente que se pone cachondo al ver a las chicas en la piscina, pero así reacciona mi cuerpo cuando Antía está cerca. Y si encima lleva un escueto bikini y el agua fresca hace reaccionar sus pezones, pues ya me dirás, la contención es imposible.

No soy capaz de sacarme la sonrisa de la cara, mientras me visto para salir a cenar, al recordar el momento piscina. Hoy, aunque esté mal que yo lo diga, me siento más guapo. Lo curioso es que el atuendo que he escogido y haberme retocado la barba de tres días no tienen el propósito habitual. Esta vez no tengo la necesidad de llamar la atención de varias mujeres, como solemos hacer con Carlo cuando salimos, solo necesito a una en concreto.

—¡Caramba, cariño, qué guapo estás! —me alaba mi madre.

—Vamos a salir a cenar.

—¿Vais solos?

—No, vamos los de siempre. —No le digo nombres, pero ella sabe con quién suelo salir a cenar.

—Lucas, no me hace gracia que metas a Antía en el mundo de Carlo. Sabes que no me gusta nada la vida que lleva ese chico. Esta chica es un ángel y no debería estar rodeada de esa gente.

—Mamá, solo vamos a cenar. Sé que te preocupas por nosotros, pero no quiero que dramatices. Somos adultos, y te puedo asegurar que nadie obliga a nadie a hacer cosas que no quiere.

—Tú sabrás, hijo. Como bien dices, eres adulto, y yo solo puedo darte mi opinión. Solo espero que todo ese mundo, donde te mueves con Carlo, no te explote en la cara y acabe en un disgusto.

—Sabes que hace mucho tiempo que no consumo nada y casi no bebo alcohol —le reclamo enfadado.

—Lucas, no te hagas el tonto conmigo. Soy mayor pero no tonta. Hablo de esa manera que tenéis de disfrutar del sexo. —Se calla de repente y sonrío a mi espalda—. Madre mía, cielo.

Al girarme, la veo y el corazón me da un vuelco en el pecho. ¡Por favor, qué noche más dura voy a pasar! Lleva una falda de color negro hasta la rodilla, con una raja lateral, que deja a la vista su contorneada pierna. En la parte de arriba, un trozo de tela, también de color negro, cruza sus pechos en diagonal y tapa su hombro izquierdo, mientras deja el derecho y parte de su torso desnudo. Su pelo está recogido en una coleta alta que deja al descubierto el perfil de su mandíbula y su delicioso cuello. Cuando nuestros ojos se cruzan, me lanza una tímida sonrisa y mi boca se seca.

—¡Decidme algo! —nos pide a mi madre y a mí, que nos hemos quedado bobos—. ¿Es muy exagerado para ir a cenar?

Primero asiento, pero seguidamente niego con la cabeza. Por un lado, pienso en la reacción de los hombres al verla, sobre todo de Carlo, y no me hace nada de gracia. Por otro lado, me encanta lo guapa que está y va a ser mi acompañante.

—Estás preciosa —le digo y noto que mi madre asiente a mi lado.

Se relaja y nos sonrío.

Nos despedimos de mi madre y nos dirigimos al coche para llegar hasta la ciudad, donde hemos quedado. Pasan cinco minutos de la hora acordada cuando entramos por la puerta del restaurante. Le doy paso y la acompaño con mi mano en su espalda, rozando el trozo de piel que lleva desnuda. Siento cómo se estremece ante mi contacto.

—Ahora mismo, daría la vuelta y te llevaría a algún sitio donde poder sacarte la ropa y saborearte con calma —le susurro al oído.

—Lucas, por favor...

Rozo su cuello con mis labios al separarme y noto su mano aferrarse al bajo de mi chaleco. Tiene las mismas ansias y ganas que yo, de eso no me cabe duda.

Ya todos nos esperan al llegar a la mesa y se levantan para saludarnos. Estrecho la mano de Damián y le doy dos besos a Carola. Parece que estos dos, al final, van en serio. Hago el mismo proceso con Carlo que, cuando nuestras manos se estrechan, al mirarlo, levanta las cejas en señal de aprobación. Ha echado un vistazo a Antía y le ha gustado lo que ha visto. Lo que él no sabe es que no la va a tocar ni a probar. Acabo los saludos con Idara, que me da dos besos muy cerca de la comisura de los labios. Por norma, esos besos no me molestan, pero hoy es diferente, no quiero que sea ella la que me bese, sino Antía. Al pensar en ella, la miro y veo que su ceño está arrugado. Ha visto la intimidad de los besos de Idara. Entiendo cómo se puede sentir, ya que una corriente de celos me recorre todo el cuerpo cuando veo que Carlo pone su mano en la cadera de Antía, para saludarla, y roza su piel. Ella retrocede un poco, para hacer ver que no le ha gustado su contacto.

Va a ser una cena muy complicada, que va a poner a prueba mi autocontrol. Espero no tener que partírla la cara a nadie.

Todo transcurre en relativa calma. Es complicado mantener una conversación entera al haber personas que no entienden ninguno de los dos idiomas que hablamos. Yo intento mantener al corriente a Antía, cuando Idara comenta algo y Carlo hace al revés con ella. Esta última no está muy contenta, pues está en total desventaja. Todos hablamos en español y solo se entera de lo que Carlo le traduce.

Como ya pasó la tarde que nos encontramos en el pueblo, Antía y Carola se entienden a la

perfección y son las que llevan el peso de las conversaciones. Ya hemos acabado los postres, así que casi es hora de irnos.

Empiezo a ponerme nervioso cuando veo cuchichear a Idara y Carlo. Me imagino que ellos van a querer ir hasta el Scusa, cosa que yo no pienso hacer, teniendo a Antía conmigo. No veo razón de espantarla con mi vida sexual o, mejor dicho, mi antigua vida sexual. Es raro, lo sé, pero ella es la mujer que me aporta la tranquilidad interior que hace tiempo que busco. Siempre que he ido a ese tipo de fiestas o he acabado en casa de mi amigo, con varias mujeres, han tenido un único objetivo, vaciar mi mente de preocupaciones, solo disfrutar. Cuando era más joven tenía en mi mano otra clase de maneras de olvidar, de vaciar la cabeza de presiones y exigencias. Después de morir mi hermano y darme cuenta de cómo destrozó su vida con los excesos que no pudo frenar, yo busqué la forma menos nociva de olvidar y, en ese momento, el sexo era la mejor.

—¿Qué os parece si vamos a tomar algo al Scusa? —comenta Carlo.

Ya sabía yo que esto iba a pasar. Todas las miradas se centran en mí, esperan mi reacción.

—Nosotros nos vamos a casa.

Mi amigo sonrío de medio lado, sé que me reta. Es la primera vez, desde que nos conocemos y compartimos sesiones de sexo, que me niego a ir y llevar a una mujer conmigo. No creo que lo entienda, pero le sorprende y no se va a dar por vencido, quiere conseguir su objetivo, que no es otro que cruzar las cortinas con Antía.

—Venga, Lucas, vayamos a tomar una. Tengo ganas de bailar. Solo una, y después nos vamos —me pide Antía

—He dicho que nos vamos.

Antes de que pueda protestar, Carola la anima y la acompaña al baño antes de irnos. Antes de marcharse, me lanza una mirada interrogativa. Se han dado cuenta de que no le he explicado nada a Antía. Asiento con la cabeza, en forma de agradecimiento a Carola. Sé que a ella tampoco le hace gracia ese tipo de intercambios sexuales, así que es consciente de la reacción que Antía puede tener si se entera.

—¿Se puede saber qué mierda os pasa a vosotros? —les reclamo, levantándome de la silla.

Damián se pone a mi lado y me retiene por el brazo para intentar calmarme.

—Qué coño íbamos a saber nosotros que no le has explicado qué sueles hacer cuando sales de marcha —me contesta Carlo con tranquilidad.

—Sabes perfectamente que es mi visita, que son negocios. Ella no está aquí por el sexo. Te lo advierto por última vez, no te acerques a ella.

—¡Vaya, vaya! Parece que el macho Lucas ha perdido los pantalones por una española. —La risa burlona de Idara me enciende todavía más.

—Podéis pensar lo que os dé la gana. Buscaos a otro para acabar la noche, porque conmigo no va a ser y con ella tampoco.

Mi tono de voz es elevado y medio restaurante nos mira. Damián sigue a mi lado, pidiéndome calma, y me susurra que las chicas se acercan.

—¿Va todo bien? —pregunta Antía. Coge mi cara y me fuerza a mirarla.

—Sí, no pasa nada.

—Carola dice que hay un *pub* en la esquina de la calle, ponen música latina. Vamos, nos tomamos la última, bailamos un poco y volvemos a casa. ¿Os parece? —pregunta, dirigiéndose a todos.

Sé que se ha dado cuenta de la tensión que se ha creado e intenta que la calma y el buen rollo se instalen de nuevo entre nosotros.

Damián y Carola aceptan la propuesta, así que, después de pagar, salimos hacia el *pub*, pero las palabras de Carlo nos frenan:

—Idara y yo nos vamos al Scusa. Si alguien quiere emociones fuertes ya sabe dónde encontrarnos.

Acompaña sus palabras con una mano, que rodea los hombros de Idara, al interior de su vestido, tocando así su pecho con descaro. Esto ya ha llegado demasiado lejos. Mis amigos nunca se han comportado de manera tan vulgar en medio de la calle. Hemos sido discretos. A nadie le importa qué hacemos con nuestra vida privada. La venganza por mi negativa se les ha ido de las manos.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

No sé si tiene que ver el haber crecido al lado de doña Sabela o que mi sentido de la observación está bastante más desarrollado de lo habitual, pero suelo calar a las personas con facilidad. He de decir a mi favor que pocas veces suelo equivocarme. Carlo e Idara se encuentran en mi saco de personas dudosas. No me gusta nada cómo me miran, tengo la sensación de ser el último bollito de crema cubierto de chocolate y están a la espera de que alguien se despiste para comérselo ellos. El comentario y gesto que ha hecho Carlo al irse ha dejado bastante claro que mi percepción no ha sido errónea, e incluso, han pasado al saco de personas ingratas.

La noche no ha ido bien. Ya desde el principio, Lucas ha estado tenso y distante, sobre todo al nombrar el sitio ese. Entonces se ha cerrado como una almeja y ya no hay forma de entrar en su mundo interior. ¡Qué complicado es acceder a esta gente! El problema es que a mí a cabezona no me gana nadie y no pienso quedarme con las ganas de saber qué clase de sitio es.

—¿Alguien me va a explicar qué pasa con el Scusa? —les pregunto a los tres, una vez estamos sentados en una mesa con nuestras bebidas.

—No suele haber buen ambiente y la música está muy alta —me responde Lucas, sin darle importancia.

Los miro a los tres, mientras analizo sus rostros, en busca de algo que me indique que lo que comenta Lucas es cierto. En ningún momento me lo he creído y a ellos se les da fatal mentir.

—¿Te importaría no tomarme por tonta? —le pido enfadada.

Lucas chasquea la lengua y se pasa las manos por la cara. Está nervioso. Eso provoca en mí cierto malestar. ¿Qué tan grave puede ser para que no quiera decirme la verdad?

—Es un club de sexo.

—Joder, Carola —la increpa Lucas.

—Tiene derecho a saberlo. No sé por qué narices se lo ocultas.

—Antía está de paso. No creo que le interese qué hacemos en nuestra intimidad.

Ellos continúan hablando como si yo no estuviera. La verdad es que, aunque mi cuerpo siga presente, mi mente trata de asimilar todo lo que oigo. «Club de sexo», «está de paso», «no le interesa»... Necesito irme, necesito borrar, con urgencia, todas las imágenes que me imagino. No

sé si en el *Kama Sutra* habrá tantas posturas distintas como pasan por mi cabeza. En todas sale Lucas, con rubias, morenas, altas, bajas... Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no pienso llorar aquí delante.

—Perdón. Necesito tomar el aire —interrumpo su batalla verbal para levantarme y dirigirme al exterior.

Noto que alguien me sigue, pero ahora mismo mi objetivo es poder llenar mis pulmones de aire puro. Nunca me he considerado una mojigata, no me escandalizo si veo una película porno y leo novelas eróticas. Vamos, que me imagino lo que se puede practicar en esos lugares, pero nunca había conocido a nadie tan cercano que practicara el sexo con tanta libertad. No soy tonta y, al ver a Lucas, una ya sabe que no es un hombre asexual, pero en ningún momento me imaginé ese tipo de sexo. Me cuesta comprenderlo y si, encima, es el hombre del que me estoy colgando, con el que me hacía ilusiones y con el que no me importaría empezar una relación, pues creo que mi reacción puede ser hasta normal y todo.

—Antía, espera. —Su mano frena mi huida.

—No me toques —le pido, soltándome de su agarre y levanto las manos para que se aleje.

Es posible que exagere, pero aparte del tema sexual, lo que más me duele es que no le haya dado la menor importancia a nuestros encuentros y charlas. No era necesario ir pregonándolo, pero yo me he abierto a él, sabe cosas de mi vida que no suelo explicar, y por respeto a nuestros encuentros, no habría estado de más que me explicara ese pequeño detalle de su vida sexual. Va a ser que no siempre acierto con las personas. Sus profundas miradas, mientras me toca, o su forma de hablarme cuando estamos a solas me han engañado. He llegado a creer que Lucas también empezaba a sentir algo por mí. ¡Qué equivocada estaba!

—Carola, ¿crees que podría quedarme en tu sofá esta noche? —le pregunto, al verla asomarse detrás de Lucas.

—De eso nada. Tú te vienes a casa conmigo.

—Ahora mismo no me apetece irme contigo a ningún lado. Me ha quedado claro que «estoy de paso». Pero, después de la intimidad que hemos tenido, creo que me merecía, por lo menos, una explicación.

—Chicos, este no es lugar para hablar del tema —nos pide Damián.

—Mi piso está cerca y tengo habitaciones de sobra.

—Gracias, Carola.

No intercambiamos más palabras, y Lucas en ningún momento intenta convencerme de volver a su casa. Mejor, necesito asimilar toda la información.

Al llegar al piso de Carola, me enseña las diferentes habitaciones y dónde encontrar el baño. Ahora mismo, esta chica menuda, con unos impresionantes ojos verdes, de piel clara y el pelo corto por encima de los hombros, acaba de convertirse en mi persona preferida en el mundo. Nada más vernos hemos congeniado a la perfección.

Me quedo delante de la puerta que va a ser mi habitación, Lucas está frente a mí. Nos miramos, yo con la esperanza de que diga algo, a modo de disculpa, que pueda aliviar un poco mi dolor en el pecho. Él... no sé lo que espera. Cuando se cierra de esa manera, no soy capaz de interpretar qué siente, sus ojos no transmiten absolutamente nada. Mi frustración crece y una lágrima desciende por mi cara cuando Carola vuelve a aparecer con un pijama en la mano.

—Te presto un pijama. Espero que te sirva y puedas descansar cómoda.

—Gracias, Carola.

Entro en la habitación y, tras cerrar la puerta, resbalo por ella hasta quedar sentada en el

suelo. Este es el momento en que permito a mis lágrimas descender por mi cara, ya no las retengo.

—¡Mierda! —Se oye en el exterior, seguido de un puñetazo en la pared. Después pasos, a Damián llamar a Lucas y un portazo que acaba de hacer añicos mi corazón.

Doy media vuelta en la cama. Me duelen los ojos de lo poco que he dormido y de las lágrimas derramadas. La claridad entra por la ventana, la persiana no está bajada del todo, así que puedo observar los pocos muebles que tiene, comparada con la habitación de la casa de Lucas, estos son más actuales. Una mesita, un armario, un sillón... y alguien sentado en él.

Me incorporo de un salto al darme cuenta de que no estoy sola en la habitación.

—Buenos días —me saluda la voz ronca de Lucas.

—¿Qué haces aquí? —le reclamo sin saludar.

—¡Vaya! Eres de las que tiene mal despertar.

—Sobre todo cuando, por culpa de algún gilipollas, no he dormido demasiado bien.

Hace un gesto raro con la cara que no sabría identificar si, con mis palabras, siente arrepentimiento o dolor.

Se levanta del sillón y se sienta a mi lado en la cama. Apoya los codos en sus rodillas y entrelaza las manos. Gira la cabeza y me mira, no sé el tiempo que pasamos así, seguramente son segundos, hasta que deja caer la cabeza de nuevo.

—Lo siento, Antía, de verdad que lo siento —se disculpa.

—¿Qué sientes, en realidad?

—Que mis palabras te hayan hecho daño. —Suspira antes de seguir hablando—. La primera vez que te vi, supe que eras una mujer especial. Eres todo lo opuesto a lo que me rodea. Me aportas la serenidad, la calma y las risas que hace tiempo había perdido. Pero esta es mi vida. No puedo permitirme flaquear, no quiero involucrarte en mi mundo y arrastrarte a las sombras.

—¿No has pensado que podría ser al revés? ¿Que seas tú el que salga de las sombras y disfrute de la serenidad, la calma y las risas?

Lucas vuelve a levantar la cabeza y fijar su mirada en mí. Sonríe con tristeza. Coge una de mis manos y se la lleva a los labios para besarla.

—Arrastro muchas mierdas. He cometido demasiados errores por los que tengo que pagar. Te aseguro que, si mi vida fuera otra, no te dejaría escapar.

Acerca su frente a la mía, enmarca mi cara con sus manos y me besa, suave, dulce...

—Habla conmigo, Lucas —le pido—, explícame qué es lo que no te permite avanzar.

—No puedo, Antía. —Se separa de mí para coger distancia—. No me pidas eso.

—Por lo menos, dime que ayer no fuiste al Scusa.

Se levanta de la cama y no necesito saber más. La posición de su cuerpo me confirma que la respuesta es la que yo no quiero oír.

—Creo que lo mejor es que vuelvas a España, que regreses a tu casa, con tu familia.

Me limpio la cara con rabia. No se merece ni una lágrima más. Que se quede aquí con sus mierdas.

—No te preocupes, recogeré mis cosas y me iré en el primer vuelo que pueda.

—Ahora estás enfadada y sé que no lo entiendes, pero esto es lo mejor para los dos.

—Lo único que tengo claro es que eres un cobarde. Si no eres capaz de afrontar tus miedos, lo serás toda tu vida.

—Te espero afuera.

Esa es la única respuesta que obtengo por su parte. No me habla en el trayecto a casa, ni durante los días que tardo en encontrar un vuelo de vuelta a casa. Casi no nos hemos visto, me ha esquivado en todo momento.

Lo más duro es despedirme de Ada. Es un cielo de mujer. Ha estado a mi lado durante estos días. No sé si su hijo le ha explicado algo, pero sé que está enfadada con él. Es ella la que me ha acercado al aeropuerto por petición de Lucas que, aunque es sábado, tenía una reunión importante a la que acudir.

—Siento tanto que tengas que marcharte de esta manera, cielo.

—Ada, no te preocupes. Ha sido un placer conocerte. Gracias por tu hospitalidad. Espero que algún día decidas visitarnos y puedas disfrutar de mi casa.

—Seguro que sí. Aunque el idiota de mi hijo no me lleve, te prometo que, cuando menos te los esperes, voy a hacerte una visita. —Me sonrío.

No volvemos a hablar de Lucas, ni tampoco de su marido, del cual no he tenido ocasión de despedirme, aunque tampoco me ha importado. Cuando se aproxima el momento de embarcar, nos damos un fuerte abrazo y me marcho sin mirar atrás, pero con el corazón roto.

El vuelo se hace largo, demasiado tiempo para pensar. El único consuelo lo tengo al aterrizar y salir por las puertas automáticas. Sus brazos me arropan y me dan el calor que necesito para seguir con mi vida.

—¡Chissst, Pocahontas! Seguiremos adelante como siempre. Somos Ulloa —me calma mi hermano.

No sabe qué ha pasado, aunque mis lágrimas le demuestran que no estoy bien. Pero ahí está Roi, consolándome, y lo echaba mucho de menos.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Ver a mi hermana con esa tristeza en la mirada me rompe el corazón. Si ahora mismo tuviera delante al Lucas ese, le partiría las piernas por hacerle daño. No sé qué ha pasado entre ellos, Antía no me ha querido contar nada, pero tenía la esperanza de que ese hombre pudiese aportar algo de luz a mi hermana. Su mirada, la vez que la pillé al salir de la habitación de él, me hizo imaginar que Lucas podría ser la persona que ayudara a Antía a descargarse de tanta responsabilidad y a disfrutar de la vida. Se merece encontrar a alguien que la haga feliz, que consiga que ella viva su vida y no esté tan pendiente de nosotros. Parece que ese no va a ser Lucas; la semana en Italia no ha servido de mucho en este caso.

Si a alguien le ha ido bien tener a Antía lejos ha sido a mí. No me malinterpretéis, adoro que mi hermana esté a mi lado, la quiero con locura, pero la facilidad de que ella haga todo, incluso la parte que me correspondería a mí, hasta ahora, ya me estaba bien y no me he dado cuenta de todo el peso que ella soporta hasta que se ha alejado y yo, por fuerza mayor, he tenido que coger el mando que había olvidado después de perder a Ester. He tenido que reaccionar a la fuerza y, aunque ni de lejos me parezco al Roi que fui antes del accidente, sé que estoy en el buen camino. Un camino que va a ser muy largo, con muchos obstáculos que sortear, pero ahora sé que es el correcto.

Un pequeño clic ha conseguido que todo a mi alrededor cambie. Ahora disfruto más de mis pequeñas y eso se nota en ellas, pues están mucho más contentas. Puedo sentarme, al atardecer, con mi padre y unas cervezas para charlar de nada en concreto. Su forma de dirigirse a mí también ha cambiado, ahora está más relajado y, cada vez que pienso en todo lo que ha sufrido estos años por ver a su hijo tan perdido o verme llegar de madrugada en un estado deplorable, hace que me avergüence de mí mismo. Por Dios, ¿qué hubiera pensado Ester si me hubiera visto así? Seguro que se sentiría muy desilusionada.

—¡Hola, papá de Martina! —saluda alguien a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

He venido al pueblo a hacer unos encargos que me ha pedido Sara. El calor que hace este verano acompaña a pararse un rato en alguna terraza con algo fresco que beber. Y aquí estoy yo,

con una cerveza y el diario deportivo.

—¡Hola, Gina! —respondo a la logopeda de Martina—. Mi nombre es Roi.

—Disculpa, Roi, no soy muy buena para los nombres —se excusa con una gran sonrisa—. ¿Crees que podría sentarme aquí a tomarme algo? Está todo abarrotado, y si no me refresco, creo que acabaré desmayándome.

Asiento con la cabeza. No tengo problema en compartir mesa con ella, igualmente estoy a punto de acabar mi bebida y marcharme.

Gina debe de ser, más o menos, de la edad de mi hermana. Normalmente no suelo fijarme tanto en las mujeres, pero con ella no sé explicar qué me pasa. Puedo decir que su pelo castaño le llega hasta la mitad de la espalda, aunque hoy lo lleva recogido en una coleta alta. Sus ojos oscuros son achinados, lo que demuestra que parte de sus genes, posiblemente, no sean españoles. Su piel es morena, y hoy, al llevar una camiseta sin mangas, puedo observar un tatuaje en la zona del omóplato. Es algo más bajita que yo y bien proporcionada, pero lo que más me llama la atención de ella es que siempre sonríe y es la sonrisa más bonita que he visto en mucho tiempo. Es difícil no fijarse en los tres lunares que adornan la parte izquierda de su boca.

—Nadie me dijo que en este pueblo hacía tanto calor cuando acepté la plaza.

—¿Vienes de muy lejos? —le pregunto para saciar mi curiosidad.

—De Santander. Es una ciudad preciosa. ¿Has estado allí alguna vez?

—No. Las circunstancias me han llevado a viajar muy poco.

—Pues seguro que te gustaría, y a las niñas también...

Me pierdo en su charla, en la emoción que le pone a sus palabras; en las arrugas que le salen a los lados de la cara de tanto sonreír; en sus ojos brillantes y curiosos, que navegan en los míos; en cómo separa la camiseta de su cuerpo para tratar de darse aire, y puedo ver parte del encaje de su sujetador. Intento desviar la mirada en varias ocasiones para que mi entrepierna se relaje y no me avergüence delante de ella. Hace tiempo que mi cuerpo no tenía esta reacción sin tener en la mente el objetivo del sexo. Tengo que salir de aquí lo antes posible.

Me levanto apresurado, cortando su conversación, y mi pie tropieza con la pata de la mesa, haciendo caer las bebidas que hay encima. Gina me mira con curiosidad, seguro que piensa que estoy chalado, pero no puedo quedarme aquí, tan cerca de ella, tal y como reacciona mi cuerpo a su presencia. Esto se merece un análisis exhaustivo.

—Disculpa. Acabo de recordar que tengo que comprar algo. —Una triste excusa que seguro no va a creer—. Ha sido un placer. Espero que nos volvamos a ver otro día. Bueno, a decir verdad, nos veremos el martes, con Martina. Esto...

Su mirada es curiosa y su sonrisa no desaparece, lo que complica bastante mi huida. En otras circunstancias, no me lo hubiera pensado y ahora mismo la besaría, que es justo lo que el cuerpo me pide. Pero es la logopeda de Martina y esto no está bien... Así que, con un escueto adiós, salgo de la terraza y voy calle abajo hasta mi coche.

—De puta madre, Roi, lo haces todo de puta madre —me reclamo a mí mismo, una vez sentado en el coche.

Necesito hablar de esto con alguien, pero me doy cuenta de que no tengo con quien. La persona que más me conocía y con la que hablaba de todo era Ester. Mi Ester. No le puedo hacer esto, no puedo pensar en otra mujer. Tengo la sensación de que estoy haciendo algo malo, aunque ella ya no esté, aunque me haya dejado aquí solo con la mitad de mi corazón.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Llevo unos cuantos días que no me aguanto ni yo. Estoy insoportable. Los trabajadores me esquivan cuando me ven llegar. Mi madre casi ni me habla y Fabiola está enfadada conmigo por parecer un cavernícola, según ella. El único que resiste como un campeón es Damián, ya que a Idara y Carlo no los he vuelto a ver desde la cena. Damián es un gran amigo, siempre lo he sabido, pero ahora incluso soporta, por mi culpa, las broncas de Carola por apoyarme.

Mi problema: Antía. Esa mujer ha desmontado mi vida; una que llevaba a mi manera, puede que no fuera la mejor, pero no tenía ni la mitad de las complicaciones que tengo ahora. Me cuesta concentrarme en los negocios, no me apetece ir de fiesta, ni disfrutar del sexo, lo que me lleva a estar desesperado. No por falta de alivio, ya que mi mano trabaja bastante últimamente, sino porque era una manera de olvidar por un rato mis mierdas, mis culpas. Ahora no me queda ni eso. Las pesadillas han vuelto, así como las discusiones con mi padre. Desde que Antía se fue, todo va mal.

—Vas a acabar descolgando el saco del techo —me comenta Damián.

Aporrear el saco de boxeo es la nueva manera que he encontrado para aliviar mi rabia y mi frustración. Todas las tardes voy al gimnasio hasta acabar agotado.

—¿Carola te ha vuelto a echar de su casa? —me burlo de él con la respiración agitada por el esfuerzo.

—Muy gracioso. Parece que todavía no te has desahogado lo suficiente.

Ignoro sus palabras y continúo castigando el saco. Me arden los brazos y mis músculos están cansados, necesito agotarme para poder dormir algo. Veo que mi amigo se va directo a la cinta de correr, así que aprovecho para golpear una media hora más.

Cuando ya no me quedan fuerzas, decido acabar y me voy directo a la ducha. El agua descende por mi cuerpo; es un alivio y me ayuda a relajar los músculos. Me estoy secando cuando Damián aparece en el vestuario.

—¡Vaya! Hoy no te has cansado demasiado.

—He quedado con Carola para cenar y más me vale no llegar tarde. ¿Tú que vas a hacer? —pregunta preocupado.

—Me iré a casa. Voy a aprovechar para echarle un ojo a las cifras de las bodegas Ulloa.

—Por cierto, sobre ese tema, esta tarde te he enviado un *e-mail*. He repasado los ficheros que nos enviaron y hay algunas cosas que no me cuadran. Te las he marcado en rojo.

Asiento con la cabeza para que sepa que las revisaré. Noto que todavía me mira. Sé que espera la pregunta que le hago cada día para obtener información, como un drogadicto que espera su dosis.

—Venga, pregunta, sé que te mueres de ganas. —Sonríe de medio lado, orgulloso de saber que me conoce bien y ha acertado.

Carola y Antía están en contacto. Se entendieron bien, y lo poco que Damián consigue sacarle a su chica es lo que suelo saber yo.

—No me jodas, Damián. Si sabes algo de ella, dímelo, y si no, no me vaciles —le reclamo enfadado.

—Vale, pero primero haz el favor de vestirte. No me apetece hablar contigo si estás en pelotas. Mientras, me voy a la ducha. —Gruño en respuesta por hacerse rogar y me visto a toda prisa.

Sale de la ducha y se viste con calma, sacándome de quicio.

—¿Me vas a decir de una puñetera vez qué sabes? —Chasquea la lengua para hacerme saber que le incomoda mi presión.

—Sé que está bien. —Se calla y sigue con la tarea de vestirse.

En serio, ¿eso es lo único que me va a decir? Cierro la taquilla con tanta fuerza que casi desmonto el resto. Me cuelgo la mochila cruzada, que he sacado antes de cerrar, y me doy la vuelta para salir de los vestuarios.

—Vamos, Lucas. —Oigo reclamar a mi amigo—. ¿Qué quieres oír? ¿Qué está deshecha y llora por las esquinas?

No le hago caso y sigo mi camino al exterior para recuperar mi coche e irme a casa. Me monto y, al encenderlo, mi lista de música se conecta, *Someone You Loved*, de Lewis Capaldi empieza a sonar. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el asiento. Recuerdo cómo me sonreía o cuando se sentó a horcajadas sobre mí y repasó con sus dedos mis tatuajes. También recuerdo la decepción de su mirada cuando no le desmentí que había estado en el Scusa. Es verdad, fui hasta allí, como un niño mimado que, como está cabreado, hace lo que no debe. «No te gusta, pues ahora lo hago para enfadarte más». Lo que no le dije a ella es que no pasé de la barra. Ni la idea de ver a Carlo con Idara y unirme a la fiesta consiguió excitarme. Cuando me di cuenta de lo jodido que estaba y que, realmente, no era allí donde quería estar, volví a casa de Carola y me pasé casi toda la noche viendo cómo dormía.

Sumergido en papeles, así me encuentra mi madre al entrar en el despacho. No sé el rato que llevo revisando los documentos de las bodegas Ulloa. Como bien decía Damián, hay números que no cuadran y movimientos raros que me gustaría aclarar.

—¿Molesto? —me pregunta.

—Tú no molestas nunca, mamá. —Se sienta en la silla que hay enfrente—. ¿Va todo bien?

—Va como siempre. —Aparto los papeles y le presto la atención que se merece.

Hace días que no se dirigía a mí, así que no quiero perder la oportunidad de que se le pase el enfado conmigo. Supongo que se imagina qué ha pasado, pero, a no ser que Antía le haya

explicado alguna cosa, que debido a la intimidad del tema dudaría, no sabe el motivo de nuestro distanciamiento.

—¿Qué pasa, mamá? —le pregunto.

—Eso me gustaría saber a mí, Lucas. —Frunzo el ceño para que sepa que no la entiendo—. Nunca me meto en vuestras cosas. Intento no juzgaros por vuestras decisiones y me mantengo en la distancia por si necesitáis mi apoyo. Pero ahora no puedo más. No soporto ver esa tristeza en tu mirada. Ese desánimo que últimamente llevas encima. Estoy cansada de oír, más a menudo de lo normal, las discusiones con tu padre. Necesito saber qué te pasa, cariño.

Sé que estoy de muy mal humor y bastante irascible, pero no imaginaba que se me notaba tanto. Hasta yo estoy sorprendido por no poder controlarme como hago siempre. Parece que Antía se ha metido más hondo de lo que imaginaba. Tengo la sensación de que cuando ella está cerca todo es más fácil. Intento ser un Lucas distinto, uno mejor. Mi vida tiene otro sentido, tengo un objetivo para esforzarme, superarme y eso me sienta bien.

Me levanto de la silla y me siento en la que está junto a mi madre. Busco sus manos y las arropo con las mías. No se lo suelo decir en muchas ocasiones, solo espero que sepa que la quiero con locura.

—¿Qué puedo decirte que tú ya no sepas? —Beso sus manos y la miro con media sonrisa—. Tienes un hijo que es bastante idiota. Que tiene la costumbre de meter la pata y siempre estropea las cosas.

—No digas eso, cariño. Eres un gran hombre con un enorme corazón. Solo necesitas superar lo ocurrido, darte cuenta de que las cosas que han pasado no han sido culpa tuya. Seguir adelante y derrumbar ese muro que has construido. ¿Piensas que yo no me he culpado en muchas ocasiones por la muerte de Matteo? Millones de veces he creído que podría haber hecho las cosas mucho mejor con él. Me pregunto, casi cada noche, qué hice mal para que mi hijo acabara siendo un adicto. Pero la vida ha venido así y yo estoy aquí y tengo que seguir. La suerte es que puedo escoger cómo y me niego a hundirme. Tengo muchos motivos para intentar hacer las cosas bien.

Las lágrimas descienden por mis mejillas al asimilar las palabras de mi madre. Nunca, desde que falleció mi hermano, habíamos hablado del tema. Fui yo el que no quería recordar, demasiado dolor. Pensaba que, si no se hablaba de él o de su muerte, sería más fácil de llevar. Todo este tiempo he sido un egoísta al pensar que era el único que se sentía culpable, sin pensar en que yo perdí un hermano, pero mis padres perdieron un hijo.

—¡Duele tanto, mamá! —Me derrumbo.

—Lo sé, mi vida. Sé que duele mucho. Pero hay que seguir. Tenemos que recordar las cosas bonitas que compartimos con Matteo. No quiero seguir escondiendo sus fotos, Lucas. Él también era mi hijo. —Me besa en la cabeza y seca mis lágrimas con sus manos.

—Te quiero, mamá. Gracias por estar ahí siempre que te necesito. —La estrecho entre mis brazos, nunca había necesitado tanto el abrazo de mi madre.

—Yo también te quiero, cariño. —Besa mi mejilla y me sonrío—. Y ahora, ¿me vas a explicar qué ha pasado con Antía?

Bufo.

—No sé si me apetece hablar de ese tema ahora.

—Está bien. No pienso presionarte. Cuando estés preparado, aquí estaré para escucharte. Solo quiero que sepas que esa muchacha me gusta mucho. Estoy convencida de que, si te gusta tanto como pienso, vale la pena luchar por ella. —Me guiña un ojo, se levanta y sale del despacho.

Una vez me encuentro solo, acabo de limpiar mi cara de las lágrimas derramadas e intento asimilar todas las cosas que ha dicho mi madre. Es una gran mujer. A lo mejor va siendo hora de que le haga caso, mire hacia adelante y luche por ser feliz.



CAPÍTULO CUARENTA

Hace diez días que volví de Italia. Tenía morriña. He echado en falta correr por el bosque por las mañanas y a Apolo. Desde que regresé, no he conseguido quitármelo de encima. Mi amigo perruno también me ha echado de menos.

En Italia no estuve mal, me gustaba hablar con Ada y poder ver a Lucas cada día. Conocer al hombre que hay oculto debajo de sus sombras. Sé que debo olvidarlo, supe desde el primer día que no debía acercarme a él, pero ¿cómo consigue uno controlar su corazón?

La verdad es que en casa me han apoyado mucho. Aunque al final aceptamos su oferta, casi no se habla de Lucas. El día que llegué, mi padre me abrazó fuerte, dándome el consuelo que tanto necesitaba, pero en ningún momento me preguntó qué había pasado. Mi hermano tampoco pregunta, pero como lo conozco tan bien sé que, si se tropieza con Lucas, sería capaz de arrearle unos puñetazos, aunque él saliera perdiendo, solo para defenderme. No les gusta verme tan triste ni desanimada, pero supongo que necesito tiempo para sobreponerme. Me había hecho ilusiones, para qué voy a mentir. Creía haber visto en él, en el Lucas que paseaba conmigo por sus bodegas o los pueblos de alrededor, contándome historias, a un hombre diferente, cariñoso, cercano, relajado y con sentido del humor. El hombre que podía rellenar mi corazón. Supongo que solo era un sueño tonto.

—¡Hola, nenita! —me sorprende doña Sabela. Por favor, esta mujer, un día de estos, me matará de un susto—. Parece que vas algo despistada.

—Doña Sabela, no se ría de mí, ¿quiere? Y si puede ser, no sea tan sigilosa, que casi me da un ataque.

—Eso te pasa por tener la mente en otro lado. ¿Estás más animada? —me pregunta.

Estos días me ha pillado en varias ocasiones con las lágrimas en los ojos y, aunque no le tuve que explicar nada, esta mujer lo sabe todo, intentó consolarme con esas palabras de apoyo que yo nunca entiendo: «los mapas del destino nos marcan el camino y nuestro objetivo final; el tuyo está marcado por muchos dibujos y no vas a poder huir de ellos», esas fueron sus palabras.

—Ya estoy mejor, no se preocupe por mí, doña Sabela. Ahora que estoy en casa, en mi ambiente, me siento bien.

—Mientes muy mal, nenita —me dice—. Las heridas del corazón cuestan de curar, a veces no lo hacen nunca y te pasa como a mí, que te quedas sola el resto de tu vida.

Un deje de tristeza se apodera de su voz al decirme esas palabras. Me acerco a ella y la abrazo. En estos momentos, me doy cuenta de que, aunque por doña Sabela parece que no pasan los años, ella también se hace mayor y se vuelve más sensible. Es una mujer rara, muchos vecinos incluso la rehúyen, pero a mí siempre me ha tratado con mucho cariño, siempre me ha apoyado en los malos tragos. Todavía recuerdo la primera vez que se sentó a mi lado. Fue el día del funeral de mi madre. Me escapé al bosque y, después de estar un rato llorando, apareció a mi lado. Tenía quince años y sus palabras de consuelo me ayudaron, poco a poco, a reponerme. «Eres muy joven y todavía te quedan muchos palos que recibir en la vida, momentos que harán que tu corazón se parta por la mitad u otros que consigan que brinque de amor y emoción. Cada uno aporta alguna experiencia, lo único que hay que hacer es guardarlas todas, buenas y malas, para que cuando llegue tu momento, puedas unir las y descubrir que la vida vale la pena».

—Sabe que yo la quiero mucho, ¿verdad? —Beso su mejilla y, aunque se hace la remolona, sé que le gustan mucho mis muestras de cariño.

—Anda, anda... que ya nos estamos poniendo tontitas. —Me empuja para alejarme y que no vea sus ojos brillar—. Entra, que tengo una enorme lista de la compra para que me traigas del pueblo.

—Ya veo que solo me quiere por conveniencia —le reclamo, haciéndome la enfadada.

—Sabes que sí. ¿Por qué otro motivo iba a quererte? —Coge un papel de la mesa y me lo entrega con el dinero. Le prometo que se lo traeré lo antes posible y me despido de ella. Cuando voy a salir por la puerta, me llama—: ¡Nenita! Volverá a buscarte, estoy segura. Es demasiado guapo para ser tan tonto y dejarte escapar.

Le sonrío. Ojalá tuviera razón. Nunca he sido mucho de creer en los cuentos de hadas y pensar que, algún día, un príncipe azul vendría a buscarme. Pero, aunque me encantaría sentir que alguien me quiere tanto como para venir a buscarme, estoy convencida de que Lucas no es de esa clase de hombre.

Como siempre, me voy a retrasar. Es increíble que no sea capaz de organizarme para ser más puntual. En la terraza del restaurante ya veo a mis amigos. Hemos quedado para cenar. La mayor sorpresa es que esta vez mi hermano se ha unido a nosotros. Estoy encantada de poder ver cómo Roi se esfuerza y resurge poco a poco.

—¡Lo sé, lo sé! Llego tarde —me avanzo a sus quejas. Somos el centro de atención por culpa de sus aplausos. Yo me inclino, haciéndoles una reverencia.

—¡Ya era hora, bonita!

—Solo han pasado quince minutos, Gemita. —Mi amiga responde enseñándome su dedo corazón.

Pedimos la cena entre risas y chismes varios. Tenía ganas de volver a sentirme relajada y poder compartir estos momentos con mi gente. No puedo negar que, durante la cena, en varias ocasiones, Lucas ha regresado a mi mente. Pero hoy no quiero ponerme triste y hago esos pensamientos a un lado. Total, posiblemente, él se lo esté pasando genial con sus amiguitos en el Scusa.

Estoy sentada entre Anxo y mi hermano. Por un momento, el cambio de actitud de Roi llama

mi atención. Está nervioso. Me preocupa que los recuerdos vuelvan a él y retroceda en sus esfuerzos.

—Roi, ¿estás bien? —le pregunto. Pongo mi mano en su brazo para llamar su atención, que está perdida en la puerta del restaurante.

—¿Qué? —pregunta, centrándose en mí.

—¿Que si estás...?

—Hola, papá de Martina —saluda una chica a mi hermano con una inmensa sonrisa. Nunca imaginé que se pudiera sonreír tan bonito.

Roi se incorpora para saludarla, pero tropieza con la pata de la mesa y tira varias copas. Gema y yo nos miramos, interrogándonos. ¿Qué está pasando con mi hermano?

—Hola, Gina. —Mi hermano se acerca para darle dos besos.

¿De qué me suena su nombre? Intento hacer memoria y cuando pienso en cómo llamó a Roi caigo en que esta Gina debe de ser la logopeda de Martina. Ellos siguen hablando. Mi hermano tiene cara de bobo y ella no deja de sonreír. Aunque nos íbamos a conocer mañana, que es el día de sesión con Martina, no pienso desaprovechar la ocasión para presentarme, así que me acerco a ellos. Cuando mi hermano se da cuenta de mi presencia nos presenta:

—Gina, ella es Antía, mi hermana.

A la chica le cambia la cara y me sonrío más, si eso es posible.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dice, después de darme dos besos—. Martina me habla mucho de ti.

—Mi pequeña es un cielo. Su corta vida no ha sido muy fácil, que digamos, pero es una chica fuerte y con la ayuda de todos va a ser muy feliz.

Abraza a mi hermano por la cintura y él deja un beso en mi frente. Sé que es consciente del esfuerzo de todos con su pequeña.

—No me cabe duda de que Martina conseguirá todo lo que se proponga y trabajaremos duro para que ello ocurra.

—Ha sido un placer conocerte, Gina. Seguramente nos veamos mañana.

—Igualmente. Pues hasta mañana, entonces.

Me alejo después de despedirme para dejarles intimidad. Me gusta esta chica. Por mucho que mi hermano lo niegue, que lo hará, algo ha vuelto a latir en su interior. Lo demuestra el brillo de sus ojos al mirarla o cómo le sonrío, tímido.

Vemos que se despiden de nuevo con dos besos y Roi regresa a la mesa.

—¿Qué ha sido eso Roi? —le pregunta Gema curiosa.

Mi hermano pone los ojos en blanco al oír su pregunta.

—Es la logopeda de Martina.

—¿Solo? —insiste mi amiga.

—Gema, cariño... —la increpa Felipe. A veces a mi amiga le cuesta frenar su curiosidad.

Mi hermano nos mira uno a uno. Supongo que se ha dado cuenta de que ha creado interés entre nosotros.

—Yo no voy a comer postre, así que me voy a casa. —Se levanta y, sin hacer caso a nuestros ruegos y llamadas, se va enfadado.

—Joder, Gema. Tienes que aprender a controlarte. Roi necesita su tiempo. Se está esforzando y todos hemos visto que esa chica parece importante para él. Cuando esté preparado, ya nos explicará si pasa algo entre ellos o no —le explica Felipe.

—No era mi intención que se enfadara. Lo siento.

Con el ambiente un poco enrarecido, acabamos de cenar y nos vamos a un *pub* cercano. Bailamos y nos tomamos unas cuantas copas. Sobre las cuatro, decidimos volver a casa. Mañana hay que trabajar, y tanto Gema como yo ya vamos un poco perjudicadas.

Me subo en el coche de Anxo para que me lleve a casa. Desde que regresé de Italia, ha intentado acercarse a mí y volver a ser el de siempre. A mí me encantaría recuperar nuestra relación de amistad, la que hemos tenido siempre, sin sexo, claro, pero creo que va a ser muy complicado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy bien. No voy tan mal, solo un poco perjudicada.

Me sonrío y frena delante del portón de la casona. Abro la puerta y me bajo. Anxo hace lo mismo para despedirse.

—Me alegro de que estés de vuelta y verte sonreír nuevamente.

—Solo echaba de menos a mi gente.

—Te dije que ese hombre te haría daño.

—Anxo, no tengo ganas de hablar de eso.

—Es que no puedo entender que no veas lo que yo te quiero. Yo nunca te haría daño.

Me doy cuenta de que, durante nuestra conversación, Anxo se ha acercado cada vez más, y ahora estoy atrapada entre el coche y él.

—Anxo, no hagas esto. Sabes que eres muy importante para mí, pero... —Pone sus dedos en mis labios para que no siga hablando.

—Me estoy volviendo loco sin poder tocarte, besarte y saborearte como tantas veces he hecho. Se me retuerce el estómago solo de pensar que el italiano te haya puesto una mano encima, que haya podido disfrutar de lo que yo he disfrutado. —Su aliento rebota en mi cara y mi cuerpo se estremece. Tengo ganas de vomitar, no sé si por su cercanía o por el exceso de alcohol.

—Me estas asustando. —Nunca he visto así a Anxo.

—Yo nunca te haría daño —me replica con tono de enfado.

Cuando quiero reaccionar y alejarme de él, ya es demasiado tarde. Mis reflejos son lentos, debido al alcohol, y noto sus labios devorar a los míos. Su lengua presiona para acceder a mi boca y sus brazos agarran fuerte a los míos. Me resisto, no quiero que me bese. Él no es Lucas. Me retuerzo y consigo empujarlo para que se separe.

—¡Eres un mentiroso! —le chillo rabiosa—. Acabas de destrozar-me.

¡Qué les pasa a los hombres! Estoy tan decepcionada, sobre todo con Anxo. Nunca imaginé que pudiera hacer algo así.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Trabajo, gimnasio, casa y dormir. Esa es mi rutina desde que Antía se marchó. Incluso mi padre me mira raro cuando me ve paseando por casa a horas que, normalmente, estaría con mis amigos. No he vuelto a hablar con Carlo ni con Idara, aunque recibo el montón de mensajes que me envían cada día. Solo mantengo contacto con Damián, obligado por los negocios, pues desde que se negó a seguir dándome información sobre Antía, nuestra relación se ha enfriado bastante. Así lo he decidido yo. Sé que no estoy siendo justo con él, pero en este momento es lo que hay.

He pasado de las pesadillas por el accidente de mi hermano a soñar con Antía, todas las noches. En unas, la veo sonreír o bailar; en otras, disfruto de su cuerpo, recuerdo sus suaves pechos o sus duros pezones cuando los saboreo con mi lengua y cómo se retuerce cuando alcanza el orgasmo o cómo me pone que repase mis tatuajes con sus dedos. Así que, cada mañana, me levanto con una importante erección, más de lo normal.

También he pasado gran parte de mi tiempo analizando la contabilidad de las bodegas Ulloa. Hay gastos importantes y movimientos bastante raros que me gustaría comentar; el problema es que no tengo ni idea de cómo voy a ser recibido, pero tengo que hablar con ellos lo antes posible. Se supone que mi aportación económica es para salir del pozo y seguir creciendo, pero eso no será posible si no aclaramos algunos puntos. Descarto hablar con Roi, me pongo en su lugar y como hermano que soy, si alguien lastimara a mi hermana, sería capaz de cualquier cosa. Con Antía no quiero hablar porque no tengo ni idea de qué le diría y seguro que no hablaríamos de negocios. Así que mi opción más clara es hablar con el cabeza de familia, el señor Manuel Ulloa. Me pareció un hombre sensato y estoy casi seguro de que sabrá no mezclar los negocios con los temas personales.

Busco en la documentación el número de teléfono de la casona y decido probar suerte. Uno, dos, tres tonos después...

—¡Hola! —me saluda una voz dulce al otro lado.

—¡Hola, Lía! ¿Está tu abuelo?

—¿Quién eres y cómo sabes mi nombre? —me interroga la pequeña. Me hace sonreír, es pura energía.

—Soy Lucas. Hace unos días estuve por vuestra casa. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Ah, eres tú! —responde desganada. Parece que tengo otra enemiga en la casa de los Ulloa.

—*Lía, ¿quién es, cariño?* —Oigo que su abuelo le pregunta.

—Es Maui, abuelo. —¿Quién ha dicho que soy?

—No conozco a nadie que se llame así.

—¡Ay, abuelo, no te enteras! —La oigo bufar como si estuviera perdiendo la paciencia—. Ese que es del país de la *pizza*, que le gusta pintarse el cuerpo y ha hecho llorar a la tita.

Se me encoge el corazón al oír sus palabras.

—*Anda, Campanilla, ve a buscar a tu hermana y lavaos las manos para comer.*

—Vale —le responde a su abuelo—. Que sepas que eres muy guapo, pero ya no molas tanto como antes. Hasta que no lo arregles, no pienso volver a ser tu amiga.

No me da tiempo a contestarle cuando ya ha desaparecido de la línea.

—Buenos días, señor Mancini. Disculpe a mi nieta, ya sabe que es un pequeño torbellino. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, señor Ulloa. —No se me escapa que, aunque su tono es cortés, ya no me habla con la familiaridad que lo hizo en su día—. Por favor, me puede llamar Lucas.

—Usted y yo, a partir de ahora, solo vamos a hablar de las bodegas. Si me llama para algo que no sean negocios, no pierda su tiempo conmigo.

—Sé que no he hecho las cosas bien y, si quiero arreglarlas, tengo claro que con quien debo hablar es con su hija. Mi llamada está relacionada con las bodegas.

—Lo escucho, entonces.

—Me gustaría saber quién lleva la parte contable. Hemos revisado la documentación y necesito hacer algunas consultas.

—Antes la llevaba un vecino del pueblo. Ahora la lleva su hija, Maica. Nuestras familias se conocen de toda la vida. Es gente de confianza. ¿Tengo que preocuparme por algo?

—No debe preocuparse. Simplemente, es para poder aclarar unos conceptos que no entendemos. Es probable que haya diferencias de interpretación entre países.

—Puede llamar al teléfono de las bodegas y preguntar por ella. Seguro que Maica no tiene ningún problema en hablar con usted.

—En unos días viajaré a España. Le prometí a mi madre unas vacaciones y me pidió ir a Galicia. Ella es de allí y tiene ganas de volver a ver a su familia. Aprovecharé para pasar por las bodegas y reunirme con Maica.

—Está bien. Si necesitas alguna habitación para quedarte aquí unos días, solo tienes que avisarme. —Su tono ya es más cordial, no está tan a la defensiva y ya no me trata de usted.

—No queremos molestar. Sé que ya no soy muy bien recibido en su casa. Su nieta me lo ha dejado claro. —Oigo que se ríe.

—¿No me digas que te asusta mi nieta?

—La que más. —Suelta una carcajada y yo me río con él.

—Sí, la verdad es que Campanilla va a ser un peligro cuando sea mayor.

—Tiene una gran familia, señor Ulloa.

—Lo sé. Pero volviendo a las bodegas, te agradecería que me avisaras cuando vayas a venir. No quiero sorpresas.

—Yo lo aviso. Muchas gracias, señor Ulloa. Estamos en contacto.

—Perfecto, un saludo.

Va a ser complicado volver allí y salir ileso. Todos me esperan preparados para la batalla.

Aunque, de todas formas, sin ella ya me encuentro roto.

—Lucas, tienes visita —dice mi madre al abrir la puerta del despacho.

—Gracias, Ada —agradece la visita.

—¿Carola? Qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? ¿Ha pasado algo? —pregunto sorprendido por la visita de la novia de Damián. Es la primera vez que ella viene a mi casa.

—Sí. Ha pasado que tengo un nuevo amigo gilipollas.

Arqueo mis cejas, asombrado por su respuesta. No me lo esperaba, pensaba que no teníamos tanta confianza, hace poco que nos conocemos. Por detrás, a medida que se cierra la puerta, oímos a mi madre reírse. Pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que parece que todas las mujeres que me rodean piensan lo mismo.

—¡Vaya! ¿Has venido a mi casa a insultarme? Porque, de ser así, ya te puedes volver.

—Vale, perdona. Creo que he entrado muy fuerte. Espera que salgo y empiezo de nuevo.

Veo que abre la puerta y sale para volver a entrar con una enorme sonrisa. Cuanto más tiempo paso con Carola, soy más consciente de por qué Damián se ha enamorado de ella. Está un poco loca y no tiene pelos en la lengua, pero te encandila con sus charlas y sus aventuras. Además, es una de las mujeres más positivas que he conocido y eso hace que estés muy a gusto a su lado.

—¡Buenas tardes, Lucas! ¿Crees que podrías dedicarme un ratito, ya que he venido hasta aquí? Espero que me digas que sí, porque si no tendré que romper mi bonita relación con tu amigo. Me va a volver loca. Se ha transformado en un ogro. Está todo el día de mal humor. Así que, por el bien de todos, espero que me escuches —me suelta todo el sermón de tirada, casi sin respirar.

—Bueno, pues parece que ya te puedes ir. —Sonríe ante su cara de asombro—. Ya has dicho todo lo que tenías que decir, ¿no?

—¿Ves como eres un gilipollas? Y no, todavía no he acabado.

Me levanto para darle dos besos y aprovecho para sentarme en una de las sillas que hay delante de la mesa.

—Siéntate, anda. ¿O piensas seguir insultándome de pie?

Esta vez es ella la que sonrío y se sienta frente a mí.

—Por cierto, estas hecho un asco. Pareces un oso panda con esas ojeras.

—Hace unos días que no duermo muy bien —le confieso.

—Bueno, no voy a negar que me alegro. Últimamente no te has portado demasiado bien con la gente que te quiere y te apoya. Parece que tu conciencia coincide conmigo.

—Eso parece. ¿Vas a seguir clavándome el cuchillo?

—Depende de ti. Si entras en razón con facilidad, acabaré rápido con tu sufrimiento. —Me mira y me guiña un ojo.

—Venga, pues empieza.

—Necesito... no, te suplico que hagas las paces con Damián. Mi pobre chico se va a volver loco con tus desplantes. Sabes perfectamente que él, en ningún momento, se negó a darte la información que solicitabas. Yo lo presioné, Lucas. No me parece justo que Damián tenga que contarte las conversaciones que yo tengo con Antía. Son conversaciones privadas. Si quieres saber algo de ella, solo tienes que enviarle un mensaje.

—Vale, tienes razón. Me he comportado como un niño. Llamaré a Damián para quedar con él y pedirle perdón. Aunque no lo parezca, a mí tampoco me gusta estar enfadado con él. Y sobre

Antía, no creo que sea tan fácil.

—¿Te has disculpado con ella?

—Sabes que no.

—Es que los hombres, a veces, sois muy cómodos. —Resopla vencida—. Si, de verdad, esa chica te importa, ¡haz algo! El que no se ha portado bien eres tú. El que tiene que intentar arreglar las cosas eres tú.

—Joder, Carola. Tú lo ves todo muy fácil. No tengo ni idea de por dónde empezar. —Me levanto de la silla, inquieto—. Lo único que tengo claro es que la echo de menos. Me gusta el Lucas que soy a su lado. Mis problemas parecen menores cuando la miro. Es la primera vez que tengo ganas de compartir mi vida con una mujer.

—Caray, chico. ¡Tú estás muy pillado!

—Eso, tú búrlate de mí.

Carola se levanta y se pone frente a mí. Coloca una mano en mi hombro, para llamar mi atención. La miro y me sonrío. Cabeceo, negando.

—Estoy muy jodido, ¿verdad?

—Un poquito, sí —me contesta y me enseña la medida con sus dedos—. Pero, si te soy sincera, creo que no está todo perdido.

—¿Eso crees? —Mi cara se ilumina por la posible esperanza, mientras Carola asiente con la cabeza.

—Lo primero que tienes que hacer es disculparte. Inténtalo hasta que lo consigas. Si tanto te importa, no te rindas. Después, ya veremos cómo seguimos.

—Gracias, Carola. Eres una gran mujer.

—No te creas, solo lo he hecho por mi bien. Yo también quiero recuperar al Damián que conocí. Antía es una gran chica, y ahora mi amiga, así que mi movimiento has sido totalmente egoísta.

Los dos nos reímos por su comentario y después de abrazarla para agradecerle de nuevo su ayuda, la acompaño a la salida. Quedamos en hablar un día para ir a tomar algo, se monta en su coche y la veo alejarse.

Ahora hay que ponerse en acción. Primero llamaré a Damián para disculparme y después... Bueno, la parte de Antía la tengo que meditar con más calma.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Es raro llegar a casa, después de salir a correr, y encontrarme a todo el mundo despierto en la casona. Al entrar en la cocina, veo a Sara, Lía y Martina con la encimera central llena de harina y masa. Mi padre está sentado con su café y escucha las charlas de las chicas. Ellos todavía no me han visto y, como Apolo se ha quedado a la fresca y no ha entrado en casa, aprovecho para disfrutar de mi gente.

—Yo voy a hacer galletas con forma de estrella —comenta Lía, mientras coge el molde.

—Pues yo quiero el corazón —responde Martina.

Sonrío al mirarlas, no pueden ser más diferentes.

—Abuelo, ¿le has dicho a la tita que ha llamado Maui?

—¿Quién? —le pregunta mi padre a Lía.

Ya os he comentado que la pequeña tiene devoción por las películas de dibujos y parece que tenemos un personaje nuevo en la familia. Intento hacer memoria para saber a qué dibujos pertenece Maui y así entender de quién habla, pero ahora mismo no lo recuerdo.

—Abuelo, tienes que modernizarte —le contesta resuelta—, te lo dije ayer.

—El Maui ese... ¿de qué película es? No me suena de nada —pregunta Sara, interrumpiendo a Lía.

—De *Vaiana*, mi peli favorita en el mundo mundial —responde la pequeña, mientras levanta los brazos—. Maui es el que ayuda a Vaiana a salvar su aldea. Está súper fuerte y tiene el cuerpo lleno de dibujos.

Mi corazón empieza a latir más rápido al entender que la descripción que ha hecho Lía encaja con Lucas. ¿Lucas ha llamado? ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

—Buenos días, Antía —me saluda Sara, al percatarse de mi presencia.

—Buenos días. —Miro a mi padre, que entiende que he escuchado la conversación y se ha puesto nervioso.

—¡Hola, tita! ¿Quieres quedarte a hacer galletas con nosotras? —me pregunta Lía.

—Primero, tengo que ducharme, cielo. ¿De qué hablabais?

—Bueno, yo tengo que irme ya. He quedado con Roi y voy a llegar tarde —se excusa mi

padre.

—Papá, ¿no tienes nada que contarme? —lo presiono.

—Después, cariño, después...

Lo vemos desaparecer. Me quedo nerviosa y con ganas de saber qué han hablado Lucas y mi padre. Me cabrea que no sea capaz de llamarme a mí. Cada día que pasa, soy más consciente de lo poco que le he importado. Parece que he malinterpretado sus bonitas palabras o esa mirada profunda que me regalaba en ocasiones. La culpa es mía, sin duda. He querido crearme mi propio cuento y mi mente me ha traicionado al imaginar cosas que no son.

—No te pongas triste, tita. Ya le he dicho yo que ya no molaba tanto y que ya no quiero ser su amiga —me dice Lía, abrazándome por la cadera. A estas pequeñas no se les escapa nada.

Me pongo a reír solo de imaginarme lo que Campanilla le ha podido soltar a Lucas por teléfono.

—Muchas gracias por defenderme. Sois las mejores sobrinas del mundo —contesto. Martina corre a nuestro lado y se une al abrazo.

—Venga, niñas, dejad a vuestra tía que se duche y seguimos con las galletas —les pide Sara y me guiña un ojo con complicidad.

Las pequeñas corren a su antigua posición y continúan con las galletas como si nada. Lo que daría yo por, en algunos momentos, volver a ser niña y no tener las preocupaciones que nos generamos de adultos.

Cojo el cuenco de Apolo, lo relleno de agua fresca y lo dejo en el exterior. Al entrar, mi mirada se cruza con la de Sara, que me sonrío. A mi cabeza regresan los recuerdos de la otra noche con Anxo; lo poco respetuoso que fue su hijo conmigo. Nunca me imaginé que él pudiera llegar al extremo de esa manera. Bajo mi mirada para que no pueda ver cómo mis ojos se inundan de tristeza y las lágrimas que pugnan por salir. Decido que es momento de ir a la ducha e intentar que el agua arrastre mis dolores de cabeza. Lo malo es que nunca funciona.

Levanto mi mano para saludar a Gema, que entra por la puerta de la cafetería donde hemos quedado. Al localizarme, sonrío y se acerca a la mesa que ocupo.

La inquietud de saber que Lucas se había puesto en contacto con mi padre, me hizo llamarla. Necesito a mi amiga, necesito hablar con alguien que me ayude a aclarar mis ideas y pensamientos. Unos días después de volver, Gema se puso seria y me exigió que le contara qué había pasado en Italia. No me quedó otra opción y, para ser sincera, me fue genial poder explicarle a alguien cómo me sentía. Sé que es un tema muy personal de Lucas, pero yo estoy en medio. No me cabe duda de que mi amiga no va a decir nada, e incluso, para mi sorpresa, no le pareció extraña la actividad sexual de Lucas. «Fliparías al saber en qué mundo se mueve la gente con pasta; además, el sexo solo es eso, sexo. Cada uno es libre de disfrutar como le dé la gana, siempre que prime el respeto y todo sea consentido», fueron sus palabras al preguntarle por qué no se había escandalizado al explicarle las visitas de Lucas al Scusa.

—¡Hola, Pocahontas! Madre mía, qué cara tienes. —Me saluda con dos besos y se sienta frente a mí.

Llevo unos días más sensible de lo normal y me cuesta dormir. Desde la noche que Anxo me trajo a casa, vivo inquieta y bajo el estrés constante de intentar no tropezarme con él. No por miedo, no creo que vuelva a atreverse a hacer algo parecido, sino por la decepción. Este hombre

ha destruido nuestra amistad, ya nada será lo mismo. Entre eso y Lucas... voy como un fantasma por la vida.

—Muchas gracias por tu sinceridad. —Le hago una mueca con mi cara.

—Soy tu amiga, siempre voy a decirte la verdad, te guste o no. A ver, empieza a desatascar esa cabecita tuya.

—Lucas ha llamado —le suelto la bomba.

—¿Has hablado con él? —me pregunta con esperanza.

Gema piensa que soy una tonta. Que si realmente estoy tan colgada por Lucas como parece, tendría que hablar con él, dejarle que se explicara y aclarar las cosas.

—No. Llamó para hablar con mi padre. Me he enterado por cotilla.

Le explico cómo han sido las cosas y cómo mi padre me huye para no decirme qué le ha explicado Lucas.

—Me gustaría ver la cara que se le quedó al italiano con la bronca de Lía. —Nos reímos las dos al imaginarlo—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? Él no quiere saber nada de mí y yo no pienso rebajarme. Con un poco de suerte, no tengo que volver a verlo y el tiempo me ayudará a olvidar.

—Está bien. Dejaremos que el tiempo decida. Si Lucas es tu hombre, os volveréis a encontrar, no puedes escapar del destino.

—Ya te pareces a doña Sabela con sus deseos y el destino.

—Algo más joven soy.

No puedo evitar reírme con Gema, aunque la alegría no me llegue a los ojos. Nos quedamos un rato en silencio, bebiendo los refrescos que hemos pedido hasta que ella lo rompe y vuelve a hablar:

—¿Me vas a contar qué más te preocupa? —pregunta, mirándome para que no se me ocurra escapar.

Hace muchos años que nos conocemos y, tanto ella conmigo como yo con ella, al mirarnos, sabemos que algo nos pasa.

—Anxo.

—¿Qué pasa con él? —Frunce el ceño en señal de duda.

Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas que no quiero soltar, no en una cafetería llena de gente. Gema se levanta y se sienta en la otra silla que está más cercana a mí. Coge mis manos y las aprieta para darme ánimos.

—El día de la cena me besó. —Noto su duda, no entiende mi preocupación. No sería la primera vez que nos besamos—. Le pedí que no lo hiciera. Sus celos lo cegaron.

A Gema le cambia la cara al entender que esta vez no es como las anteriores. Esta vez no fue consentido, sino robado.

—Te juro que, como lo vea, me lo cargo —gruñe mi amiga, mientras aprieta los puños—. Pero ¿este tío es tonto o qué coño le pasa?

—Estoy tan decepcionada, Gema. No me esperaba esto de Anxo. Llevamos toda la vida siendo amigos. ¿Por qué tiene que comportarse así?

—Supongo que como, hasta ahora, no ha habido nadie que se interpusiera entre vosotros, Anxo estaba tranquilo. Siempre te ha esperado. Ahora, con Lucas, se ve amenazado. Igualmente, eso no es motivo para actuar como lo ha hecho.

En ese momento suena la melodía de mi teléfono. He recibido un mensaje. Lo desbloqueo y mi cara cambia al ver quién me lo envía. Al ver mi sorpresa, Gema me pregunta si ha pasado algo

y le enseño el mensaje:

Lucas Lo siento.

—No sé qué narices les pasa a los hombres. Creo que nunca los voy a entender. O a mí me han tocado todos los raros... o el mundo está jodido.

Gema se ríe por mi comentario y me abraza con cariño. Su fuerza y su amistad consiguen reforzarme. Sé que nunca estaré sola, que siempre tendré su consejo. Siempre tendré una amiga.

—Bueno, la voluntad es buena, aunque el muchacho no sea muy hablador. Iremos paso a paso. Ya sabes mi opinión, creo que Lucas se merece una oportunidad, aunque sea para explicarse. Y sobre Anxo...

—Gema, no estoy preparada para enfrentarme a ninguno de los dos. Necesito tiempo.

—Lo sé, cielo. Deja que todo siga su curso. Lo que tenga que ser...

—Será —le contesto, sonriendo—. Ahora solo viviré el momento.

No contesto el mensaje de Lucas y tampoco volvemos a tocar el tema de Anxo. Pasamos el resto de la tarde entre risas y recuerdos, así consigo mantener mi mente distraída.



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Cuatro días llevo enviándole mensajes, disculpándome, sin obtener respuesta alguna. Estoy empezando a darme por vencido. Entiendo que un «lo siento» no es muy explícito y que, a lo mejor, tendría que esforzarme más en mi texto, pero esto de las palabras no se me da muy bien. Soy un hombre más de actuar. Me queda la esperanza de que, por lo menos, no me ha bloqueado.

Bufo, desesperado, mientras miro mi teléfono. Gesto que llama la atención de Damián y Carola. El sábado pasado, después de la charla que vino a darme Carola, llamé a mi amigo para disculparme por mi actitud. Menos mal que no tuve que suplicarle mucho, pero sí aguantar sus burlas; según él, ahora parezco más humano y algo empieza a latir en mi pecho. Gilipollices.

—¿Se puede saber por qué llevas toda la tarde bufando, que pareces un toro? —me pregunta Carola.

—Solo a mí se me ocurre hacerte caso. —Me mira y levanta las cejas, interrogativa—. Me siento un imbécil mientras envío mensajes y nadie me responde. Esto no funciona, Carola.

—Un poquito sí lo eres... —dice en tono bajo. La miro mal, para hacerle saber que la he oído y que no se pase.

—Carola, cielo. No seas mala —le reprocha Damián.

—Vale, lo siento. ¿Me perdonas? —me pide, poniendo cara de pena. Es tan payasa que es difícil no hacerlo.

—Madre mía, no entiendo cómo mi amigo te aguanta.

—Porque soy todo amor. ¿A que sí, cariño? —le pregunta a Damián, acercándose para darle un beso en los labios—. Además de una máquina en la cama.

Suelto una carcajada por lo descarada que es esta mujer. Tiene la asombrosa facilidad de dejarnos siempre sin palabras. Damián pone los ojos en blanco, pero no puede evitar reírse por el comentario.

—Estás loca, mujer. —La acerca a su cuerpo y la devora sin miramientos.

Y ahí estoy yo, frente a ellos, mientras observo cómo comparten su amor y muriéndome de envidia. Cómo me gustaría poder compartir estos momentos con Antía, poder ser yo el que la bese cuando me apetezca. Le saco una foto a mis amigos y la adjunto en un mensaje.

Lucas

Te echo de menos. Y estos dos no me lo ponen nada fácil.

Bloqueo mi teléfono y lo dejo en la mesa, sabiendo que su respuesta no va a llegar.

—¿Váis a dejar de besaros o me largo a mi casa?

—Qué mala es la envidia —se burla Carola.

—Pues sí, mira, llevo unos cuantos días de sequía, así que un poco de respeto.

Una vez consiguen separarse, me cuentan los planes que tienen para las vacaciones. Se van dentro de unos días a Irlanda. Mientras me explican las rutas que tienen previstas, mi teléfono emite el sonido de recepción de un mensaje. Mi esperanza de que pueda ser Antía hace que levante el aparato para comprobarlo.

Antía

Yo también te echo de menos.

Mi cara se ilumina con una sonrisa. Esto es un gran paso. No esperaba que fuese a contestar. Por un momento, pienso en tardar en responder. Como ha hecho ella todos estos días, pero ahora que hemos dado un gran paso, no me gustaría volver al inicio.

Lucas

Sé que todavía sigues enfadada conmigo, pero necesito que me dejes explicártelo.

Antía

No estoy enfadada, estoy dolida.

Lucas

Si te llamo, ¿me cogerás el teléfono?

Antía

Creo que aún no estoy preparada para escucharte.

Lucas

Escribir no se me da muy bien, pero, si quieres, te envío un correo.

Antía

Ni se te ocurra. Quiero oírte, pero todavía no. Tienes que darme unos días.

Lucas

Esperaré lo que haga falta. Tú mandas. Cuando estés

preparada me avisas.

Antía

Ok. Gracias.

Espero poder hablar con ella antes de ir a España con mi madre, que será en unos días.

—Lucas, ¿me oyes? —se queja Damián.

—¿Decías algo? —le pregunto.

—Joder, tío. Estás peor de lo que pensaba. ¿Con quién hablas, que estás tan despistado?

—¿No me digas que te ha contestado Antía? —pregunta Carola con cara de emoción. Asiento —. ¿Todo bien?

—Necesita tiempo. Pero ha accedido a hablar conmigo.

—¡Eso es genial! Por lo menos, podrás explicarte.

—Sí, ya es un paso. —Le quito importancia al tema para no hacerme ilusiones—. ¿Qué me decías? —le pregunto a Damián.

—¿Qué si has hablado con Carlo e Idara?

—No he hablado con ellos desde la cena. Creo que su actitud no fue correcta y no me apetece discutir. No echo de menos esas noches, al contrario, me siento mejor.

—Lucas, con Carlo hemos sido amigos desde siempre. Que hables con él y hagas las paces no significa que tengas que volver a compartir las noches. Nosotros seguimos siendo amigos, hemos ido a tomar algo juntos y, después, cada uno a su casa.

—Parece que llevar a Carola, por primera vez, a una fiesta tan importante, no te salió bien —le digo a mi amigo para meterme con él.

—No era la primera vez que iba a una fiesta parecida, listo. Pero si la primera que iba con Damián. Antes era sexo, diversión. Ahora no es lo mismo, con mi chico tengo suficiente y parece que ha conseguido robarme el corazón, así que no pienso compartirlo con nadie. —Mi amigo sonríe con orgullo—. ¿Qué pasaría si Antía te dijera que quiere probar? ¿Serías capaz de ver cómo otro hombre la posee?

—Creo que me volvería loco —me sincero.

—Pues eso es el amor, amigo.

Pienso en las palabras de Carola. Es cierto que, hasta ahora, no ha habido ninguna mujer especial. Así que no me importaba que disfrutaran con otros hombres. En cambio, solo pensar en que alguien pueda tocar el cuerpo de Antía, besarla o adorarla como lo hago yo, me pone de una mala leche increíble. ¿Será amor?

He seguido el consejo de Damián y he quedado con Carlo para hablar. No quiero estar a malas con él; hemos compartido muchos momentos, tanto divertidos como duros. No me gustaría que acabáramos nuestra relación de esta manera. No sé si llegará a entenderme. Supongo que si, algún día, Carlo llega a enamorarse, entenderá mejor cómo me siento.

—¡Dichosos los ojos! —apunta, cuando me siento a su lado.

—Lo siento. He estado liado.

—¿Vamos a andar con gilipolleces? ¿O me vas a explicar qué coño te pasa? Ya sabes que yo no me entero nunca de nada, pero Idara me ha dicho que te has colado por la española.

—¿Y si así fuera?

Nos quedamos en silencio, mirándonos, mientras un camarero se ha acercado a nuestra mesa para coger nota. Le pedimos dos cervezas y cuando se va, Carlo sigue la charla:

—¡Vamos, no me jodas! El gran Lucas enamorado de una tía. —Se echa a reír como si le hubiera contado un chiste—. ¿Lo dices en serio o me estás tomando el pelo?

—No sé si enamorado es la palabra adecuada, pero sí que quiero conocerla más. Me gusta, me hace sentir especial. Consigue que, por momentos, me olvide de las mierdas de mi vida. Estoy a gusto a su lado. —Doy un sorbo a mi cerveza, mientras espero su reacción.

—¡Vaya! No sé qué decirte. De Damián me lo esperaba, siempre tuve claro que encontraría a una mujer y se enamoraría, pero ¿de ti? Nunca lo hubiera dicho.

—Te aseguro que yo no lo he buscado, simplemente ha pasado.

—Bueno, pues parece que he perdido a mi compañero de batallas. —Se encoge de hombros, resignado—. ¿Por qué ella? Digo, es preciosa, no me malinterpretes, pero han pasado muchas mujeres por nuestras noches y algunas más impresionantes que la española.

—¿El destino? No tengo ni idea, Carlo. Lo que sí tengo claro es que no solo es una cuestión física. Es todo lo que me transmite con la mirada. Cómo late mi corazón al verla, cuando me toca con sus manos. Lo bien que me siento si la abrazo o me hace reír. Lo triste que estoy lejos de ella y lo mal que me siento cuando le hago daño con mis actos.

—Estás bien jodido, amigo. —Me palmea el hombro, consolándome, y se ríe—. Que no vuelvas a querer compartir tus noches conmigo no significa que no podamos vernos como antes. Quedar para tomar algo o hacer nuestros duelos de baloncesto. —Asiento. A mí tampoco me gustaría perder la amistad de Carlo—. ¿Qué te parece si llamamos a Damián y quedamos para cenar?

—Por mí, bien.

En media hora, estamos los tres sentados en un bar, cenando. Volvemos a compartir risas como antes. Aunque no me apetezca acabar la noche como muchas otras veces, echaba de menos a mis amigos.

Salimos de cenar y nos vamos a un *pub* que está cerca. Allí nos encontramos con varios conocidos con los que compartimos varias rondas. Al girarme para pedir bebidas de nuevo, noto que unas manos se cuelan por debajo de mi camiseta hasta alcanzar mis pectorales. Las freno antes de que sigan. Llevo muchos días sin sexo y uno no es de piedra. Me giro para ver de quién son las manos que se han tomado esa libertad. Es Idara. Le sonrío, sé que con ella hay confianza, y aunque antes no me importaba que me tocara, ahora me molesta.

—¡Qué sorpresa! —me susurra al oído. Con los tacones que lleva casi es de mi altura.

—¿Cómo estás? —le pregunto, acercándome a ella para que me oiga por encima de la música.

—Contenta de verte. —No me da tiempo a reaccionar que ya tengo sus labios pegados a los míos.

La aparto con delicadeza, pero mi mirada lo dice todo.

—No vuelvas a besarme —le reclamo.

—¡Vaya! Al final parece que he ganado la apuesta. Nuestro Lucas se ha enamorado. —No me gusta el tono de voz que emplea—. Menuda, la española, ha sabido escoger bien.

—Deja a Antía fuera de todo esto, Idara. La decisión es mía y el que no tiene ganas de seguir con nuestras sesiones soy yo.

—Te vas a acabar arrepintiendo y volverás a mí. No creo que ella pueda darte todo lo que

necesitas. —Pasa su dedo por mis labios para sacar parte de su maquillaje.

Me retiro hacia atrás para que no vuelva a tocarme. Niego con la cabeza y me doy por vencido. No pienso discutir con ella, no voy a malgastar un segundo más de mi tiempo con sus paranoias.

Me acerco a mis amigos y les digo que me voy a casa. La noche, para mí, ya ha terminado.



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Estoy nervioso, no sé por qué Gina quiere hablar conmigo. Espero que las cosas con Martina no vayan mal. Yo la veo contenta y todos coincidimos en que progresa muy bien. Cada vez se le entiende mejor cuando habla.

—Roi Ulloa.

Me levanto temeroso y me dirijo al despacho de Gina. Aparte de encontrarme nervioso por lo que me pueda decir de Martina, también me inquieta estar a solas con ella. No sé cómo actuar, me pongo tenso y me vuelvo patoso. Estoy convencido de que piensa que soy medio tonto.

—Buenas tardes, Roi —me saluda con su habitual sonrisa.

—Buenas tardes.

—Pasa, por favor, y siéntate. Espero ser breve y no quitarte mucho tiempo.

Hago lo que me pide. Mientras coge unos papeles, me seco las manos en el pantalón, me sudan a causa de los nervios. En vez de sentarse detrás de su mesa, se sienta en la silla que hay a mi lado. Eso no me tranquiliza, todavía me tensa más. De la otra manera, por lo menos, había la mesa de barrera y podía controlar mejor las ganas que tengo de dibujar con mis dedos esa enorme sonrisa que siempre tiene.

—Te ofrecería algo de beber, pero solo tengo agua —se excusa.

—Estoy bien, no te preocupes, pero muchas gracias.

—Genial. Pues entonces te comento el motivo de que te haya pedido que vinieras. Llevamos poco trabajando con Martina, pero es una niña maravillosa, que se esfuerza mucho para conseguir los objetivos. Creo que ya se puede observar algún cambio y es debido a su tenacidad; hasta que no consigue lo que quiere, no para. La veo contenta, con ganas de avanzar y por eso mi reunión contigo. —Hace una breve parada y su semblante cambia a uno más serio—. ¿Habéis pensado en ponerle el otro implante? Creo que ahora es el momento ideal. Sería muy positivo para ella y progresaría más rápido.

—Lo íbamos a hacer poco después del primero. Pero pasó lo del accidente de Ester, su madre, y no tuvimos cabeza para muchas cosas.

—Comprendo. Yo creo que ahora sería un buen momento para reactivar el tema. Podéis contar con mi ayuda para organizar todo lo que necesitéis. —Vuelve a recuperar esa sonrisa que me pierdes.

—¿No te cansas de sonreír? —le pregunto. Soy un descarado, lo sé.

—Enfrentarme a las cosas con una sonrisa me hace más fuerte. En mi vida, he podido llevar mejor los problemas si sonrío. Se ve la vida de otra manera. Deberías probarlo. —No puedo evitar sonreírle—. Ves, así se te ve más guapo de lo que eres.

Noto el momento en que es consciente de sus palabras porque sus mejillas se tiñen de rojo.

—¡Vaya! —Es lo único que sale de mi boca.

—Lo siento. Ese comentario ha estado fuera de lugar. Que no significa que no lo piense, pero estamos en mi consulta y... —Me mira y nota cómo intento ocultar una sonrisa que asoma de nuevo—. ¡Uf! Creo que no lo estoy arreglando, ¿verdad?

Niego con la cabeza. El nuevo rumbo de la charla ha conseguido relajarme y que la que ahora esté nerviosa sea Gina. Hace tiempo que no sentía este aleteo en el corazón. Esa sensación de pellizco que se siente cuando alguien te gusta y empieza un flirteo que nunca sabes en qué va a acabar. Gina se levanta de la silla. Es la primera vez que la noto inquieta, e incluso ha perdido la sonrisa.

—Gina —la llamo para conseguir su atención. No me gusta verla así.

—Lo siento, de verdad. Esto es muy poco profesional por mi parte. No quiero que pienses que piropeo a todos los padres que vienen. Olvida lo que he dicho.

—¿Entonces no piensas que soy guapo? —le pregunto, lanzándome a la piscina; a lo mejor no hay agua, pero, oye, por intentarlo no pasa nada.

Me levanto y me coloco enfrente de ella. Me mira extrañada mientras asimila mi pregunta. Está intranquila, la delata la forma en que se saca y se pone el anillo de su mano derecha. Freno su movimiento con mis manos. Nuestras miradas se cruzan y algo ocurre. No puedo decir qué es; posiblemente sea la tensión que se ha generado a nuestro alrededor. Es una sensación que no había sentido desde que conocí a Ester.

—¿Lo notas? —le pregunto. Ella asiente con la cabeza—. Esto no puede ser malo. Hace mucho que no sentía esta energía que se produce cuando estamos cerca.

Veo cómo traga saliva. Yo alterno mi mirada entre sus ojos y su boca. ¡Madre mía! No sé si hago lo correcto, pero no puedo resistir más las ganas que tengo de besarla. Así que me voy acercando a ella, dándole espacio por si quiere retroceder. Cosa que no parece que vaya a ocurrir, ya que Gina ha cerrado los ojos a la espera del contacto. Cuando estoy a punto de juntar nuestros labios, unos toques en la puerta rompen el íntimo momento que habíamos creado. Me aparto con rapidez. Ella carraspea y da paso a la persona que ha llamado. Es su secretaria.

¡Joder! No sé qué narices estoy haciendo. No creo que esto esté bien, pero es que no soy capaz de evitarlo. Me paso las manos por la cara para ver si consigo centrarme, hasta que me doy cuenta de que deberían estar en los bolsillos de mi pantalón, para así poder esconder mi erección.

La puerta se cierra y nos volvemos a quedar solos. Ahora los dos estamos algo incómodos. Y, aunque parezca muy infantil, me hago el tonto y reinicio nuestra charla con el tema de Martina.

—Con relación al implante, voy a comentar el tema en casa con la familia. Tan pronto tenga una respuesta, te aviso. Muchas gracias por preocuparte. Ahora debo irme, se ha hecho tarde. —Me giro para salir, pero sus palabras me frenan.

—¿Eso es todo? ¿Vamos a hacer como que no ha pasado nada? —me pregunta. Su tono es de decepción.

—Como tú bien has dicho antes, este no es el lugar adecuado para hablar de este tema. Lo que sí te puedo asegurar es que te besaré y, el día que lo haga, es posible que no haya marcha atrás.

Su preciosa cara vuelve a recuperar su sonrisa, esa que consigue hacer latir mi corazón con más rapidez. Me despido de ella guiñándole un ojo y con la seguridad de que esta mujer conseguirá remover mi mundo de nuevo.

Al llegar a la casona y juntarme con mi padre y mi hermana, les comento la charla con Gina, en referencia a Martina, por supuesto. Decidimos reactivar el proceso para poner el implante coclear que le falta a mi pequeña.

De la otra charla no pienso decir nada hasta estar seguro de que puedo dar el paso que necesito. Nunca olvidaré a Ester, ella siempre estará presente en nuestras vidas, pero ya no va a volver y yo debo seguir. Necesito avanzar y por la manera en que se me encoge el estómago cada vez que la veo, o la manera en que su sonrisa consigue hacer saltar mi corazón, me hace pensar que estoy en el camino correcto, que la ilusión para empezar de nuevo puede ser Gina.



CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Llevamos cuatro días de locura. Desde que Roi nos comentó la conversación con Gina sobre empezar con los trámites para colocarle el implante que le falta a Martina, todos en casa nos hemos reactivado. Gracias a Gina, al día siguiente, tuvimos una consulta con el otorrinolaringólogo y han iniciado todas las pruebas necesarias para poder realizar la operación lo antes posible.

Ya es domingo y todavía no he podido conversar con mi padre para saber de qué habló con Lucas durante su llamada. Con él, he seguido con nuestras charlas por mensaje. Conversaciones tontas, saludos al comenzar el día o para desearnos buenas noches. Incluso le comenté lo contentos que estamos todos con el nuevo implante coclear de Martina.

Hoy todavía no hemos hablado. Le envié un mensaje esta mañana y no me ha contestado. Es curioso lo rápido que se acostumbra uno a las buenas cosas y cómo las puede echar de menos cuando faltan. Pensando en eso salgo al porche, mientras reviso mi teléfono por si me he despistado y realmente me ha escrito. Allí, sentada, me encuentro a una cabizbaja Martina.

—¡Hola, Mérida! —la saludo con su personaje de dibujos. Me sonrío tímida—. ¿Qué haces aquí solita?

—No estoy solita. Estoy con Apolo —me contesta, mientras señala a mi amigo perruno.

Me siento a su lado, la abrazo y le doy un beso en la cabeza.

—¿Hay algo que te preocupa? —Niega con la cabeza—. Sabes que a mí me puedes contar lo que quieras, ¿verdad?

No me contesta y se forma un silencio. No quiero presionarla, es muy pequeña, solo tiene cuatro años y medio y, si me pongo en su lugar, entiendo que es posible que esté asustada. Cuando le pusieron el primer implante, solo tenía dos años y medio; no creo que recuerde nada de aquella vez. Ahora ya es más consciente y todos hemos pululado a su alrededor sin tener en cuenta lo que ella pueda sentir. Para nosotros, como adultos, es una noticia fantástica que pueda llevar los dos implantes y, a la larga, seguro que podrá hacer una vida casi normal.

—¿Me va a hacer pupa? —me pregunta, rompiendo el silencio.

—No, pequeña. Estarás dormidita y no te enterarás de nada hasta que despiertes. Puede ser

que después, una vez despierta, te pique un poco la herida, pero nada más. Además, todos vamos a estar a tu lado para ayudarte en todo lo que necesites.

—¿Gina también podrá venir?

—Podemos preguntarle. Seguro que no le importa acompañarnos. Ella te quiere mucho, seguro que le gustaría que tú se lo pidieras.

Me sonrío satisfecha. La verdad es que Martina se ha entendido muy bien con Gina. Cuando las ves juntas, hay una especie de conexión especial y es un placer ver cómo sonrían todo el rato.

—¡Oye! ¿Qué te parece si avisamos a Lía y pasamos el día en la piscina?

—¡Guay! —chilla—. Voy a avisarla.

Se levanta y la veo correr al interior de la casona para avisar a su hermana. Es asombroso ver que los pequeños tienen esa capacidad de recuperación. Ojalá yo pudiera no darle más importancia a los problemas de la que tienen.

Aprovecho para enviarle un mensaje a Gema, a ver si se une a nuestra salida.

Antía

Loca, me voy a la piscina con las niñas. ¿Te apuntas?

Hace un calor del demonio. Yo no soy mucho de estirarme a tomar el sol, me agobio rápido y me da mucha rabia que me sude el canalillo. Las pequeñas no han salido del agua desde que hemos llegado, solo para comer unos bocadillos en el chiringuito.

—Esas niñas se van a quedar más arrugadas que unas pasas. No sé cómo no se cansan de estar metidas en el agua —me comenta Gema, que al final se ha animado a acompañarme.

Hemos conseguido coger una mesa para poder tomar algo y apurar lo que nos queda de tarde. Desde aquí se ve la piscina pequeña y podemos vigilarlas.

—Creo que les ha ido bien venir y desconectar un poco. Martina está harta de tener a tanto adulto a su alrededor, llevándola de un lado para el otro, está asustada por todo lo que viene, y Lía..., mi Campanilla, no dice nada, nunca se queja, pero sé que se siente un poco desplazada.

—Es normal, nena. Pero solo serán unos meses. Cuando todo vuelva a la normalidad y Martina oiga perfectamente, ya no se acordarán de estos momentos.

—Eso espero.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal con Lucas? ¿Habéis avanzado algo? —me pregunta curiosa.

—En eso estamos. Nos saludamos, no contamos curiosidades de nuestros días, pero nada más. Creo que todavía no estoy preparada para oír su voz. Quiero tener las cosas claras antes de que podamos hablar. Me inquieta dejarme llevar por lo que siento y no ser capaz de saber si estoy tomando la decisión correcta respecto a nosotros.

—Lo importante es que los dos tenéis ganas de arreglar el asunto. Después, que pase lo que tenga que pasar.

Le sonrío. Ya me gustaría a mí tener su positividad. Gema siempre ha sido mi *yang*. Somos muy distintas y, a la vez, no podemos vivir la una sin la otra. Ella es energía, diversión, el vaso siempre lleno. Yo, en cambio, soy responsabilidad, siempre centrada y tiendo a ver todo, casi siempre, bastante oscuro. Me cuesta hacer algo arriesgado, todo debe ir siempre organizado. Gema es aventura, riesgo y locura. Sus acciones impulsivas nos han llevado, en más de una ocasión, a tener algún que otro problema. En ese sentido, Felipe es más como yo, por eso se

llevan tan bien. La balanza se compensa.

Son casi las seis de la tarde, así que, aunque a regañadientes, conseguimos sacar a las niñas de la piscina y volver a casa. Nos despedimos de Gema, ella se queda en el pueblo. Estoy muy cansada, pero creo que no soy la única. Campanilla y Mérida se han quedado dormidas casi al arrancar el vehículo. *No se me quita*, de Maluma y Ricky Martin, nos acompaña en este momento en la radio. De inmediato, Lucas, besándome, viene a mi mente. Su recuerdo me hace más ameno el trayecto hasta casa.

Le envié un mensaje a mi hermano para que estuviera pendiente de nuestra llegada y que me ayude con las niñas, a ver si las conseguimos despertar. Al frenar frente a la casona, ya veo a Roi esperándome.

—Has conseguido agotar a las pequeñas, te mereces un premio —dice mi hermano, mientras besa mi mejilla, una vez he bajado del coche.

—¡Hay que saber, chaval!

Cuando intentamos despertar a Lía y Martina, oímos que un vehículo sube la cuesta de nuestra casa. Es un coche gris oscuro.

—¿Quién será? —pregunta mi hermano.

—No tengo ni idea. El coche no me suena de nada.

Mi padre ha salido y espera en la puerta como si él si supiera quién es la visita.

El vehículo pasa por nuestro lado y cuando los ojos de la persona que conduce se cruzan con los míos, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No puede ser él. ¡Esto no me puede pasar a mí!

El coche para, las puertas se abren, sí, las dos, y sus ocupantes salen. No tengo claro que mi corazón esté latiendo como debe, creo que incluso me falta el aire. Si todavía no tenía claro el poder oír su voz, menos todavía el verlo en persona. No creo que se pueda ser más guapo, por lo menos para mí, claro está. Cuando consigo centrarme un poco, me doy cuenta de que el otro pasajero es Ada, la madre de Lucas. Me prometió que vendría y aquí la tengo, solo que no esperaba que viniera con su hijo.

—¡No me lo puedo creer! —Oigo decir a mi hermano.

Menos mal que las niñas todavía siguen dormidas y no pueden ver la escena que tiene lugar a continuación. No me da tiempo a reaccionar cuando veo a Roi alejarse de mi coche para ir al encuentro de Lucas. El problema es que tanto su cara como su cuerpo nos hacen saber que no está muy contento con su visita. Todos contenemos la respiración y la imagen parece ralentizarse. Una vez mi hermano se pone frente a Lucas, no espera a que hable y le suelta un puñetazo en la cara.

—Esto por mi hermana —le informa.

—¡Roi! —chillo.

—Pero ¡¿qué haces, hijo?! —le grita mi padre.

Ada se lleva la mano a la boca, asombrada y preocupada a la vez. Lo curioso es que Lucas no se revuelve. Se lleva la mano a la cara para limpiar la sangre que sale del labio y mueve la mandíbula.

—Esta te la paso porque me la merezco —le dice a mi hermano—, pero no habrá otra sin que te la devuelva.

Mi hermano no le contesta, pero asiente con la cabeza. Ada corre al lado de su hijo para evaluar los daños. Mi padre se acerca a ellos y, solo con la mirada, manda alejarse a mi hermano.

Creo que le espera una buena bronca. Yo me he quedado congelada al lado del coche. No sé cómo reaccionar.

—Tita, ¿ya hemos llegado? —Oigo preguntar a Lía.

—Sí, cariño, ya estáis en casa. Vamos a cenar algo —le contesta mi hermano, que coge en brazos a Martina, aún dormida, y a Lía de la mano.

Vuelve a mirar a nuestros visitantes. Lucas ha presentado a su madre y mi padre, que algo le dice y me miran. Ada me saluda con la mano, le devuelvo el saludo, y se adentran en la casona. Nos hemos quedado solos. Me acerco a él, despacio.

—¡Menudo recibimiento! —me comenta Lucas, sonriendo para quitarle hierro al asunto.

—Lo siento.

Acerco mi mano a su cara para repasar la zona del labio y el pómulo. La piel de sus brazos se pone de gallina y veo que cierra los ojos, mientras disfruta con mi contacto. Podría engañarme, pero sería una tontería, estoy loca por este hombre y eso es un gran problema.



CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Me duele la mandíbula y el pómulo. Ya sabía que mi recibimiento no iba a ser bueno, pero nunca imaginé que Roi fuera a pegarme. Siempre me ha parecido un hombre recto y tranquilo, pero es su hermana y lo entiendo, yo hubiera hecho lo mismo e, incluso, no creo que hubiera sido tan benevolente.

La caricia de Antía me ha dejado más aturdido que el puñetazo de su hermano. Sabía que la echaba de menos, pero con su contacto me he dado cuenta de cuánto la necesito. Después de unos minutos, que he precisado para centrarme, Antía ha comentado que deberíamos entrar. El señor Ulloa y mi madre se encuentran en la cocina. Antía, antes de darme una bolsa con hielo, se ha fundido en un abrazo con mi madre. En Italia se entendieron muy bien y sé que mi madre le tiene mucho aprecio.

—Le explicaba a tu padre que lo poco que he visto de este lugar me parece precioso —le explica mi madre.

—Después damos una vuelta y te lo enseño con calma. ¿Dónde os vais a hospedar? —nos pregunta Antía.

Yo miro a su padre y este carraspea, lo que me hace entender que ella no sabía nada de nuestra visita y tampoco que nos vamos a quedar aquí.

—Tienen la habitación cuatro y cinco —contesta el señor Ulloa cauteloso.

—¿En serio, papá?

—Ay, hija, es que como nunca sé cómo vas a reaccionar.

—Tú y yo ya hablaremos más tarde —le reprende Antía—. Ada, ¿qué te parece si aprovechamos que todavía hay luz y te enseño los alrededores?

—Me parece perfecto. Lucas, hijo, ¿tú quieres venir?

—Yo prefiero quedarme aquí con el hielo un poco más.

Mi excusa sirve para relajar a Antía. Sé que todavía no está preparada para estar cerca de mí mucho tiempo. Yo, que ya la voy conociendo, lo sé por la posición de su cuerpo o las expresiones de su cara que, tras el comentario de mi madre, han cambiado por completo.

Nada más verlas salir de la casona, el señor Ulloa bufó y se relajó.

—La que me espera, muchacho —me explica resignado. Intento contener una carcajada por su reacción, pero lo consigo a medias—. Eso, tú riéte. Para empezar, ya te has llevado un regalo de mi hijo, y no creo que te libres de algún miembro más de mi familia.

Se me corta la risa y me quedo serio. Aparte de Antía, que no me lo va a poner nada fácil, posiblemente tenga que aguantar la bronca de una pequeña Campanilla. Ahora el que se ríe de mi reacción es él.

Iniciamos una charla donde el tema son las bodegas. Me explica los problemas que han tenido últimamente con las mangueras, y los dos coincidimos en que es posible que sea intencionado. Le comento los raros movimientos que hemos encontrado en la contabilidad y le expongo mi conclusión.

—No me lo puedo creer. Pero ¿estás seguro? Nunca lo hubiera pensado de Maica. Siempre ha sido una muchacha muy trabajadora y conocemos a su familia de toda la vida.

—Manuel, estos movimientos se vienen produciendo desde que ella maneja sus cuentas. Ahora deberíamos averiguar por qué actúa de esta manera.

—Nunca se ha llevado bien con mi hermana. Siempre le ha tenido mucha envidia. No sé muy bien el motivo, pero no me extrañaría que lo hiciera por venganza a algo —nos interrumpe Roi.

—Deberíamos acercarnos a ella y averiguar qué pasa. Buscar pruebas para, dado el caso, denunciarla y echarla de aquí para que no os siga perjudicando —les explico.

—Eso va a ser algo complicado. Si es verdad que hace ese tipo de movimientos es porque no es una chica tonta. Si ahora empieza a ver que nos acercamos a ella y le preguntamos, cosa que nunca hemos hecho, va a sospechar —cuestiona Manuel.

—Si alguien puede hacer algo, ahora mismo, es Lucas. A él no lo conoce y tampoco sabe que eres socio de las bodegas —comenta Roi, mirándome—. Estoy seguro de que, si te acercas a ella y le comentas algo de Antía, ella no desaprovechará la ocasión para desahogarse.

—¿Y qué se supone que le tengo que decir de tu hermana? Roi, uno de los motivos de venir aquí es arreglar las cosas con Antía, no crearme más problemas —le reclamo.

—Creo que nos lo debes.

—¿En serio? ¿Aportar dinero a las bodegas para que no se hundan y recibir tu puñetazo no es suficiente?

Roi se levanta de la silla donde se había sentado para encararme, y yo hago lo mismo. Esta vez no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Ni tu dinero ni el puñetazo compensan las lágrimas de mi hermana. No sé qué mierda pasó en Italia, pero la Antía que regresó era como un fantasma. Nosotros estuvimos aquí para ayudarla a seguir, así que no me jodas y, aunque nada compensará su sufrimiento de todos estos días, por lo menos, ayúdanos a limpiar las bodegas.

Sus palabras son como un cuchillo afilado directo a mi corazón. Me rompe el alma saber que le he hecho tanto daño, pero se lo voy a compensar. Lo juro por mi hermano.

—Chicos, por favor —nos avisa Manuel.

Se empiezan a oír las voces y las risas de Antía y mi madre que ya regresan de su paseo.

—Está bien. Me acercaré a Maica. Que conste que lo hago por tu hermana.

Roi asiente y se separa de mí justo cuando las mujeres entran en la cocina.

—¿Va todo bien? —pregunta Antía, al vernos a los tres en silencio.

—Todo bien, hermanita —le informa Roi—. Me voy, que he quedado para cenar en el pueblo. Las niñas están comiendo un sándwich y viendo la tele.

Le da un beso en la cabeza a su hermana y se despide de nosotros con un «nos vemos».

—¡Ay, Lucas! Esto es precioso —dice mi madre entusiasmada.

—Ya te lo dije. —Le sonrío—. Creo que es hora de coger las maletas e instalarnos.

Salimos al coche a buscar nuestras cosas y, en compañía de Antía, nos vamos a las habitaciones. Nos despedimos de ella hasta el día siguiente y quedo con mi madre en quince minutos para ir al pueblo a cenar.

Una vez me encuentro solo y analizo la conversación con los Ulloa, cojo conciencia de en qué lío me he metido.

Este olor a eucalipto y naturaleza me encanta. Correr por el bosque que rodea la casona es magnífico. Puedes encontrarte parte de viejas edificaciones de piedra abandonadas y cubiertas de vegetación, o piedras llenas de musgo. Hay algunos tramos que te envuelven como si estuvieras en un bosque de hadas. Os aseguro que es increíble.

Oigo las pisadas y la respiración de Apolo a lo lejos, así que decido esconderme, como ya hice una vez, detrás de un árbol. Me asomo en varias ocasiones para saber lo cerca que se encuentran. Ya diviso a Apolo por el camino, que olisquea todo a su paso. Decido no volver a asomarme para que no me pillen, y no pasan ni dos segundos que, por la parte opuesta a donde estoy, Apolo llega a mi altura y con un ladrido, aparte de asustarme porque no me lo esperaba, descubre mi posición. Oigo la risa de Antía al ver truncado mi plan de asustarla.

—¿No me digas que querías asustarme otra vez? —me pregunta como puede debido a la risa.

—Muy graciosa. Si no llega a ser por Apolo, te llevas otro susto. —Salgo de mi escondite y vuelvo al camino.

Pone los ojos en blanco, quitándole importancia. Es preciosa. Sus ojos color chocolate brillan y la coleta alta que lleva deja al descubierto ese cuello que me vuelve loco.

—¿Crees que podríamos tener un rato, donde nadie nos moleste, para hablar? —le pregunto. Necesito explicarme.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me dice cautelosa.

—No. Es temprano y mi madre todavía debe de estar dormida.

—Genial, pues vamos. —Arranca a andar por el camino, adentrándose más en el bosque.

—¿Adónde vamos?

—¿No querías que hablásemos dónde nadie nos molestase? —Asiento con la cabeza—. Pues te voy a llevar a mi lugar secreto.

Me apresuro para ponerme a su lado. El trayecto lo hacemos en silencio. Nos desviamos por caminos en varias ocasiones. Si yo tuviera que volver solo, no creo que consiguiera llegar. No le pasa lo mismo a Apolo que parece sabérselo de memoria. Se oye un rumor de agua que cae, y cuando llegamos al destino, me quedo alucinado con lo que veo.

—Aquí podemos estar tranquilos —me comenta Antía.

Hay varios desniveles de piedras por los que desciende el río, acabando en una pequeña balsa. Lo árboles que rodean la pequeña cascada le otorgan una intimidad que se hace mágica al entrar los rayos del sol de la mañana por entre las ramas.

—Normalmente baja más agua. Este año, como está siendo muy caluroso, está bastante seco.

—¡Antía, esto es una pasada! —Me sonrío.

—Desde que murió mi madre, cuando no tengo un buen día, suelo venir aquí. La tranquilidad y el murmullo del agua me ayudan a pensar y ver las cosas de otra manera.

Nos sentamos en unas piedras. Cojo aire y lo suelto para intentar relajarme y poder hablar.

—Antía, quiero que sepas que la noche que estuvimos en casa de Carola, fui al Scusa, pero no pasé de la barra. Te lo prometo. No sé qué me has hecho, pero desde que te conozco, no he vuelto a estar con otra mujer. —Me giro para mirarla. Su cara pasa del asombro a la incredulidad.

Nos quedamos en silencio, ella medita mis palabras, yo necesito su perdón. La espera se me hace insoportable. Necesito que diga algo. La oigo suspirar.

—Lucas, no sé qué pensar. Entiende que, hasta ahora, tu actividad sexual ha sido de lo más activa. Vas a locales donde se practica toda clase de sexo. Compartes mujeres y puedo suponer que una de ellas es Idara. Ahora pretendes llegar aquí y decirme que llevas unas semanas sin sexo porque sientes algo por mí. ¿Comprendes que me cueste creerte?

—Sé que suena raro, pero es así. Nunca había deseado tanto a una mujer como me pasa contigo. No soporto pensar que alguien que no sea yo pueda recorrer tu cuerpo con sus manos. Que pueda besar estos labios —le explico, mientras paso mis dedos por ellos—. Te he echado de menos. Cuando estoy contigo me haces ser mejor persona. Quiero superarme cada día para que estés orgullosa de mí.

—Lucas... —susurra mi nombre con desesperación.

—Vamos a hacer una cosa. Tómate el tiempo que necesites. —Uno mi frente a la suya—. Sé que nuestra situación es complicada. Pero te voy a demostrar lo importante que eres para mí. Voy a convencerte de que vale la pena arriesgarte conmigo para ser feliz. Conseguiré que confíes en mí.

Me separo de ella para limpiar unas lágrimas que han caído por sus mejillas. Nuestras miradas se encuentran. Antía se acerca a mí y besa mis labios. Un beso dulce y lento, intentando recuperar el tiempo perdido. Me separo de ella para aclarar un último punto.

—Te voy a pedir una última cosa. —Antía afirma con la cabeza—. Estos días verás cosas que no serán lo que parecen. Solo quiero que recuerdes que eres «mi única».

Sé que ahora no lo entiende, espero que, cuando llegue el momento, se acuerde de esta charla.



CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

¿Es posible pasar de una tristeza absoluta a una alegría constante en un breve espacio de tiempo? Sí, señoras y señores, lo puedo confirmar con rotundidad. Es lo que me pasa a mí en este momento. Desde que llegué de Italia, he vagado como un alma en pena, sin apetito y con un humor de perros. En cambio, ahora una gran felicidad inunda mi pecho. Solo tengo ganas de reír y cantar.

En eso estoy, con la radio a todo trapo mientras friego los platos de la comida.

—¿Molesto? —me pregunta Anxo sobresaltándome. Niego con la cabeza—. He venido a disculparme.

Me seco las manos y le bajo el volumen a la radio. Espero que sea él quien coja la iniciativa, porque yo estoy tan dolida que no me salen las palabras.

—Lo siento. No sé qué me pasó. Me superaron los celos y la rabia de verte sufrir por su culpa. Sé que no es una excusa, pero... te echo de menos, añoro nuestras risas y la complicidad que hemos tenido. Soy consciente de que lo he estropeado todo, pero necesito que me perdones. Te prometo... no, te juro que no volverá a pasar nunca más. Quiero recuperar a mi amiga.

—Anxo, esto no es tan fácil. Me has hecho mucho daño. Estoy muy decepcionada. Todavía me cuesta creer que reaccionaras de esa manera. Nunca te di esperanzas, porque yo sabía que tu amistad era lo más importante.

—Lo sé. Tengo claro que no puedes volver a confiar en mí tan rápido. Solo te pido una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo volver a ser el Anxo que siempre ha estado a tu lado, con el que te reías de cualquier tontería. Aquel con el que te sentabas en el banco de la plaza y jugabas a intentar adivinar cómo sería la vida de la gente que pasaba por delante de nosotros. — Sonríe al recordar esas tardes cuando éramos adolescentes.

—Éramos unos niños sin problemas ni preocupaciones. Hay veces que me gustaría volver a esa época para no tener que soportar el peso de mi cabeza.

Nuestras miradas se cruzan y nos sonreímos. Yo también he echado de menos a mi amigo, pero necesito tiempo para creer que lo que pasó esa noche no va a volver a ocurrir.

—He visto que el italiano ha vuelto. ¿Estás bien?

—Sí. Ha venido a echar un vistazo a las bodegas. Además, teníamos una charla pendiente.

—Por tu sonrisa al hablar de él, parece que habéis arreglado lo que sea que pasó en Italia.

—Todo necesita su tiempo, pero vamos por el buen camino.

—Me alegro, entonces. Me gusta volver a ver a la Antía que sonrío. Hasta has recuperado el color de la cara y el brillo en los ojos. —Bajo la cabeza, avergonzada de que se me note tanto. Es raro hablar con Anxo de este tema—. Entonces, ¿me vas a dar una oportunidad para recuperar tu amistad?

—Te quiero mucho, Anxo. Siempre has sido una de las personas más importantes de mi vida. Todos cometemos errores, yo la primera, y creo en las segundas oportunidades. —Su cara se ilumina de esperanza al oír mis palabras—. Pero no habrá una tercera.

—No será necesario. No pienso desperdiciar esta segunda oportunidad. Te lo prometo.

Me acerco a él y lo abrazo. No era consciente de la falta que me hacía su energía y su cariño.

—Bueno, creo que voy a seguir con mi tarea —le digo y señalo los platos que quedan por limpiar.

—¿No vamos a celebrarlo?

—¿Cómo? —le pregunto confusa.

—Esta canción se merece un baile para poner punto final a una época. Además, viene que ni pintada.

Se acerca a la radio y vuelve a subir el volumen. Suena la canción *Obsessed*, de Dynoro e Ina Wroldsen. Cuando entra en su estribillo veo que Anxo se motiva. Levanta las manos y empieza a bailar, mientras canta a grito pelado la letra. Su pronunciación del inglés es bastante precaria, así que no puedo evitar reírme. Este es el Anxo que yo recuerdo, un payaso capaz de hacerte reír en cualquier momento con un enorme corazón. Ha cometido un error, es verdad, pero creo que un mal momento lo puede pasar cualquiera. Se acerca y me coge de las manos para que me una al baile, cosa que hago encantada durante lo que dura la canción. Cuando esta acaba nos damos otro abrazo. En este momento hacemos un punto y aparte.

Nos separamos jadeantes del esfuerzo por el baile. Nos giramos al oír la voz de Lía y es, entonces, cuando nos damos cuenta de que hemos sido el espectáculo para todos los que se encuentran en la puerta de entrada. Todos sonrían; mi hermano, mi padre, las niñas y Ada. Al que parece que no le ha hecho tanta gracia nuestra complicidad es a Lucas. Su postura rígida y cómo aprieta la mandíbula son un claro síntoma. Ya lidiaré con ese toro en otro momento.

Hemos decidido realizar una visita por las bodegas para que Ada las conozca y Lucas pueda ver los cambios realizados en su ausencia. Por la proximidad de la vendimia, no han sido cambios sustanciales, pero ideas tenemos un montón.

Es realmente complicado hacer la visita con un Lucas gruñón y malhumorado a nuestro alrededor; a la defensiva todo el rato y los brazos cruzados sobre el pecho en posición desafiante.

—La verdad es que estas bodegas son bastante más agradables que las nuestras —nos comenta Ada.

—Son muy diferentes. Nuestras bodegas son mucho más pequeñas. Supongo que esas diferencias son las que llamaron la atención de Lucas —expongo para intentar romper un poco su frialdad.

—Sí, claro —contesta el mencionado sin ganas.

—Ven, Ada. Te voy a enseñar una cosa que te va a gustar mucho —le pide mi hermano para

dejarnos solos.

Roi me conoce muy bien y es consciente de que mi paciencia se agota. Los vemos salir y, cuando Lucas intenta ir detrás de ellos, me planto enfrente, copiando su postura. Cruzo mis brazos en el pecho y lo reto con la mirada.

—¿Vas a seguir con esta actitud de niño caprichoso? —le reclamo.

—¿Eso crees? ¿Qué soy un niño caprichoso? —gruñe.

—Dime que esta actitud de cabreo e indiferencia hacia mí no es por lo que has visto en la cocina con Anxo.

—Pues sí. No me gusta que otro te toque, y menos, él. Se nota claramente que está loco por ti.

Sé que tiene razón, pero eso es una página que debemos superar mi amigo y yo, y en eso estamos, ¿no? Aun así, ha metido el dedo en la llaga y consigue sacar a la Antía rabiosa.

—¡Vaya! El gran Lucas, al que no le importa hacerlo con una o con cinco, le da rabia que yo baile con mi amigo —le reclamo.

—No vayas por ahí, Antía —me reprocha—. Te expliqué cuál es la situación actual. No puedo negar que hasta hace poco fue así. Pero ya no.

Bufo. Sé que me he pasado. Pero es que me cuesta creer que alguien como él, con un chasquido de dedos, decida que la actividad sexual que hasta ahora tenía ya no la va a tener más. Quiero confiar en él, pero...

Baja la cabeza, resignado por mi silencio.

—Ven. Vamos a dar un paseo. Necesito contarte algo.

Me coge de la mano y me arrastra al exterior. Se dirige a los viñedos que se encuentran en la parte de abajo de las bodegas. A medida que nos adentramos, frena el ritmo de sus pasos, que se vuelven más relajados. Se frota su corta barba y coge aire. Está nervioso. Lucas es un hombre al que no se le dan bien las palabras; le cuesta compartir sus sentimientos y es muy difícil acceder a él. Por eso, el esfuerzo que está haciendo para contarme algo, me remueve el corazón.

—Hace dos años que perdí a mi hermano. —Me paro impresionada por su confesión. Aunque yo ya conozco la historia, me sorprende que se decida a contármelo—. Llevábamos un peligroso ritmo de vida. Nunca nos ha faltado de nada, me refiero a económicamente. Imagínate a dos jóvenes con poder adquisitivo y un padre demasiado protector. La rebeldía llegó a nosotros. Empecé yo, era el mayor; fiestas, mujeres, alcohol y toda clase de drogas. Ahora sé que fue una estupidez, pero en aquella época era una vida cojonuda. Matteo, al ver que yo disfrutaba tanto y tenía todo lo que quería, siguió mis pasos. Él era bastante más tímido que yo, incluso a veces le costaba bastante socializar. El alcohol y las drogas lo ayudaban, aunque solo fuera por un rato, a abrirse más.

Lucas trata de digerir todos los recuerdos que deben de acudir a su mente y se crea un silencio entre nosotros. No deja de andar y tampoco ha soltado mi mano.

—¡Oye! —lo llamo para que frene y me sitúo enfrente de él—. No hace falta que sigas. Sé que debe de ser muy duro recordar todo eso nuevamente.

—Lo es. Es muy difícil vivir durante dos años con la culpa de la muerte de mi hermano.

—Mírame. —Levanto su cara para que nuestras miradas se encuentren—. Estoy segura de que esa culpa que cargas no te corresponde.

—Tenía que haberme dado cuenta de que estaba demasiado enganchado. No supo frenar y yo no supe verlo. Una noche, en una estúpida apuesta, para llamar la atención de una chica de la que estaba enamorado, se mató al estrellar su coche, haciendo una carrera. Iba puesto hasta arriba y no pudo controlar el vehículo. Yo estaba en la misma fiesta que él, Antía. —Sus ojos empiezan a

brillar por las lágrimas acumuladas. Yo acaricio su cara con mis manos para intentar consolarlo —. Incluso intenté hacerle ver que era una locura, pero no me hizo caso. Un amigo suyo entró en la fiesta y me avisó del accidente. Cuando llegué al coche aún vivía. Intenté mantenerlo con vida. Me suplicaba que no lo dejase morir, que tenía frío y miedo. Ni eso fui capaz de hacer. No conseguí mantenerlo a mi lado.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar sus palabras. Es increíble la carga que lleva este hombre en su alma. Por nuestras caras descienden las lágrimas que no hemos podido retener. Lucas une nuestras frentes para tratar de tranquilizarse. Limpia mi cara con sus dedos y besa mis labios.

—Lo que quiero que entiendas es que tú eres ahora mi consuelo. El apoyo que necesito para seguir adelante y superar los malos momentos. Después de lo que ocurrió, decidí cambiar el rumbo de mi vida. No volví a probar las drogas y casi ni bebía, pero necesitaba algo que me ayudara a liberarme de este dolor en el pecho. El sexo fue la opción que menos perjudicial me pareció. Hasta que te encontré. Ahora no necesito nada de eso, porque te tengo a ti.

Me he quedado sin palabras, así que lo único que consigo hacer es abrazarlo con todas mis fuerzas. Me encanta fundirme con su cuerpo. Espero saber transmitirle, con este abrazo, todo lo que siento por él en estos momentos.



CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

En mi vida imaginé poder abrirme así a alguien que no fuera mi psicóloga, incluso con ella, nunca conseguí llorar. Con Antía todo es más fácil. No sé qué voy a hacer cuando regrese a Italia y la tenga que dejar aquí de nuevo.

Casi es de noche cuando volvemos a la casona. Encontramos a Roi y a mi madre en el porche; están de charla y supongo que esperándonos para saber cómo estamos.

—¿Va todo bien? —nos pregunta mi madre, que es la primera que nos ve.

—Sí —afirmamos los dos a la vez.

—Bueno, pues viendo que la sangre no ha llegado al río, me voy, que he quedado para cenar —nos cuenta Roi.

—Espera, espera. Últimamente sales mucho a cenar. ¿Tienes algo que contarme? —le reclama Antía.

—¡Ay, hermanita! Que cotilla eres, mujer —Roi deja un beso en su frente y se va.

—¡Será posible! Ya te pillaré y tendrás que hablar —le chilla para que la oiga, mientras se aleja.

—Lucas, cariño. ¿Nosotros qué hacemos? Podrías invitar a tu madre a cenar, ¿no? —me pide.

—Claro que sí, mamá. Cuando quieras, nos vamos.

—Perfecto. Dame diez minutos, que voy a cambiarme.

Se despide de Antía y la vemos entrar en el anexo hacia la habitación. Ahora estamos solos de nuevo. Me acerco por detrás a ella para besar su cuello y llenarme de su olor a flores. Su cuerpo se estremece a mi contacto.

—Si te envío un mensaje cuando llegue, ¿vendrás un rato a mi habitación? —le pregunto.

Espero que su respuesta sea afirmativa, ya que necesito llenarme de ella.

—Ya veremos. Inténtalo, a ver...

Se gira, deja un rápido beso en mis labios y la veo desaparecer por la puerta de la casona. Esta mujer acabará conmigo.

Mientras espero a mi madre, pongo las manos en los bolsillos para que nadie pueda ser consciente de cómo me pone y me tiene esta mujer.

—Hijo, ¿me vas a explicar qué ha pasado con Antía? —pregunta mi madre curiosa.

Ya tardaba demasiado en preguntar. Estamos acabando el segundo plato y lleva toda la cena inquieta y con ganas de saber.

—Mamá... —le reclamo.

—Vamos, Lucas. No me puedes dejar con las ganas. Soy tu madre, solo me preocupo por ti.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—Entonces... —Suspiro y dejo los cubiertos encima del plato para centrarme en mi madre—. Le he contado todo. Cuando estuvo en Italia se enteró de mis salidas con Carlo. Por eso se marchó. No quiero perderla de nuevo, así que le he explicado lo que sucedió con Matteo y cómo llegué a esa situación.

—¡Ay, cariño! Ya te dije que esa vida te iba a pasar factura. Pero me alegro de que hayas podido arreglar las cosas con esta muchacha. Antía te hace bien, mi vida.

—Aunque las cosas parecen ir bien, sé que a ella le cuesta creer en mí. Todavía tiene dudas sobre mis salidas con Carlo. Así que me toca esforzarme estos días para convencerla.

—¡Vaya! Parece que mi hijo está coladito por esa chica...

—Mamá, ¿te estas burlando de mí?

—Claro que no, hijo. Solo que es raro ver renacer al chico duro, lleno de tatuajes y frío como el hielo que enseñas al exterior. Parece que Antía ha conseguido volver a hacer latir ese gran corazón que tienes.

Niego con la cabeza ante la verdad de esas palabras. Nunca pensé que yo llegaría a enamorarme de alguien de esta manera y que encontraría una mujer que pudiera derrumbar mis murallas con tanta facilidad.

Estoy deseando llegar a la casona para poder ver a Antía, abrazarla y besarla con libertad hasta que me canse, aunque creo que eso será imposible. Así que, al primer bostezo de mi madre, decidimos dar por concluida la noche e irnos a dormir. Bueno, eso, ella.

Al salir del restaurante le envió un mensaje a Antía:

Lucas

Estoy saliendo del restaurante.

Su respuesta no tarda en llegar.

Antía

Me alegro de que todo haya ido bien. Que pases buena noche, Maui.

Sonríó ante su respuesta. Sé que se hace la dura, pero si ella no viene, soy capaz de ir yo a su habitación. Además, es la segunda persona que me llama así; tengo que buscar quién es el Maui ese.

Lucas

Espero que estés de broma. Te quiero en media hora en

mi habitación.

Antía

Es usted muy mandón, señor Mancini. Estoy cansada, me voy a dormir.

Lucas

Tú sabrás. Si no estás en mi habitación en media hora, iré a buscarte.

Antía

No serás capaz...

Lucas

Pruébame, señorita Ulloa. Nos vemos en un rato.

Bloqueo el teléfono para arrancar el coche y conducir hasta la casona. Giro la cabeza y veo a mi madre que me mira y sonrío.

—¿Qué? —le pregunto curioso.

—Nada, nada. Vamos, arranca, que estoy muy cansada y quiero llegar cuanto antes.

Bufo y niego con la cabeza mientras ella se ríe y mira por la ventanilla. ¡Qué peligro tienen las mujeres de mi vida!

Han pasado cuarenta minutos y estoy a punto de salir a buscar a Antía, cuando oigo unos tímidos toques en la puerta. No tardo ni un segundo en abrir y mi corazón se salta un latido al verla al otro lado. Lleva una camiseta larga, que le llega un poco más arriba de las rodillas, de color rojo y con unas letras en negro que dicen: «Vive el momento, porque puede que sea el último».

Trago saliva e intento controlar mi respiración. Son muchos días sin su compañía y realmente tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme a por ella. No lleva maquillaje y su pelo cae por el lado izquierdo, encima de su pecho, con una trenza. No creo que sea consciente de lo que provoca con su naturalidad.

—¿Me has llamado para tenerme en la puerta? —pregunta.

Extiendo mi brazo y le hago una reverencia para que entre en la habitación. Cuando está a punto de sobrepasarme, la retengo por la cintura, la giro y devoro su boca a placer. Nuestras lenguas se encuentran, nuestros labios se saborean y las gargantas emiten un sonido entre el alivio y el placer. Pongo mis manos por el bajo de la camiseta y alcanzo su trasero desnudo por el tanga que lleva. Ella adelanta su cuerpo y se frota contra el mío.

—¡Oh, joder! Espera, Antía. Necesito parar un momento —le pido, poniendo distancia entre nuestros cuerpos.

La cojo de la mano y me acerco a la cama. Me siento y le indico con una palmada que se siente a mi lado. Pero como esta mujer siempre hace lo que le da la gana, en vez de hacer lo que le pido, se sienta a horcajadas encima de mí. Coge mi pelo en un puño y me tira hacia atrás la cabeza para tener acceso a mi boca. Se acerca y me muerde el labio inferior. Cuando este se suelta de

entre sus dientes, gruño. La idea de ir despacio y saborearla con calma no va a ser posible. Me encanta cuando saca su punto salvaje.

—Este puede ser el primero. Tenemos toda la noche —me dice como si me hubiera leído el pensamiento.

Le sonrío y me acerco a su pecho. No lleva sujetador, así que muerdo su pezón por encima de la camiseta. Antía se arquea y echa la cabeza hacia atrás. Oír sus gemidos hace que mi erección salte de ganas en mi pantalón. Arrastro mis manos por sus muslos y voy subiendo la camiseta por su cuerpo para deshacerme de ella. Esos ojos marrones que me hipnotizan brillan por el deseo. Me sonrío y sus manos se pasean por mi cuerpo para desnudarme. Estoy al límite, así que me levanto y la estiro en la cama. Me saco los pantalones y arrastro los calzoncillos con ellos. No tengo paciencia para sacar su tanga, así que lo rasgo por las costuras. Ahora está desnuda, en mi cama, toda para mí. Es «mi única».

Saco un preservativo de la mesita, lo rasgo con los dientes y mientras me lo pongo la observo. Está incorporada en sus codos y mirándose con deseo. Irresistible.

—¡Joder, eres preciosa! —le susurro.

No hace falta que compruebe si está preparada para mí. Tanto su mirada como su cuerpo me llaman. Intento controlarme para no ser brusco y la penetro poco a poco. Cuando estoy dentro de ella por completo, suspiro y me quedo quieto un segundo.

—Por favor, Lucas —me pide y eleva su cuerpo para que me mueva.

Entro y salgo de ella con ganas, saboreo sus pechos y beso sus labios frenéticamente. Sé que está a punto de correrse por cómo sus manos arrugan las sábanas, jadea y su cuerpo tiembla debajo del mío. Muerde mi hombro para no chillar, y ese gesto consigue que yo también me corra. Oculto mi cara en su cuello para amortiguar mi gruñido de placer. El sexo con ella es diferente; tan profundo que llega al corazón.

—¿Algún día me contarás qué significan todos estos tatuajes? —me pregunta, una vez nos hemos acomodado en la cama, uno frente al otro.

—Cuando tú me cuentes algo tuyo. Hasta ahora solo me he sincerado yo y eso no es justo.

—Mi vida siempre ha sido muy simple y sosa. —Me sonrío—. Nunca he sido una mujer muy arriesgada, al revés. Desde la ausencia de mi madre, me volví una adolescente responsable, tenía que ayudar a mi padre y creo que me olvidé de disfrutar. Hubo una temporada, cuando conocí a Ester, mi cuñada, en la que ella me animó a pasarlo bien. Pero cuando falleció, todo se volvió oscuro de nuevo y volvieron las responsabilidades.

Acaricio su brazo, retiro un mechón de pelo de su cara y beso sus labios.

—¿Qué le pasó a tu cuñada?

—Habíamos ido a celebrar el cumpleaños de Anxo. Las pequeñas se quedaron con mi padre y Lía se puso enferma. Al volver, mi hermano y ella tuvieron un accidente. Ester murió en el acto. La familia quedó destrozada, pero Roi... ¡uf!, mi hermano se hundió por completo. Cuando llegó la ambulancia, les costó un montón sacarlo del coche. Tenía a Ester cogida de la mano y no quería separarse de ella.

Limpio las lágrimas que descienden por su mejilla y beso su frente. Empatizo con Roi, puedo entender lo duro que es perder a alguien importante en la vida, que te lo arranquen de un plumazo.

—Poco a poco, tu hermano volverá a renacer. Algún día se tropezará con alguien que consiga hacer latir su corazón de nuevo. Lo sé porque yo nunca pensé que eso pudiera ocurrir y aquí estás.

Acerca su cuerpo al mío y me besa; un beso lento que no tarda en volverse apasionado. Su cuerpo se sube al mío y yo ya estoy preparado para volver a la carga. Va a ser una gran noche. Una

noche inolvidable.



CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Hoy es el día. Después de ir y venir de médicos y pruebas, nuestra pequeña Martina está en el quirófano para el implante coclear que le faltaba. Nosotros aquí, en la sala de espera, con los nervios de punta y deseando que alguien nos informe de que todo ha salido bien.

Es muy probable que mi hermano desgaste el suelo de la sala de tanto ir y venir. Mi padre se ha quedado en casa con Lía. El pobre hombre está pegado al teléfono a la espera de noticias. En el rato que llevamos aquí, ya ha llamado tres veces.

—Roi, ¿quieres que vaya a cogerte un café, un refresco, una tila...? —le pregunta Gina, sonriente como siempre, sentada a mi lado.

Al final la pequeña le pidió que quería que estuviera ella el día de la operación y Gina no lo dudó ni un segundo. Se entienden bien y tienen una conexión especial.

—No, gracias. Estoy bien. Tardan mucho, ¿no? —le pregunta Roi inquieto.

—Están dentro de las horas estipuladas para estas operaciones. No te preocupes tanto. Todo va a salir bien.

Creo que es imposible que haya persona más positiva en la vida que Gina. Ojalá se me pegara algo de esa positividad a mí y pudiera disfrutar más de la vida, sin que mi mente siempre acabe en lo peor.

—Pues yo voy a cogermelo un café. ¿Quieres algo, Antía?

—No, gracias. De momento, estoy bien.

Justo cuando Gina sale de la sala, mi teléfono suena. Es el número de nuestra casa, seguro que es Sara o mi padre de nuevo. Me llevo una sorpresa cuando descuelgo y oigo la voz de doña Sabela.

—Nenita. ¿Ya sabéis algo de la pequeña?

—No, doña Sabela. Todavía no tenemos noticias.

—Bueno, no te preocupes que todo va a salir bien —me chilla al teléfono como si fuera sorda.

—Gracias. Cuando vuelva a casa me paso a verla. ¿Necesita alguna cosa? —le pregunto.

—No, nenita, no. Tú tranquila, que yo me apaño. Dale un beso muy grande a Martina de mi parte cuando la veas.

Me despido de ella y prometo darle el beso a la pequeña. Guardo el teléfono y ya vemos volver a Gina con su café. Se sienta a mi lado y entablamos una conversación para pasar el tiempo de la mejor manera posible. En eso estamos cuando veo a Lucas entrar en la sala. Cuando me ve sonrío, pero va directo a mi hermano para saludarlo.

—¡Oye! ¿Quién es ese chico que está con tu hermano? —me susurra Gina curiosa.

Lucas es un hombre que llama mucho la atención, su altura, los tatuajes y su atlético cuerpo no le permiten pasar desapercibido.

—Se llama Lucas. Es... —No tengo ni idea de cómo catalogarlo ahora mismo—. Un amigo. No es de aquí, está de visita. Es italiano y pronto se va.

—Pues para ser solo un amigo e irse pronto se preocupa mucho por vosotros, ¿no? —insiste Gina.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto en un susurro, para que los hombres no nos oigan.

—Nada, solo comentaba... —me contesta con una carcajada, justo cuando Lucas se acerca a nosotras. ¿Sabrá algo de nuestra relación?

—¡Hola, chicas! —nos saluda. A mí me da un beso en la mejilla y se presenta a Gina—. Soy Lucas, un placer.

—Gina, igualmente. Voy a ver si alguien puede informarme de cómo va la operación.

Nos deja solos, y Lucas se sienta en la otra silla que hay a mi lado. No creo que sea consciente de cómo le agradezco que esté aquí conmigo.

—¿Cómo estás? —me pregunta. Coge mi mano y empieza a acariciar mis dedos.

Ada y Lucas llevan aquí cuatro días y, desde que fuimos a la cascada y hablamos, hemos pasado todas las horas que hemos podido juntos; sobre todo las noches, ya que hemos disfrutado el uno del otro al máximo. Con él todo es cómodo, fácil y especial.

—Un poco nerviosa y con ganas de saber algo. —Apoyo mi cabeza en su hombro y él deja un beso en mi cabeza.

—Seguro que ya no tardan en daros noticias. A tu hermano se le ve muy inquieto y preocupado.

—Sí, pobre. Supongo que todos los padres pasan por estos nervios si les pasa algo a sus hijos, pero si, además, tienen la mala suerte de mi hermano, que ya ha pasado por la dolorosa pérdida de alguien muy importante, pues la inquietud se debe de llegar a duplicar.

—Supongo que sí. Te vuelves más sensible a la muerte. Pero estoy seguro de que todo va a salir bien. —Asiento con la cabeza para darle la razón—. Por cierto, ¿quién es Gina? Me refiero a que no me suena que me hablaras nunca de ella.

—Es la logopeda de Martina —le informo.

Justo en ese momento, vemos regresar a Gina, pero no viene sola; el otólogo que lleva a Martina viene con ella. Mi hermano no tarda ni medio segundo en acercarse. Me levanto y me uno a ellos, con Lucas detrás de mí.

—Buenas tardes. Quiero comentarles que hace media hora que hemos finalizado la operación de Martina. Todo ha ido bien. El implante se ha colocado sin ningún imprevisto. Cuando se despierte por completo de la anestesia la subiremos a la habitación. —Oigo a mi hermano soltar el aire que retenía de los nervios—. Supongo, si todo va según lo previsto, que mañana podrá volver a casa. Les daremos las instrucciones necesarias para la cura de la incisión y cuándo deben venir a colocar el dispositivo externo.

Le damos las gracias y nos despedimos del médico. Veo que a mi hermano lo vence la

tensión; apoya sus manos en las rodillas, se inclina hacia delante y baja la cabeza. Gina se aproxima a él, lo abraza como puede y le susurra algo al oído. Me llama la atención la intimidad que hay en esa escena, pero lo que me deja muerta es la reacción de mi hermano. Se incorpora, la mira, rodea su cintura y le pega un morreo que consigue ruborizarme. Por un lado, estoy muy enfadada con Roi por no contarme nada; pero, por otro, estoy feliz de que alguien como Gina se haya cruzado en el camino de mi hermano y pueda verlo sonreír de nuevo.

—¿Alguien me va a explicar qué pasa aquí? —les pregunto una vez se separan.

—Ahora no, Antía. Me voy a tomar algo fresco, lo necesito.

Coge a Gina de la mano y salen de la sala, como si no hubiera pasado nada, dejándome con cara de tonta, y a Lucas riéndose de mí.

—¿Será posible? ¿Cómo puede ser que estén juntos y yo no me haya enterado?

—Vaya, vaya... Si tienes una vena cotilla y todo —se burla Lucas, acercándose a mí.

—Es mi hermano. Debería saberlo. Pensé que me contaba todo, como hago yo con él.

—¿Le cuentas todo a tu hermano? —pregunta con un tono sexual en la voz y me rodea la cintura.

—¡Qué tonto eres! —le reclamo—. Se lo cuento *casi* todo. Me alegro un montón, pero se me hace raro ver que Roi besa a otra mujer. Supongo que tendré que acostumbrarme.

—Supongo que sí, porque ese no ha sido un simple beso nacido de la emoción. Ha sido un beso que me ha dado mucha envidia y lo pienso arreglar ahora mismo.

No me da tiempo a contestar que sus labios ya saborean los míos. Nuestras lenguas se encuentran y disfrutamos el uno del otro, hasta que el carraspeo de una señora, que acaba de entrar en la sala, hace que nos separemos, un poco avergonzados, todo hay que decirlo, al menos yo. Para que la señora no nos acabe de fulminar con la mirada, decidimos hacer lo mismo que Gina y mi hermano y nos bajamos a tomar algo; así hacemos tiempo hasta que podamos ir a ver a mi pequeña guerrera y darle un fuerte abrazo. Aprovecho para llamar a mi padre y darle las buenas noticias, le pido que avisen también a doña Sabela y envío un mensaje a Gema para tranquilizarla.

Cuando entramos en el bar la cercanía de sus cuerpos, la cara de felicidad de Roi y el brillo que desprenden sus ojos consiguen que mi corazón vuelva a latir con rapidez por la alegría de recuperar a mi hermano de nuevo. Aunque de una buena bronca no se va a librar.



CAPÍTULO CINCUENTA

No sé si estaré haciendo lo correcto. Me he dejado llevar por la emoción y no he podido evitar besarla. Habíamos acordado ser discretos, por las niñas, por mi familia e, incluso, por mí. No tengo dudas de que lo que siento por Gina es puro, pero necesito tiempo. Tengo que hacerme a la idea y asimilar que lo que hago está bien. Necesito que esta sensación de que engaño de alguna manera a Ester desaparezca. Seguir con mi vida, que es lo que ella hubiera querido.

Perder algo tan valioso, como a la mujer que amas, tan pronto, es complicado de digerir. Volver a resurgir de las cenizas es muy difícil, pero, a medida que lo consigues, vuelves con mucha más fuerza.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta Gina.

Hace una hora que han subido a Martina a la habitación. Ver la sonrisa de mi pequeña de nuevo, aunque medio somnolienta, ha sido un gran alivio. Todavía le cuesta espabilarse, así que sigue dormida.

—Sí, pensaba en la charla que me va a soltar mi hermana. No sé si ha sido buena idea dejarme llevar.

Noto que se tensa y, aunque nunca abandona su magnífica sonrisa, poco a poco, me doy cuenta de que no todas son iguales.

—¿Te arrepientes? —me pregunta con cautela.

—Nunca me voy a arrepentir de besarte, Gina —le aclaro, cogiéndola de la cintura para acercarla a mi cuerpo—. Solo necesito ir con calma. Y ahora que Antía lo sabe, no sé si eso será posible.

—No la conozco mucho, pero tu hermana parece una mujer comprensiva. Seguro que, si hablas con ella y le expresas tu necesidad de ir despacio, sabrá entenderte. Yo solo quiero estar a tu lado, a vuestro lado. Me da igual la velocidad que llevemos mientras caminemos juntos.

—Ahora que te he encontrado, no creo que me sea posible seguir este nuevo camino si no es a tu lado, pero...

—Lo sé, cariño —me dice, mientras acaricia mi cara.

—Todavía tengo que centrar muchas cosas en mi vida. Necesito empezar lo más limpio posible. Pero si algo tengo claro es que, si estamos juntos, todo será más fácil.

Se acerca a mí y me besa. Es vitalidad, alegría, ternura y pasión, pero si tengo que destacar una de sus cualidades es la forma en que consigue que pueda ver todo de manera mucho más positiva.

—No te asustes, pero creo que te quiero —me susurra, cuando nuestras bocas se separan.

La abrazo fuerte. Quiero que entienda que, para mí, ella también es muy importante y ojalá algún día, no muy lejano, pueda expresarle verbalmente mi amor por ella.

Son las cuatro de la tarde cuando llegamos a casa. Martina puede hacer vida normal; menos mal, porque está muy frenética. Todos están en la puerta a la espera de que bajemos del coche. Veo que Lía salta de ilusión, pues a ella no la hemos llevado al hospital y se moría de ganas por ver a Martina. Campanilla tiene un sentimiento de protección enorme hacia su hermana y, aunque se pelean, también se desviven la una por la otra. No me da tiempo a bajar que Martina ha salido escopeteada a abrazarse a Lía como si no se hubieran visto en tres años.

«Mira, Ester, hemos hecho un buen trabajo, van a ser grandes mujeres». Sé que parece una locura, pero, en ocasiones, todavía hablo con ella. Siempre será la madre de mis hijas y ojalá, desde donde esté, pueda ver cómo sus pequeñas crecen.

—¿Estás más tranquilo? —me pregunta Antía, abrazándose a mí.

—Sí. Ya que estáis todos por aquí, voy a dar una vuelta por los viñedos.

—Voy contigo —me dice.

—No hace falta, no creo que me pierda.

—Ya lo sé, pero...

—Eres una cotilla, ¿lo sabes? —le reclamo a mi hermana. Tengo muy claro el motivo de que quiera acompañarme.

—No soy una cotilla, soy tu hermana, y esas cosas ya debería saberlas sin tener que interrogarte —me replica enfadada.

—Vamos, anda.

Le comento a mi padre nuestro destino y cogemos dirección a los viñedos. Cuando llegamos, recorremos las filas de vides, parándonos a observar algunas de las uvas.

—¿Vas a contármelo o no? —me pregunta, cuando llevamos unos quince minutos paseando.

—No —le contesto conciso. Me encanta hacerla enfadar.

—¡Venga ya! No puedes morrear a una chica así, delante de mí, y no contarme qué pasa con ella.

—Claro que puedo. Y no le di un morreo, la besé.

—Eso no fue un simple beso. Casi te la comes, Roi. Vamos, explica.

—No sé qué quieres que te explique. Me gusta y parece que tengo la suerte de que yo también le gusto a ella, con mis cargas y todo —bromeo.

—Parece una gran mujer. Lo que todavía no puedo entender es cómo puede sonreír en todo momento.

—Es muy especial. Sé que su vida no ha sido fácil. Ha tenido muchos problemas con su familia, pero, aun así, parece que siempre está contenta. —Miro a mi hermana y le sonrío.

—Ya solo por el hecho de conseguir que vuelvas a sonreír, o que tus ojos brillen de nuevo, le

estaré eternamente agradecida.

Nos quedamos en silencio. Me cuesta controlar las lágrimas. Sé que he hecho mucho daño a mi familia con mi actitud, pero estaba perdido y no encontraba la salida. Cuando pienso en lo que han sufrido por mi culpa me dan ganas de pegarme a mí mismo.

—Ven aquí, anda. —La cojo por el brazo y la acerco a mi cuerpo para abrazarla. Quiero a mi hermana con todo mi ser y sé que todo ese amor es mutuo.

—Te echaba de menos —me dice, mientras llora abrazada a mi cuerpo.

—Lo siento.

—No te disculpes. Para todos ha sido difícil la pérdida de Ester. Lo importante es que ahora has encontrado el camino y debes seguir.

—No es tan fácil, Antía. Tú sabes lo que yo quería a Ester. Era el centro de mi vida. No puedo borrar eso de un plumazo, necesito tiempo. Quiero hacer las cosas bien, no precipitarme, que todo siga su curso sin forzar nada. Gina no se merece que la quiera a medias. Quiero ser capaz de entregarme a ella por completo, sin dudas rondándome la cabeza.

—Lo entiendo. Yo también quería mucho a Ester, pero, por desgracia, ya no volverá nunca más. No haces nada malo, Roi. No estás engañándola y nadie puede juzgarte. Comprendo que necesites tiempo para asimilar todos los cambios, pero sé que, si no sintieses algo por Gina, no te hubieras arriesgado con ella. Así que tómate el tiempo que necesites, pero no te despistes, que la vida pasa muy rápido.

—A ver si nos aplicamos el cuento y arriesgas un poco. Seguro que Lucas te lo agradecerá —le recuerdo.

—Pero si a ti no te caía bien. ¡Le diste un puñetazo! No hay quien te entienda. —Niega con la cabeza.

—Pero si consigues que vuelvas a sonreír, o que tus ojos brillen de nuevo, le estaré eternamente agradecido —replico las palabras que ella me ha dicho antes.

Quiero que entienda que, si alguien la hace feliz, yo también lo seré. Igual que sé que ella lo será, si yo lo consigo.



CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Pensé que sería mucho más sencillo acercarme a Maica, pero se me está complicando. Pasan los días y mis avances son escasos. Si no estuviera Antía por medio y no sintiera lo que siento por ella, estoy convencido de que mi estrategia sería distinta y más efectiva. Pero las cosas ahora son así, solo espero que todo esto no acabe mal.

La entrada de una llamada de Damián me saca de mis pensamientos.

—¡Hola, Lucas! ¿Cómo va todo? —me pregunta, una vez contesto.

—Vamos haciendo. Unas cosas mejor que otras —le confieso a mi amigo.

—Pues empieza por lo positivo, anda. Hoy he tenido un día complicado y quiero escuchar cosas buenas.

—He hablado con Antía y las cosas van bien. Sé que todavía no confía mucho en mí, pero conseguiré que vea que voy en serio.

—¿Cómo de «en serio» vas? —me pregunta.

—Pues en serio. No sé cómo lo vamos a hacer, pero la quiero a mi lado.

—Eso lo tendrás que hablar con ella. Antía tiene allí a su familia y tú tienes aquí las bodegas. La verdad es que es un tema bastante complicado.

—Lo sé. Pero buscaremos la manera, estoy convencido.

—¿Y el tema que no va tan bien?

—Todavía no he podido descubrir qué se trae Maica, la chica que lleva la contabilidad de las bodegas. Mañana voy a volver a acercarme a ella. Al final tendré que invitarla a cenar, pero no me apetece que Antía se entere y piense cosas que no son.

—¿Y por qué no se lo contáis? Al final, las mentiras siempre salen a la luz y después es peor. Cuando ocultas información las cosas acaban liándose de mala manera —me aconseja mi amigo.

—Lo sé. Eso les dije a Manuel y a Roi, pero me han dicho que ellas nunca se han llevado bien, que su relación es bastante mala y, si Antía se entera de lo que sospechamos, no se va a quedar callada y es posible que corra la sangre —le explico a Damián.

Yo era el primero que no le quería ocultar nada a Antía. Por un lado, intento que confíe en mí, y por otro, le oculto información. No hay quien me entienda.

—Bueno, cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, amigo. Tú, ¿qué tal? —le pregunto.

—Mucho trabajo. Intento organizar mis horarios para pasar rato con Carola, pero voy muerto. Antes todo mi tiempo era para mí, ahora tengo que compartirlo y todavía me cuesta buscar la manera de hacerlo —me comenta Damián preocupado—. Últimamente discutimos bastante por este tema. Yo intento llegar a todo y ella se queja de que no estamos juntos el tiempo suficiente, así que me estoy volviendo un poco loco. Lo bueno es que, cuando estoy con ella, se me olvida todo.

—Me alegro mucho, colega. Creo que estas mujeres nos hacen bien.

—Yo también lo creo.

Unos golpes en la puerta hacen que tenga que despedirme de Damián, prometiéndole que lo llamaré cuando pueda conseguir noticias.

Una guapa morena me espera al otro lado de la puerta, viene cargada con una cesta y una sonrisa que ilumina su cara.

—¡Hola! —me saluda contenta.

—¡Hola, preciosa! Si que vienes cargada. —Pasa por mi lado y me da un beso en los labios.

—He pensado que, en vez de salir a cenar, nos podríamos quedar aquí, tranquilos.

Deja la cesta en el suelo y se acerca a mí. Me rodea el cuello y se pone de puntillas para llegar a mi boca.

—Me parece una idea estupenda. —Disfruto de su contacto, aunque como siga así, no creo que lleguemos a cenar.

—¿Y tu madre? —me pregunta, rompiendo el contacto de nuestros labios.

—Después de estar todo el día caminando, me ha dicho que cenaría algo suave y se iba a ir a dormir pronto.

—¿Adónde habéis ido? —me pregunta curiosa.

—Hemos recorrido varios de los pueblos de alrededor.

—Bueno, pues ahora, vamos a reponer energía, que esa figura no se mantiene del aire —me dice, al alejarse de mí para vaciar la cesta.

—Este cuerpazo solo quiere una cosa. Alimentarse de este otro —le comento.

Mis manos la repasan y la acerco a mí. Antía apoya su espalda a mi pecho y yo aprovecho para meter mis manos por su camiseta y alcanzar sus senos. Se arquea y clava su culo en mi erección. Creo que la cena tendrá que esperar. Ahora pienso disfrutar de esta mujer que me tiene loco.

Me he pasado toda la noche dándole vueltas a cómo realizar mi próximo movimiento con Maica. Desde que estoy aquí, he pasado varias veces por las bodegas y me he acercado a las oficinas a saludar para intentar que piense que estoy interesado en ella. Hoy voy a atacar. La voy a invitar a cenar. Si acepta, he decidido explicárselo a Antía. Ahora que estamos bien, no quiero tener problemas con ella.

—Buenos días —saludo al entrar en las oficinas.

Ahora mismo solo está Maica y otra chica.

—¡Hola, Lucas! ¿Cómo va todo? —me pregunta.

—Pues bien. Algo aburrido. No sabrás de algún sitio para ir por la noche a tomar algo,

¿verdad?

—¿Qué pasa? ¿Los anfitriones no te tratan bien? —Parece que se anima la cosa.

—Entre tú y yo —le digo, acercándome a ella para hablar bajo y que la otra chica no nos oiga —, muy divertidos no son.

Ella suelta una carcajada y apoya la cara en su mano, coqueta.

—Los Ulloa nunca han sabido cómo divertirse. Pero, si quieres, yo te puedo ayudar —me dice, mientras pasa uno de sus dedos por mi brazo.

Parece que ha caído, pero nunca me imaginé que esto sería tan difícil. No quiero que me toque ni que se me insinúe de esa manera.

—¿No me digas que me acompañarías a cenar y a descubrir la noche gallega? —le pregunto, haciéndome el interesado.

—Lo haré encantada.

Le pido que me apunte la dirección de su casa en un papel y quedamos en que, sobre las nueve, pasará a recogerla para ir a cenar. Me despido de ella con un claro objetivo, ir a buscar a Antía y explicarle todo. No quiero que alguien me vea con Maica por el pueblo y se lo diga.

Me dirijo a la casona y en el porche me encuentro con las pequeñas de la casa.

—¡Hola, niñas! —las saludo.

Silencio. Las dos siguen con las tareas que tienen; Lía pinta y Martina hace un puzle. Creo que se han unido para ignorarme.

—¿Habéis visto a vuestra tía? —pregunto.

No veo a Apolo por aquí, así que imagino que ella tampoco estará. Siguen sin contestarme, pero sé que a Lía le cuesta mucho estarse callada, así que insisto.

—¡Oye! Qué dibujo más bonito.

—¿De verdad te gusta? —Aquí está Campanilla.

—¡Lía! —se queja Martina.

—¡Jolín, es que no me puedo aguantar! —Se cruza de brazos, enfadada.

—Nos caes mal y no te hablamos —me dice Martina, que cada día que pasa se le entiende mejor cuando habla.

—Ya veo. Entiendo que estéis enfadadas conmigo, y aunque voy a hacer todo lo posible para que volvamos a ser amigos, ahora necesito que me digáis si habéis visto a vuestra tía —les explico.

—¿Para qué la quieres? —me pregunta Lía curiosa.

—Tengo que explicarle una cosa muy importante.

En ese momento veo salir a Manuel de la casona. Detrás de él aparece Apolo, que se restriega por mis piernas en busca de cariño.

—¡Hombre, Lucas! ¿Qué tal todo? —me saluda.

—Todo bien. Buscaba a Antía. ¿Sabe si está en la casona?

—Pues en la cocina no está y no la he visto pasar. Lía, ¿por qué no subes a la habitación de tu tía a ver si está allí? —le pide Manuel.

—No hace falta, abuelo. La tía no está en casa. La hemos visto venir hace un rato. Parecía enfadada y estaba hablando con alguien por teléfono. Después volvió a irse —explica la pequeña.

¿Qué le habrá pasado para que estuviera enfadada? Decido llamarla para que me diga dónde está e ir a su encuentro. No me da tono y me sale la señora que me informa de que el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

—Lo tiene apagado —digo en voz alta.

—¿Sabéis con quién hablaba? —les pregunta el abuelo a las niñas. Ellas niegan con la cabeza en respuesta—. Pues no te podemos ayudar.

—¿Si viene por aquí le podéis decir que la estoy buscando? —les pido.

—Por supuesto.

Me despido de ellos y me voy a buscar a mi madre. He quedado con ella de acercarnos a la playa, que no se encuentra lejos de aquí, para pasar el día. Ha quedado con unos primos suyos que hace mucho tiempo que no ve. No es un mal plan, pero no me apetece nada irme sin hablar con Antía. Vuelvo a llamarla en tres ocasiones más antes de irnos, sin éxito, y le envío un mensaje:

Lucas

Preciosa, voy a pasar el día con mi madre a la costa. Necesito hablar contigo, tengo algo que contarte. Te veo después.

Espero poder hablar con ella cuando vuelva, no me gustaría ir a cenar con Maica sin que lo sepa. ¿Dónde se habrá metido esta mujer?



CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

El mundo se cae a pedazos a mi alrededor. Mi cuento de hadas empieza a difuminarse. Veo todo borroso por culpa de las lágrimas y ni la mano de mi amiga, acariciándome la espalda, me reconforta.

¡Si es que soy muy tonta! Siempre me fío de la gente y después acabo así, llorando desconsolada. Quería confiar en Lucas, parecía sincero cada vez que me ha dicho que soy especial para él. Me ha abierto su corazón, explicándome la historia de su hermano, y eso me hizo sentir única, pero parece que no soy suficiente. ¿Cómo puede pedirme que confíe en él? Las pruebas demuestran que me miente de forma descarada. Cada vez que recuerdo lo que vi esta mañana, mi corazón se retuerce y me cuesta horrores controlar el llanto. Ha conseguido que me enamore de él... y ahora esto.

—Antía, cariño —me susurra Gema—, conecta el teléfono y habla con él, seguro que hay una explicación.

—¡Esto es increíble! —le chillo enfadada—. ¿Cómo puedes defenderlo todavía?

—No lo defiendo, pero yo he sido testigo de cómo te mira y te recuerdo que, en una ocasión, ya te precipitaste juzgándolo.

—¡Joder, Gema! Lo he visto con mis propios ojos. Él sentado en la mesa de Maica y ella le acariciaba el brazo. Muy cerca el uno del otro.

—Que yo sepa, que dos personas hablen no es pecado. —La fulmino con la mirada—. Vamos a ver, cielo. Tú conoces a la perfección cómo es Maica. Por lo que dices, la que lo tocaba era ella.

—¿Y qué hacía él allí? —le pregunto. Necesito una respuesta creíble para que estas malas ideas se vayan de mi cabeza.

—Ahora Lucas también es socio de las bodegas. A lo mejor le fue a pedir alguna información contable—. Medito su respuesta, pues no es descabellada y tiene su lógica. En medio de mi silencio, Gema me acerca el teléfono y me lo da—. Creo que deberías hablar con él. Pídele explicaciones y aclara las cosas. A lo mejor estás aquí sufriendo por nada.

Asiento con la cabeza y procedo a encender mi teléfono. Tengo diez llamadas de Lucas y un

mensaje. También hay llamadas de mi hermano. Hay varios mensajes de grupos y otro de un número que no tengo registrado, pero no le doy importancia. Abro el mensaje de Lucas y lo leo. Por un lado, me alivia que me llame «preciosa» y me informe adónde va, pero la otra parte consigue ponerme más nerviosa todavía. Giro el teléfono y le enseño el mensaje a mi amiga. Gema sonrío.

—No sé si este mensaje me calma o me pone más nerviosa —le explico.

—¡Ay, Antía, hija! Es que tú siempre lo ves todo tan negro... —protesta Gema—. Primero, aclara las cosas y, después, llora si hace falta. Voy a por agua.

Pienso en sus palabras. Qué bien me vendría ahora la positividad de Gina. Estoy a punto de contestarle, pero no lo quiero hacer en caliente, así que prefiero esperar un rato. Reviso el resto de los mensajes que tengo hasta que llego al que me han enviado desde un número que no conozco. Lo abro y el corazón me bombea con rapidez en el pecho, noto, incluso, cómo se rompe, casi puedo ver los pedazos caer al suelo. Solo contiene una frase, el resto son fotos, concretamente tres.

—Nena, ¿estás bien? —No le respondo, no puedo—. ¡Antía!

La oigo, pero no soy capaz de apartar la mirada de mi teléfono y de las imágenes que veo en él. Gema me lo quita para saber qué me tiene tan paralizada y la oigo decir la frase en voz alta.

—«Él nunca cambiará. Siempre volverá a mí». ¿Qué mierda es esta? ¿Quién es esta tipa? —me pregunta.

En una de las fotos se ve a Idara rodear a Lucas con las manos el interior de su camiseta. En otra, están de frente y se sonríen, y en la tercera, salen besándose.

—Es una amiga de Lucas... con la que suele hacer los tríos.

Noto la mirada de pena que me dedica mi amiga. Creo que ahora se ha quedado sin argumentos, igual que yo. Pero se acabó, no pienso llorar más por él. Es posible que la imagen de esta mañana con Maica no fuera nada, pero estas imágenes hablan por sí solas, así que ya no me sirven las excusas. Le pido a mi amiga que me deje quedar esta noche en su casa, no puedo volver a la casona y encontrarme con él.

Estoy medio adormilada cuando oigo sonar mi móvil. No pienso hacer el mínimo esfuerzo en descolgar. Las otras tres ocasiones que ha sonado, y he visto el nombre de Lucas en la pantalla, también me he negado a cogerlo. Decido apagarlo para que no vuelva a molestarme, me doy la vuelta en la cama, que me ha prestado Gema, y me limpio las lágrimas con rabia. Aunque me he prometido no volver a llorar por él, soy incapaz de controlar mi tristeza.

—Antía, ¿has vuelto a apagar el teléfono? —pregunta mi amiga, entrando en la habitación.

—No quiero hablar con nadie —le pido.

—Tengo a Roi al teléfono. Quiere hablar contigo. —Me lanza el teléfono para no darme opción a queja.

—¿Qué pasa, Roi?

—Eso quiero saber yo. Tú desapareces y no me coges las llamadas, y Lucas anda desesperado de un lado a otro, buscándote.

—¿Hablas con ella? —Oigo preguntar a Lucas.

—Roi, por favor, no me lo pases, ahora no quiero hablar con él.

—¿Qué ha pasado, Antía? —me pregunta mi hermano preocupado.

—Nada. Ya te lo contaré. Ahora solo quiero estar tranquila —le pido.

—*Pásame el teléfono, quiero hablar con ella* —le pide Lucas.

—Pero ella no quiere hablar contigo —le explica mi hermano.

—*¡Joder! ¿Qué ha pasado para que no quiera hablar conmigo?* —pregunta.

Oír su voz y la pena que transmiten sus palabras hace que mi llanto vuelva a ser inconsolable.

—Roi, voy a colgar —le digo como puedo. Me separo el teléfono y aprieto el botón rojo.

Me tapo la cara con las manos y noto que el colchón se hunde a mi lado. Gema me rodea la cintura y acaricia mi pelo mientras me susurra palabras de calma. Me gustaría cerrar los ojos y volver a ayer, cuando todo me parecía fantástico y maravilloso.

Me despierto sobresaltada. Me he quedado dormida. No sé qué hora es y estoy algo desubicada. Rápidamente, recuerdo el motivo de tener los ojos hinchados y un gran dolor de cabeza. Me coloco boca arriba en la cama y me centro en el silencio. Pronto soy consciente de las voces que se oyen en otra estancia de la casa. Reconozco la de Roi y la de Gema. No hablan muy alto, pero con el silencio que hay en la casa, se entiende a la perfección su conversación.

—Vamos, Roi, no me fastidies. Yo he visto las imágenes con mis propios ojos. Primero, lo pilló en una actitud muy íntima con Maica y, ahora, las fotos. Yo he sido la primera en pedirle que no se hiciera películas y hablara con él, pero ahora ya no estoy tan segura de su inocencia —le explica mi amiga.

—Yo estoy convencido de que todo es un malentendido. Tú has visto cómo la mira. La adora, está loco por ella.

—Entonces, ¿por qué no está aquí contigo? —le pregunta Gema. Eso me gustaría saber a mí también.

—Ha salido a cenar con Maica —le dice mi hermano, bajando el tono de voz.

—*¡Joder, Roi! Y me lo dices tan tranquilo* —le grita Gema.

—*¡Chist! La vas a despertar. Y no es lo que parece.*

Mis ojos se empiezan a llenar de lágrimas de nuevo, esas que yo pensaba que se habían agotado. Me prometí no volver a llorar por su culpa, pero es que no puedo controlarlo.

—Vale, pues explícame lo que pasa para que yo pueda entender que no es lo que parece. Ella los pilló muy cerquita el uno del otro y ahora se van a cenar juntos. Ya puede haber una buena excusa.

—No puedo decirte nada. Pero no es lo que piensas —asegura mi hermano.

—*¿Y qué me dices de las fotos?*

—No tengo ni idea, ¿vale? —se empieza a desesperar mi hermano—. No sabía nada de esas fotos y no he podido hablar con él. Mañana lo haré. Voy a entrar a verla.

Al oír sus palabras, me seco con rapidez las lágrimas y me giro para hacerme la dormida. No tengo ganas ni fuerzas para hablar con mi hermano. La cama se hunde a mi lado; Roi está sentado y acaricia mi pelo con cariño. Estoy convencida de que sabe que estoy despierta, pero aun así, respeta mi decisión de no hablar con él. Suspira derrotado, como si se sintiera culpable de algo.

—Todo se va a arreglar —me susurra—. Te lo prometo.

Me da un beso en la cabeza y sale de la habitación, dejándome sola y demasiado triste.



CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

¿Por qué tengo la sensación de que todo se tuerce? Si ya me parecía una idea pésima ir a cenar con Maica, ahora me parece un horror. El hecho de no poder hablar con Antía y explicarle el motivo de mi salida con la contable me crea cierta ansiedad. Encima, no puedo entender por qué no quiere hablar conmigo. No sé el motivo, qué ha podido pasar para que no quiera verme. ¿Puede ser que Maica le haya dicho que vamos a cenar? Eso sería una auténtica mierda. Suspiro y acabo de peinarme delante del espejo. Ahora que estamos cerca de saber qué pasa con Maica no puedo dar marcha atrás.

Cojo las llaves del coche, voy a la habitación de mi madre y me despido de ella, dejándola medio dormida. Ha sido un día intenso para ella. Se ha reencontrado con parte de su familia, a la que hacía muchos años que no veía, y ha sido un momento bastante conmovedor. Me monto en el coche e inserto en el GPS la dirección que me dio Maica de su casa. Al llegar la veo en el portal, ya me espera. Intento sonreír, pero me sale más una mueca. «Vamos, Lucas, solo es una cena», me animo a mí mismo. Para mí, solo es eso, quizá ella espera algo más, pero yo no puedo alejar mis pensamientos de Antía. Intento averiguar que habrá pasado para que se niegue a hablar conmigo.

—¡Hola! —me saluda coqueta. Me da dos besos, que me incomodan por la cercanía de sus labios a los míos.

—¡Hola! ¿Adónde vamos? —le pregunto directo y un poco borde.

Joder, no quiero que se haga ilusiones, pero soy consciente de que si no la tengo contenta no va a hablar. Me indica por dónde ir. Pasamos varias calles y aparcamos. Nos adentramos en un pequeño restaurante, bastante íntimo. «Lo que me faltaba», pienso. El camarero nos indica una mesa, pegada a la cristalera. Le pido si nos puede poner en una más al interior y este no se opone. Veo una sonrisa en la cara de Maica. Por supuesto, no ha interpretado de manera correcta mi petición. Lo que quiero evitar es que más gente de la necesaria nos pueda ver, no la intimidad que ella se imagina.

—¿Va todo bien? No tienes buena cara —me pregunta, una vez sentados.

—Estoy algo cansado. Hoy hemos ido a la costa con mi madre.

—Bueno, pues después, en vez de ir de fiesta, podemos ir a mi casa a tomar la última.

Le sonrío sin afirmar ni negar nada. A ver cómo narices voy a arreglar todo este lío. Lo último que voy a hacer esta noche es ir a su casa.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en las bodegas? —le pregunto para meterme en el tema y cortar sus pensamientos.

—Hace unos cuantos años. Primero, las llevó mi padre. Somos vecinos de los Ulloa desde siempre.

—¿Siempre son así de aburridos? —le pregunto para encarar el tema que me interesa.

—Sí. Siempre han tenido un ego bastante grande. Se creen superiores a los demás por poseer unas bodegas, sobre todo Antía —me dice de manera despectiva.

En ningún momento, desde que los conozco, he tenido la sensación de que se consideraran mejor que nadie, al revés, es gente muy cercana y amable.

—¡Vaya! ¿Veo que no te llevas muy bien con Antía?

—Siempre me ha tenido mucha envidia. Cuando teníamos dieciocho años, Anxo y yo fuimos novios. Estuvimos un año juntos hasta que ella se metió en medio, le llenó la cabeza de comentarios en mi contra, y Anxo me dejó. Poco después, ellos se liaron. No eran novios, pero sí amigos con derecho a sexo. Hasta que murió Ester, la cuñada de Antía.

La rabia que desprenden las palabras de Maica me impresiona. La que parece tener mucha envidia de Antía es ella y eso me pone en alerta. Lo que me trastoca un poco el corazón es que, aunque lo imaginaba, Antía se haya acostado con Anxo. Ya sé que soy la persona menos indicada para ponerme celoso, pero por eso no deja de doler menos.

—Pues no parece tan mala persona —le sigo la corriente.

—No, tiene esa cara de mosquita muerta que consigue engañar a todo el mundo, pero conmigo no cuela. Algún día volveré a conseguir lo que fue mío. Es una pena que las bodegas no vayan tan bien y que tengan tantos problemas con las mangueras. —Suelta una carcajada que me hace estremecer.

Madre mía, cuánta rabia hay en esta mujer. Me sorprende que haya comentado lo de las mangueras, cuando casi nadie sabe nada de ese tema.

—¿Qué pasa con las mangueras? —le pregunto, haciéndome el tonto—. No sabía que las bodegas no fueran bien.

—Tienen muchos problemas económicos. Y más que van a tener. Solo es una pequeña lección que tienen que recibir para que bajen de su pedestal. —Su sonrisa es maligna.

Ya no me cabe duda de que quién está detrás de todo es ella. Incluso de las mangueras cortadas. Después le enviaré un mensaje a Roi para explicarle todo.

—Veo que lo tienes todo muy calculado —le comento e intento sacar una sonrisa que sea lo más real posible.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar eso? —me contesta con burla—. Pero dejemos de hablar de los Ulloa. Hay temas más interesantes que comentar contigo.

Alarga su mano y me acaricia el brazo. Aprieto la mandíbula para intentar que no se me note la incomodidad que me hace sentir que esta mujer me toque. Menos mal que el camarero se acerca a tomarnos nota y ella rompe su contacto conmigo.

Cuando estamos empezando a cenar, suena mi teléfono. Es Damián. Me disculpo con Maica y me levanto para salir y contestar la llamada.

—¡Hola, tío! No sabes qué oportuna es tu llamada. Estoy cenando con Maica y necesitaba alejarme de ella. Menuda arpía es esta mujer. Los Ulloa tienen un gran enemigo en casa.

—Oye, Lucas, mi llamada no es de cortesía —su tono de voz, tan serio, consigue alertarme.

—¿Pasa algo? —pregunto inquieto.

—Estoy en el hospital. A tu padre le ha dado un ataque al corazón. Está vivo, pero muy grave. Lo siento, hermano, pero creo que tendríais que volver lo antes posible.

No sé cómo soy capaz de retener el teléfono y que este no caiga al suelo. Me cuesta asimilar las palabras de Damián.

—¿Cómo ha sido? ¿Mi hermana sabe algo? —le pregunto.

—La he llamado antes que a ti. Fue Paola la que llamó a la ambulancia. Le estaba llevando la cena, tu padre se quejó de que le dolía el brazo y, al levantarse de la silla, se desplomó. Paola llamó en varias ocasiones a tu hermana, pero estaban en una cena y no escuchó el teléfono, así que decidió llamarme a mí.

—Está bien. Gracias, Damián. Voy a por mi madre y regresaremos lo antes posible.

Me despido de mi amigo, aún un poco aturdido por la noticia, y entro en el restaurante para explicarle a Maica lo que ha ocurrido y marcharnos.

—¿Quieres que te deje en casa?

—Te lo agradecería. Espero que solo sea el susto y tu padre se recupere pronto. Si vuelves por aquí, ya sabes dónde encontrarme y acabaremos la noche.

No le contesto. Pago la cena y nos montamos en el coche. La dejo en su casa, sin muchas florituras, ya tengo la información que necesitaba y ahora mismo tengo asuntos más prioritarios en los que pensar.

Llego a la casona, aparco y me dirijo a avisar a mi madre. Sentado en el porche está Roi. Se levanta al verme, parece que me esperaba.

—¿Qué tal, Lucas? ¿Has podido hablar con Maica? ¿Te ha dicho algo? —me pregunta sin dejarme responder. Nuestras miradas se cruzan, y entonces se da cuenta de mi estado—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza. Me cuesta hablar. La relación con mi padre siempre ha sido muy difícil; incluso, ha habido ocasiones en que no me importaba que él no estuviera con nosotros. Quería que desapareciera esa presión que siempre ejerce. En cambio, ahora que sé que está mal y puede morir, algo se remueve en mi interior y siento un gran vacío.

—¿Tienes una copia de la llave de la habitación donde está mi madre? —le pido. Es tarde, y si me pongo a llamar como un loco a la puerta, puede ser peor.

—Por supuesto. Tenemos copias de todas las habitaciones. Oye, ¿va todo bien? ¿Ha pasado algo?

—A mi padre le ha dado un ataque al corazón. Está grave. Tengo que avisar a mi madre y marcharnos lo antes posible —le explico. A medida que me salen las palabras parece que me cuesta más respirar.

—¡Joder! Siéntate, mientras busco la llave. ¿Quieres beber algo?

Niego con la cabeza. No se lo digo, pero necesito que se dé prisa y acabar con esto de una vez. No pasan ni dos minutos que ya está de vuelta.

—Ven, te acompaño.

Me levanto y vamos a la habitación de mi madre. Como imaginaba, está todo apagado y ella duerme. Roi me espera en la puerta, para darnos intimidad, pero cerca por si necesitamos algo. Me siento en la cama con cuidado, al tener la puerta abierta entra un poco de claridad, así que no necesito encender ninguna luz. Muevo a mi madre despacio para que no se asuste al despertarse.

—Mamá, despierta —le pido con calma. Se remueve y se gira para mirarme.

—¿Qué hora es? —me pregunta. Pero sé que es consciente de que algo no va bien.

—Me ha llamado Damián. Papá está en el hospital. Le ha dado un ataque al corazón. Tenemos que irnos.

—¡Dios mío! —responde y se tapa la boca con la mano.

Enciendo la luz y me doy cuenta de que está pálida. La abrazo con fuerza y la oigo sollozar. Dejo que se desahogue, pero no disponemos de mucho tiempo. No sé cuándo será el próximo vuelo y tenemos que ir al aeropuerto cuanto antes.

—Hay que hacer las maletas. ¿Te ayudo? —le pregunto. Niega con la cabeza, se limpia las lágrimas y se pone en marcha—. Voy a hacer la mía. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. ¿Y tú?

—Creo que sí. —Beso su cabeza y me voy a mi habitación.

Tengo poca ropa y la meto en la maleta sin molestarme en doblarla mucho. Roi está conmigo en la habitación. Mira cómo hago las cosas, pero no me dice nada.

—Roi, ahora no estoy muy centrado, pero creo que es importante que vigiléis a Maica. Trama algo y, por sus comentarios, no dudo de que ella está detrás del tema de las mangueras. Cuando esté más tranquilo, te llamo y lo hablamos.

—¡Joder! No te preocupes, la tendremos vigilada. Ahora tienes que centrarte en tu padre, lo otro es secundario.

—¿Crees que podrías llamar a Antía para despedirme de ella? —le pido.

—Lucas, ella no está en la casona. Se ha quedado a dormir con Gema. No quiero preocuparte, pero Antía te vio con Maica. —Levanto la cabeza para centrarme en él.

—Cariño, ya estoy preparada. Creo que deberíamos irnos ya —nos corta mi madre inquieta.

No puedo preguntarle nada más. Algo me imaginaba y duele, pero ahora tengo que centrarme en mi familia.

—Dile que la llamaré y le explicaré todo —le pido a Roi.

Nos subimos en el coche y ponemos rumbo al aeropuerto. Me voy roto, demasiados problemas juntos.



CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Estamos a punto de acabar la vendimia. Han pasado tres semanas desde que Lucas se fue a Italia y yo sigo muy triste, no puedo evitarlo. Sé que mi hermano sabe todo lo que ha pasado y que se lo ha explicado a mi padre, pero por mucho que les he insistido en que me dijeran lo que saben, no han querido meterse. Me han pedido mil veces que hable con él, pero no tengo fuerzas. Es una pena que las cosas entre nosotros acabaran así; llegó un momento en que incluso pensé que podría ser él, quería que Lucas fuera esa persona con la que compartir mi vida, con la que disfrutar de las pequeñas cosas del día a día. Como levantarse por la mañana y disfrutar juntos del desayuno, o dormir enroscados el uno en el otro. Pensé que podría ser más, a pesar de todo lo que nos separaba. Me engañé al ver en sus ojos cosas que no eran y así me encuentro ahora, con una vida un poco más vacía cada día que pasa.

Lucas suele escribirme mensajes casi cada día, cortos y escuetos, pero que espero como agua de mayo, aun sabiendo que me dañan más todavía. Suele darme los «buenos días» y las «buenas noches». Lo que más me duele son sus «tenemos que hablar» o «te echo de menos». Sé por mi hermano, que es quien suele hablar con él para los temas de la bodega, que su padre sigue muy delicado. Por Carola sé que no hace más que trabajar y que parece un alma en pena. Supongo que, aunque nunca se ha llevado bien con su padre, el hecho de que esté entre la vida y la muerte debe de afectarle bastante. En el fondo, su animadversión de los últimos años es dada por la mala gestión de sus sentimientos ante la pérdida de Matteo y, aunque papá Mancini nunca haya sido una persona fácil al trato, hay un cariño de padre a hijo y viceversa.

—¡Por fin hemos acabado! —chilla Anxo a mi lado.

Se oyen los gritos de alegría de todo el personal que nos rodea. Este año, con la inyección económica de Lucas, hemos podido contar con más gente, así que el proceso también ha sido más rápido. Todavía queda mucho trabajo por delante, pero lo más laborioso ya está hecho. Sonrío al ver el júbilo que hay a mi alrededor, aunque no tenga ganas de reír, es imposible no contagiarse de la felicidad de todos.

Por hoy hemos acabado la jornada. Ahora toca una merecida ducha, cenar y descansar, que todos estamos molidos.

—No puedo creer que hayamos acabado —comenta mi hermano aliviado, mientras se sienta a mi lado en el porche.

Ya hemos cenado y, como la temperatura todavía es agradable, he salido a desconectar un poco y disfrutar del aire libre.

—Este año todo ha ido rodado. Y al haber más gente, hemos avanzado más rápido. —Asiente con la cabeza y no me dice nada más.

Los dos nos perdemos en nuestros pensamientos, mientras nos dejamos mecer por el susurro de los árboles y el sonido de los grillos y demás insectos. Hasta que una voz femenina nos saca de nuestro mundo.

—¡Hola! —nos saluda Gina. A mi hermano se le ilumina la mirada al verla—. Espero no molestar.

—¡Hola, cielo! —la saluda Roi, que se levanta y le da un beso suave en los labios. Gina se acerca a mí y nos damos dos besos.

La relación de Roi y Gina va viento en popa. Lo llevan a su ritmo, sin presiones, y cociendo a fuego lento un amor que, aunque es distinto al que mi hermano tenía con Ester, es bonito, puro y grande. Ya han pasado algunas tardes con las niñas, que se han tomado con total normalidad el tener a Gina cerca.

—Tenéis cara de cansados. ¿Habéis podido acabar? —nos pregunta la recién llegada.

—La recogida sí. Todavía falta trabajo que realizar, pero el más duro de campo ya está hecho. ¿Qué tal tu día?

Los dos se lanzan a explicarse varios de los acontecimientos que han sucedido en su jornada. Yo desconecto e intento no mirarlos. Me alegro mucho de que mi hermano haya levantado cabeza y sea tan feliz con Gina, pero no quiero ser masoquista y regodearme en mi miseria por lo que ellos tienen y yo no. Cuando estoy a punto de levantarme para ir a dormir, el teléfono de Roi suena. Está en la mesa y no puedo evitar que mi mirada vaya directa a la pantalla. Mi corazón se acelera al ver su nombre. Mi hermano recupera su teléfono y descuelga, sin dejar de mirarme.

—¿Qué tal, Lucas? —lo saluda. No oímos lo que Lucas contesta, pero la cara de Roi cambia y nos damos cuenta de que algo pasa—. ¡Joder, tío! Lo siento mucho. Te acompañamos en el sentimiento.

Cierro los ojos con fuerza y me froto la cara. Eso solo puede significar una cosa... que su padre ha fallecido. Aunque estoy muy enfadada con él por engañarme y hacerme creer cosas que no son, siento mucho su pérdida y sé que la familia lo debe de estar pasando muy mal.

—Ha fallecido el padre de Lucas. —Oigo decir a mi hermano. Estaba tan metida en mis pensamientos que no he sido consciente del resto de la conversación—. Hay que decírselo a papá, dado que ahora es nuestro socio, creo que sería conveniente que alguien de la familia fuera al funeral.

Está bastante claro que esa voy a ser yo y, aunque me va a costar enfrentarme a él de nuevo, en ningún momento se me pasó por la cabeza no ir.

—Iré yo —afirmo convencida.

—¿Estás segura? —me pregunta Roi.

—Cuando estuve allí me trataron muy bien. Es una fuerza mayor y ya somos adultos para separar unas cosas de otras.

—Está bien. Voy a intentar reservarte un vuelo y hotel lo antes posible. Lucas me ha enviado la dirección del tanatorio, así que te guardo algo por allí cerca.

—Si me das la dirección lo puedo hacer yo —le pido.

—No te preocupes. Encima que tienes que ir tú, ya me ocupo yo del resto. —Caramba con mi hermano, cómo se nota que quiere ganar puntos con la novia—. Vete a descansar, que lo necesitas.

No pienso protestar, si no me tengo que preocupar de nada, mejor. Me despido de ellos y me voy a mi habitación, antes de acostarme busco algo de ropa y me preparo la maleta, por si acaso tengo que correr.

Me despierto temprano, he dormido poco y mal. Necesito relajarme, así que Apolo y yo realizamos nuestra salida matutina. Roi me envió un mensaje donde dice que el vuelo sale a las cuatro de la tarde, así que me espera a las once para llevarme al aeropuerto. También tengo un *e-mail* con toda la información necesaria para el viaje. Esta vez se lo ha currado de verdad.

Cuando estoy de vuelta de nuestro paseo por el bosque, llamo a la puerta de doña Sabela. Debo decirle que me voy, por si necesita cualquier cosa que se la pida a Roi.

—¡Doña Sabela! —la llamo. No tarda en abrirme.

—Buenos días, nenita —me saluda—. ¡Si que has madrugado hoy!

—Buenos días. Espero no haberla despertado. —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Tengo que irme a Italia. El padre de Lucas ha fallecido. Se lo digo porque cualquier cosa que necesite, puede pedírselo a Roi o a Anxo.

—No te preocupes por mí. Yo voy a estar bien. Tú ve y arregla tus cosas —me pide.

—Solo voy al entierro y vuelvo. No tengo nada que arreglar —le contesto enfadada.

—Ay, esta juventud no se entera de nada. Aunque no lo creas, este viaje va a ser un punto de reflexión en tu vida. Cuando vuelvas, vas a tener que tomar decisiones importantes. Déjate llevar por el corazón. Es momento de ser feliz. No hay nadie que se lo merezca más que tú.

Ya estamos con las charlas raras de doña Sabela. Intento no hacer mucho caso a sus consejos, pues las cosas están bastante claras y no hay nada que se pueda hacer.

—No me líe la cabeza, doña Sabela. Cualquier cosa que necesite, ya sabe.

—Lo sé, nenita, lo sé.

Me despido de ella hasta la vuelta y la dejo hablando sola.

—No se puede escapar del destino. —La oigo decir a lo lejos.

Ruedo los ojos, ahora que ella ya no me ve.

Me ducho, acabo de recoger mis cosas y bajo a encontrarme con mi hermano para que me lleve al aeropuerto. Me despido de mi padre y mis sobrinas. Le doy un achuchón a Apolo y nos vamos, todavía tenemos una hora de trayecto.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Roi, muy cerca ya de nuestro destino.

—Creo que sí. Voy al funeral y vuelvo. No tengo que verle la cara más tiempo —aseguro convencida. A mi hermano le entra un raro ataque de tos—. ¿Estás bien?

—Sí, solo se me ha ido la saliva. Cuando tengas el vuelo de regreso, me avisas para recogerte. Y si necesitas algo, llámame.

—Vale. Intenta estar pendiente de doña Sabela por si necesita alguna cosa.

—Tranquila, me pasaré por allí. —Aparca el coche y me mira—. Antía, intenta hablar con Lucas. Os irá bien a los dos poner las cartas sobre la mesa.

—No creo que tengamos tiempo y no creo que sea el momento adecuado. —Suspira, pero no me dice nada más, dándose por vencido.

Nos despedimos, me interno en el aeropuerto, paso los controles y me siento a esperar mi

vuelo. Mientras leo un libro para matar el tiempo, me llega un mensaje de mi hermano que me hace arrugar el ceño extrañada.

Roi

Lo siento. Pero creo que será bueno para ti.

Por el altavoz anuncian el embarque de mi vuelo, así que, entre que no lo entiendo y que tengo que subir al avión, no le contesto. Lo haré cuando llegue.

Cinco horas después aterrizo en Florencia. Me he pasado el vuelo dormitando, así que bajo medio despistada mientras busco dónde tengo que coger el taxi para que me lleve al hotel que me ha reservado Roi. Se abren las puertas de salida de los vuelos y me dirijo al exterior, buscando en mi teléfono la dirección que tengo que informar al taxista.

—¡Antía! —Oigo que me llaman y conozco esa voz a la perfección.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto a Lucas como si no fuera obvio que viene a buscarme. Entonces, me acuerdo del mensaje de mi hermano y me cago en su estampa—. Lo voy a matar.

—No te enfades con tu hermano, yo se lo pedí.

Me hago la indignada, aunque en el fondo, una parte de mí, la que está en mi pecho al lado izquierdo, salta de alegría porque Lucas haya venido a recogerme. Está más delgado y tiene ojeras. Supongo que han sido unas semanas complicadas. Se acerca más a mí y me coge de la mano, nuestras miradas se encuentran y me encojo al ver el sufrimiento de sus ojos.

—Lo siento mucho —le digo, abrazándome a su cuerpo.

Es como si estuviera en casa. Estoy tan bien entre sus brazos que, por un momento, me olvido del daño que me ha hecho y disfruto del contacto de nuestros cuerpos.

—Gracias por venir —me dice, separándose de mí—. Vamos, todavía tenemos un rato de viaje.

Recupero mi maleta y le sigo, mientras le envío un mensaje a mi hermano.

Antía

Eres hombre muerto.



CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Es increíble la sensación de calma que me genera tenerla a mi lado. Es como si hubiera retenido la respiración todas estas semanas y, ahora, al verla, lo hubiera soltado de golpe y pudiera respirar con tranquilidad. En el aeropuerto me resistí a besarla, pues me moría de ganas, pero su abrazo fue increíble. Estos últimos días han sido una locura; visitas al hospital cada día, las bodegas, la vendimia... Todo se ha juntado y no he podido parar ni un solo momento; no me quejo, me ha ido bien para no pensar. Pero ahora ya necesitaba la paz que me aporta la compañía de Antía, por eso no perdí la oportunidad de coger como cómplice a Roi y organizar todo para venir yo a buscarla. Por supuesto, no pienso dejar que se vaya a dormir a un hotel, la quiero a mi lado. Sé que el golpe de la muerte de mi padre será más llevadero si ella está cerca, pero tenemos muchas cosas que aclarar y este trayecto es el momento ideal; la tengo en el coche y, a no ser que salte, cosa que espero no haga, no puede escapar de nuestra conversación.

Es una de las recomendaciones de mi psicóloga. Tuve que volver a su consulta dos días después de regresar de España. Necesitaba ayuda para afrontar todos los pensamientos que generaba mi cabeza, identificar mis sentimientos por todo lo ocurrido. Le expliqué cómo me sentía con Antía, que me hacía bien tenerla cerca y que todo era más llevadero. Me comentó que una parte importante, para entender lo que me pasa, era abrir mi corazón y dialogar. La miré mal, con lo que a mí me cuesta hablar de lo que siento, me parecía imposible, pero después de varias charlas conmigo mismo, llegué a la conclusión de que tenía toda la razón. Así que no pienso esperar más para aclarar con Antía los temas que tenemos abiertos y decirle todo lo que siento.

—Antía, te debo una explicación.

—No necesito ninguna explicación, Lucas. Y no creo que este sea el momento adecuado para hablar de nada —me contesta enfadada. No me mira, sus ojos están fijos en la ventanilla.

—Es el momento perfecto y no pienso dejarte bajar del coche sin haber aclarado lo que viste —le digo convencido.

—Creo que todo está bastante claro cuando, después de lo que vi, te fuiste a cenar con ella — replica.

—Tienes razón, pero todo tiene una explicación. Cuando Maica aceptó cenar conmigo, te busqué toda la tarde para contarte por qué iba a salir con ella. No quería que alguien me viera y

ocurriera justo lo que ha pasado, que llegaras a pensar cosas que no son. —Noto que gira la cabeza para mirarme. Está sorprendida.

—¿Y cuál es ese motivo? —me pregunta curiosa.

—Salí con ella para sacarle información.

—¿Información? ¿Qué necesitabas saber que nosotros no pudiéramos darte?

—Damián y yo revisamos la contabilidad de las bodegas y encontramos varias anomalías que nos llamaron la atención. Hablé con tu padre y le comenté nuestras sospechas. Aprovechamos mi viaje a Galicia para planear la manera de averiguar qué pasaba. —Durante mi explicación, Antía no ha dejado de mirarme y su cara expresa su sorpresa—. Decidimos que fuese yo quien me acercara a Maica para no levantar sospechas. Bueno, en realidad, fue idea de tu hermano, que incluso me amenazó.

Le sonrío para sacar hierro al asunto. Está sin palabras, no tengo claro si es por descubrir que Maica los está perjudicando o por enterarse de que todo lo que ella imaginaba no era verdad.

—A ver que yo me entere. ¿Me dices que Maica nos roba y que mi hermano te pidió que salieras con ella para averiguar qué hacía? —me pregunta alucinada.

—Más o menos. Tu hermano me enchufó la investigación y yo tuve que buscar la manera de acercarme a ella. Tu familia no quería que te enteraras por si corría la sangre antes de tiempo, pero yo no estaba cómodo. Me prometí que si conseguía que Maica confiara en mí y la podía llevar a cenar para sacarle información, te lo contaría todo. Pero nos viste y no pude llegar a hablar contigo —le explico—. Te pedí que confiaras en mí, Antía. No puedes huir cada vez que tienes una duda.

Me giro un momento para mirarla y veo sus lágrimas descender por sus mejillas. Cuando ve que me doy cuenta, se las limpia con rapidez. Busco una de sus manos, sin perder de vista la carretera, uno nuestros dedos y me la acerco a la boca para besarla. Noto cómo su cuerpo se mueve por el llanto, así que decido parar el coche.

—¡Eh, nena! ¿Qué pasa? —le pido. Giro mi cuerpo en el asiento para poder verla mejor.

—Lo siento, es que... —No acaba la frase y eso me hace sospechar que hay algo más.

—¿Hay algo más que quieras preguntarme? Por favor, no te quedes nada. Mírame —le pido y levanto su barbilla con mis dedos—. Estas semanas, que hemos estado separados, me he dado cuenta de que estoy loco por ti. Te quiero a mi lado, nena. No quiero que nada pueda separarnos, te necesito aquí, conmigo.

El llanto no cesa, al contrario, su cara cada vez está más mojada. Le limpio las lágrimas con mis dedos y beso su frente. Espero a que se calme, no tengo prisa, solo quiero que sea consciente de cómo la quiero. Veo que saca el teléfono del bolso, lo desbloquea y busca algo; cuando lo encuentra, lo gira y me lo enseña.

—¿Y qué hago con esto? —Cojo el teléfono y miro las fotos que me enseña—. Quiero confiar en ti, pero cada vez que las cosas van bien, sale algo que me hace sospechar. No sé si voy a ser capaz de vivir así. Necesito... no sé lo que necesito.

Se frota la cara, angustiada, y yo vuelvo la vista a las fotos de nuevo. Recuerdo ese día y las fotos están cogidas justo en los momentos oportunos. Miro el número y lo reconozco de inmediato, es el de Idara, lo que no puedo entender es el motivo de estas fotos. Nunca hemos sido exclusivos el uno con el otro, en ningún momento fuimos novios ni nada parecido, lo que lo hace más raro todavía. Me va a tener que dar explicaciones.

—Antía, estas fotos son reales. Es verdad que ella me tocó e incluso me besó, pero lo que no sale en estas fotos es que yo la rechacé y le pedí que no lo volviera a hacer —le explico. En este

momento me siento impotente, ya que no le puedo demostrar nada—. Yo no tengo fotos, así que tendrás que confiar en mi palabra.

No me contesta, solo me mira. Seguro que su corazón le dice una cosa y su cabeza otra. Es jodido cuando se contradicen y no sabes para dónde tirar. Le devuelvo el teléfono y arranco el motor de nuevo.

—Vamos a seguir el camino, los dos estamos cansados y tengo ganas de llegar.

Hacemos el resto del trayecto en silencio, solo con la música de fondo. Haré todo lo posible para demostrarle lo importante que es para mí, pero creerme solo depende de ella.

Cuarenta minutos después, aparco el vehículo en mi casa. Antía se ha quedado dormida, así que intento despertarla con cuidado.

—Antía, nena. Ya hemos llegado. —Abre los ojos despacio y mira alrededor con curiosidad.

—¿Qué hacemos en tu casa? —pregunta sorprendida.

—No creerías que iba a dejarte ir a otro sitio, ¿verdad?

—¿Y el hotel que ha reservado mi hermano?

—Un pequeño montaje, no se lo tengas en cuenta. —Le sonrío y ella niega con la cabeza.

Mi madre sale a la puerta para recibirnos y se une a Antía en un gran abrazo. Ya es tarde, pero mi madre nos ha preparado algo para cenar, así que nos sentamos e intentamos llenar un poco el estómago antes de irnos a dormir. Hablamos de los horarios de mañana, tanto para el tanatorio como para el entierro. Va a ser un día largo, nuestra familia es muy conocida por las bodegas y seguro que desfilará mucha gente para expresarnos sus condolencias.

Acompaño a Antía a su habitación, la misma que ocupó la otra vez.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme. Hasta mañana —me despido de ella. La acerco a mí, la abrazo y dejo un beso en su frente.

Me muero por dormir con ella, por abrazarla a mi cuerpo durante toda la noche, por enredar nuestras piernas y disfrutar de ese olor a flores que me vuelve loco, pero no se lo digo. Necesito que sea ella la que dé el paso. Es importante que crea en mí y que esté segura de que ella es «mi única».

—Gracias por dejarme quedar en tu casa y por ir a buscarme al aeropuerto —me sonrío tímida—. Hasta mañana.

Cierro su puerta y me voy a mi habitación, me ducho y me estiro en la cama. Va a ser realmente complicado dormir, sabiendo que ella está tras la pared de al lado.

No sé cuánto tiempo pasa cuando oigo unos toques en la puerta. Me incorporo y doy paso. Se abre la puerta y la veo al otro lado. ¡Jodida morena, qué preciosa es!

—No puedo dormir. ¿Podría quedarme aquí contigo esta noche? —me pide.

Doy unos golpes en la cama con mi mano para pedirle que se ponga a mi lado. Me sonrío y corre a meterse en la cama. Rodeo sus hombros con mi brazo y la acerco a mi cuerpo. Antía me rodea la cintura con su brazo y la oigo suspirar. Parece que ella necesitaba, tanto como yo, el contacto de nuestros cuerpos. Soy un tío muy afortunado.



CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Unos tímidos rayos de luz me despiertan. Me estiro como un gato, he dormido como una reina, hacía muchos días que no dormía igual. El motivo es, sin duda, el cuerpo que me ha arropado durante toda la noche. Cuando recuerdo las caricias de Lucas o lo relajante que es escuchar el latido de su corazón, mi cara se ilumina con una sonrisa. No me da tiempo a disfrutar de mis pensamientos cuando la puerta se abre con tanta rapidez y fuerza que, incluso, rebota en la pared. Pego un salto y me incorporo asustada.

—¡Hola! —me saluda un pequeñajo delante de la puerta con una gran sonrisa, a la vez que otro muy parecido a él se pone a su lado—. *¿Edes la novia del tío Lucas?*

Su pregunta me deja un poco aturrida, todavía estoy medio dormida y no sé qué contestar a eso.

—¿Por qué no contesta? —le pregunta el otro niño.

—A lo *mejod* no es de *vedad*. *¿Y si es un fantasma?* —Menuda imaginación.

De pronto se oye un gruñido y dos brazos rodean a los pequeños, alzándolos. Los pequeños chillan como locos a la vez que ríen.

—¿Se puede saber que hacéis molestando a mi invitada? —les pregunta Lucas.

—Queríamos saber si era tu novia —le responde uno de los pequeños—. *¿Sabes que no habla?*

Lucas me mira y sonrío. Ya está vestido. Lleva un traje negro con una camisa blanca y una corbata muy fina del mismo color que el traje. Nunca lo había visto tan elegante y está realmente guapo. Deja a los pequeños en el suelo, delante de él, y nos presenta:

—Antía, él es Gio, y él, Piero —me dice, señalándolos—. Chicos, ella es Antía.

—*Pedo ¿es tu novia?* —insiste Piero.

—Venga, enanos, que vuestra madre os espera para desayunar. —Los acompaña a la puerta, les da una suave patada en el culo a cada uno y ellos se ríen como locos.

—Lo siento. Estos dos son unos bichos —se disculpa, una vez entra en la habitación de nuevo y cierra la puerta.

—Hablan muy bien el español —le comento curiosa.

—Sí. Con mi hermana hablan español y con mi cuñado, italiano. Con el resto, lo que les apetece. —Me sonrío y se sienta en la cama—. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que sí. Estaba muy cansada. ¿Y tú?

—Hacía muchos días que no dormía tan bien. —Acerca su mano y retira un mechón de mi pelo—. Estás preciosa en mi cama.

Noto mis mejillas arder, debo de estar roja como un tomate. Todavía no tengo fuerzas para hablar de nuestra relación. Es verdad que me encanta estar con él, lo que siento por Lucas es muy fuerte y nunca lo he sentido con ningún otro hombre. Cuando estoy lejos de él me siento vacía, todo funciona mejor a su lado, pero hay cosas que nos separan, sobre todo la distancia. Yo tengo mi vida en Galicia, con mi familia, y se me rompe el alma solo de pensar en tener que separarme de ellos. En cambio, Lucas, ahora más que nunca, debe estar al mando de las bodegas. Así que lo tenemos complicado. Intento no pensarlo, hoy nos toca un duro día, sobre todo para la familia Mancini.

—¿Cómo estás? —le pregunto, mientras levanto la mano para acariciar su cara. Su barba de varios días raspa un poco, pero es una sensación agradable.

—La verdad es que no lo sé. Me cuesta identificar lo que siento. Mi relación con mi padre nunca fue buena, siempre ha sido un hombre muy severo y recto. No recuerdo haber recibido una caricia por su parte, siempre nos exigía más y más. Después de la muerte de Matteo, todo fue a peor. Ya no hablábamos, sino que discutíamos. Para él, todo lo que yo hacía estaba mal; siempre me culpó de la muerte de mi hermano y, en muchas ocasiones, llegaba a ser, incluso, mezquino. Nunca me imaginé que iba a estar tan triste al saber que ya no voy a verlo nunca más.

Me acerco a él y lo abrazo. No le digo nada. Ninguna palabra sirve para consolar después de una pérdida. Las penas se suelen superar con el tiempo. Me separo de él y nuestras miradas se encuentran. No puedo evitar besarlo. ¡Dios, cómo me gustan sus labios! Rompemos el beso, pero no el contacto. Apoya su frente en la mía y suspira complacido.

—Debería ir a vestirme —le digo, separándome de él para levantarme de la cama.

—Antía —me llama cuando ya tengo el pomo de la puerta en la mano—, no te alejes mucho, ¿vale?

Mi corazón se encoge al mirarlo, parece un niño pequeño que se encuentra perdido.

—He venido para estar a tu lado, Lucas.

Me sonrío complacido. Abro la puerta y voy a mi habitación a prepararme para el entierro.

Bajo las escaleras y me encuentro a toda la familia en la cocina. Todos están ya vestidos. En la mesa descansan varias tazas, tostadas y pastas varias.

—Buenos días, cielo —me saluda Ada, que es la primera en verme.

—Buenos días —contesto.

—¿Ves como sí que habla? —le comenta un pequeño al otro.

—¡Chicos! —les reclama Fabiola. Sonrío por su espontaneidad—. ¿Cómo estás, Antía?

Muchas gracias por venir a acompañarnos.

Fabiola se abraza a mí. Desde que fue con Lucas a las bodegas no la había vuelto a ver. En mi última visita ellos estaban de vacaciones.

—Siento mucho tu pérdida.

—Muchas gracias. Mira, te presento a mi marido, Enzo. Cariño, ella es Antía.

Nos saludamos con dos besos. Nada más verlo ya me cae bien. Es de esas personas que se nota que son buena gente. Es un hombre alto, algo más que Lucas, y muy guapo. Moreno, con unos ojos claros y, aunque no está tan fuerte como Lucas, tiene un buen físico.

Nos reunimos todos alrededor de la mesa; unos a acabar su desayuno y otros a seguir la charla. Lucas me acerca un café solo. Le doy las gracias y me guiña un ojo. Qué duro es aguantarse las ganas de tocarlo.

Cuando hemos acabado de comer, salimos de la casa para ir hasta el tanatorio. Vamos en dos coches; Fabiola, Enzo y los niños en uno, ya que ellos van primero a dejar a los pequeños con una hermana de Enzo; y Ada, Paola, Lucas y yo vamos en otro.

Al llegar al tanatorio ya hay gente que espera para dar el pésame a la familia. Lucas aparca el coche en las plazas destinadas para los familiares y descendemos. Algunas personas se aproximan a ellos para expresar sus condolencias. Me siento un poco fuera de lugar y me mantengo a un lado. La gente me mira extrañada y murmura; como no me conocen, soy el centro de atención y eso me incomoda aún más. Cuando la gente se despeja, ellos reinician el paso; pero Lucas se da cuenta de que yo me he quedado bastante atrás, así que se gira varias veces para buscarme y, cuando me encuentra y nuestras miradas coinciden, se acerca a mí y, cogiendo mi mano, enlaza nuestros dedos ante mi sorpresa.

—Te necesito a mi lado —me pide—. No te alejes, por favor.

El nudo de mi garganta no me permite contestarle nada. No esperaba ese gesto por su parte. Llegamos a la altura de Ada, que nos está esperando, y esta, al ver nuestras manos entrelazadas, me sonrío. Lucas le pasa un brazo por los hombros a su madre y entramos en las instalaciones donde reposa el difunto Piero Mancini.

Por el tanatorio pasa mucha gente. Llevamos allí cerca de dos horas y las caras de Ada, Fabiola y Lucas ya denotan el cansancio. Yo intento mantenerme en un segundo plano, no soy nada de la familia, pero Lucas apenas me lo permite. Lo veo frotarse la cara y me acerco a él para saber si necesita alguna cosa.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te traiga algo? —le pregunto.

—Estoy bien, nena. —Me deja un beso en la frente y, al separarse, noto que su cuerpo se tensa.

Me giro para ver qué ha visto para tener esa reacción; por el pasillo se acercan Idara y Carlo. Intento apartarme, pero él no me lo permite. Vuelve a enlazar nuestras manos y se mantiene firme. Carlo es el primero en llegar, se acerca a Lucas y, cuando se percata de nuestras manos, niega con la cabeza y sonrío. Se abraza a él, que no ha soltado mi mano.

—Lo siento mucho, colega.

—Gracias, Carlo.

—Hola, Antía. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Todo bien, gracias.

No sé cómo tratar a este hombre. No es que me caiga genial, ni creo que pudiéramos llegar a ser amigos, pero hoy parece otro Carlo y lo que comenta a continuación me lo demuestra.

—Me alegro de que estés aquí. Mi amigo tiene mucha suerte de tenerte a su lado. El capullo se hace el fuerte, pero no es oro todo lo que reluce.

Miro a Lucas y veo una ligera sonrisa en su rostro para después negar con la cabeza. Carlo le palmea la cara y se aleja. Nuestras miradas se encuentran y nos perdemos el uno en el otro, hasta que una voz de mujer nos devuelve al momento.

—Querido Lucas, lo siento mucho. —Remarca las palabras sin retirar la mirada de nuestras

manos entrelazadas.

—Gracias —contesta Lucas serio.

Idara levanta la cabeza para mirar a Lucas y se acerca para darle dos besos, pero este se retira hacia atrás y le ofrece la mano a modo de saludo.

—¿En serio? —pregunta Idara sorprendida—. ¿Después de todo lo que hemos compartido?

—Eso es pasado, y lo sabes. Tú sola te lo has buscado al molestar a Antía con esas fotos. El que intenta dañar a la gente que quiero no tiene cabida en mi vida, por mucho pasado que hayamos compartido. Te agradezco que hayas venido.

No le permite replicar, aunque tampoco creo que a ella le hayan quedado ganas de hacerlo. No suelo alegrarme de los problemas ajenos, pero en este caso, por dentro, estoy hinchada como un pavo por las palabras de Lucas. Me tiemblan las piernas de la emoción y todavía no sé cómo me mantengo en pie.

Lucas sigue recibiendo gente, pero no me pierde de vista ni un momento. Estoy orgullosa de él, de su entereza y de cómo afronta la situación. No soy la única que siente ese orgullo, las miradas de Ada lo dicen todo. Justo cuando la observo, ella me mira y sus labios me dedican un «gracias». No soy capaz de contestarle, no se hace idea de cómo me siento, de que cada momento que pasa más enamorada estoy de su hijo. Que mi cabeza es un lío, que quiero quedarme con Lucas, a su lado, pero no puedo dejar a mi familia. No tengo claro que pueda vivir sin mi padre, mi hermano o las pequeñas; incluso estar lejos de Apolo hace que mi estómago se encoja.

Unos brazos rodean mi cintura, sacándome de mis pensamientos. Lucas besa mi cuello y me da la vuelta.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Asiento con la cabeza y nuestras miradas se quedan enlazadas de nuevo. Me pierdo en sus ojos, esos que me dicen tantas cosas, a los que debo creer, porque siempre fueron sinceros. Me acerco a su boca y lo beso, me da igual que la gente pueda vernos. He hecho lo que me apetecía en este momento y sé que a él no le importa. Madre mía, cuánto amo a este hombre.

Finalmente, enterramos al señor Mancini en un conmovedor funeral.



CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Me he acostumbrado a esta vida; a tener a Antía a mi lado, despertar con ella, poder abrazarla... Ahora no sé cómo voy a sobrevivir a su ausencia.

—¿Seguro que tienes que irte? —le pregunto, mientras acaricio su espalda desnuda.

—Lucas, por favor, no lo hagas más difícil. No puedo quedarme, ya lo hemos hablado, tengo que estar con mi familia. No puedo dejar la vida que tengo allí. Estaremos en contacto y, cuando vengas, nos veremos. —Bufo. Cada vez que sacamos esta conversación, discutimos.

No puedo entender cómo lo lleva tan bien. Puede que ella no sienta por mí lo que yo siento por ella. Me da la sensación de que no le importa que estemos lejos. ¿Cómo coño pretende llevar una relación a distancia? Yo me vuelvo loco solo de imaginarlo.

—Nena, yo no puedo conformarme con tenerte a medias —le reclamo.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —Se levanta enfadada de la cama y me deleita con su cuerpo desnudo—. Tengo el corazón dividido. Estoy entre la espada y la pared, cada día me ahogo un poco más.

Las lágrimas descienden por sus mejillas. Me levanto y me acerco a ella para envolverla en mis brazos y estoy en el paraíso.

—Lo siento, ¿vale? Siento presionarte, pero te quiero y la idea de no tenerte a mi lado me mata. —Suspiro y la beso en los labios. No puedo verla llorar, así que me resigno—. Te daré espacio. Intentaré ir todas las veces que pueda a Galicia. Todo saldrá bien, nena.

Se abraza a mi cuerpo, más calmada, y me deja un beso en el cuello que me enciende al momento. Se separa de mí para mirar mi entrepierna, que ha despertado al instante. Me interroga con la mirada y una ceja levantada.

—No me mires así. Es culpa tuya. No puedes discutir conmigo y pedirme cosas, desnuda. Me vuelvo un ser débil. —Se ríe de mi comentario. Su risa y el brillo de sus ojos, en vez de calmarme, me ponen más tonto—. Ve aquí, anda. Vamos a despedirnos.

—Lucas, llevamos despidiéndonos parte de la noche —se queja, mientras enrosca sus piernas a mi cintura.

—Necesito convencerte de que te quedes conmigo de alguna manera. Podría atarte a la cama

y dejarte así, desnuda.

—Solo me quieres por mi cuerpo —me dice, haciéndose la ofendida. La tumbo en la cama y me recreo en esa fantástica imagen.

—Te quiero por tus piernas —le digo, mientras paso mi boca por la derecha hasta la ingle—, también por tu barriga —le muerdo con delicadeza la zona del ombligo—, me vuelven loco tus pechos —me recreo en ellos, los amaso y pellizco sus pezones. Oigo sus gemidos—. Te quiero por tus ojos, tu nariz y tu boca. —Recorro con lentitud su cara, dejándole besos hasta llegar a sus labios, que devoro con ganas—. Me has derrumbado con tu corazón. —Dejo un beso en la zona del pecho, donde oigo con fuerza sus latidos—. Adoro estar aquí dentro... —Introduzco un dedo en su interior. Ya está húmeda.

—Por favor, Lucas...

—¿Qué quieres, nena? —le pregunto, mientras recorro su clítoris con mi dedo, llevándola al límite.

—Que te despidas como tú sabes.

Busco sus labios y recorro su boca. No sé cuándo voy a volver a verla, así que necesito impregnarme de ella. Me separo un poco y me recreo en lo bonita que es. Beso su nariz y, cuando me voy a incorporar para coger un preservativo, me retiene con sus brazos.

—Quiero notarte sin ningún obstáculo —me pide. Es consciente de las dudas en mi mirada—. Tomo la píldora, para regular mis periodos, y estoy limpia, hace mucho que no tenía relaciones. ¿Puedo yo confiar en ti?

—Estoy limpio, si es lo que te preocupa. Nunca lo he hecho sin protección. —Asiente y sonrío, dándome permiso.

Vuelvo a besarla, acoplándome a su cuerpo y la penetro con lentitud. Los dos gemimos al notar el contacto de nuestros sexos. No sé lo que voy a poder aguantar. Una vez estoy dentro de ella por completo, me quedo quieto. Necesito saborear el momento y calmar mis ganas.

—Por favor... —vuelve a suplicar.

Me muevo poco a poco al principio, pero no soy capaz de mantener la tranquilidad y me aferro a sus caderas para penetrarla con ansia; con las ganas locas de disfrutarla, de demostrarle que la amo con todo mi ser. Es perfecta para mí. Soy un hombre diferente a su lado y eso me hace bien.

Noto cómo sus piernas presionan mis caderas y sé que llega el momento de ver cómo disfruta del orgasmo. Es un espectáculo observar cómo se deshace en mis brazos y explota de placer. Yo solo tardo dos empujones más en vaciarme en su cuerpo. Esto es el puto paraíso.

El primer mes, más o menos, se lleva. Incluso volví a recuperar la amistad de las pequeñas de la casa y pude descubrir por qué me llaman Maui. No tengo tanto pelo, ni estoy tan fuerte, pero han acertado bastante. El segundo, te empiezas a tirar de los pelos y te levantas cada día pensando que falta uno menos para verla. El tercero es desesperación total. Estamos en invierno, el tiempo no acompaña y nuestros viajes, este mes de diciembre, han sido menos. Resumiendo, nos hemos visto seis días en total. Estoy de un humor de perros, me cuesta centrarme y la echo mucho de menos.

No entiendo por qué, ahora que las cosas funcionan mejor en las bodegas de los Ulloa, Antía no se decide de una vez por todas a vivir aquí conmigo. Sé que es un gran cambio, pero no tengo ninguna duda de que seremos muy felices. Estoy desesperado por mimarla de pies a cabeza.

La primera excusa fue que todo era muy precipitado; después del entierro de mi padre, Antía volvió a su tierra, necesitaba tiempo. Lo entendí, le di su espacio y viajé en varias ocasiones. En una de ellas, entre todos, conseguimos desenmascarar a Maica. Descubrimos que tenía de compinche a uno de los operarios de las bodegas, un hombre que llevaba muchos años trabajando allí, así nadie sospecharía de él y encima necesitaba dinero. Su esposa estaba mal de salud y sus medicinas eran muy costosas. Maica descubrió ese punto débil en el caballero y lo utilizó, a cambio de dinero, para cortar las mangueras. La esposa se enteró de la procedencia del dinero y le pidió que confesara a los Ulloa lo que había hecho. Para el tema de los raros movimientos contables, con la ayuda de Damián, conseguimos un experto que pudo aclarar todos los trapicheos. La contable había conseguido una sustancial cantidad de dinero a costa de las bodegas. El buen corazón de los Ulloa y la amistad que tenían con el padre de Maica fue suficiente para llegar a un acuerdo. Ella devolvería el dinero que robó, se iría de las bodegas y del pueblo, a cambio de que ellos no la denunciaran. Fue un buen trato, las bodegas no saldrían perjudicadas por las noticias y Maica no iría a la cárcel.

Después de todo el lío con la contable llegó la segunda excusa. No podía dejar alborotadas las bodegas. Su padre y su hermano necesitaban ayuda, no los podía dejar colgados. Volví a entenderlo y a ceder. Estuvimos cerca de mes y medio poniendo orden. Ellos allí y yo aquí. Conseguimos sanear las cuentas y me escapé en varias ocasiones para llenarme de la esencia de Antía y poder seguir lejos de ella. Ahora que se acercan las fiestas de Navidad, no le puedo pedir que se aleje de los suyos, así que estoy jodido.

—Lucas, cariño —me llama mi madre, cuando entra en el despacho—. He pensado que sería buena idea pasar las fiestas en España.

—¿A qué viene esto ahora? —le pregunto—. Hace un mes te hice la misma propuesta y me dijiste que no eran buenas fechas para estar fuera de casa y que no tenías ánimos de celebrar nada. ¿Qué ha cambiado?

—Nada en especial —me responde y baja la mirada. Algo me oculta.

—Pues ahora no va a ser posible. Faltan cuatro días para Nochebuena, y si todavía quedan billetes, estarán por las nubes.

—Caramba, hijo. Pareces el *Grinch*, todo el día de mal humor. Cualquiera diría que estás enamorado. —Gruño—. Toma, anda, mi regalo de Navidad avanzado. —Me lanza un sobre encima de la mesa. La miro con la duda de si cogerlo o no—. ¡Venga, ábrelo! —me pide.

Seis billetes de avión asoman por el sobre con destino Santiago de Compostela. Mi cara se ilumina al pensar que, en breve, voy a poder abrazar a Antía de nuevo y pasar estas fechas señaladas en familia. Todos juntos.

—Joder, mamá. ¡Qué grande eres! —Me levanto y la abrazo con todo mi corazón.

Esta mujer que tengo ahora entre mis brazos es la más extraordinaria que conozco. Es fuerte, tenaz y luchadora. Nunca se rindió con nosotros, aun así, tuvo que dejar trozos de su corazón por el camino. Nunca se vino abajo, fue el pilar de nuestras vidas, el hombro en el que llorar cuando estábamos tristes y la persona perfecta con la que reír.

—Antía no sabe nada. Es una sorpresa. Solo lo saben Manuel y Roi. Espero que siga siendo así.

—No te preocupes, solo por ver su cara al llegar no pienso desvelar el secreto.

—Muy bien, cariño. A ver si así recuperas un poquito tu buen humor, que últimamente escasea bastante en esta casa. —Besa mi mejilla y la veo salir.

Estoy un rato en la misma posición, con la mirada fija en la puerta y una enorme sonrisa en mi

cara. Vuelvo a ojear los billetes y me doy cuenta de que mañana, a esta misma hora, estaré abrazando a «mi única». La morena de ojos color chocolate que consiguió destruir la coraza que envolvía mi corazón y me lo robó.



CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Faltan unos días para las fiestas de Navidad. La casa está alborotada por los nervios de las pequeñas que desean que llegue Papá Noel. Este año son unas fiestas especiales y se nota en el ambiente. Hay más risas. Parte importante de ese cambio es culpa de Gina. Es una mujer que, con su sonrisa, ilumina cualquier estancia donde ella esté. Su positivismo y que siempre está de buen humor nos ayuda a todos a afrontar las cosas de otra manera. Martina mejora a pasos agigantados; desde que le pusimos el implante que le faltaba, su evolución ha dado un salto increíble y eso se nota en ella. Es una niña un poco menos tímida, se encuentra más segura y eso la ayuda a desenvolverse mucho mejor. Parte de todo eso también es gracias a Gina, que le mete mucha caña. Así que a esta risueña mujer le debemos una parte importante de la felicidad que se respira en esta casa nuevamente.

Yo, a Gina, le debo mucho, sobre todo haberme devuelto a la vida. Sí, tenía que seguir, pero solo sobrevivía, olvidándome de todas las cosas importantes que tengo en mi vida. Descongeló mi corazón, ese que se llevó Ester en el accidente, el que palpitaba por necesidad sin sentir absolutamente nada. Ahora late con más fuerza y por muchos motivos.

Es domingo, uno que, en unas horas, será especial, sobre todo para Antía. Sé que la sorpresa de tener aquí a Lucas y su familia, para pasar las fiestas, le va a hacer mucha ilusión y conseguirá levantar ese ánimo que lleva caído desde hace tres meses. Hemos hablado infinidad de veces durante este periodo. Le he dicho y suplicado, en muchas ocasiones, que debe buscar su camino, que no puede estar siempre pendiente de nosotros y ser tan infeliz por estar lejos del hombre que ama. Todavía no he sido capaz de convencerla. Tengo una hermana demasiado cabezota.

Es tarde y parece que a mis pequeñas se les han pegado las sábanas. Subo las escaleras de la casona y me dirijo primero a la habitación de Lía.

—¡Campanilla, despierta, es tarde! —le pido, moviéndola con suavidad, pero no hay forma—. Venga, dormilona.

Se remueve en la cama.

—Quiero dormir más —se queja. Aprovecho para girarla y destaparla con cosquillas—. ¡No,

papi, para!

Le quito la almohada y mi sorpresa es encontrarme un cuadro debajo de esta. No hace falta que lo gire, sé que es la foto que Lía siempre tiene en la mesita, una en la que sale con su madre poco antes de fallecer. La cojo y la intento devolver a su sitio, pero ella me la arrebató.

—Lía, cielo. Es mejor que esté en la mesita, se puede romper y te puedes hacer daño —le explico.

—No. Me gusta dormir con ella. —Sus ojos se humedecen y aprieta más la foto contra su cuerpo.

—¿Hay algo que quieras contarme? —le pregunto. Alguna cosa la inquieta.

—La echo de menos —me contesta triste.

—Yo también, mi vida —me sincero.

—Papi, ¿tú crees que se puede estar triste y contenta a la vez?

—Es posible. ¿Tú te sientes así?

—Creo que sí. Estoy triste porque no tengo a mami conmigo, pero también estoy contenta porque está Gina. Con ella me lo paso muy bien y hacemos muchas cosas de chicas, como hacía con mamá. Me da miedo que mami se ponga triste porque ahora me lo paso bien con Gina.

—Mi niña, estoy seguro de que mami nunca se enfadaría, ni se pondría triste, porque tú seas feliz y lo pases bien. Le gustaba mucho verte reír. Y allí donde esté, si puede verte, estará muy orgullosa de vosotras.

—Yo también lo creo. Te quiero mucho, papi, y a Gina también.

La abrazo con fuerza, el nudo que tengo en la garganta no me permite decir nada. Mis pequeñas son valientes, serán grandes mujeres y espero que sean muy felices. Tanto como lo fui yo con Ester o como lo soy ahora con Gina.

Es media tarde, en el exterior llueve, así que llevamos parte de la tarde con los juegos de mesa.

—Ya estoy aburrida de jugar a esto —se queja Lía.

—¿Qué os parece si jugamos a reconocer gente? —les pregunta Gina.

—¿Y eso cómo se hace? —quiere saber Martina.

—Pues te tapamos los ojos y los demás nos ponemos en fila para ver si nos reconoces.

—¡Puf! Eso es muy fácil —se queja Lía.

—No será tan fácil porque, mira —Gina se levanta y coge una bolsa que hay al lado de su bolso—, he traído accesorios, pelucas, bigotes, gorros... así que cada uno se puede disfrazar de lo que quiera.

—¡Hala, qué *chuli*! —contesta Martina emocionada.

Empiezan a organizarlo todo y a decidir quién comienza primero. No han pasado ni dos minutos que me llega un mensaje al teléfono; es Lucas, ya han llegado. Cuando levanto la vista del móvil, Gina me mira, le guiño un ojo para que sepa que empieza la sorpresa para Antía.

—Voy al baño —me excuso. Están entretenidas con las pelucas y no me hacen mucho caso, mejor.

Cuando paso junto mi padre, que lee un libro sentado en el sillón, me mira, sonrío y niega con la cabeza. No entiende por qué montamos tanto lío, pero desde que Antía supo que Lucas no podría venir y que ella no quería pasar las fiestas lejos de nosotros, sus ojos perdieron todo el brillo que habitualmente tienen. Por eso creo que la sorpresa le va a encantar.

Me pongo el chubasquero y salgo por la puerta de atrás. Ya los veo venir por el camino, pidiéndole silencio a los pequeños, cosa que va a ser complicada. Los saludo y me abrazo a Lucas. Al principio, por su apariencia y saber que quería invertir en las bodegas, no fue santo de mi devoción. Me enfadé un poco al ver cómo mi hermana se había colado por él, pero después fui consciente de que Lucas la miraba de forma diferente, hasta que volvió de Italia. Verla tan triste me mató, pero este hombre me ha demostrado que quiere a Antía y, aunque la distancia no ayuda, mi hermana es feliz.

—¿Cómo está? —me pregunta Lucas.

—Triste pero bien. Están jugando en la cocina.

—Pues, vamos, que tengo ganas de abrazarla.

Intentamos mantener el silencio. Dejo el chubasquero, me seco los pies y voy hacia la cocina, dejándolos a ellos en el pasillo. Cuando entro me doy cuenta de que es el momento perfecto. Antía es la que tiene los ojos tapados, mientras Lía, Martina y Gina buscan cosas para disfrazarse. Le hago un gesto a Lucas para que entren. El primero en recibirlo es Apolo, enredándose en sus piernas. Le tiene casi el mismo cariño que a Antía. Todos sonrían y Lucas saluda a mi padre con un apretón de manos. Las niñas se acercan a él mientras intentan disimular y lo abrazan. Aprovechan para darle una peluca y una barba que él se pone sin dudar.

—¡Oye! No me gustan tantas risitas. Como me hagáis alguna trampa, llamaré a Papá Noel y le diré que habéis sido malas para que no os traiga nada —se queja Antía.

—Ya casi estamos, Antía —la tranquiliza Gina. La coge del brazo y la acerca hasta donde está Lucas.

Mi hermana se acerca con una risa nerviosa y cuando solo le queda un palmo se frena. Creo que no hace falta ni que lo toque, no me cabe duda de que ha reconocido su olor. La vemos levantar una mano temblorosa para acercarla a la cara de Lucas. Cuando roza su pómulo, Lucas cierra los ojos, saboreando el momento.

—No puede ser —dice en un susurro, y sus lágrimas descienden por debajo del pañuelo que le tapa los ojos.

Se retira el obstáculo para recuperar la visión, y todos gritamos: «¡Sorpresa!»). Antía se funde en el cuerpo de Lucas. Me cuesta entender qué la frena para liberarse e irse con él. No sé cómo no se da cuenta de que en el único sitio donde va a ser completamente feliz es con ese hombre.

Antía siempre estuvo a mi lado, ha sido el pilar de la familia, ha cuidado de todos sin una queja, ha renunciado a su diversión y su felicidad. Ha llegado su momento, no pienso permitir que siga llevando la carga de los Ulloa. Debe formar su familia al lado del hombre que ama. Tiene que buscar su propio camino, nosotros siempre la acompañaremos.



CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Han sido unas Navidades muy especiales. En ningún momento hubiera pensado que las celebraríamos todos juntos. Cada día se me hace más difícil estar separada de él, pero no soy capaz de decidirme. Todo va bien, pero hasta ahora siempre he estado a la cabeza de la familia, asumiendo responsabilidades a las que me he acostumbrado, y si me voy, ¿estarán bien?, ¿podrán arreglarse sin mí? Ya sé que parece egoísta por mi parte, pero tengo miedo. Es difícil de explicar; me quejaba de que siempre tenía que tirar de todo y ahora, que puedo relajarme, no soy capaz. Es posible que acabe volviéndome loca.

Hace diez días que Lucas y su familia volvieron a Italia. Mi chico se fue enfadado y, aunque habla conmigo todos los días, lo siento resentido. Soy consciente de que tiro piedras en mi tejado y corro el riesgo de que Lucas se canse de mí y me mande a paseo, pero...

Estoy sentada en un bar del pueblo mientras espero a Gema, que, por raro que parezca, hoy es ella la que llega tarde. Últimamente está rara y, aunque en varias ocasiones le he preguntado si le pasa algo y si todo iba bien con Felipe, siempre me dice que todo está en orden, pero yo sé que no es así y me duele que no confíe en mí.

Cinco minutos después la veo entrar, pero no viene sola. Detrás de ella se acercan mi padre, Roi y Gina, Anxo y Felipe cierran el numeroso grupo. Pongo los ojos en blanco, pues ya me imagino a qué vienen todos juntos.

—¿De verdad es necesario todo este despliegue? —le pregunto a Gema.

—Te conozco desde siempre y nunca pensé que fueras tan terca y cabezota. Es nuestro último cartucho.

Todos buscan silla y se sientan. Los ojos se me llenan de lágrimas al verlos a mi alrededor, saberme tan querida y que se preocupen por mí de esta manera.

—A ver, Pocahontas. Estamos todos aquí reunidos para que, de una vez por todas, te decidas a ser feliz —me explica mi amiga.

—Ya soy feliz —le contesto. La voz me tiembla y no me sale firme.

—Sabemos que nos quieres mucho, hija, pero reconoce que eres feliz a medias —expone mi padre—. Para mí también es duro que mi pequeña se vaya lejos, pero más duro es verte triste y

andar por casa, cuando piensas que nadie te ve, como un alma en pena.

—Hermanita, tienes que hacer tu vida de una vez por todas. Sabes que cada vez que lo necesites, puedes venir a vernos, pero tu lugar está junto a Lucas.

—No pienses que te librarás de nosotros con facilidad. Te llamaremos todos los días, si hace falta. Haremos videollamadas para verte. Nos vas a tener hasta en la sopa —me comenta Anxo con una sonrisa.

Ya no he sido capaz de retener mis lágrimas. Sus palabras me llegan al corazón y tengo claro que mi lugar está con Lucas. Quiero ser feliz a su lado. Quiero la felicidad completa.

—Prometeme que, si las cosas no salen bien, voy a poder volver a casa —les pido a mi padre y mi hermano.

—No creo que eso ocurra, cariño. Pero si fuera así, las bodegas y la casona son tu casa —dice mi padre, mientras acaricia mi cara para limpiar mis lágrimas.

—¿Eso significa que te vas? ¿Que por fin buscarás tu camino y serás feliz por completo? —pregunta Gema emocionada. Me sorprende ver que también llora.

—Si que tienes ganas de perderme de vista, Gemita —le digo, y todos nos reímos. Ella niega con la cabeza, pero no me replica ni siquiera se queja por el diminutivo.

—Pues vamos a celebrarlo —dice Felipe, pidiendo una botella de champán.

El camarero la descorcha y nos llena las copas, que levantamos para brindar; pero, antes de que podamos hacerlo, mi amiga nos interrumpe:

—Antes de nada y, aprovechando que estamos todos, Felipe y yo os queremos comentar una cosa. —La miro y veo cómo sus ojos brillan, está feliz. Seguro que por fin se van a casar—. ¡Vamos a ser papás!

Nos cuesta un poco reaccionar, creo que todos pensábamos lo mismo, esperábamos la noticia de la boda, pero esta es, incluso, mejor. Cuando me toca el turno de felicitar a mi amiga, nos fundimos en un abrazo. Estoy muy feliz por ellos.

—¿De cuánto estás? —le pregunto.

—De casi tres meses. —Abro los ojos asombrada porque no me ha contado nada y no me haya dado cuenta.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Tú ya tenías suficiente con tus cosas y, aunque suene raro y te vaya a echar mucho de menos, quiero que te vayas.

Nos volvemos a abrazar. Gema siempre fue un gran pilar en mi vida, ha estado a mi lado en todo momento, nunca me ha fallado. Es una gran amiga.

—Vendré a conocer a mi sobrino o sobrina.

—Más te vale.

Miro a mi alrededor y soy consciente de cómo voy a echar de menos a mi gente, pero tengo más claro que nunca qué camino tengo que coger y dónde está mi lugar.

Recorro el camino que me separa desde la casona a casa de doña Sabela. No me puedo ir sin despedirme de ella. Esta mujer, sin darme cuenta, ha sido como una brújula en mi vida. Me ha orientado en todos los momentos, sobre todo en los más duros. Si me paro a analizar cada uno de sus consejos, esos que yo no acabo de entender a la primera y que me vuelven loca, puedo comprender que siempre me indicó hacia dónde iba mi vida. Veo que ya me espera en la puerta.

—¡Buenos días, doña Sabela! —la saludo. No creo que se haga una idea de cómo la voy a extrañar.

—¡Buenos días, nenita! Si estás aquí es porque ya has tomado una decisión, ¿me equivoco?

—Me voy. Quiero estar al lado de Lucas.

—¡Vaya, vaya! Por fin los dibujos te han orientado. Menos mal que te has dado cuenta.

—Seguro que usted ya lo sabía desde el principio.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Ya, será eso. La voy a echar de menos, pero cada vez que venga, la visitaré. —Doña Sabela palmea mi cara, como si ella supiera algo que yo no sé.

—Solo tienes que ser feliz, mi niña. El camino de la vida nunca es recto, tiene muchas curvas, pero lo peor son los baches que te encuentras y todavía te quedan algunos que superar. Sé fuerte, ama con todo tu corazón y vive como si mañana fuera el último día.

Las palabras de doña Sabela me dan muchos más ánimos y no dudo que mi decisión es la correcta. Me despido de ella con un abrazo, uno que me hace estremecer, de los que te hacen cerrar los ojos, uno que consigue hacerme volver al pasado y, por un momento, recordar el olor de mi madre o escuchar la risa de Ester. Un abrazo que me llena de energía y fuerza.

Me niego a llorar más, no me voy a la guerra, solo voy a ser feliz, que no es poco. Le prometí a mi gente que, cada vez que los echara de menos, volaría a casa y, sobre todo, que pronto volvería para llevarme a Apolo. Sus gemidos, cuando me despedí de él, me hicieron saber que mi amigo perruno era totalmente consciente de que me iba lejos.

El avión aterriza y sé que Ada ya me espera en el aeropuerto. Es la única que sabe que voy, pero no que es para quedarme. Su sonrisa y su abrazo me reciben.

—Hola, cariño. Qué alegría que estés aquí. Lucas se va a volver loco con la sorpresa.

—Eso espero. Creo que está un poco enfadado conmigo.

—No está enfadado, solo te necesita demasiado. —Me guiña un ojo y sonrío—. Vamos, cariño, no perdamos más tiempo.

Nos subimos a su coche y en el trayecto no deja de interrogarme. Le explico lo contenta que estoy por Gema y Felipe o los grandes avances de Martina desde que tiene los dos implantes. Y sin darnos cuenta, entre risas y charla, llegamos a su casa. Me dice que Paola le ha enviado un mensaje y que Lucas está en su despacho.

—Ada, si no te importa, entra tú primero. Voy a llamar a casa para avisar de que he llegado. No le digas nada a Lucas todavía, por favor —le pido.

—No te preocupes. Haz lo que tengas que hacer.

Ella se adentra en la casa y yo la rodeo hasta llegar a la ventana del despacho. Miro el interior y lo veo sentado, mira unos papeles, entretenido. Lleva tres botones de la camisa abiertos y las mangas remangadas hasta los codos, por donde asoman esos tatuajes que, la primera vez que lo vi, me llamaron tanto la atención. Saco mi teléfono y le envío un mensaje.

Antía

Hola, ¿qué haces? ¿Todavía estás enfadado conmigo?

Lo veo coger el teléfono y leer el mensaje. Una preciosa sonrisa ilumina su rostro. Se rasca la

corta barba y escribe.

Lucas

Hola, preciosa. No soy capaz de estar enfadado contigo. Solo estoy triste por no poder tenerte aquí ahora.

Antía

¿Qué harías si me tuvieras ahí?

Lucas

Primero, besarte y abrazarte para volver a sentirte de nuevo; después, atarte a la cama o encerrarte en mi habitación para que no puedas irte nunca más.

Antía

No creo que tus métodos sean los más adecuados para retenerme.

Lucas

Lo sé, pero estoy un poco desesperado. ¿Qué pasaría si te pidiera que te casaras conmigo?

El corazón empieza a latirme a toda velocidad, como si fuera a darme un ataque. Intento tranquilizarme y respirar con calma.

Lucas

Parece que mi propuesta te ha asustado. Lo siento, pero es lo que quiero, tenerte conmigo para siempre. Necesito que vengas, que me digas que me quieres y que quieras compartir tu vida conmigo.

La mirada se me nubla por culpa de las lágrimas y me dificulta encontrar mi libreta y el bolígrafo que siempre llevo en el bolso. Le pongo mi respuesta en el papel y lo repaso varias veces para que se vea claro. Lo miro de nuevo. Mi hombre de los dibujos, el de las cicatrices y las culpas, tiene las manos en la cabeza y mira el teléfono, que ha dejado encima de la mesa, con preocupación.

Antía

Mira por la ventana.

Pongo el papel en el cristal, un papel blanco donde pone: «Sí a todo». Veo que lo lee y después su mirada se engancha con la mía. Se ha quedado parado en la silla, pero no tarda en aparecer una enorme sonrisa en su cara. Se levanta y abre las ventanas, salta y en un momento lo tengo a mi lado.

—¿Eso significa que has venido para quedarte?

—Eso significa que me quedo, que quiero casarme, que te quiero y que lo que más deseo en

este mundo es compartir mi vida contigo.

Me abraza y me besa. Me fundo en su cuerpo, mi nueva casa. Por fin, después de buscar tanto mi camino, lo encontré. En Italia, al lado de un gran hombre que también ha encontrado el suyo a mi lado.

CAPÍTULO SESENTA



Dos años después...

—Cariño, ¿has cogido el biberón?

—Sí.

—¿Y los pañales?

—Sí, nena.

—¿Has visto mi camiseta? —No sé dónde tengo la cabeza.

—Antía, cielo, ¿puedes relajarte un momento? —me pide—. Solo vamos a comer a casa de Damián y Carola. Estamos a media hora. Si falta cualquier cosa, vengo a buscarla o la compramos.

—Es que...

—Es que nada. Vas a acabar por volverme loco. Todavía quedan dos horas. Matteo está dormido y todo en orden, así que haz el favor de tranquilizarte y mimar un poco a tu marido, que me tienes abandonado. —Se acerca a mi cuerpo e invade mis posaderas.

—Lucas, todavía tengo que ducharme —le digo, al intentar zafarme de sus manos.

—Te acompaño. Puedo frotarte la espalda... —No creo que precisamente sea esa parte la que quiere frotarme.

—La espalda, ¿eh? —le reclamo, mientras lo arrastro al baño conmigo—. Coge el *walkie*, anda.

—A sus órdenes. —Antes de desaparecer en el baño, le tiro mi camiseta a la cara.

—¿Por dónde vas a empezar? —le pregunto cuando lo veo entrar.

—No va a quedar nada de ti sin frotar, no te preocupes —me informa. Ya estoy desnuda. Se deshace de su ropa y me coge con urgencia.

Se mete en la ducha, conmigo a cuestas, y abre el grifo. Antes de que me dé tiempo a quejarme por lo fría que está el agua, su carne dura ha ocupado mi interior. Jadeo y muerdo su hombro por el placer de su invasión.

—¡Joder! Cómo me gusta estar dentro de ti —me susurra al oído, mientras entra y sale de mí.

Desciende su cara por mi cuerpo y me muerde un pezón, consiguiendo así que mi placer aumente. Estoy a punto de correrme y sé que a él tampoco le falta mucho. Desde hace unos meses, nuestros encuentros son más rápidos pero no menos intensos.

—Nena, dime que estás a punto.

—Casi estoy, pero necesito...

No me deja terminar. Me baja de su cuerpo, me gira y vuelve a introducirse en mí con tanta profundidad que, en dos empujones, consigue que alcance el orgasmo y él conmigo.

—¡Madre mía, nena! No sabes cómo te quiero.

—Lo sé, tanto como yo a ti.

Me besa, un beso profundo, lleno de amor.

Acabamos de asearnos y salimos de la ducha. En estos años, no ha habido ningún día en los que me haya arrepentido de haber dejado mi antigua vida para iniciar una nueva a su lado.

Nuestro pequeño Matteo, que en breve cumplirá los tres meses, es lo que ilumina nuestras vidas ahora. Nos casamos seis meses después de que yo me viniera a vivir con Lucas. También fue una sorpresa tramada por mi marido y mi hermano, aunque nunca hubiera imaginado una boda mejor que la que tuve. Habilitaron una preciosa zona en el bosque. Los asientos eran troncos adornados con flores y de los árboles colgaban luces y mariposas de papel. Una enorme tela blanca señalaba el pasillo hasta el improvisado altar, un arco lleno de pequeñas flores blancas. Fue como una boda de película, pero esta era de verdad y era la mía, rodeada de toda la gente importante de nuestras vidas. Incluso Apolo llevaba su pajarita, la mar de elegante que iba el muchacho. Él y mi querida Sabela han sido la parte amarga de estos años; nos abandonaron, dejando un pedazo de mi corazón vacío. Esos trozos nunca volverán a latir porque no habrá nadie que los pueda sustituir. Solo puedo quedarme con todo lo bueno que me han aportado mientras vivían.

—Por cierto, sabes que Boy ha vuelto a romper un cojín, ¿verdad? —me dice mi marido.

—Es un cachorro, Lucas, hay que tener paciencia. —Es nuestro nuevo miembro de la familia. Un pequeño Bóxer, regalo de cumpleaños que me hizo mi marido, aunque ahora creo que se arrepiente—. ¿Verdad que sí, pequeño diablo?

—Empiezo a tener que compartirme demasiado —me reclama Lucas al ver cómo mimo a Boy.

—Tengo amor para todos, mi vida. No te pongas celoso.



Resistirse a los encantos de mi mujer es una de las tareas más complicadas de mi vida, y ella lo sabe. Por eso acabo siempre rendido a sus peticiones. Así que aquí estoy, llenando el maletero del coche con todos los trastos de mi hijo, como si nos fuéramos tres meses de vacaciones, cuando vamos a cenar con Damián y Carola a media hora de casa. Increíble pero cierto.

—Cariño... —Antes de que siga la freno con la mirada. Como me vuelva a preguntar si he cogido todo, la vamos a tener. Antía se da cuenta y cede—. ¡Vale, está bien, ya me callo!

Tardamos menos en llegar a casa de nuestros amigos que en descargar el coche, cosa que hace que Damián se descojone de mí.

—Parece que te han echado de casa, colega —se burla.

—Menos cachondeo y no me enciendas más, que ya vengo calentito.

—Estos hombres se quejan por todo —me pincha Carola.

—Pero, vamos a ver, ¿tú te crees que es normal salir de casa como si nos fuéramos de vacaciones?

—Es por si... —se justifica mi mujer.

Bufo, porque ya estoy estresado. La veo acercarse y me mira con esos ojos color chocolate que me pierden, aletea las pestañas y, en vez de estar enfadado, ya estoy cachondo. ¡Será posible!

—No te enfades, anda. Ya me *compraste* así, ahora no hay devolución posible. —Me besa en los labios y se aleja con Carola hacia el interior de la casa.

Es siempre así, por muy enfadado o preocupado que esté, su proximidad consigue los efectos inversos. ¿Quién me iba a decir que el gran Lucas, el chico malote de los tatuajes, acabaría rendido a una mujer? Aunque en este caso no es una mujer cualquiera, es una mujer con mayúsculas.

Antes de cerrar la puerta, vemos venir a Carlo, mi amigo sigue siendo un alma libre con sus fiestas y sus mujeres. Me consta que, desde que se enteró de lo que hizo Idara, no ha vuelto a intimar con ella. Se lo agradezco y, aunque hace tiempo que no llevamos el mismo ritmo de vida, sigue siendo un gran amigo.

Después de varias cervezas y una gran cena, nuestros amigos nos anuncian que van a casarse. Para ellos, encontrarse también cambió sus vidas y sé que Carola, aparte de ser una estupenda mujer, le hace bien a Damián. Me alegro mucho por ellos. Brindamos y les damos la enhorabuena. Hasta que llegan las doce de la noche y, después de volver a cargar el coche, con todos los trastos, volvemos a casa.

Dejo al pequeño Matteo, que hasta ahora se porta bastante bien, en su cuna dormido. Es increíble que este pequeño sea un trocito de mí. Se me hincha el pecho de orgullo al pensarlo. Me dirijo a nuestra habitación y pillo a mi mujer desnudándose. Me apoyo en el quicio de la puerta para observarla, todavía no es consciente de mi presencia. Coge un bote y esparce la crema por el cuerpo; empieza en una pierna para pasar a la otra. Sigue por su barriga y baja a las caderas para pasar después a sus pechos. Ver cómo se toca, aunque solo sea para hidratarse, me ha puesto muy cachondo. Me he convertido en un adicto a Antía. Esta mujer me hace perder el norte y me doy cuenta de que soy un capullo con suerte. Soy un hombre muy afortunado y feliz, sobre todo feliz.

EPÍLOGO

Cinco años después...

Ada

La vida es complicada, no es una novedad, todos lo sabemos. Después está la forma de afrontarla. Te puedes hundir y que nada tenga sentido o enganchar con pegamento los trozos que se rompen de tu corazón e intentar sobrevivir de la mejor manera posible. Yo escogí la segunda opción. Perder a mi hijo pequeño me destrozó por completo, mi corazón latía muy débil y me quedé sin alma. ¡Cómo cuesta levantarte cada día, cuando sabes que te falta un trozo! Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Más difícil que alejarme de mi familia y mi país para irme a vivir con un guapo italiano. Un amor a primera vista. Piero era apuesto, elegante, con carisma, y me eclipsó. ¿Cómo podía un hombre tan guapo como él enamorarse de una jovencita de pueblo? No volví a hablar con mi padre, me negó la palabra por marcharme sin su consentimiento. Con mi madre, nos enviábamos cartas cuando podíamos. Le adjuntaba fotos de mis pequeños, que ella ponía en el mueble del comedor, y mi padre las miraba sin decir nada. Hubo veranos, después de fallecer mi padre, que mis hijos disfrutaron de su abuela.

Con Piero fui feliz. Al heredar las bodegas se volvió un hombre más parco y, aunque su nueva responsabilidad le impedía dedicarme más tiempo, estuve bien a su lado.

El nacimiento de Lucas y Fabiola nos pilló por sorpresa. ¡Madre mía, dos de golpe! Fabi fue una niña tranquila, que le encantaba estar con los adultos; pero Lucas ya apuntaba maneras, un trasto con un corazón enorme. Unos años después, sin buscarlo, llegó a nuestras vidas Matteo, un niño tímido y dulce. Crecieron, demasiado rápido, diría yo, tan rápido que no nos dimos cuenta de que había hondos pozos a su alrededor que podían llegar a hundirlos. Y cayeron. Lucas encontró una cuerda y salió, pero la que encontró Matteo estaba rota y no lo consiguió, lo perdimos en la oscuridad.

Después de los malos momentos, llegaron otros que iluminaron nuestras vidas. Uno de ellos es que Fabiola se encontrara en su camino a Enzo, un hombre increíble que la quiere por encima de todo. Esa felicidad se amplió con Gio y Piero, que ahora tienen casi diez años. Lucas también encontró su camino junto a Antía. Los dos han pasado por muchos baches, pero han sabido encararlos y se han dado cuenta de que juntos lo pueden hacer mejor. Me hicieron muy feliz cuando decidieron poner Matteo a su primer hijo y Ester a la pequeña de la familia.

Hemos viajado todos hasta Galicia. En tres días se celebra la boda de Roi, el hermano de mi nuera. Un hombre increíble, con el que empatizo a la perfección y nos hemos entendido desde el principio. Es de admirar cómo, con la ayuda de su familia, ha conseguido seguir adelante después de perder a su mujer. Eso no significa que la haya olvidado, pues sus pequeñas se lo recuerdan cada día, pero merece ser feliz de nuevo.

—Cariño, ¿va todo bien? —me pregunta Marco, el hombre que me acompaña ahora en mi vida.

Los libros nos unieron. Cada vez que bajaba al pueblo e iba a comprar uno, nos pasábamos horas entre charlas y risas. Así consiguió conquistarme, acercándose poco a poco y haciéndome reír.

—Sí. Todo está en orden. Solo recordaba. —Noto sus brazos en mi cintura.

—Todos te buscan. Llevas un rato desaparecida.

—Necesitaba un poco de aire, me he puesto un poco nostálgica. Pero ya estoy bien. Vamos adentro, entonces.

Marco coge mi mano y nos dirigimos hacia la casona. Estos días está llena de gente y con una actividad frenética. El pobre Manuel, mi consuegro, debe de estar de los nervios con tantas personas invadiendo su hogar. Al entrar me freno un poco para disfrutar de la estampa y memorizar estos momentos en mi mente. Roi y Gina buscan algo en la nevera mientras se ríen de algún comentario. Gio y Piero están con Anxo, que les enseña algo en su teléfono. Fabi y Enzo disfrutan de la pequeña Ester, que ya comienza a sonreír. Lía, Martina y Matteo corren alrededor del sofá; parece que el pequeño les ha quitado algo a sus primas y se lo tira a Iago, el hijo de Gema y Felipe, que todavía no han llegado, pues Gema está a punto de dar a luz. Mientras, Manuel niega con la cabeza al ver el panorama. Y mi Lucas, ese joven que tuvo que crecer a marchas forzadas, comparte arrumacos y besos con Antía, la muchacha responsable que sigue protegiendo a su gente. Finalmente, mi mirada acaba en la unión de mi mano con la de Marco, esa que ahora me ayuda a mantenerme en el camino, es una cuerda firme. Cuando lo miro y me sonrío mi corazón se acelera y me doy cuenta de que no puedo ser más feliz viendo cómo los míos disfrutan de su momento.

FIN

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento es para todos los/las lectores/as que le han dado la oportunidad, primero, a Sophie y Jorge en *Mi pequeño mundo*, y ahora a Antía y Lucas. Espero, de corazón, que hayáis disfrutado con sus historias.

No puedo olvidarme de mi familia, sin ellos nada de este maravilloso sueño tendría sentido.

A mi mitad, por ser un gran pilar en mi vida y acompañarme en mis locuras, siempre conmigo, siempre de la mano.

A mis hijos, porque son mi luz, no puedo estar más orgullosa de ellos.

A mi hermana, por ser mi lectora cero y ese trocito que siempre tira de mí.

A mi padre y mi cuñada, mis relaciones públicas. Mil gracias por acompañarme con ese entusiasmo.

A Esteban mi cuñado y a mi madre, por estar ahí.

No quiero olvidarme de Quique y Amaya, esos amigos de verdad, los que siempre están y casi no hace falta llamarlos. Gracias.

Y a mi Montse, este libro es por Lucas y Brutus.

No pueden faltar cuatro personas muy importantes para esta historia:

Yolanda, mi prima Sandra y mi suegra, Teresa, porque, aunque no lo sepan, empatizar con ellas para intentar entender el sufrimiento y el dolor de pasar por un trance tan duro y conseguir levantar cabeza como unas campeonas, me ha ayudado a darle vida a Roi. Creo que nadie, al menos que te haya pasado de forma personal, puede hacerse una idea de cómo debe doler perder una parte de tu corazón y de tu alma. Por ese motivo, espero que no se incomoden ni se ofendan, con mi pequeña intromisión. Todo está hecho de corazón y espero no defraudarlas.

A Laia, esa preciosa jovencita, llena de vida y tan valiente. Gracias por ayudarme con Martina. No dudo de que conseguirás todo lo que quieras en la vida. No pierdas nunca esa enorme sonrisa, tan grande como tu corazón.

Quiero hacer mención especial a algunas de las compañeras que me ido encontrando por el camino. Son fantásticas y sin ellas no sería tan fácil hacerse ver e incluso compartir dudas y experiencias. Gracias a Davinia Palacios, Patricia P. Guerola, Tamara Marín y, sobre todo, a Elisa Mayo, por ayudarme con lo más complicado, la corrección; y a Nerea Gurutxeta, por dejar nuestros libros tan bonitos.

Podría seguir, pero después de leer todo el libro, seguro que ya tenéis ganas de cerrarlo. Antía y Lucas han sido muy importantes para mí, por sus sombras y por la manera de renacer. Vivir es muy importante y buscar nuestro momento todavía más.

Sobre la autora



Me llamo Sonia Puente, soy del Principat d'Andorra, un pequeño país entre España y Francia, rodeado de montañas. Soy una apasionada de la lectura, sobre todo del género romántico-erótico, pero también disfruto con una buena novela policíaca. Soy de finales felices, de esos que te hacen suspirar, y me encanta perderme dentro de las historias. Empecé con la escritura hace relativamente poco, así que, de momento, solo tengo un libro publicado: *Mi pequeño mundo*. Me encanta la música, no puede faltar mientras escribo o leo, y casi siempre estoy rodeada de velas aromáticas. Me encanta Nueva York, ciudad que he tenido la suerte de visitar, y estoy segura de que en otra vida viviré allí.

Como veis, soy una persona feliz con poco, pero si queréis saber más sobre mí, solo tenéis que buscarme en redes.

Facebook: Sonia Puente Duro

Instagram: @lecturasspd

Twitter: @SoniaPuenteDuro

Referencias musicales

- Natural* (2018) • Origins • Imagine Dragons.
- Nervous* (2018) • Shawn Mendes • Shawn Mendes.
- Todos los Secretos* (2018) • Oxígeno • Malú.
- Bajito* (2019) • Reflexión • Ana Guerra.
- Chiquilla* (1989) • ¡Qué no se extinga la llama! • Seguridad Social.
- 7 rings* (2019) • Thank U, Next • Ariana Grande.
- T.N.T.* (1975) • High Voltage • AC/DC.
- Sucker* (2019) • Happiness Begins • Jonas Brothers
- Someone You Loved* (2018) • Lewis Capaldi
- No se me quita* (2019) • 11:11 • Maluma y Ricky Martin

^[1] *Ruliña*: Palabra cariñosa que se aplica en una mujer o una niña. Proviene de «Rula», ave con la cabeza y la parte superior del cuerpo color gris, puede tener tonos ocre y con algunas rayas blancas y negras en el cuello.

^[2] *Carallo*: Se emplea en el habla popular para manifestar sorpresa, dolor. Caramba, carajo.

^[3] *Meiga*: Persona con conocimientos de medicina natural y que se supone que tiene poderes sobrenaturales, que adivina el porvenir, realiza curaciones, et

^[4] *Moziño*: Diminutivo de mozo. Que ya supera la infancia, pero todavía no llegó a la edad adulta.

^[5] *Parvo*: Quien tiene o demuestra poca inteligencia o disposición. Bobo.

^[6] *È una ragazza molto bella: Es una chica muy bonita.*